

Jean-Claude Izzo

Total Khéops

Lectulandia

La muerte de una destacada figura de la mafia marsellesa llevará a Fabio Montale, un policía escéptico y amante de los placeres de la vida, a introducirse en una oscura trama en la que se entretajan la xenofobia, la marginación y satanización de los inmigrantes magrebíes, la corrupción y la amenazadora sombra de la extrema derecha. Y en medio de todo ello, Marsella, una ciudad en la que «hay que tomar partido» y donde, «demasiado tarde, uno se encuentra de lleno en pleno drama. Un drama antiguo, donde el héroe es la muerte». Una magnífica novela que, con su prosa directa, sensual y triste, constituye un apasionado homenaje a la ciudad y a su dignidad perdida, al tiempo que una melancólica y desesperanzada exaltación de la amistad y de la dignidad del ser humano.

Lectulandia

Jean-Claude Izzo

Total Khéops

ePub r1.0

eKionh 14.11.13

Título original: *Total Khéops*

Jean-Claude Izzo, 1995

Traducción: Matilde Sáenz

Editor digital: eKionh

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Nota del autor

La historia que cuenta este libro es totalmente ficticia. La fórmula es conocida, pero no está de más recordarla. Con la excepción de los acontecimientos públicos, recogidos por los periódicos, ni los hechos ni los personajes que en ella aparecen han existido. Ni siquiera el narrador. Lo único real es la ciudad. Marsella. Y todos los que la habitan. Con la pasión que sólo ellos tienen. Esta es su historia. Ecos y reminiscencias.

Para Sébastien

«No hay verdad,
Tan sólo historia».

JIM HARRISON

PRÓLOGO

Rue des Pistoles. Veinte años después

No tenía más que su dirección. Rue des Pistoles, en la parte antigua. Llevaba años sin venir a Marsella. Ahora ya no podía elegir.

Estábamos a 2 de junio, llovía. A pesar de la lluvia el taxista se negó a meterse por las callejuelas. Le dejó delante de la Montée-des-Accoules. Más de un centenar de escaleras que subir y un laberinto de calles hasta la rue des Pistoles. El suelo estaba plagado de bolsas de basura reventadas, y de las calles subía un olor agrio, mezcla de meadas, humedad y moho. Único cambio destacable: la rehabilitación reinaba en la zona. Habían tirado algunas casas. A otras les habían pintado la fachada de ocre y rosa, con persianas verdes o azules, *a la italiana*.

De la rue des Pistoles, quizás una de las más estrechas, no quedaba más que la mitad, el lado de los pares. El otro lo habían derribado, al igual que las casas de la rue Rodillat. En su lugar, un parking. Fue lo primero que vio cuando desembocó en la esquina de la rue du Refuge. Allí era como si las promotoras se hubieran cansado. Las casas estaban negruzcas, leprosas, corroídas por una vegetación de alcantarilla.

Sabía que era demasiado pronto. Pero no le apetecía ponerse a tomar cafés en un bar, mirando el reloj y esperando a que fuera una hora decente para despertar a Lole. Soñaba con un café en una casa de verdad, cómodamente sentado. Hacía varios meses que no le ocurría algo así. En cuanto ella abrió la puerta, se dirigió hacia el único sillón de la habitación, como quien hace un gesto rutinario. Acarició el brazo del sillón con la mano y se sentó, lentamente, cerrando los ojos. Sólo entonces la miró. Veinte años después.

Estaba de pie. Erguida como siempre. Las manos hundidas en los bolsillos de un albornoz amarillo pajizo. El color daba a su piel una luz más tostada que de costumbre y le realzaba el pelo negro, que ahora llevaba corto. Tal vez había ensanchado de caderas, no estaba seguro. Se había hecho mujer, pero era la misma. Lole, la gitana, bella desde siempre.

—Podías ponerme un café.

Hizo un gesto con la cabeza. Sin decir palabra. Sin una sonrisa. La había sacado de la cama. Del sueño en el que Manu y ella irían a tope hacia Sevilla,

despreocupados, con los bolsillos hasta arriba de pasta. Un sueño con el que debía de soñar todas las noches. Pero Manu estaba muerto. Desde hacía tres meses.

Se abandonó en el sofá, estirando las piernas. Después encendió un cigarro. Sin duda, el mejor en mucho tiempo.

—Te esperaba —Lole le tendió una taza—. Pero más tarde.

—He cogido un tren nocturno. Un tren de legionarios. Menos controles. Más seguridad.

Tenía la mirada en otro sitio. En donde estaba Manu.

—¿No te sientas?

—Yo el café me lo tomo de pie.

—Sigues sin teléfono.

—Sí.

Sonrió. Por un instante pareció borrarle el cansancio de la cara. Había ahuyentado los sueños. Lo miró con ojos melancólicos. Estaba cansado e inquieto. Sus viejos miedos. Le agradaba que Lole fuera parca en palabras, parca en explicaciones. El silencio reordenaba sus vidas. De una vez por todas.

Flotaba en el aire un olor a menta. Observó detalladamente la habitación. Bastante amplia, paredes blancas, desnudas. Ni estanterías, ni adornos, ni libros. Un mobiliario reducido a lo esencial, mesa, sillas, aparador, mal combinados, y una cama individual cerca de la ventana. Una puerta daba a otra habitación, el dormitorio. Desde donde estaba, divisaba una parte de la cama. Sábanas azules, deshechas. Ya no sabía nada acerca de los olores de la noche. De los cuerpos. El olor de Lole. Sus axilas, durante el amor, olían a albahaca. Se le cerraban los ojos. Su mirada regresó a la cama próxima a la ventana.

—Puedes dormir ahí.

—Quiero dormir ya.

Más tarde la vio cruzando la habitación. No sabía cuánto tiempo había dormido. Para mirar la hora en el reloj tendría que haber hecho un movimiento. Y no tenía ganas de moverse. Prefería ver a Lole yendo y viniendo. Con los ojos a medio abrir. Salió del cuarto de baño envuelta en una toalla. No era muy alta. Pero tenía lo que había que tener, en su sitio. Y unas piernas preciosas. Después se volvió a dormir. Sin ningún miedo.

Cayó el día. Lole llevaba un vestido de algodón negro, sin mangas. Sobrio, pero muy favorecedor. Delicadamente ceñido al cuerpo. Seguía mirándole las piernas. Esta vez ella sintió su mirada.

—Te dejo las llaves. Hay café caliente. He vuelto a hacer.

Sólo decía cosas totalmente evidentes. El resto no encontraba lugar en su boca. Se incorporó, alcanzó un cigarrillo sin quitarle la vista de encima.

—Vuelvo tarde. No me esperes.

—¿Sigues haciendo de gancho de discoteca?

—Relaciones públicas. En el Vamping. No te quiero ver merodeando por allí.

Se acordó del Vamping, encima de la playa de los Catalanes. Un decorado increíble, a lo Scorsese. Cantante y orquesta delante de unos atriles lentejuelas. Tango, bolero, chachachá, mambo...

—No era mi intención.

Se encogió de hombros.

—Nunca he conocido tus intenciones —su sonrisa vedaba todo comentario—. ¿Piensas ver a Fabio?

Estaba seguro de que le haría esa pregunta. El también se la había planteado. Pero había desechado la idea. Fabio era poli. Era como un borrón en la juventud de ambos, sobre su amistad. Fabio, sin embargo, tendría ganas de verle.

—Más adelante. Quizá. ¿Cómo está?

—Igual. Como nosotros. Como tú, como Manu. Colgao. No hemos sabido qué hacer con nuestras vidas. Así que, policía o ladrón...

—Le tenías cariño, ¿verdad?

—Le tengo cariño, sí.

Sintió una puñalada en el corazón.

—¿Le has vuelto a ver?

—Hace tres meses que no.

Cogió el bolso y una chaqueta de lino blanco. Seguía sin dejar de mirarla.

—Debajo de la almohada —soltó por fin. Le notó en la cara que le divertía verle sorprendido—. Lo demás está en el cajón del aparador.

Y sin decir nada más, se marchó. Levantó la almohada. Allí estaba la 9 mm. Se la había mandado a Lole en un paquete antes de salir de París. Los metros, las estaciones rebosaban de policías. La Francia republicana había decidido blanquear al máximo: inmigración cero. El nuevo sueño francés. En caso de control no quería problemas. O no de este tipo. Ya llevaba documentación falsa.

La pistola. Regalo de Manu cuando cumplió veinte años. Por aquel entonces Manu ya empezaba a descontrolar. Nunca se había separado de la pistola, pero tampoco la había utilizado. No se mata a alguien así como así. Ni bajo amenazas. Como había ocurrido alguna vez en algún que otro sitio. Siempre había otra solución. Eso es lo que creía. Y todavía estaba vivo. Pero hoy, la necesitaba. Para matar.

Eran algo más de las ocho. Había parado de llover y, al salir del edificio, el aire caliente le pegó en plena cara. Después de una larga ducha, se puso un pantalón negro de algodón, un polo negro y una cazadora vaquera. Volvió a calzarse los mocasines, pero sin calcetines. Se fue por la rue du Panier.

Era su barrio. Había nacido allí. En la rue des Petits-Puits, a dos pasajes de la casa

natal de Pierre Puget^[1]. Cuando llegó a Francia, su padre vivió primero en la rue de La Chanté. Huían de la miseria y de Mussolini. Tenía veinte años e iba cargando con dos hermanos. *Nabos*, napolitanos. Otros tres habían embarcado hacia Argentina. Hicieron el trabajo que no querían hacer los franceses. Su padre consiguió colocarse de estibador, cobrando al céntimo. «El perro del muelle» era el insulto. Su madre trabajaba en el dátil, catorce horas al día. Por la noche, los *nabos* y los *babis*, los del norte, se reunían en la calle. Colocábamos la silla delante de la puerta. Charlábamos de ventana a ventana. Como en Italia. La buena vida, vaya.

No reconoció su casa. También rehabilitada. Se la había pasado de largo. Manu era de la Rue Baussenque. Un edificio oscuro y húmedo en el que se instaló su madre, embarazada de él, con dos de sus hermanos. A José Manuel, su padre, lo habían fusilado los franquistas. Inmigrantes, exiliados, todos aterrizaban un día u otro en una de estas callejuelas. Con los bolsillos vacíos y con el corazón lleno de esperanza. Cuando llegó Lole, con su familia, Manu y él eran ya mayores. Dieciséis años. O por lo menos era lo que hacían creer a las chicas.

Vivir en el Panier era la vergüenza. Desde el siglo pasado. Era el barrio de los marineros, de las putas. El cáncer de la ciudad. El gran lupanar. Y para los nazis, que habían soñado con destruirlo, *un foco de degeneración para el mundo occidental*. Su padre y su madre conocieron allí la humillación. Orden de expulsión en plena noche. El 24 de enero de 1943. Veinte mil personas. Una carretilla improvisada para apilar unas cuantas cosas. Gendarmes franceses violentos y soldados alemanes socarrones. Tener que empujar la carretilla al amanecer por la Canebière, bajo la mirada de los que iban a trabajar. En el instituto los señalaban con el dedo. Hasta los hijos de los obreros, los de la Belle de Mai. Pero no se dejaban mucho rato. ¡Les partían los dedos! Manu y él sabían de sobra que el cuerpo y la ropa les olían a moho. El olor del barrio. A la primera chica a la que besó seguro que se le quedó ese olor en la garganta. Pero les daba igual. Amaban la vida. Eran guapos. Y sabían pelearse.

Se metió por la rue du Refuge, para volver a bajar. Seis moros, entre catorce y diecisiete años, estaban comentando la jugada. Al lado de un vespino rutilante, nuevo. Lo miraron mientras se acercaba. Sin bajar la guardia. Cara nueva en el barrio igual a peligro. Poli. Soplón. O el nuevo propietario de una finca rehabilitada que iría a quejarse de inseguridad ciudadana al ayuntamiento. Vendría la pasma. Controles, días en comisaría. Quizás hostias. Marrones. Una vez a su altura, echó una mirada al que tenía pinta de cabecilla. Una mirada directa, franca. Breve. Después continuó. No se movió ni uno. Se habían entendido.

Cruzó la Place de Lenche, desierta, después bajó hacia el puerto. Se paró en la primera cabina telefónica. Batisti descolgó.

—Soy el amigo de Manu.

—Hola, mozo. Pásate mañana a tomar el vermut por Le Péano. Hacia la una. Me

hará ilusión conocerte. Hasta luego, chavalote.

Colgó. Nada charlatán, Batisti. Ni tiempo para decirle que él hubiera preferido cualquier otro sitio. Pero allí no. No en Le Péano. El bar de los pintores. Ambrogiani expuso allí sus primeros lienzos. Después de él vendrían otros, en su órbita. Pálidos imitadores. Era también el bar de los periodistas. De todas las tendencias. *Le Provençal* la agencia *France Presse, Libération*. El pastís tiende puentes entre los hombres. Allí era donde se esperaba por la noche la última hora de los periódicos antes de pasar al salón interior a escuchar jazz. Tocaron allí los Petrucciani, padre e hijo. Con Aldo Romano. Y, lo que se dice noches, hubo unas cuantas. Intentaba comprender lo que era su vida. Esa noche Harry estaba al piano.

—Uno no entiende más que lo que quiere entender —soltó Lole.

—Sí. Y yo necesito urgentemente airearme la vista.

Manu vino con la enésima ronda. A partir de las doce ya ni las contábamos. Tres whiskies dobles. Se sentó y levantó la copa sonriendo por debajo del bigote.

—Por los novios.

—Tú, cállate la boca —repuso Lole.

Os examinó como a animales extraños, después os olvidó por la música. Lole te miraba. Te acabaste la copa. Lentamente. Con aplicación. Tu decisión estaba tomada. Te ibas a marchar. Te levantaste y saliste tambaleándote. Te ibas. Te fuiste. Sin una palabra para Manu, el único amigo que te quedaba. Sin una palabra para Lole, que acababa de cumplir veinte años. A la que amabas. A la que amabais. El Cairo, Yibuti, Aden, El Harar. El itinerario de un adolescente tardío. Luego, la pérdida de la inocencia. De Argentina a Méjico. Al final, Asia, para concluir con las ilusiones. Y una orden de detención internacional pegada al culo por tráfico de obras de arte.

Volvías a Marsella por Manu. Para ajustar cuentas con el hijo de puta que lo había matado. Salía de Chez Félix, una tasca en la rue Caisserie donde comía a mediodía. Lole le esperaba en Madrid, en casa de su madre. Él se iba a embolsar una buena pasta. Por un golpe limpio en casa de un gran abogado marsellés, Eric Brunel, en el Boulevard Longchamp. Habían decidido irse a Sevilla. Y olvidarse de Marsella y de los malos rollos.

No se la tenías jurada al autor de esa cabronada. Matón a sueldo, sin duda. Anónimo. Frío. De Lyon, o de Milán. Y al que no encontrarías. Se la tenías jurada al saco de mierda que había encargado aquello. Matar a Manu. No querías saber por qué. No necesitabas razones. Ni una sola siquiera. Manu era como si fueras tú.

El sol le despertó. Las nueve. Se quedó tumbado boca arriba y se fumó el primer cigarrillo. No había dormido tan profundamente desde hacía meses. Siempre soñaba con que dormía en un lugar distinto de donde estaba. En un puticlub de El Harar. En la cárcel de Tijuana. En el expreso Roma-París, En cualquier sitio. Pero siempre en

uno distinto. Esa noche había soñado que dormía en casa de Lole. Y estaba en casa de Lole. Como en su propia casa. Sonrió. Apenas la había oído llegar, cerró la puerta de su habitación. Estaba dormida en sábanas azules reconstruyendo su sueño roto. Siempre le faltaba un trozo. Manu. A no ser que ese trozo fuera él mismo. Pero hacía tiempo que había descartado esa idea. Y no era adjudicarse un mal papel. Veinte años eran más que un luto.

Se levantó, hizo café y se dio una ducha. De agua caliente. Se sentía mucho mejor. Con los ojos cerrados debajo del chorro, se puso a imaginar que Lole venía a su encuentro. Como antes. Se abrazaba a su cuerpo. Su sexo contra el suyo. Le pasaba las manos por la espalda, por las nalgas. Se empalmó. Abrió el agua fría gritando.

Lole puso uno de los primeros discos de Azuquita. *Pura salsa*. Sus gustos no habían cambiado. Él esbozó unos pasos de baile, y eso la hizo sonreír. Ella se acercó para besarle. En ese movimiento, él se fijó en sus pechos. Como peras que esperan a ser cogidas. No apartó la vista a tiempo. Sus miradas se encontraron. Ella se quedó inmóvil, se apretó más el cinturón del albornoz y se fue hacia la cocina. Se sintió patético. Pasó una eternidad. Lole volvió con dos tazas de café.

—Ayer por la noche un tío me preguntó por ti. Si estabas por aquí. Un amigo tuyo. Malabe. Franckie Malabe.

No conocía a ningún Malabe. ¿Un poli? Lo más seguro un soplón. No le hacía gracia que se acercaran a Lole. Pero al mismo tiempo le tranquilizaba. Los polis de las aduanas sabían que había vuelto a Francia, pero no sabían dónde estaba. Todavía no. Lo intentaban con las pistas que tenían. Le hacía falta todavía algo de tiempo. Quizás un par de días. Todo dependía de lo que le vendiera Batisti.

—¿Por qué estás aquí?

Cogió la cazadora. Ante todo no contestar. No enzarzarse en las preguntas-respuestas. Sería incapaz de mentirle. Incapaz de explicarle por qué iba a hacer aquello. Ahora no. Tenía que hacerlo. Igual que un día tuvo que irse. Nunca había encontrado respuestas para sus preguntas. Sólo había preguntas. No respuestas. Eso es lo que había aprendido. Nada más. No era gran cosa, pero era más seguro que creer en Dios.

—Olvida la pregunta.

A su espalda, Lole abrió la puerta y gritó:

—Nunca he sacado nada en limpio con no preguntar.

Por fin habían demolido el parking de dos pisos del cours d'Estienne d'Orves. El antiguo canal de las galeras se había convertido en una hermosa plaza. Habían restaurado las casas, pintado las fachadas, pavimentado el suelo. Una plaza a la italiana. Los bares y restaurantes tenían todos terraza. Mesas blancas y sombrillas.

Como en Italia, para dejarse ver. Pero de elegancia, nada. Le Péano también tenía su terraza, bastante llena ya. La mayoría, jóvenes. Bien arreglados. Habían remodelado el interior. Decoración a la última. Fría. Reproducciones en lugar de cuadros. De vomitar. Aunque casi mejor. Así podía mantener los recuerdos a raya.

Se puso en la barra. Pidió un pastís. En la sala, una pareja. Una prostituta con su chulo. O vete tú a saber. Hablaban bajito. Su charla era más bien animada. Apoyó un codo en el mostrador todo nuevito y se puso a controlar la entrada.

Pasaban los minutos. No entraba nadie. Pidió otro pastís. Se oyó «hijo de puta». Un ruido seco. Las miradas se volvieron hacia la pareja. Silencio. La mujer salió corriendo. El hombre se levantó, dejó un billete de cincuenta francos y salió detrás de ella.

En la terraza, un hombre plegó el periódico que estaba leyendo. De unos sesenta y tantos. Gorra de marinero en la cabeza. Pantalón azul de algodón, camisa blanca de manga corta por fuera. Zapatillas azules. Se levantó y fue hacia él. Batisti.

Pasó la tarde reconociendo el lugar. El señor Charles, como le llamaban en el hampa, vivía en una de esas villas señoriales que dominan la Corniche. Villas imponentes con campanillas y columnas, y jardines con palmeras, adelfas e higueras. Una vez pasado el Roucas Blanc, la calle que serpentea por esta pequeña colina, empieza un arabesco de caminos, a veces casi sin asfaltar. Cogió el autobús, el 55, hasta la place des Pilotes, arriba de la última cuesta. Después continuó a pie.

Podía ver toda la bahía. Desde L'Estaque hasta la Pointe-Rouge. Las islas del Frioul, del Château d'If. Marsella en cinemascopio. Una hermosura. Emprendió la bajada, de frente al mar. No estaba más que a dos villas de la de Zucca. Miró la hora. 16 h 58. Las verjas de la villa se abrieron. Apareció un Mercedes negro, aparcó. Él pasó delante de la villa, del Mercedes y continuó hasta la rue des Espérettes, que corta el chemin du Roucas Blanc. Cruzó. Diez pasos más y llegaría a la parada del autobús. Según los horarios, el 55 pasaba a las 17 h 05. Miró la hora y, apoyado en el poste, esperó.

El Mercedes dio marcha atrás bordeando la acera y se paró. A bordo, dos hombres, uno de ellos el chófer. Apareció Zucca. Debía de tener unos setenta años. Vestía con elegancia, como los viejos hampones. Sombrero de paja incluido. Llevaba de la correa a un caniche blanco. Precedido por el perro, bajó hasta el paso de peatones de la rue des Espérettes. Se paró. El autobús estaba llegando. Zucca cruzó. Por la sombra. Después bajó el chemin du Roucas Blanc, pasando por delante de la parada del bus. El Mercedes salió en primera.

Las informaciones de Batisti bien valían cincuenta mil francos. Había anotado todo minuciosamente. No faltaba ni un detalle. Zucca daba este paseo todos los días, excepto los domingos. Tenía a la familia. A las seis, el Mercedes lo devolvía a la

villa. Pero Batisti ignoraba por qué Zucca la había tomado con Manu. En ese sentido, no había manera de progresar. Tenía que haber una relación con el atraco al abogado. Empezó a decirse eso. Pero, en realidad, le importaba un huevo. El único que le interesaba era Zucca. El señor Charles.

Le horrorizaban esos viejos hampones. Culo y mierda con la pasma, con los magistrados. Siempre impunes. Orgullosos. Condescendientes. Zucca tenía el careto de Brando en *El Padrino*. Tenían todos ese mismo careto. Aquí, en Palermo, en Chicago. Y donde fuera. En todas partes. Y él tenía ahora a uno de éstos en el punto de mira. Iba a cargarse a uno. Por amistad y para liberar el odio.

Estaba hurgando entre las cosas de Lole. La cómoda, los armarios. Había vuelto algo borracho. No buscaba nada en concreto. Hurgaba como si fuera a descubrir un secreto. Sobre Lole, sobre Manu. Pero no había nada que descubrir. La vida se les había escurrido entre las manos, más rápido que el dinero.

En un cajón, encontró un montón de fotos. Era lo único que les quedaba. Le dio asco. Estuvo a punto de largarlo todo a la basura. Pero estaban esas tres fotos. La misma por triplicado. A la misma hora, en el mismo sitio. Manu y él, Lole y Manu. Lole y él. Era al final del gran muelle. Detrás del puerto de mercancías. Para ir hasta allí había que burlar la vigilancia de los guardas. Para eso sí que éramos buenos, pensó. Detrás de ellos, la ciudad. Como telón de fondo, las islas. Salíais del agua. Desfondados. Felices. Saciados de barcos alejándose bajo la puesta de sol. Lole leía *Exil* de John Perse, en voz alta. *Les milices du vent dans les sables d'exil*^[2]. A la vuelta, le cogiste la mano a Lole. Te atreviste. Antes que Manu.

Esa noche dejasteis a Manu en el bar de Lenche. Todo se había venido abajo. Adiós a las risas. A las palabras. Os bebisteis los pastís en un incómodo silencio. El deseo os había alejado de Manu. Al día siguiente, hubo que ir a buscarle a comisaría. Había pasado la noche allí. Por provocar una pelea con dos legionarios. No podía abrir el ojo derecho. Tenía la boca hinchada. Un labio partido. Y moratones por todas partes.

—¡Les he partido la cara a dos! ¡Y bien partida!

Lole le besó en la frente. Se abrazó a ella y se echó a llorar.

—Joder, qué duro —dijo.

Y se quedó dormido, así, en las rodillas de Lole.

Lole le despertó a las diez. Había dormido profundamente, pero sentía la boca pastosa. El olor a café invadía la habitación. Lole se sentó en el borde de la cama. Le rozó el hombro con la mano. Le posó los labios en la frente, luego en la boca. Un beso furtivo y tierno. Si la felicidad existiera, acababa de acariciarla.

—Se me había olvidado.

—Si es verdad lo que dices, ¡sal inmediatamente de aquí!

Le tendió una taza de café, se levantó para ir a buscar la suya. Sonreía. Feliz. Como si la tristeza no se hubiera despertado.

—No quieres sentarte. Como hace un rato.

—Yo, el café...

—Te lo tomas de pie, ya lo sé.

Sonrió otra vez. No se cansaba nunca de esa sonrisa, de su boca. Se quedó colgado de sus ojos. Brillaban como aquella noche. Le subiste la camiseta, luego te subiste tú la camisa. Juntasteis vuestros vientres uno al otro y os quedasteis así, sin hablar. Sólo vuestra respiración. Y sus ojos que no te soltaban.

—No me abandonarás nunca.

Se lo juraste.

Pero te fuiste. Manu se quedó. Y Lole esperó. Pero Manu se quedó quizá porque alguien tenía que velar por Lole. Y Lole no se fue contigo porque abandonar a Manu le parecía injusto. A Ugo le dio por pensar en estas cosas. Desde la muerte de Manu. Porque tenía que volver. Y allí estaba. Marsella se le estaba subiendo a la garganta. Con el regusto de Lole.

Los ojos de Lole brillaron más fuerte. Con una lágrima contenida. Adivinaba que él estaba tramando algo. Y que algo iba a cambiar su vida. Tuvo el presentimiento después del entierro de Manu. Durante las horas pasadas con Fabio. Eso era lo que presentía. Y era capaz también de presentir los dramas. Pero no diría nada. Le tocaba hablar a él.

Echó mano al sobre acolchado que estaba al lado de la cama.

—Esto es un billete para París. Hoy. En el TGV^[3] de las 13 h 54. Esto, un resguardo de consigna manual. Estación de Lyon^[4]. Esto, lo mismo, pero en la estación de Montparnasse. Dos maletas que recoger. En cada una, metidos entre ropa vieja, hay cien mil papeles. Esto, la tarjeta de un estupendo restaurante en Port-Mer, cerca de Cancale, Bretaña. Por detrás, el teléfono de Marine. Un contacto. Puedes preguntarle todo lo que quieras. Pero no le regatees los precios de sus servicios. Te he reservado una habitación en el hotel des Marronniers, en la rue Jacob. A tu nombre, para cinco noches. Habrá una carta para ti en la recepción.

No pestañeó. Paralizada. Poco a poco los ojos se le habían vaciado de toda expresión. Su mirada ya no transmitía nada.

—Y yo ¿puedo opinar algo en toda esta historia?

—No.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

Para decir todo lo que había que decir habrían hecho falta siglos. Podía resumirlo en una palabra, en una frase. Lo siento. Te quiero. Pero ya no tenían tiempo. O, más

bien, el tiempo los había dejado atrás. El futuro estaba detrás de ellos. Delante, no había más que recuerdos. Arrepentimientos. Levantó los ojos hacia ella con el mayor desapego posible.

—Vacía tu cuenta bancaria. Destruye tu tarjeta. Y tu talonario. Cambia de identidad lo antes posible. Marine te lo apañará.

—¿Y tú? —articuló ella con dificultad.

—Te llamo mañana por la mañana.

Miró la hora, se levantó. Pasó junto a ella evitando mirarla y fue al cuarto de baño. Después de entrar, echó el cerrojo. No tenía ganas de que Lole viniera a ducharse con él. En el espejo se vio la cara. No le gustaba. Se sentía viejo. Ya no sabía sonreír. Le había salido un pliegue de amargura en las comisuras de los labios que ya no se borraría jamás. Iba a cumplir cuarenta y cinco años y este día iba a ser el más chungo de su vida.

Oyó el primer acorde de guitarra de *Entre dos aguas* de Paco de Lucía. Lole subió el volumen. Estaba fumando con los brazos cruzados delante del equipo.

—Ahora te pones nostálgica.

—Vete a la mierda.

Cogió la pistola, la cargó, puso el seguro y se la caló en la espalda, entre la camisa y el pantalón. Ella se dio la vuelta y siguió cada uno de sus gestos.

—Date prisa. No me gustaría que perdieras ese tren.

—¿Qué vas a hacer?

—La voy a montar. Supongo.

El motor del vespino daba vueltas al ralentí. Sin pegar ni un petardazo. 16 h 51. Rue des Espérettes, debajo de la villa de Charles Zucca. Hacía calor. El sudor le chorreaba por la espalda. Tenía prisa por acabar con todo esto.

Había estado buscando a los moros toda la mañana. Cambiaban constantemente de calles. Era su regla. Probablemente no les servía de mucho, pero sin duda tenían sus motivos. Los había localizado en la rue Fontaine-de-Caylus, que se había transformado en una plaza, con árboles, bancos. Estaban ellos solos. Aquí no se sentaba nadie del barrio. La gente prefería quedarse delante de su puerta. Los más mayores estaban sentados en las escaleras de una casa. Los más jóvenes, de pie. Con el vespino al lado. Cuando lo vieron llegar, el cabecilla se levantó, los otros se apartaron.

—Necesito tu moto. Para esta tarde. Hasta las seis. Dos mil en metálico.

Echó un vistazo alrededor. Ansioso. Contaba con que nadie viniera a coger el autobús. Si aparecía alguien, lo dejaba. Si dentro del autobús un pasajero tuviera intención de bajarse, eso, lo sabría ya demasiado tarde. Era un riesgo. Había decidido correrlo. Después pensó que, puestos a correr ese riesgo, por qué no correr el otro.

Empezó a calcular. El autobús se para. La puerta se abre. La persona sube. El bus arranca de nuevo. Cuatro minutos. No, ayer todo eso había durado tres minutos. Bueno, vale, pongamos que cuatro. Zucca ya habría cruzado. No, vería el vespino y le dejaría pasar. Vacío la cabeza de todo pensamiento contando y recontando los minutos. Sí, era posible. Pero luego aquello iba a ser una del Oeste. 16 h 59.

Bajó la visera del casco. Tenía la pistola bien agarrada en la mano. Y las manos secas. Aceleró, pero sólo un poco, para bordear la acera. La mano izquierda rígida en el manillar. Apareció el caniche seguido de Zucca. Un frío interior se apoderó de él. Zucca le vio llegar. Se paró en el bordillo, sujetando al perro. Se dio cuenta, pero demasiado tarde. Redondeó la boca sin emitir un solo sonido. Los ojos se le agrandaron. De miedo. Podría haberse conformado con eso. Con que se cagara en los pantalones. Apretó el gatillo. Con asco. De sí mismo, de Zucca. De los hombres. Y de la humanidad. Le vació todo el cargador en el pecho.

Delante de la mansión, el Mercedes salió a toda pastilla. Por la derecha llegaba el autobús. Sobrepasó la parada. Sin desacelerar. Puso la moto a tope y le cortó el paso rodeándolo. Casi se come la acera, pero logró pasar. El autobús dio un frenazo en seco, bloqueando el acceso de la calle al Mercedes. Salió a todo gas, giró a la izquierda, otra vez a la izquierda, el Chemin du Souvenir, luego la rue des Roses. Rue des Bois Sacres, tiró la pistola en una alcantarilla. Unos minutos más tarde circulaba tranquilo por la rue d'Endoume.

Sólo entonces se puso a pensar en Lole. Uno frente al otro. No había nada más que decir. Sentiste el deseo de su vientre contra el tuyo. El sabor de su cuerpo. Su olor. Menta y albahaca. Pero había demasiados años entre vosotros, y demasiado silencio. Y Manu. Muerto, y todavía tan vivo. Os separaban cincuenta centímetros. Sólo con estirar las manos podrías haberle estrechado la cintura para atraerla hacia ti. Ella podría haberse desatado el cinturón del albornoz. Deslumbrándote con la belleza de su cuerpo. Os habríais tomado con violencia. Con un deseo no saciado. Después, habría habido un después. Encontrar las palabras. Palabras que no existían. Después la habrías perdido. Para siempre. Te marchaste. Sin un adiós. Sin un beso. Una vez más.

Estaba temblando. Frenó delante del primer bar, en el boulevard de la Corderie. Como un autómata, cendió la moto, se quitó el casco. Se metió un coñac. Sintió el fuego recorriéndole hasta el fondo. Empezó a sudar. Corrió hacia el baño, para vomitar al fin. Vomitar sus actos y sus pensamientos. Vomitar a ese que era él. El que abandonó a Manu. El que no tuvo coraje para amar a Lole. Un ser a la deriva. Desde hacía tanto tiempo. Demasiado tiempo.

Lo peor, sin duda, lo tenía delante. Al segundo coñac ya no temblaba. Había vuelto en sí.

Aparcó en la Fontaine-de-Caylus. Los moros no estaban. Eran las 18 h 20.

Extraño. Se quitó el casco, lo colgó en el manillar, pero sin apagar el motor. El más joven llegó dando patadas a un balón.

Chutó hacia él.

—Ábrete, que viene la pasma. Están controlando en la puerta de tu piba.

Arrancó y subió por la callejuela. Debían de estar vigilando los pasajes. Montée-des-Accoules, Montée-Saint-Esprit, traverse des Repenties. Place de Lenche, por supuesto. Se olvidó de preguntar a Lole si había vuelto Frankie Malabe. A lo mejor tenía alguna posibilidad tirando por la rue des Cartiers, arriba del todo. Dejó el vespino y bajó las escaleras corriendo. Eran dos. Dos polis jóvenes de paisano. Al pie de las escaleras.

—Policía.

Oyó la sirena, un poco más arriba, en la calle. Acorralado. Portazos de coche. Estaban llegando. Por la espalda.

—¡No te muevas!

Hizo lo que tenía que hacer. Metió la mano bajo la cazadora. Había que acabar con esto. Dejar de huir. Ahí estaba. En su casa. En su barrio. Mejor que fuera allí. Marsella, para acabar. Apuntó hacia los dos polis jóvenes. Los de detrás no podían ver que no llevaba arma. La primera bala le agujereó la espalda. Le explotó el pulmón. No sintió las otras dos balas.

Donde hasta para perder hay que saber pegarse

Me agaché ante el cadáver de Pierre Ugolini. Ugo. Acababa de llegar al lugar de los hechos. Demasiado tarde. Mis colegas habían estado jugando a los vaqueros. Cuando disparaban, mataban. Tan sencillo como eso. Discípulos del general Custer. El indio bueno es el indio muerto. Y, en Marsella, no había más indios que éstos, más o menos.

El expediente Ugolini había ido a parar al despacho equivocado. Al del comisario Auch. En pocos años su equipo se había labrado una mala reputación, pero se la habían ganado a pulso. Llegado el caso, se hacía la vista gorda ante sus patinazos. La represión de la alta delincuencia era, en Marsella, una prioridad. La segunda, el mantenimiento del orden en los barrios del norte. Las afueras, con la inmigración. Las *cités*^[5] prohibidas. Ése era mi curro. Pero yo no podía permitirme meteduras de pata.

Ugo era un viejo colega de la infancia. Como Manu. Un amigo. Aunque Ugo y yo lleváramos veinte años sin hablarnos. Manu, Ugo, era como si se me acribillara el pasado. Quería haberlo evitado. Pero me lo había montado mal.

Cuando me enteré de que Auch era el encargado de la investigación sobre la presencia de Ugo en Marsella, puse a uno de mis confites al tanto. Franckie Malabe. Me fiaba de él. Si Ugo venía a Marsella, iría a casa de Lole. Era evidente. Pese al tiempo transcurrido. Y Ugo estaba seguro de que vendría. Por Manu. Por Lole. La amistad tiene sus reglas, no se pueden violar. A Ugo le estaba esperando. Desde hacía tres meses. Porque también a mí me parecía que la muerte de Manu no podía quedarse así. Hacía falta una explicación. Hacía falta un culpable. Y una justicia. Quería verme con Ugo para hablar de eso. De la justicia. Yo, el poli, y él, el fuera de la ley. Para dejarnos de hostias. Para protegerlo de Auch. Pero, para encontrar a Ugo, tenía que localizar a Lole. Tras la muerte de Manu, le había perdido la pista.

Franckie Malabe fue eficaz. Pero la primicia de sus informaciones se la regaló a Auch. A mí no me llegaron más que bajo cuerda, y al día siguiente. Después de que él rondara a Lole en el Vamping. Auch era poderoso. Duro. Los confites le temían. Y los confites iban descaradamente a lo suyo, como putas. Tendría que haberlo pensado.

El otro error fue no haber ido yo mismo, la otra noche, a ver a Lole. A veces me falta valor. No acabé de decidirme a plantarme así, sin más, en el Vamping, tres meses después. Tres meses después de aquella noche que siguió a la muerte de Manu.

Lole ni me hubiera dirigido la palabra. Puede ser. Puede ser que, al verme, hubiera comprendido el mensaje. Un mensaje que Ugo sí habría comprendido.

Ugo. Me miraba fijamente con sus ojos muertos y una sonrisa en los labios. Le cerré los párpados. La sonrisa sobrevivió. Sobreviviría.

Me incorporé. La cosa empezaba a moverse a mi alrededor. Orlandi se acercó, para las fotos. Miré el cuerpo de Ugo. Con la mano abierta y, en la misma dirección, la Smith & Wesson, que se le había escurrido al escalón. Foto. ¿Qué había ocurrido en realidad? ¿Se disponía a abrir fuego? ¿Le dieron los altos de rigor? No lo sabré nunca. O en el infierno, un día, cuando me encuentre con Ugo. Porque, testigos, sólo habrá los que elija Auch. Los del barrio cerrarán el pico. Su palabra no valía nada. Volví la vista. Auch acababa de hacer su aparición. Se me acercó.

—Lo siento por tu colega, Fabio.

—Que te den por culo.

Subí por la rue des Cartiers. Me crucé con Morvan, el tirador de elite del equipo. Un careto a lo Lee Marvin. Un careto de matón, no de poli. Puse todo el odio que pude en la mirada. No bajó la vista. Para él, yo no existía. No era nada. Nada más que un poli de barrio.

En lo alto de la calle, unos moros se estaban quedando con la escena.

—Largo, nenes.

Se miraron. Miraron al más viejo de la banda. Miraron el vespino que estaba en el suelo, detrás de ellos. El vespino abandonado por Ugo. Cuando lo cazaron, yo estaba en la terraza del bar du Refuge. Vigilando la casa de Lole. Al final había decidido pasar a la acción. Estaba pasando demasiado tiempo. Empezaba a ser peligroso. No había nadie en el piso. Pero yo estaba dispuesto a esperar a Lole o a Ugo el tiempo que hiciera falta. Ugo pasó a dos metros de mí.

—¿Cómo te llamas?

—Yamal.

—¿Es tuyo el vespino? —no contestó—. Recógelo y te abres, ahora mientras están liados.

No se movió ninguno. Yamal me miraba, perplejo.

—Además, lo limpias. Y lo escondes unos días. ¿Te has enterao?

Me di media vuelta y fui hacia el coche. Me encendí un cigarro, un Winston, y lo tiré en el acto. Un sabor asqueroso. Llevaba un mes intentando pasarme de los Gauloises al rubio para toser menos. Me aseguré por el retrovisor de que el vespino y los moros se habían evaporado. Cerré los ojos. Tenía ganas de echarme a llorar.

De vuelta a la oficina me contaron lo de Zucca. Y lo del matón del vespino. Zucca no era un «capo» de la mafia, sino un pilar, esencial, desde que los jefes estaban muertos, en la cárcel o fugados. Zucca muerto era un chollo para nosotros, los polis.

Bueno, para Auch. Lo relacioné en seguida con Ugo. Pero no le dije nada a nadie. ¿Qué más daba? Manu estaba muerto. Ugo estaba muerto. Y Zucca no se merecía ni una lágrima.

El ferry para Ajaccio abandonó la dársena 2. El *Monte d'Oro*. La única ventaja de la oficina cutre que tenía en el edificio de la policía era la ventana que daba al puerto de la Joliette. Lo de los ferries es prácticamente la única actividad que queda en el puerto. Ferries para Ajaccio, Bastia, Argel. También algunos paquebotes. Para cruceros de la tercera edad. Y mucha mercancía todavía. Marsella seguía siendo el tercer puerto de Europa. Muy por delante de Génova, su rival. Al final del malecón Léon Goussset, los palets de plátanos y piñas de Costa de Marfil se me antojaban una promesa de esperanza para Marsella. La última.

El puerto interesaba tremendamente a los promotores inmobiliarios. Doscientas hectáreas para construir. Una verdadera mina. Imaginaban que trasladarían el puerto a Fos y construirían una nueva Marsella a la orilla del mar. Ya tenían los arquitectos, y los proyectos iban viento en popa. Yo no podía concebir Marsella sin sus dársenas, sus viejos hangares, sin barcos. Me gustaban los barcos. Los de verdad, los grandes. Me gustaba verlos desplazarse. Me daba un vuelco el corazón cada vez. El *Ville de Naples* salía del puerto. Todo iluminado. Yo estaba en el muelle. Con las lágrimas en los ojos. A bordo, Sandra, mi prima. Con sus padres, sus hermanos, habían hecho escala dos días en Marsella. Volvían a Buenos Aires. Estaba enamorado de Sandra. Yo tenía nueve años. No había vuelto a verla nunca. Nunca me escribió. Afortunadamente no era mi única prima.

El ferry se adentró en el muelle de la Joliette. Se deslizó por detrás de la catedral de La Major. El sol del atardecer daba por fin un poco de calidez a la piedra gris, pesada y mugrienta. A esas horas del día era cuando La Major, con sus curvas bizantinas, alcanzaba su esplendor. Después volvía a ser lo de siempre: una presuntuosa cagada del Segundo Imperio. Seguí el ferry con la vista. Manióbró con lentitud. Se situó en paralelo al dique Sainte-Marie. Mirando a alta mar. Para los turistas, que habían transitado todo un día por Marsella, quizás una noche, empezaba la travesía. Mañana por la mañana estarían en la isla de Beauté. De Marsella guardarán el recuerdo del Vieux-Port. De Notre-Dame de Carde, que lo domina. De la Corniche, a lo mejor. Y del palacio del Pharo, que ahora descubrían a su izquierda.

Marsella no es una ciudad para turistas. No hay nada que ver. Su belleza no se fotografía. Se comparte. Aquí hay que tomar partido. Apasionarse. Estar a favor o en contra. Estar, hasta las cachas. Y sólo así lo que hay que ver se deja ver. Y entonces, demasiado tarde, uno se encuentra de lleno en pleno drama. Un drama antiguo, donde el héroe es la muerte. En Marsella, incluso para perder, hay que saber pegarse.

El ferry ya no era más que una mancha oscura en el crepúsculo. Yo era demasiado poli para tomarme la realidad al pie de la letra. Algunos detalles se me escapaban.

¿Por quién se había enterado Ugo tan rápido de lo de Zucca? ¿Había ordenado Zucca de verdad la muerte de Manu? ¿Por qué? ¿Y por qué Auch no le había echado el guante a Ugo ayer por la noche? ¿O esta mañana? ¿Y dónde estaba Lole a esa hora?

Lole. Como Manu y Ugo, no la había visto crecer. Hacerse mujer. Y, como ellos, me enamoré de ella. Pero sin poder pretenderla. Yo no era del Panier. Nací allí, pero al cumplir dos años mis padres se instalaron en la Capelette, un barrio de macarroni^[6]. De Lole, uno podía aspirar a ser amigo-amigo, y eso con mucha suerte. Mi suerte fueron Manu y Ugo. Por ser amigo de los dos.

Todavía tenía familia en el barrio, en la rue des Cordelles. Dos primos y una prima. Angele. Gélou era mayor. Casi diecisiete años. Venía a casa a menudo. Ayudaba a mi madre, que ya apenas se levantaba. Después yo tenía que acompañarla. No había mucho peligro por aquel entonces, pero a Gélou no le gustaba volver sola. A mí me encantaba pasearme con ella. Era guapa y me sentía muy orgulloso cuando me daba el brazo. El problema era cuando llegábamos a Les Accoules. No me gustaba pasearme por el barrio. Estaba sucio, apestaba. Me daba vergüenza. Y, sobre todo, me daba mucho acojono. No con ella. Al volver, solo. Gélou lo sabía y le hacía gracia. No me atrevía a pedir a sus hermanos que me acompañaran. Me marchaba casi corriendo. Mirando hacia abajo. A menudo había críos de mi edad en la esquina de la rue du Panier con la rue des Muettes. Les oía reírse a mi paso. A veces me silbaban, como a una chica.

Una tarde, era el final del verano, Gélou y yo subíamos por la rue des Petits Moulins. Cogidos del brazo. Como dos enamorados. Su pecho me rozaba la mano. Eso me ponía a tope. Era feliz. Luego los vi, a los dos. Me había cruzado con ellos ya varias veces. Debíamos de tener la misma edad. Catorce años. Venían hacia nosotros con una sonrisa retorcida en la boca. Gélou me apretó el brazo con fuerza y sentí en la mano el calor de su pecho.

Al pasar nosotros se separaron. El más grande se puso al lado de Gélou. El más pequeño, a mi lado. Me empujó con el hombro riéndose a carcajadas. Solté el brazo de Gélou:

—¡Qué te pasa, espingüino^[7]!

Se dio la vuelta sorprendido. Le di un puñetazo en el estómago que lo dejó doblado. Después lo enderecé con un zurdazo en toda la cara. Uno de mis tíos me había enseñado a boxear un poco, pero era la primera vez que me pegaba con alguien. Se quedó tirado en el suelo, recobrando el aliento. El otro ni se movió. Gélou tampoco. Ella miraba, atemorizada. Y subyugada, creo. Me acerqué, amenazante:

—Qué, espingüino, ¿quieres más?

—No es para que le llames así —me dijo el otro por detrás.

—¿Y tú que eres? ¿Macarroni o qué?

—¿Y a ti qué más te da?

Sentí que el suelo se hundía bajo mis pies. Sin incorporarse me hizo un gancho en la pierna. Me caí de culo. Se me echó encima. Vi que tenía el labio partido. Le sangraba. Rodamos uno encima del otro. Los olores de meadas y de mierda se me metían por la nariz. Me dieron ganas de llorar. De parar. De apoyar la cabeza entre los pechos de Gélou. Después sentí que me arrastraban con violencia por la espalda, a collejas. Un hombre nos separaba tratándonos de golfos, que hasta acabaríamos «en la trena». No los volví a ver. Hasta septiembre. Coincidimos en la misma escuela en la rue des Remparts. En clase de CAP^[8]. Ugo vino a darme la mano. Luego Manu. Hablamos de Gélou, Para ellos era la más guapa de todo el barrio.

Eran más de las doce cuando llegué a casa. Vivía fuera de Marsella. Les Goudes. El ante último puertecito antes de las calas.

Se bordea La Corniche, hasta la playa del Roucas Blanc, luego se sigue por la orilla. La Vieille-Chapelle. La Pointe-Rouge. La Campagne Pastrée. La Grotte-Roland. Tantos barrios como pueblos. Luego la Madrague^[9] de Montredon. Marsella llega hasta ahí. Al parecer. Una pequeña carretera sinuosa, tallada en la roca blanca, cuelga sobre el mar. Al fondo, cobijado entre áridas colinas, el puerto de Les Goudes. La carretera se termina un kilómetro más allá. En Cállelongue, impasse des Muets. Detrás, las calas de Sormiou, Morgiou, Sugitton, En-Vau. Auténticas maravillas. De las que no hay en toda la costa. Sólo se puede ir a pie. O en barco. Eso es lo mejor. Después, mucho después, viene el puerto de Cassis. Y los turistas.

Mi casa es una cabaña. Como casi todas las casas de aquí. Cuatro ladrillos, unas tablas y unas cuantas tejas. La mía estaba construida sobre la roca, encima del mar. Dos habitaciones. Una pequeña habitación y un gran comedor-cocina amueblados con sencillez, con cacharros de aquí y de allá. Una sucursal de los traperos de Emaús. Mi barco estaba amarrado ocho escaleras más abajo. Un barco de pesca. Un *pointu*^[10] que había comprado a Honorine, mi vecina. La cabaña la había heredado de mis padres. Era su única propiedad. Y yo, su único hijo.

Veníamos los sábados, en familia. Había grandes platos de pasta, con salsa, con alondras descabezadas y albóndigas de carne cocida en esa misma salsa. El olor a tomate, a albahaca, a tomillo, a laurel, inundaba las habitaciones. Las botellas de vino rosado circulaban entre risas. Las comidas acababan siempre con canciones, primero las de Marino Marini, o de Renato Carosone, luego canciones populares. Y al final, siempre, *Santa Lucía*, que la cantaba mi padre.

Después los hombres se ponían a jugar la partida, les duraba toda la noche. Hasta que uno de ellos se enfadaba y tiraba las cartas. «¡Buenoo! ¡Va a haber que hacerle una sangría a éste!», gritaba uno. Y vuelta al cachondeo. Poníamos los colchones en el suelo. Los compartíamos. Los niños dormíamos en la misma cama, a lo ancho.

Apoyaba la cabeza en los pechos incipientes de Gélou y me dormía feliz. Como un niño. Con sueños de mayor.

Las juergas terminaron tras la muerte de mi madre. Mi padre no volvió a poner los pies en Les Goudes. Todavía hace treinta años, ir a Les Goudes suponía toda una excursión. Había que coger el 19, en la place de la Préfecture, en la esquina de la rue Armeny, hasta la Madrague de Montredon. Allí continuábamos la ruta en un viejo autocar cuyo conductor superaba con creces la edad de la jubilación. Con Manu y Ugo, empecé a ir hacia los dieciséis años. No llevábamos nunca a las chicas. Era nuestra guarida. La nuestra. Nos llevábamos a la cabaña todos nuestros tesoros. Libros, discos. Nos inventábamos el mundo. A nuestra medida y a nuestra imagen. Pasamos días enteros leyéndonos unos a otros las aventuras de Ulises. Después, cuando caía la noche, sentados en las rocas, en silencio, soñábamos con sirenas de hermosos cabellos que cantaban «entre las negras rocas chorreantes de espuma blanca». Y maldecíamos a los que habían matado a las sirenas.

El gusto por los libros nos lo inculcó Antonin, un viejo ácrata, dueño de una librería de lance del Cours Julien. Nos chupábamos las clases para ir a verle. Nos contaba historias de aventureros, de piratas. El mar Caribe. El mar Rojo. Los mares del sur. A veces paraba, se hacía con un libro y nos leía un pasaje. Como prueba de lo que nos anticipaba. Después nos lo regalaba. El primero fue *Lord Jim* de Conrad.

Fue allí también donde escuchamos a Ray Charles por primera vez. En el viejo Teppaz de Gélou. Era el LP del concierto de Newport. *What'd I Say* y *I've got a woman*. Brutal. No parábamos de poner el disco una y otra vez. A tope. Honorine estalló.

—¡Madre mía! ¡Nos vais a volver micos! —gritó desde su terraza. Y, con los puños en las caderotas, me amenazó con irle con el cuento a mi padre. Y yo sabía de sobra que ella no lo había vuelto a ver desde la muerte de mi madre, pero estaba tan furiosa que la creímos capaz de hacerlo. Aquello hizo que bajáramos el volumen. Y, además, a Honorine le teníamos cariño. Se preocupaba siempre por nosotros. Venía a ver si «necesitábamos algo».

—¿Y vuestros padres saben que estáis aquí?

—Segurísimo que sí —le contestaba yo.

—¿Y no os han preparado nada para comer?

—Que son muy pobres...

Nos moríamos de risa. Ella se encogía de hombros y se iba sonriendo. Cómplice como una madre. La madre de tres hijos que nunca había tenido. Al rato volvía con una merienda. O una sopa de pescado, cuando nos quedábamos a dormir allí, el sábado por la noche. El pescado lo pescaba Toinou, su marido. A veces, nos llevaba en su barco. Por turnos. Él me metió la afición por la pesca. Y ahora yo tenía su barco debajo de mi ventana, el *Trémolino*.

Estuvimos viniendo a Les Goudes hasta que nos separó la mili. Hicimos el campamento juntos. En Toulon, después en Fréjus, en el Ejército Colonial. Entre cabos de cara rajada y podridos de medallas. Supervivientes de Indochina y Argelia que todavía soñaban con pegar tiros. Manu se quedó en Fréjus. Ugo se fue a Numea. Y yo a Yibuti. Después no volvimos a ser los mismos. Nos habíamos hecho hombres. Desengañados y cínicos. Un tanto amargos también. No teníamos nada. Ni siquiera un CAP. No teníamos futuro. Sólo la vida. Pero la vida sin futuro era todavía menos que nada.

De currelillos de mierda nos cansamos en seguida. Una mañana nos plantamos en Kouros, una empresa de construcción del valle del Huveaune, en la carretera de Aubagne. Teníamos cara de mala leche, como cada vez que había que levantar cabeza poniéndose a currar. La víspera nos habíamos fundido toda la billetera al póquer. Hubo que levantarse pronto, coger el bus, escaquearse para no pagar, pillarle tabaco a un transeúnte. Una ruina de mañana. El griego nos propuso 142 francos con 57 céntimos a la semana. Manu se quedó pálido. No era exactamente el ridículo sueldo lo que le tocaba los cojones, eran los 57 céntimos.

—¿Está usted seguro de lo de los 57 céntimos, señor Kouros?

El dueño se quedó mirando a Manu como quien mira a un retrasado mental, luego a Ugo y a mí. Sabíamos cómo se las gastaba nuestro Manu. Fijo que la cosa se iba a poner chungu.

—No son ni 56 ni 58. Ni 59, ¿eh? Son 57. 57 céntimos, ¿no?

Kouros lo confirmó, sin entender nada. Era una buena tarifa, pensó. 142 francos con 57 céntimos. Manu le metió una hostia. Violenta y bien colocada. Kouros se cayó de la silla. La secretaria dio un grito, después se puso a chillar. Unos tipos desembarcaron en el despacho. Bronca total. Y nosotros en clara desventaja. Hasta que llegó la pasma. Por la noche nos dijimos que ya valía, que había que pasar a cosas serias. Ponernos por nuestra cuenta. Eso es lo que había que hacer. ¿A lo mejor podíamos volver a abrir la tienda de Antonin? Pero no teníamos pasta para eso. Planeamos un golpe. Atracar una farmacia de guardia. Un estanco. Una gasolinera. La idea era hacerse con un pequeño peculio. De mangar, sabíamos un rato. Libros en Tacussel en La Cannebière, discos en Raphaél, en la calle Montgrand o, si no, ropa en el Magasin General o en Aux Dames de France, en la calle Saint-Ferréol. Casi era un juego. Pero de atracar no teníamos ni idea, Aún no. Íbamos a aprender pronto. Pasamos días enteros elaborando estrategias, localizando el sitio ideal.

Una noche nos juntamos en Les Goudes. Ugo cumplía veinte años. Miles Davis tocaba *Rouge*. Manu sacó un paquete de la mochila y se lo puso delante a Ugo.

—Tu regalo.

Una automática 9 mm.

—¿Dónde has pillao eso?

Ugo miró el arma sin atreverse a tocarla. Manu se echó a reír, volvió a meter la mano en la mochila y sacó otra arma. Una Beretta 7.65.

—Con esto vamos preparaos —miró a Ugo, después a mí—. No he podido conseguir más que dos. Pero no importa. Nosotros entramos, tú conduces el buga. Te quedas al volante. Controlas que no haya incordios. Pero no hay peligro. El lugar está desierto a partir de las ocho. El tipo es un viejo. Y está solo.

Era una farmacia. En la calle des Trois-Mages, una callejuela no lejos de La Cannebière. Yo iba al volante de un Peugeot 204 que había levantado por la mañana en la rue Saint-Jacques, en un barrio de burgueses. Manu y Ugo se calaron una gorra de marinero hasta las orejas y se pusieron un pañuelo en la cara. Saltaron del coche, como en el cine. El tipo primero levantó las manos, después abrió la caja. Ugo cogía el dinero mientras Manu apuntaba al viejo con la Beretta. Media hora después brindábamos en Le Péano. ¡Por nosotros, colegas! ¡Ronda para todo el mundo! Habíamos pillado mil setecientos francos. Una buena cifra para aquellos tiempos. El equivalente a dos meses en Kouros, incluidos los céntimos. Tan simple como eso.

En seguida empezamos a llenarnos los bolsillos de dinero. Y a derrocharlo sin control. Chicas. Coches. Juergas. Acabábamos las noches donde los gitanos, en L'Estaque. Bebiendo y oyéndoles tocar. Parientes de Zina y Kali, las hermanas de Lole. Lole, por aquel entonces, acompañaba a sus hermanas. Acababa de cumplir 16 años. Se quedaba en una esquina, acurrucada, en silencio. Ausente. Casi no comía y bebía sólo leche.

Nos olvidamos rápido de la tienda de Antonin. Nos dijimos que ya veríamos más adelante, que bueno, que un poco de vidilla no venía mal. Y que quizá no era una buena idea lo de esa tienda. ¿Cuánta pasta nos haríamos? No mucha, teniendo en cuenta la miseria en la que terminó Antonin. Quizás un bar era mejor. O una discoteca. Yo aguantaba. Gasolineras, estancos, farmacias. Saqueamos el departamento desde Aix hasta Les Martigues. Una vez nos estiramos incluso hasta Salon-de-Provence. Yo seguía aguantando. Pero cada vez con menos entusiasmo. Como en el póquer, fingiendo.

Una noche volvimos a las andadas con una farmacia. En la esquina de la place Sadi-Camot y la rue Mery, no lejos del Vieux-Port. El farmacéutico hizo un gesto. Sonó una alarma.

Y estalló el tiroteo. Desde el coche vi al tipo desplomándose.

—Písale —me dijo Manu metiéndose detrás en el coche.

Llegué a la place Mazeau. Me parecía oír las sirenas de la policía no muy lejos, detrás. A la derecha, le Panier. Ni una calle, todo escaleras. A mi izquierda, la rue de la Guirlande, dirección prohibida. Tiré por la rue Caissière, luego por la rue Saint-Laurent.

—¿Estás gilipollas o qué? Esto es una ratonera.

—¡Tú sí que estás gilipollas! ¿Por qué has disparado?

Paré el coche en el impasse Belle-Marinière. Señalé las escaleras que había entre los edificios nuevos.

—Nos abrimos por aquí. A pie —Ugo todavía no había dicho nada—. ¿Qué tal, Ugo?

—Hay unos cinco mil. Es nuestro mejor golpe.

Manu se fue por la rue des Martégales. Ugo por la avenue Saint-Jean. Yo, por la rue de la Loge. Pero no me junté con ellos en Le Péano, como ya era costumbre. Volví a casa y vomité. Después me puse a beber. A beber y a llorar. Mirando la ciudad desde el balcón. Oía a mi padre roncando. El viejo las había pasado putas, había sufrido, pero yo nunca sería tan feliz como él. Completamente borracho, en la cama, juré que, si el tipo salía de aquélla me hacía cura y que, si no salía, me hacía poli. Tonterías, pero lo juré. Al día siguiente me alisté en el Colonial, para tres años. El tipo no estaba ni vivo ni muerto, sino paralítico para siempre. Pedí volver a Yibuti. Fue entonces cuando vi a Ugo por última vez.

Todos nuestros tesoros estaban aquí, en la cabaña. Intactos. Los libros, los discos. Y yo era el único superviviente.

«Te he hecho *foccacha*», había escrito Honorine en un trocito de papel. La *foccacha* recuerda al *croque-monsieur*^[11], pero con masa de pizza. En el interior se pone lo que te apetece. Y se sirve caliente. Esa noche era jamón serrano y mozzarella. Como todos los días desde la muerte de Toinou, hace tres años, Honorine me había preparado comida. Acababa de cumplir setenta años y le gustaba cocinar. Pero no podía cocinar más que para un hombre. Yo era su hombre. Y me encantaba. Me instalé en el barco, la *foccacha* y una botella de cassis blanco, un *Clos Boudard 91* a mi lado. Salí a remo para no alterar el sueño de mis vecinos; después, pasado el dique, puse el motor y me dirigí hacia la isla Maïre.

Tenía ganas de estar ahí. Entre el cielo y el mar. Delante de mí, toda la bahía de Marsella se extendía como una luciérnaga. Dejé flotar el barco. Mi padre había guardado los remos. Me cogió de las manos y me dijo: «No tengas miedo». Me zambulló en el agua hasta los hombros. La barca estaba inclinada hacia mí y me encontré su cara a la altura de la mía. Me sonreía. «Qué gusto, ¿eh?». Le dije que sí con la cabeza. Nada convencido. Me volvió a zambullir en el agua. Era verdad que daba gusto. Era mi primer contacto con el mar. Acababa de cumplir cinco años. Yo situaba aquel baño por esta zona y aquí volvía cada vez que me ganaba la tristeza. Como se busca el reencuentro con la primera imagen de la felicidad.

Esa noche, triste sí que estaba. La muerte de Ugo se me había quedado atravesada en el corazón. Estaba angustiado y solo. Más que nunca. Sin ningún miramiento, cada

año tachaba de mi libreta al amigo que decía alguna frase racista. Despreciaba a aquellos que ya sólo soñaban con un coche nuevo y vacaciones en el Club Mediterráneo. Olvidaba a todos los que jugaban a la lotería. Me gustaba la pesca y el silencio. Caminar por las colinas. Beber cassis^[12] fresco. Lagavulin, u Oban, por la noche, tarde. Hablaba poco. Tenía opinión sobre todo. La vida, la muerte. El Bien, el Mal. Estaba loco por el cine. Me apasionaba la música. No leía ya las novelas de mis coetáneos. Y, por encima de todo, me repugnaban los tibios, los blandos.

Esto había seducido a bastantes mujeres. No supe conservar a ninguna de ellas. Siempre se repetía la misma historia. Lo que les gustaba de mí tenían que empezar a cambiarlo apenas instaladas en las sábanas nuevas de una vida en común. «No hay quien te cambie», dijo Rosa, cuando se iba, hace seis años. Lo había intentado durante dos años. Yo había resistido. Mejor aún que con Muriel, Carmen y Alice. Y, de repente, una noche, me encontraba otra vez ante un vaso vacío y un cenicero lleno de colillas.

Me bebí el vino a morro. Otra vez una de esas noches en que no entendía por qué era policía. Desde hacía cinco años me habían destinado a la BSS^[13]. Una unidad de polis sin formación encargados de hacer reinar el orden en la periferia. Tenía experiencia, sangre fría y era un tío tranquilo. El tipo ideal al que enviar a partirse la cara después de unas cuantas chapuzas muy sonadas. A Lahauri ben Mohamed, un joven de diecisiete años, se lo cargaron en un rutinario control de identidad. Las asociaciones antirracistas pusieron el grito en el cielo. Los partidos de izquierda se movilizaron. Lo de siempre. Pero no era más que un moro. Nada que supusiera mandar al carajo los Derechos Humanos. No. Pero cuando se cargaron en febrero de 1988 a Charles Dovero, hijo de un taxista, la ciudad se conmocionó. Un francés, joder. Eso sí que era una auténtica metedura de pata. Había que tomar medidas. Me tocó a mí. Asumí mis funciones con la cabeza llena de ilusiones. Con ganas de explicar, de convencer. De dar respuestas, a ser posible buenas. De ayudar. Ese día empecé a *patinar* según la expresión de mis compañeros de trabajo. Cada vez menos poli. Cada vez más educador de calle. O asistente social. O algo así. Desde entonces perdí la confianza de mis jefes y me hice bastantes enemigos. Es verdad que ya no se produjeron más chapuzas y que no aumentó la pequeña delincuencia, pero mis «trofeos» no eran muy gloriosos: ningún arresto espectacular, ningún súper golpe mediático. Rutina. Eso sí, bien gestionada.

Las reformas, numerosas, acrecentaron mi aislamiento. No salieron más destinos para la BSS y, una mañana, me encontré con que ya no tenía ningún poder. Desposeído por la Brigada Criminal, la Brigada Antidroga, la Brigada Antiprostitución, la Brigada Antiemigración Clandestina. Sin contar la Brigada de Represión de la Alta Delincuencia, que dirige Auch con brío. Me convertí en un poli de la periferia que veía pasar de largo todas las investigaciones. Desde el Colonial

sólo sabía hacer eso, ser poli. Y nadie me había puesto otro reto. Pero sabía que mis compañeros tenían razón, estaba *patinando*. Me estaba convirtiendo en un policía peligroso. Para nada uno de esos que serían capaces de disparar por la espalda a un quinqui para salvar el pellejo de un compañero.

El contestador parpadeaba. Era tarde. Todo podía esperar. Me di una ducha. Me serví un vaso de Lagavulin, puse un disco de Thelonius Monk y me acosté con *Within the Tides*, de Conrad. Se me cerraron los ojos. Monk continuó en solitario.

Donde hasta sin solución apostar supone esperar

Aparqué el R5 en el parking de La Paternelle. Una *cit * magrebí. No era la más dura. No era la peor. Acababan de dar las diez y hacía ya mucho calor. Aquí el sol podía pegar con ganas. Ni un  rbol. Nada. Los bloques. El parking. El descampado. Y a lo lejos el mar. L'Estaque y su puerto. Como otro continente. Me acordaba de que Aznavour cantaba: *La mis re est moins dure au soleil*^[14]. Seguro que nunca se había dado un pase to por aquí. Por este amasijo de mierda y hormigón.

En cuanto aterricé en las *cités* empecé a tratarme con quinquis, yonquis y macarras. Los más marginales, los que hielan la sangre. Los que acojonan a la gente. No a la del centro, sino a la de las propias *cités*. Los quinquis: adolescentes muy metidos ya en la delincuencia. Atracadores, camellos, chantajistas: algunos, de apenas diecisiete años, acumulan a veces hasta dos años de cárcel, acompañados de una libertad condicional de varios años. Durillos de pronto fácil. Cutres. En cuanto a los yonquis, no se meten en l os. Excepto si tenemos en cuenta que les hace falta pasta a menudo y, por ese motivo, pueden hacer cualquier gilipollez. Llevaban todas las de perder. El careto que tenían era toda una declaración.

Los macarras: son tipos tranquilos. Nada de tonterías. Nada de antecedentes penales. Se matriculan en formación profesional, pero no van, mejor para todos: se descargan las clases y hay profesores de sobra. Pasan las tardes en la FNAC o en Virgin. Levantan un cigarrillo por aquí, veinte durillos por all . Un buscarse la vida sano. Hasta el día en que se ponen a soñar con ir en BMW, porque están quemados de coger el autobús. O cuando les viene «la iluminación» de la droga. Y se obcecan.

Luego están todos los que fui descubriendo más tarde. Una manada de críos sin otra historia que la de haber nacido all . Y moros. O negros, o gitanos. Comoranos. Estudiantes de instituto de todas las categorías, trabajadores interinos, parados, soplapollas públicos, deportistas. Su adolescencia era como caminar por la cuerda floja. Pero con la diferencia de que tenían todas las de caerse.  D nde? Esa era la lotería. Nadie lo sabía. Mangui, macarra, yonqui. Tarde o temprano se enterarían. De momento, se dejaban pescar por nimiedades. Por no llevar el billete del autobús, por montar bronca a la salida del colegio, por mangar una chorrada en el supermercado.

De eso hablaban en Radio Gal re, la radio sucia que lava el cerebro. Una radio de *tchatche*^[15] que o a habitualmente en el coche. Esper  hasta el final del programa con

la puerta abierta.

—¡Nuestros viejos no pueden ayudarnos más, joder! Mira, yo, por ejemplo. Voy a hacer dieciocho tacos, ¿vale? Joder, necesito unos cincuenta o cien los viernes por la noche. Normal, ¿no? En mi casa somos cinco. ¿De dónde te crees tú que se va a sacar mi viejo los quinientos? O sea, que, en general, no digo que yo, pero... un joven tendrá que...

—Robar carteras por ahí, ¿o no?

—Venga, no te pases.

—Ya. Y el tío al que le levantan la pasta tiene clarísimo que ha sido un moro y de golpe va y se hace del Frente Nacional.

—Y eso sin ser racista, ¿eh?

—Que podía haber sido, yo qué sé, portugués, francés. Gitano.

—¡O suizo! ¡Qué hostias! Ladrones hay de todas partes.

—Ya es chungo, pero en Marsella hay que reconocer que es más veces un moro que un suizo.

Desde que me encargaba de la periferia había pillado a auténticos criminales, a unos cuantos yonquis y atracadores. Flagrantes delitos, carreras de persecución por las *cités* o las circunvalaciones. Acababan en Les Baumettes, la gran treña marsellesa. Lo hacía sin piedad, sin odio tampoco. Pero siempre con una duda. La cárcel, a las dieciocho primaveras, seas quien seas, te parte la vida. Cuando atracábamos con Manu y Ugo, los riesgos ni nos los planteábamos. Nos sabíamos las reglas. Juegas. Si ganas, bien. Si pierdes, qué le vas a hacer. Si no, mejor quedarse en casa.

Las reglas seguían siendo las mismas. Pero los riesgos se multiplicaban por cien. Y las cárceles rebosaban de menores. Seis por adulto, ya me lo sabía. Una cifra para echarse a llorar.

Una decena de críos se perseguían tirándose piedras como puños de grandes. «Mientras tanto no van haciendo tonterías por ahí». Las tonterías, era cuando había que llamar a la poli. Todo esto no era más que la versión júnior de *Ok Corral*. Delante del edificio C12, seis moros, entre doce y diecisiete años, comentaban la jugada. En el metro y medio de sombra que proporcionaba el edificio. Vieron que me acercaba. Sobre todo el más mayor. Rachid. Empezó a mover la cabeza y a resoplar, convencido de que mi mera presencia era el principio de algún mal rollo. No tenía intención de decepcionarle. Lancé para la galería:

—¿Qué?, ¿dando clase al aire libre?

—Es que hoy toca jornada pedagógica. Sestán dando clase entrellos —dijo el más joven.

—Sí, a ver si tienen cojones de meternos algo en el coco —insistió otro.

—Guay. Y estáis practicando un poco, supongo.

—¡Oye, oye! ¡Qué no hacemos nada malo! —soltó Rachid.

Para él la escuela se había terminado hacía mucho tiempo. Lo habían echado de Formación Profesional. Después de amenazar a un profe que le había tratado de subnormal. Pero era un buen chaval. Estaba esperando para unas prácticas. Como la mayoría en las *cités*. En eso consistía el futuro, en esperar un cursillo de algo, de lo que fuera. Y era mejor que no esperar nada en absoluto.

—Que yo no digo nada. Simplemente me informo —llevaba un chandal con los colores del Olympique de Marsella, azul y blanco. Palpé el tejido—. ¡Hala! Pero si es nuevecito y todo.

—Passa, lo he pagao. Me lo ha compraio la vieja.

Lo cogí por el hombro y me lo llevé fuera del grupo. Sus amigos me miraron como si acabara de violar la ley, dispuestos a pegar voces.

—Oye, Rachid, voy al B7, allá, ¿ves? Al quinto. A casa de Mulud Laarbi. ¿Sabes quién es?

—Sí, y qué.

—Me voy a quedar como una hora o así.

—¿Y a mí qué?

Le hice dar unos cuantos pasos más, hacia mi coche.

—Ahí delante está mi buga. Me vas a decir que no es la bomba, vale. Pero le tengo cariño. No me gustaría que le pasara nada. Ni una raya. O sea, que lo controlas y, si te entran ganas de mear, te organizas con tus colegas. ¿Vale?

—Oiga, que yo no soy el vigilante.

—Pues entrénate. A lo mejor hay algún puesto pa ti —le apreté en el hombro un poco más—. Ni una raya, ¿eh, Rachid? Si no...

—Passa, no hago nada. ¿Me va acusar de qué?

—De lo que me dé la gana, Rachid. Soy poli. No se te habrá olvidao, ¿no?

Le pasé la mano por la espalda.

—Si te echo la mano al culo, aquí, al bolsillo de atrás, ¿con qué me encuentro?

Se apartó enérgicamente. Nervioso. Yo sabía que no llevaba nada. Sólo quería asegurarme.

—‘tengo nada, ‘mí no me va eso.

—Ya. Y, además, eres un pobre morito al que le anda jodiendo un cabrón de madero. ¿Sí o no?

—No he dicho nada deso.

—Ya, pero es lo que estás pensando. Contrólame bien el coche, Rachid.

El B7 se parecía a todos los demás. El portal estaba guarrete. Se habían cargado la bombilla a pedradas. Apeataba a meadas. Y el ascensor no funcionaba. Cinco pisos. Para subirlos a pie, y seguro que no se subía al paraíso. La noche anterior Mulud me había dejado un recado en el contestador. Sorprendido, al principio, por la voz

grabada, soltó primero unos «¡oiga!, ¡oiga!», luego hubo un silencio, después el mensaje. «Po favor, tinis qui venir, sñor Montale. Es por Leila».

Leila era la mayor de los tres hijos de Mulud. Kader y Dris, los otros dos. Quizás habría tenido más, pero Fatima, su mujer, murió en el parto de Dris. Mulud. El sueño de la inmigración era su sueño. Fue uno de los primeros en ser contratados en los astilleros de Fos-sur-Mer en 1970.

Fos era El Dorado. Trabajo había para siglos. Se estaba construyendo un puerto que atraería a grandes metaneros, fabricas donde se colaría el hierro de toda Europa. Mulud estaba orgulloso de participar en esta aventura. Le encantaban esas cosas, construir, fabricar. Forjó su familia y su vida con esta imagen. Nunca obligó a sus hijos a apartarse de los demás, a no relacionarse con franceses. Sólo a evitar las malas compañías. A respetarse a sí mismos. A adquirir unos modales. Y llegar a lo más alto posible. Integrarse en la sociedad sin renegar de ellos mismos. Ni de su raza, ni de su pasado.

«Cuando éramos pequeños», me confió un día Leila, «nos hacía recitar después de él: *Alla Akbar, La ilah illa Allah, Mohamed rasas Allah, ayya illa salat, Ayya illa el Fallah*. No entendíamos nada. Pero nos gustaba oírlo. Se parecía a lo que contaba de Argelia». En aquella época Mulud era feliz. Había instalado a su familia en Portle-Bouc, entre Les Martigues y Fos. En el ayuntamiento se portaron bien con él y consiguió rápido un buen piso de protección oficial, en la avenue Maurice Thorez. El curro era duro, y cuantos más árabes había, mejor funcionaba. Eso era lo que pensaban los veteranos de los astilleros a los que habían vuelto a contratar en Fos. Italianos, la mayoría sardos, griegos, portugueses, algunos españoles. Mulud se afilió a la CGT. Era un trabajador y necesitaba crearse una familia que le comprendiera, que le ayudara, que le defendiera. «Esta es la más grande», le dijo Gutiérrez, el delegado sindical. Y añadió: «Después del astillero, habrá cursillos para entrar en la siderurgia. Con nosotros, tienes asegurado tu puesto en la fábrica».

A Mulud le gustaba eso. Se lo creía a pies juntillas. Gutiérrez se lo creía también. Todas las ciudades de alrededor se lo creían y estaban construyendo casas de protección a marchas forzadas, escuelas, carreteras, para acoger a todos los trabajadores de este El Dorado. Francia también se lo creía. Al primer lingote de hierro colado, Fos se quedó en mero espejismo. El ultimo gran sueño de los años sesenta. La más cruel de las desilusiones. Millones de hombres se quedaron en la estacada. Y entre ellos Mulud. Pero no se desanimó.

Con la CGT, hizo huelga, ocupó el astillero y se pegó con los antidisturbios, que vinieron a desalojarlos. Por supuesto, perdieron. No se gana nunca contra la arbitrariedad económica de los de traje y corbata. Dris acababa de nacer. Fatima había muerto. Y Mulud, fichado como agitador, nunca encontró un buen trabajo. Sólo trabajillos. En este momento era manipulador de alimentos en Carrefour. Cobrando el

salario mínimo. Después de tantos años. Pero «era una oportunidad», decía. Mulud era así, creía en Francia.

Fue en la comisaría de policía de zona donde Mulud, una noche, me contó su vida. Con orgullo. Para que yo le entendiera. Le acompañaba Leila. Fue hace un par de años. Yo acababa de interrogar a Dris y a Kader. Unas horas antes, Mulud había comprado pilas para el transistor que sus hijos le habían regalado. Pilas a granel. Las pilas no funcionaban. Kader bajó a la droguería, en el boulevard, para cambiarlas. Dris iba con él.

—Que no sabéis cómo funciona y punto.

—Sí que sé, que no es el primero que tengo, oiga.

—Sí, los árabes os lo sabéis siempre todo.

—Es de mala educación, señora, que diga eso.

—Yo soy educada cuando me da la gana. Y desde luego no con moros de mierda como vosotros. No hago más que perder el tiempo. Coge tus pilas. Que para empezar son usadas y no las has comprado aquí.

—Las ha comprado mi padre antes.

Su marido surgió de la trastienda con una escopeta de caza.

—¡Vete a buscar al mentiroso de tu padre! Se las va a tragar las putas pilas —tiró las pilas al suelo—. ¡Largarlos de aquí! ¡Qué sois unos mamones!

Kader empujó a Dris fuera de la tienda. Después, todo pasó demasiado deprisa. Dris, que todavía no había dicho nada, cogió una piedra gorda y la lanzó contra el escaparate. Se marchó corriendo, seguido de Kader. El tipo salió de la tienda y les disparó sin darles. Diez minutos después, unos cien chavales estaban asediando al droguero. Hicieron falta dos horas y una furgoneta antidisturbios para calmar la cosa. Ni muertos ni heridos, pero yo llevaba un cabreo enorme. Mi misión consistía precisamente en no tener que llamar a los antidisturbios. Que no hubiera motines, ni provocaciones, y, sobre todo, que no hubiera meteduras de pata.

Escuché al droguero.

—Hay demasiados moros, ése es el problema.

—Están aquí, no los ha traído usted. Ni yo tampoco. Están aquí y hay que convivir.

—¿Usted está con ellos o qué?

—No me joda, Varounian. Que ellos son árabes y usted armenio, hombre.

—Y bien orgulloso de serlo. ¿Tiene usted contra los armenios?

—Nada. Contra los árabes tampoco.

—Ya. ¿Y entonces qué? El centro está que parece Argel o Orán. ¿Ha estado usted allí? Yo sí. Y apesta lo mismo —le iba dejando hablar—. Antes te chocabas con un moraco por la calle y te pedía perdón. Ahora va y te dice: «¡Podías pedir perdón!». Lo que pasa es que son unos chulos. Se han creído que están en su casa, joder.

En seguida se me acabaron las ganas de seguir oyendo. Y de discutir. Me daba asco. Y siempre lo mismo. Escucharle era como leer *Le Méridional*. El periódico de extrema derecha destilaba odio a diario. «Tarde o temprano», habían llegado a escribir, «habrá que contratar a los antidisturbios, a las unidades móviles, a los perros policía, para destruir las *kasbahs* marselesas». La cosa iba a explotar si no se hacía algo. Estaba claro. Yo no tenía la solución. Nadie la tenía. Había que esperar. No resignarse. Apostar. Creer que Marsella sobreviviría a esa nueva mezcla humana. Que renacería. Marsella se había visto en otras peores.

Mandé a cada uno para su casa. Con una multa por «desorden en la vía pública», precedida de una moralina. Varounian se fue el primero.

—De los polis como usted, ya nos reiremos —dijo abriendo la puerta—. Pronto. En cuanto estemos en el poder.

—Adiós, señor Varounian —replicó Leila, con arrogancia.

La fusiló con la mirada. No estaba seguro, pero creo que le oí mascullar «guarra» entre dientes. Sonreí a Leila. Unos días después me llamó al despacho para darme las gracias y para invitarme a su casa a tomar el té, el domingo. Acepté. Mulud me había caído bien.

Actualmente, Dris era aprendiz en un taller, en la rue Roger Salengro. Kader trabajaba en París, en casa de un tío suyo que llevaba una tienda de ultramarinos en la rue de Charonne. Leila estaba en la facultad, en Aix-en-Provence. Terminaba este año una licenciatura de Filosofía y Letras. Mulud era feliz otra vez. Sus hijos se iban colocando. Estaba orgulloso de ellos, sobre todo de su hija. Yo le comprendía. Leila era inteligente, a gusto consigo misma, y guapa. El vivo retrato de su madre, me dijo Mulud. Y me enseñó una foto de Fatima, de Fatima y él en el Vieux-Port. Su primer día juntos después de un montón de años. Había ido a buscarla allí para traerla al paraíso.

Mulud abrió la puerta. Tenía los ojos rojos.

—Ha desaparecido, Leila, ha desaparecido.

Mulud preparó el té. No tenía noticias de Leila desde hacía tres días. No lo solía hacer. Yo lo sabía. Leila respetaba a su padre. A él no le gustaba que se pusiera vaqueros, que fumara, que se tomara un aperitivo. Se lo decía. Lo hablaban, se peleaban, pero él nunca le había impuesto sus ideas. Confiaba en Leila. Por eso la autorizó a coger una habitación en la residencia universitaria de Aix. A vivir independiente. Llamaba cada dos días y venía los domingos. A menudo se quedaba a dormir. Dris le dejaba el sofá del salón y se acostaba con su padre.

—Puede ser que haya suspendido. Y le dé vergüenza... Que esté ahí sola, llorando. Que no se atreva a volver.

—Puede ser.

—Tendrías que ir a buscarla, señor Mántale. Decirle que no pasa nada.

Mulud no se creía ni una palabra de lo que estaba diciendo. Yo tampoco. Si hubiera suspendido la tesina habría llorado, sí. Pero de ahí a encerrarse en su habitación, eso no, no me lo podía creer. Y además, yo estaba convencido de que la había aprobado. *Poesía y deber de identidad*. La había leído hacía quince días, y me había parecido un trabajo extraordinario. Pero yo no era el tribunal y Leila era árabe.

Se había inspirado en un escritor libanés, Salah Stétié, y había desarrollado algunos de sus argumentos. En su tesina tendía puentes entre Oriente y Occidente. Por encima del Mediterráneo. Y recordaba que las *Mil y una noches*, bajo los rasgos de Simbad el Marino, dejaban translucir tal o cual episodio de la *Odisea*, y el ingenio que se le atribuía a Ulises y a su astuta sabiduría.

Me gustó sobre todo su conclusión. Para ella, hija de Oriente, la lengua francesa se convertía en ese lugar en que el emigrante atraía hacia sí todas sus tierras y podía por fin apoyar las maletas. La lengua de Rimbaud, de Valéry, de Char, sabía mestizarse, afirmaba. El sueño de toda una generación de árabes franceses. En Marsella se hablaba ya un francés curioso, mezcla de provenzal, italiano, español, árabe, con una pizca de argot y una brizna de *verlan*^[16]. Y los chavales se entendían bien con todo esto. En la calle. En la escuela y en casa, ya era otra historia.

La primera vez que la fui a buscar a la facultad descubrí las pintadas racistas en las paredes. Injuriosas y obscenas. Me paré delante de la más lacónica: «Arabes y negros, ¡fuera!». Para mí la facultad fascista era la de Derecho. A quinientos metros de allí. ¡La estupidez humana se apoderaba también de las Letras! Uno había añadido, por si alguien no lo tenía claro: «los judíos también».

—Esto no debe de animar mucho para estudiar —le dije.

—Ya ni las veo.

—Sí, pero las tienes en la cabeza. ¿No?

Se encogió de hombros, encendió un Camel y me cogió del brazo para que nos alejáramos de allí.

—Algún día conseguiremos hacer valer nuestros derechos. Yo voto. Precisamente por ese motivo. Y ya no soy la única.

—Vuestros derechos, a lo mejor, pero votar no te va a cambiar la cara.

Me miró de frente con una sonrisa en la boca. Sus ojos negros chispeaban.

—¡Ah sí!, ¿qué le pasa a mi cara? ¿No te gusta o qué?

—Muy bonita —balbuceé yo.

Tenía un careto a lo Maria Schneider en *El último tango en París*. Igual de redonda, el pelo igual de largo y rizado, pero negro. Como sus ojos, con los que se puso a mirarme fijamente. Me puse colorado.

Estos dos últimos años vi a menudo a Leila. Sabía más sobre ella que su padre. Nos habíamos acostumbrado a comer juntos un mediodía a la semana. Me hablaba de su madre, a la que apenas había conocido. La echaba de menos. El tiempo no

solucionaba nada. Al contrario. El cumpleaños de Dris era cada año un mal trago que pasar. Para los cuatro.

—Ves, Dris, por eso se volvió, no malo, sino violento. Por culpa de esta maldición que cayó sobre él. Tiene un odio... Un día mi padre me dijo: «Si hubiera tenido que elegir, habría elegido a tu madre». Me dijo eso a mí porque era la única que lo podía entender.

—Sabes, el mío también me dijo lo mismo. Pero mi madre se salvó. Y yo estoy aquí. Hijo único y solo.

—La soledad es un ataúd de cristal —sonrió—. Es el título de una novela. ¿No la has leído? —sacudí la cabeza—. Es de Ray Bradbury. Una novela policíaca. Te la presto. Deberías leer novelas más contemporáneas.

—No me interesan. Les falta estilo.

—¡A Bradbury! ¡Fabio!

—A Bradbury, puede que no.

Y empezábamos las grandes discusiones sobre literatura. Ella, la futura profe de letras, y yo, el poli autodidacta. Los únicos libros que había leído eran los que nos había dado el viejo Antonin. Libros de viajes y aventuras. Y poetas también. Poetas marseleses, hoy olvidados. Emile Sicard, Toursky, Gérald Neveu, Gabriel Audisio y Louis Brauquier, mi favorito.

Por aquel entonces, la comida semanal no nos bastaba. Nos veíamos dos o tres veces a la semana. Cuando tenía libre o ella no hacía de canguro. Iba a buscarla a Aix, íbamos al cine y a cenar a algún sitio.

Nos lanzamos a un gran periplo por las cocinas extranjeras, lo que, desde Aix hasta Marsella, podía llevarnos unos cuantos meses. Nos dedicábamos a adjudicar estrellas por aquí, mala puntuación por allá. A la cabeza de nuestra selección, el Mil y Una Noches, en el boulevard d'Athènes. Se comía sentado en pufs, en una gran bandeja de cobre, oyendo raí. Cocina marroquí. La más refinada del Magreb. Servían la mejor *pstela*^[17] de palomo que he comido en mi vida.

Esa noche, propuse ir a cenar a Les Tamaris, un pequeño restaurante griego en la cala de Samena, no lejos de mi casa. Hacía calor. Un calor espeso, seco como a menudo a finales de agosto. Pedimos cosas sencillas: ensalada de pepino con yogur, hojas de parra rellenas, tarama, brochetas con cien especias, asadas en sarmiento de vid, con un chorro de aceite de oliva, queso de cabra. Todo eso regado con un retsina blanco.

Caminamos por una pequeña playa de piedras y nos sentamos en las rocas. Era una noche maravillosa. A lo lejos, el faro de Planier señalaba el cabo. Leila apoyó la cabeza en mi hombro. Su pelo olía a miel y especias. Deslizó su brazo bajo el mío para cogerme la mano. A su contacto sentí un escalofrío. No tuve tiempo de desenredarme de sus dedos. Se puso a recitar un poema de Brauquier, en árabe:

*Nous sommes aujourd'hui sans ombre et sans mystère,
Dans une pauvreté que l'esprit abandonne;
Rendez-nous le pêché et le goût de la terre
Qui fait que notre corps s'émeut, tremble et se donne*^[18].

—Lo he traducido para ti. Para que lo oigas en mi idioma.

Su idioma era también su voz. Dulce como el *halva*^[19]. Estaba conmovido. Volví la cara hacia ella. Lentamente, para mantener su cabeza en mi hombro. Y embriagarme con su olor. Vi el brillo de sus ojos apenas iluminados por el reflejo de la luna en el agua. Me dieron ganas de cogerla en mis brazos, de estrecharla contra mí. De besarla.

Yo no lo ignoraba, y ella tampoco, nuestros encuentros cada vez más frecuentes conducían a ese momento. Y yo temía ese momento. Conocía demasiado bien mis deseos. Sabía cómo acabaría todo aquello. En una cama. Luego, en lágrimas. No había hecho más que repetir fracasos. La mujer que yo buscaba tenía que encontrarla. Si existía. Pero no era Leila. No sentía por ella, tan joven, más que deseo. No tenía derecho a jugar con ella. No con sus sentimientos. Era demasiado maja para eso. La besé en la frente. Sentí en la pierna la caricia de su mano.

—¿Me llevas a tu casa?

—Te vuelvo a llevar a Aix. Es mejor para ti y para mi. No soy más que un viejo gilipollas.

—Me gustan también los viejos gilipollas.

—Déjalo estar, Leila. Búscate a alguien que no sea gilipollas. Y más joven.

Iba conduciendo mirando al frente. Sin que intercambiáramos ni una sola mirada. Leila fumaba. Puse una cinta de Calvin Russel. Podría haber cruzado toda Europa antes que coger el ramal de autopista que conducía a Aix. Russel cantaba *Rockin' the republicans*. Leila, todavía callada, paró la cinta antes de que Russel atacara el *Baby I love you*.

Enchufó otra que yo no conocía. Música árabe. Un solo de laúd. La música con la que había soñado para esta noche conmigo. El laúd se extendió por el coche como un olor. El olor apacible de los oasis. Dátiles, higos secos, almendras. Arriesgué una mirada hacia ella. Tenía la falda recogida en los muslos. Era bella, bella para mí. Sí, la deseaba.

—No deberías habérmelo permitido —dijo antes de bajar.

—¿Permitido qué?

—Que te amara.

Dio un portazo. Pero sin violencia. Justo con la tristeza y la cólera que la

acompaña. Hacía de esto un año. No nos habíamos vuelto a ver. No volvió a llamar. Estuve dándole vueltas a su ausencia. Hace quince días recibí por correo su tesina de fin de carrera. En una tarjeta, sólo estas palabras: «Para ti, hasta pronto».

—La voy a buscar, Mulud. No te preocupes —le puse mi mejor sonrisa. La del buen policía en quien se puede confiar. Me acordaba de Leila, hablando de sus hermanos me decía: «cuando es tarde y hay uno que no ha vuelto, nos preocupamos. Aquí puede pasar de todo». Yo sí que estaba preocupado.

Delante del C12, Rashid estaba solo, sentado en un monopatín. Cuando me vio salir del edificio, recogió el monopatín y desapareció por el portal. Seguramente se estaba cagando en mi madre y en mi puta raza. Pero eso no tenía ninguna importancia. En el aparcamiento, a mi coche no le habían hecho ni una sola raya.

Donde el honor de los supervivientes consiste en sobrevivir

Una bruma de calor envolvía Marsella. Circulaba por la autopista con las ventanas abiertas. Puse una cinta de B. B. King. El sonido a tope. Nada más que la música. No quería pensar. Todavía no. Sólo quería vaciarme la cabeza, rehuir ciertas ideas que afluían. Volvía de Aix y se confirmaban todos mis temores. Leila había desaparecido de verdad.

Vagué por una facultad desierta en busca de la secretaria. Antes de ir a la ciudad universitaria necesitaba saber si Leila había aprobado su tesina. La respuesta era sí. Con matrícula. Había desaparecido, después. Su viejo Fiat Panda rojo estaba en el aparcamiento. Eché un vistazo, pero no había nada pululando por el interior. O estaba averiado, cosa que no comprobé, y se había ido en autobús, o alguien había pasado a recogerla.

El vigilante, un hombrecillo rechoncho con una visera clavada en la cabeza, me abrió la habitación de Leila. Se acordaba de haberla visto llegar, no de que se hubiera vuelto a marchar. Pero él se había ausentado hacia las seis de la tarde.

—¿No habrá hecho nada malo?

—No, nada. Ha desaparecido.

—Joder —dijo, rascándose la cabeza—. Bien maja esta chiquilla. Y educada. No como algunas francesas.

—Es francesa.

—No me refería a eso, señor.

Se calló. Le había ofendido. Se quedó en la puerta mientras yo examinaba la habitación. No había nada que buscar. Sólo tener la convicción de que Leila no se había esfumado a Acapulco, sin más, para cambiar de aires. La cama estaba hecha. En el lavabo, cepillo de dientes, dentífrico, productos de belleza. En el armario, sus cosas, ordenadas. Una bolsa de ropa sucia. Encima de una mesa, hojas de papel, cuadernos y libros.

Allí estaba el que buscaba. *Le Bar d'escalé*, de Louis Braquier. La primera edición, de 1926, sobre papel verjurado puro Lafuma, editado por la revista *Le Feu*. Numerado con el 36. Se lo había regalado yo.

Era la primera vez que me separaba de uno de los libros que estaban en mi casa. Eran nuestros, de Manu, Ugo y míos. Representaban el tesoro de nuestra adolescencia. Siempre soñé con que un día nos reunieran a los tres. Un día en que Manu y Ugo me habrían perdonado por fin ser policía. Un día en que yo habría admitido que era más fácil ser poli que delincuente, y en el que podría abrazarlos como a hermanos con los que uno se reencuentra, con lágrimas en los ojos. Sabía que ese día leería ese poema de Braquier que terminaba con estos versos:

*Longtemps je t'ai cherché
nuit de la nuit perdue*^[20].

Los poemas de Braquier los habíamos descubierto en casa de Antonin. *Eau douce pour navire, L'au-delà de Suez, Liberté des mers*^[21].

Teníamos diecisiete años. Y en esa época, el viejo librero se reponía con dificultad de un ataque cardíaco. Por turnos, atendíamos la tienda. Mientras tanto no nos fundíamos toda la pasta en las máquinas. Y, encima, nos zambullíamos en nuestra gran pasión, los libros viejos. Las novelas, los relatos de viajes, los poemas que leí tenían un olor particular. El olor a bodega, a sótano. Un olor casi especiado, mezcla de polvo y humedad. Verdín. Los libros de hoy ya no tienen olor. Ni siquiera a imprenta.

La edición original de *Le Bar d'escal* la encontré una mañana vaciando cajas que Antonin no había abierto nunca. Me lo llevé. Hojeé el libro, que tenía las páginas amarillentas, lo cerré y me lo metí en el bolsillo. Miré al vigilante.

—Perdone por lo de antes. Estoy nervioso.

Se encogió de hombros. Como quien está acostumbrado a que le echen la bronca.

—¿La conocía usted?

No le contesté, pero le di mi tarjeta. Por si acaso.

Abrí la ventana y bajé la persiana. Estaba agotado. Soñaba con una cerveza fría. Pero antes de nada tenía que hacer un informe sobre la desaparición de Leila y comunicarlo al servicio de desaparecidos. Mulud tendría acto seguido que firmar la orden de búsqueda. Le llamé. Noté abatimiento en su voz. Toda la miseria del mundo que, en un segundo, te atrapa y de la que no te liberas jamás. «La encontraremos». No pude decir nada más. Palabras que se abrían sobre abismos. Me lo imaginaba delante de la mesa, sin moverse. Con los ojos perdidos.

A la imagen de Mulud se superponía la de Honorine. Esta mañana, en su cocina. Fui a las siete. Para contarle lo de Ugo. No quería que se enterara por el periódico. Los servicios de Auch habían sido discretos sobre Ugo. Un pequeño recuadro en los

sucesos. Un peligroso criminal, buscado por la policía en varios países, había sido abatido ayer cuando se disponía a disparar a un policía. Seguían luego algunos detalles necrológicos, pero en ningún sitio decía por qué Ugo era peligroso, ni cuáles eran los crímenes que había cometido.

La muerte de Zucca venía en titulares. Los periodistas se ajustaban todos a la misma versión. Zucca no era un mañoso tan célebre como lo habían sido Mémé Guérini o, más recientemente, Gaétan Zampa, Jacky Le Mat o Francis Le Belge. Quizá nunca había matado a nadie, o una o dos veces para hacerse una reputación. Elijo de abogado y abogado él mismo, era un gestor. Desde el suicidio de Zampa en la cárcel, gestionaba el imperio de la mafia marsellesa. Sin mezclarse en las disputas entre clanes u hombres.

De repente todo el mundo se hacía preguntas acerca de esta ejecución que podía desencadenar de nuevo la guerra entre bandas. Marsella no tenía ninguna necesidad de ello en este momento. La crisis económica de la ciudad era ya suficientemente dura de asumir. La SNCM, la compañía que cubre el trayecto de ferry con Córcega, amenazaba con implantarse en otro sitio. Se hablaba de Toulon o de La Ciotat, un antiguo astillero a 40 kilómetros de Marsella. Desde hacía unos meses un conflicto enfrentaba a la compañía y a los descargadores del puerto, a cuenta del convenio. Los descargadores ostentaban el monopolio de contratación en los muelles desde 1947. Hoy estas modalidades se volvían a poner en cuestión.

La ciudad dependía de este brazo de hierro. En todos los demás puertos habían cedido. Lejos de querer hundir la ciudad, para los descargadores se trataba de una cuestión de honor. El honor aquí es capital. «No tienes honor» era el insulto más grave. Se podía matar por honor. Al amante de tu mujer, al que ha «ensuciado» a tu madre, o al tío que ha perjudicado a tu hermana.

Ugo había vuelto por eso. Por el honor. El de Manu. El de Lole. El honor de nuestra juventud, de la amistad que compartimos. Y de los recuerdos.

—No debería haber vuelto.

Honorine levantó los ojos de la taza de café. En su mirada vi que no era eso lo que la torturaba. Era la trampa que se cernía sobre mí. ¿Tenía yo honor? Yo era el último. El que heredaba todos los recuerdos. ¿Podía un poli saltarse la ley? ¿Darse por satisfecho con la justicia? ¿Y a quién le importaba la justicia, si no eran más que unos mañosos? A nadie. Esto es lo que vi en los ojos de Honorine. Ella se contestaba sí, sí, y otra vez que sí y al final que no, a sus propias preguntas. Me imaginaba tirado en el suelo. Con cinco balazos en la espalda, como Manu. O tres, como Ugo. Tres o cinco, ¿qué más daba? Uno era suficiente para que te mandaran a chupar la mierda de la acera. Y Honorine no quería eso. Yo era el último. El honor de los supervivientes consiste en sobrevivir. En seguir en pie. Estar con vida era ser el más fuerte.

La dejé con la taza de café delante. La miré. La misma cara que podría haber

tenido mi madre. Con las arrugas de la que hubiera perdido a dos de sus hijos en una guerra que no era de su incumbencia. Giró la cabeza hacia el mar.

—Tendría que haber venido a verme.

Desde su creación no había hecho más que una docena de veces la ida y vuelta en la línea 1 del metro. Castellanne-La Rose. Que va desde los barrios bien, hacia los que se había desplazado el centro, con bares, restaurantes, cines, hasta la zona norte, en donde no había ninguna razón para poner los pies si no era por obligación.

Desde hacía unos días, un grupo de moros jóvenes andaba montando jaleo en el trayecto. Los responsables de seguridad del metro se inclinaban más por la mano dura. Los árabes no entendían de otra cosa. Me sabía la cantinela de memoria. Lo malo es que nunca había funcionado. Ni en el metro, ni en la SNCF. Después de ponerles a caldo alguna vez, habían tomado represalias. Vía bloqueada en la línea Marsella-Aix, después de la estación de Septèmes-les-Vallons, hace un año. Pedradas en el metro en la estación de Frais-Vallon hace seis meses.

Propuse, pues, el método contrario. El que consiste en establecer un diálogo con la banda. A mi manera. A los *cowboys* del metro les hizo mucha gracia. Pero, por una vez, la dirección no les hizo caso y me dio carta blanca.

Pérol y Cerutti me acompañaban. Eran las seis. Podíamos empezar el paseíllo. Una hora antes me había acercado al taller donde trabajaba Dris. Me apetecía que habláramos de Leila.

Estaba acabando la jornada. Le esperé charlando con su jefe. Un enérgico partidario de los contratos de prácticas. Sobre todo cuando los aprendices curran como los obreros. Y Dris no escatimaba con el curro. Se colocaba con la grasa. Todas las noches una dosis. Era menos dañino que el crack o el caballo. O eso decían. Y yo me lo creía. Pero no te comía menos las neuronas. Dris tenía que andar todo el día demostrando lo que valía. Y no te olvides de decir sí señor, no señor. Y cerrar el pico constantemente, porque, joder, al final, no era más que un moro de mierda. De momento iba aguantando.

Me lo llevé hasta el bar de la esquina. Le Disque Bleu. Un bar cutre, como el dueño. Por el careto que tenía estaba claro que los árabes aquí sólo tenían derecho a rellenar la primitiva, la quiniela hípica y a consumir de pie. Y, aun dándomelas un poco de Gary Cooper, para que me pusieran dos cañas en las mesas casi les tengo que enseñar el carnet de policía. Para algunos yo era todavía demasiado moreno.

—¿Has dejado el entrenamiento? —le dije cuando llegué con las cervezas.

Siguiendo mis consejos se había apuntado a una sala de boxeo, en Saint-Louis. La llevaba Georges Mavros, un viejo amigo mío. Fue una joven promesa después de ganar algunos combates. Después tuvo que decidir entre la mujer a la que amaba y el boxeo. Se casó. Se hizo camionero. Cuando se enteró de que su mujer se acostaba

con todo el mundo en cuanto se iba de viaje, vendió lo que tenía y abrió esta sala.

Dris tenía todas las cualidades para este deporte. La inteligencia. Y la pasión. Podría ser tan bueno como Stéphane Haccoun o Akim Tafer, sus ídolos. Mavros haría de él un campeón. Estaba convencido. A condición de que aguantara fuerte, por supuesto.

—Mucha caña. Me he comido mogollón de horas. Y el dueño es un plasta de puta madre. Lo tengo todo el día pegado al culo.

—No has llamado a Mavros. Te ha estado esperando.

—¿Sabe algo más de Leila?

—He venido a verte para eso. ¿Sabes si sale con alguien?

Me miró como si me estuviera quedando con él.

—¿Pero no es usted su novio?

—Somos amigos, como tú y yo.

—Yo creía que se la tiraba.

Casi le doy un bofetón. Hay palabras que me dan ganas de vomitar. Ésta particularmente. El placer pasa por el respeto. Empieza por las palabras. Siempre lo he creído así.

—Yo no me tiro a las mujeres. Las amo... O al menos, lo intento.

—¿Y a Leila?

—¿A ti qué te parecería?

—A mí me cae usted bien.

—Déjalo. Tíos majos, chicos jóvenes, como tú, hay a montones.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Que no sé dónde se ha metido. Dris. ¡Joder! Que porque no me la haya follado no la dejo de querer. ¡Cojones!

—La vamos a encontrar.

—Eso es lo que le he dicho a tu padre. Y ves, precisamente por eso, he venido a verte.

—No sale con ninguno. Estamos sólo nosotros. Yo, Kader y papá. La facul. Sus amigas. Y usted. No para de hablar de usted. Encuéntrela. ¡Es su curro!

Se marchó después de dejarme el teléfono de dos amigas de Leila, Yasmín y Karine, con las que había coincidido una vez, y el de Kader en París. Pero no veíamos por qué se habría marchado a París sin decirle nada. Aunque Kader tuviera malos rollos, ella se lo habría contado. De todas maneras Kader era un chaval honesto. Como que la tienda de ultramarinos funcionaba gracias a él.

Eran ocho. De unos dieciséis o diecisiete años. Se montaron en el Vieux-Port. Los esperábamos en la estación Saint-Charles-Gare SNCF. Estaban agrupados en la parte delantera de un vagón. De pie encima de los asientos, aporreaban las paredes y los

cristales como si fueran tam-tam, al ritmo de un radio cassette. La música a toda caña. Rap, por supuesto. IAM, los había oído. Eran un grupo marsellés de lo más total. Se les oía bastante en Radio Grenouille, el equivalente a Nova en París. Retransmitían a todos los grupos rap y ragga de Marsella y del sur. IAM, Fabulous Trobadors, Bouducon, Hypnotik, Black Lions. Y Massilia Sound System, surgido entre los ultras, en el giro sur del Estadio Velódromo. El grupo había contagiado primero la fiebre ragga hip hop a los hinchas del OM, luego a toda la ciudad.

En Marsella, se practica la *tchatche*. El rap es más de lo mismo. *Tchatche*, ni más ni menos. A los primos jamaicanos les habían salido hermanos aquí. Y como en el bar, las canciones iban de París, del Estado centralista, de la cutrez de los barrios, de los autobuses nocturnos. La vida, sus problemas. El mundo, visto desde Marsella.

*On survit d'un rythme de rap,
voilà pourquoi ça frappe.
Ils veulent le pouvoir et le pognon à Paris.
J'ai 22 ans, beaucoup de choses à faire.
Mais jamais de la vie je n'ai trahi mes frères.
Je vous rappelle encore avant de virer là,
qu'on ne me traitera pas
de soumis `s ce putain d'État^[22].*

Y bien que le sacudían en el vagón. Tam-tam de África, del Bronx y del planeta Marte. El rap no era mi música preferida. Pero las letras de IAM, hay que reconocerlo, acertaban de lleno. De verdad. Además tenían mucho *groove*, que dicen. No había más que mirar a los dos jóvenes que estaban bailando delante de mí.

Los viajeros se habían retirado hacia el fondo del vagón. Bajaban la cabeza, como si no vieran nada, no oyeran nada. La procesión iba por dentro. Pero ¿para qué abrir el pico? ¿Para llevarse un navajazo? En la siguiente estación, la gente dudó en subirse al tren. Se apretó al fondo. Resoplando. Con rechinar ele dientes. Soñando con apalearlos. Y con ganas de matar.

Cerutti se coló entre ellos. Lo suyo era la comunicación por radio con el cuartel general. Si la cosa se ponía fea. Pérol se instaló en el trozo despejado. Yo fui a sentarme en medio de la banda, y abrí un periódico.

—¿Podrías dar un poco menos el coñazo?

Hubo un momento de duda.

—¡Me das por culo, tío! —soltó uno de ellos.

—Igual te estamos molestando —dijo otro sentándose a mi lado.

—Pues sí, mira, ¿cómo lo has adivinado?

Miré a mi vecino a los ojos. Los otros pararon de pegar en las paredes. Fijo que la

cosa se estaba poniendo fea. Me rodearon.

—¿Por qué no nos tragas, tío? ¿Qué no te gusta, a ver? ¿El rap? ¿Nuestro careto?

—Lo que no me gusta es que me toquéis los cojones.

—¿Fias visto los que somos? Que te den por culo, tío.

—Sí, ya. Los ocho juntos sois muy chulos. Solitos, no hay huevos.

—¿Y tú tienes muchos o qué?

—Si no estuviera aquí, no tendrías que preguntármelo. Los del fondo empezaban a levantar la cabeza. Pues tiene mucha razón. No vamos a dejar que hagáis lo que queráis.

La valentía de las palabras. Reformés-Cannebière. El tren se llenó más. Sentía gente detrás de mí. Cerutti y Pérol tuvieron que acercarse.

Los jóvenes estaban un poco desconcertados. Imaginé que no tenían jefe. Hacían el gilipollas, así sin más, por joder. Una provocación. Gratuita. Pero que podía costarles la cabeza. Una bala se perdía con tanta facilidad. Volví a abrir el periódico. El que llevaba el radio cassette reanimó un poco el cotarro. Otro se puso otra vez a pegar en el cristal. Pero suave. A ver qué pasaba. Los otros observaban, guiñándose el ojo. Con risitas, con codazos. Unos putos críos.

El que me plantaba cara casi me mete las zapatillas encima del periódico.

—¿Vas a bajar los pies o qué?

—Y a ti qué te importa.

—Pues, estaría mejor si no estuvieras tan cerca.

A mi espalda me imaginaba cientos de miradas apuntándonos. Me parecía un monitor con su grupo. Cinq-Avenue-Longchamp. Saint-Juste. Las estaciones se sucedían. Los chavales no decían ni mu. Le estaban dando vueltas al coco. Estaban a la espera. El tren empezaba a vaciarse. Malpassé. Detrás de mí el vacío.

—Te partimos la jeta y aquí no se mueve ni Dios —dijo uno levantándose.

—No llegan ni a diez, si quitamos a la piba y a los dos viejos.

—Pero no me vas a hacer nada.

—¿Ah sí, y cómo lo sabes?

—Porque no eres más que un chulo de mierda.

Frais-Vallon. Sólo viviendas de protección oficial. No había horizonte.

—¡Aguaa! —gritó uno de ellos.

Se bajaron corriendo. Di un bote y pillé al último por el brazo. Se lo retorcí en la espalda. Con firmeza, pero sin violencia. Forcejeó. Los pasajeros se apresuraban a abandonar el andén.

—Ahora estás solo.

—¡Hostia, que me sueltes! —ponía por testigos a Cerutti y Perol, que se alejaban lentamente—. Este tío está gilipollas. Me quiere partir la cara.

Cerutti y Pérol ni lo miraron. El andén estaba desierto. Sentí la rabia en el chaval.

Y el miedo.

—No te va a defender nadie. Eres un moro. Te me puedo cargar aquí mismo, en el andén. Nadie moverá un dedo. ¿Lo entiendes o no? Así que ya podéis dejar de hacer el gilipollas, tú y tus amigos, u os vais a topar un día con tíos que os van a joder de verdad. ¿Lo has entendido o no?

—¡Vale, joder, que me haces daño!

—Que corra la voz. Si te vuelvo a ver, te machaco el brazo.

Cuando salí de nuevo a la superficie, ya era de noche. Casi las diez. Estaba hecho polvo. Demasiado acabado como para volver a casa. Necesitaba dar una vuelta. Ver gente. Sentir palpitar algo que se pareciera a la vida.

Entré en el O'Stop, un restaurante nocturno, en la place de L'Opéra. Melómanos y prostitutas alternaban juntos sin problema. Sabía a quién me apetecía ver. Y estaba allí. Marie-Lou, una joven puta antillana. Había aterrizado por el barrio hacía tres meses. Era maravillosa. Tipo Diana Ross, a los veintidós. Esa noche llevaba un vaquero negro y una camiseta gris de tirantes, bastante ajustada. Tenía el pelo recogido hacia atrás con un lazo negro. Nada era vulgar en ella, ni siquiera su manera de sentarse. Era casi altiva. Pocos hombres se atrevían a abordarla sin que lo hubiera decidido ella antes, con una mirada.

Marie-Lou no hacía la calle. Trabajaba por Minitel^[23] y, como era selectiva, se citaba aquí. Para comprobar la pinta del cliente. Marie-Lou me excitaba muchísimo. La había seguido alguna vez después de la primera. Nos gustaba vernos. Para ella, yo era el cliente ideal. Para mí era más simple que amar. Y de momento me venía bien. El O'Stop estaba a tope, como siempre. Muchas prostitutas, que hacían una paradita para hacer pipí y tomarse un whisky con coca-cola. Algunas, las de más edad, conocían a Verdi en general y a Pavarotti en particular^[24]. Repartí unos cuantos guiños y sonrisas y me senté en un taburete, en la barra. Al lado de Marie-Lou. Estaba pensativa, con la mirada perdida en el vaso vacío.

—¿Cómo van los negocios?

—¡Hombre, qué tal! ¿Me pagas una copa?

—Un margarita para ella, whisky para mí —una noche que empezaba bien.

—Tenía un plan, pero luego no me ha inspirado mucho la cosa.

—¿Y un plan con quién?

—¡Con un poli!

Soltó una carcajada y luego me dio un beso en la mejilla. Una descarga eléctrica y un clic en el calzoncillo.

Cuando vi a Molines íbamos ya por la tercera ronda. Intercambiamos seis o siete frases. Tan breves como banales. Bebíamos con aplicación. Era lo que mejor me venía. Molines era del equipo de Auch. Montaba guardia en la acera delante del O'Stop. Parecía aburrirse en serio. Me levanté del taburete y pedí otra ronda.

Le produce el mismo efecto que el de un monigote que sale de una caja. Se sobresaltó. Aparentemente mi presencia no le colmaba de alegría.

—¿Qué coño haces aquí?

—Uno: beber, dos: beber, tres: beber, cuatro: comer. Y a partir del cinco, ni idea. ¿Y tú?

—De servicio.

No estaba muy hablador el *cowboy*. Se alejó un poco. Por lo visto no merecía su compañía. Y siguiéndolo con la mirada, los vi. Al resto del equipo. En diferentes esquinas. Besquet, Paoli en el cruce de la rue Saint-Saëns con la rue Moliere. Sandoz, Mériel, con el que se acababa de juntar Molines, en la calle Beauvau. Cayrol no paraba de dar vueltas delante de la Ópera. A los demás no alcanzaba a verlos. Estarían seguramente en coches aparcados alrededor de la plaza.

Viniendo de la rue Paradis, un Jaguar gris metalizado se metió por la rue Saint-Saëns. Besquet se llevó el *walkie-talkie* a la boca. Paoli y él dejaron su puesto y cruzaron la plaza, sin atender a Cayrol, y subieron lentamente por la rue Corneille.

De uno de los coches salió Morvan. Cruzó la plaza, después la rue Corneille, como si fuera a entrar en La Commanderie, una discoteca nocturna en donde se codeaban periodistas, polis, abogados y hampones. Pasó por delante de un taxi aparcado en doble fila, justo en la puerta de La Commanderie. El cartel decía «ocupado». Al pasar, Morvan pegó con la mano en la puerta. Como sin querer. Después siguió andando, se paró delante de un *sex-shop* y encendió un cigarro. Se estaba cociendo algo. No sabía exactamente qué. Pero yo era el único que se estaba enterando.

El Jaguar giró y aparcó detrás del taxi. Vi a Sandoz y a Mériel acercarse. Cayrol poco después. Él se estaba cerrando. Un hombre bajó del Jaguar. Un árabe, cachas, en traje, corbata, con la chaqueta desabrochada. Un guardaespaldas. Miró a la derecha, a la izquierda, después abrió la puerta de atrás. Salió un hombre. Al Dajil. ¡Hostia! *El inmigrante*. El jefe de la mafia árabe. Lo había visto sólo una vez que lo detuvieron. Pero Auch no pudo probar nada contra él. Su guardaespaldas cerró la puerta y se dirigió hacia la entrada de La Commanderie.

Al Dajil se abrochó la chaqueta, se agachó a decir algo al chófer. Dos hombres salieron del taxi. El primero de unos veinte años, bajito, con vaqueros y chaqueta de paño. El otro de estatura mediana, apenas más mayor, el pelo casi al cero. Pantalón, cazadora negra de tela. Anoté el número del taxi justo cuando arrancó: 675 JLT 13. Un reflejo. El tiroteo empezó. El más bajito disparó primero. Al guardaespaldas. Después se dio media vuelta y disparó al chófer que salía del coche. El otro vació el cargador sobre Al Dajil.

A nadie se le dio el alto. Morvan abatió a Cabeza Rapada antes ele que se diera la vuelta. El otro, con la cabeza bajada y el arma en la mano, se coló entre dos coches.

Tras echar un vistazo detrás de él, rápido, demasiado rápido, retrocedió.

Sandoz y Mériel tiraron al mismo tiempo. Hubo gritos. Se formó de repente un tumulto. Los hombres de Auch. Los curiosos.

Oí las sirenas de la policía. El taxi desapareció por detrás de la Ópera, por la calle Francis Davso, a la izquierda. Auch salió de La Commanderie, con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Sentí en mi espalda los pechos calientes de Marie-Lou.

—¿Qué pasa?

—Nada bueno.

Era lo mínimo que podía decir. La guerra estaba abierta. Pero a Zucca se lo había cargado Ugo. Y todo lo que acababa de ver me dejaba flipao. Parecía como si todo hubiera estado preparado. Hasta el último detalle.

—Un ajuste de cuentas.

—¡Mierda! ¡Lo que me faltaba!

Necesitaba urgentemente algo que me levantara el ánimo. Y no perderme en preguntas. Ahora no. Tenía ganas de vaciarme. De olvidar. A la pasma, a los mañosos. A Manu, a Ugo, a Lole, a Leila. Y, en primer lugar, a mí mismo. De disolverme en la noche, si era posible. Alcohol y Marie-Lou, eso era lo que necesitaba. Y rápido.

—Pon el contador en marcha, te invito a cenar.

Donde un coñac no es lo que puede sentar peor

Me sobresalté. Hubo un ruido sordo. Después oí llorar a un niño. En el piso de arriba. Ya no sabía ni dónde estaba. Un instante. Tenía la boca pastosa, la cabeza pesada. Estaba tirado en la cama, completamente vestido. La cama de Lole. Ya me acordaba. Después de dejar a Marie-Lou al amanecer, me vine aquí. Yforcé la puerta.

No tenía sentido seguir vagando más tiempo por la place de L'Opéra. Estaba todo cerrado en la zona. En seguida estaría a rebosar de polis de todo tipo. Demasiada gente a la que no tenía ninguna gana de ver. Cogí a Marie-Lou por el brazo y me la llevé al otro lado del cours Jean Ballard, a la place Thiers. A chez Mario. Un plato de tomate y mozzarella, con alcaparras, anchoas y aceitunas negras. Una fuente de spaghetti con almejas. Un tiramisú. Todo ello regado con un Bandol de los viñedos de Pibarnon.

Hablamos ele todo y de nada. Ella más que yo. Con languidez. Separando las palabras como si pelara un melocotón. La escuchaba, pero sólo con los ojos, dejándome llevar por su sonrisa, el dibujo de sus labios, los hoyos de sus mejillas, la asombrosa movilidad de su cara. Mirarla y sentir su rodilla contra la mía no me dejaba pensar.

—¿Qué concierto? —acabé preguntando.

—Es que no te enteras. El concierto. En La Friche. De Massilia.

La Friche es la antigua manufactura de tabaco. Ciento veinte mil metros cuadrados de locales detrás de la estación Saint-Charles. Se parece a las viviendas ocupadas de artistas en Berlín y al PS1 de Queens en Nueva York. Habían instalado talleres de creación, locales de ensayo, un periódico, *Taktik*, Radio Grenouille, un restaurante, una sala de conciertos.

—Eramos cinco mil. ¡Genial! Estos tíos te meten una marcha...

—¿Tú entiendes el provenzal?

La mitad de las canciones de Massilia eran en *patois*. Provenzal de la costa. Francés de Marsella, como dicen en París. *Parlam de realitat dei cavas dau quotidian*, cantaban los de Massilia.

—Importa un huevo entender o no. Somos unos pringaos, no unos imbéciles. Eso es lo único que hay que entender.

Me miró, con curiosidad. A lo mejor yo sí que era un imbécil. Cada vez estaba

más desconectado de la realidad. Me cruzaba Marsella, pero sin enterarme de nada. No conocía más que su sorda violencia, y su racismo a flor de piel. Se me olvidaba que la vida no era sólo eso. Que en esta ciudad, pese a todo, a la gente le gusta vivir, ir de juerga. Que cada día, la felicidad era algo nuevo, incluso si al final de la noche la cosa se liquidaba con un severo control de identidad.

Terminamos de comer, vaciamos la botella de Bandol y nos metimos un par de cafés.

¿Vamos a ver que pasa por ahí?

Era la expresión consagrada. A ver que pasa por ahí significaba buscar un buen plan para la noche. Dejé que ella me guiara. Empezamos por el Trolleybus, en el quai de Rive-Neuve. Un templo cuya existencia ignoraba por completo. A Marie-Lou le hizo gracia.

—¿Pero tú qué haces por las noches?

—Me dedico a pescar doradas.

Soltó una carcajada. En Marsella, una clorada es también una chica guapa. El antiguo arsenal de las galeras se abría en un pasillo de pantallas de televisión. Al fondo bajo las bóvedas, salas de rap, techno, rock, reggae. Tequila para empezar y reggae para la sed. ¿Desde cuando no había bailado yo? Un siglo. Mil años. Cambiamos de sitio, de bar. Cada hora. El Passeport, el Maybe blues, el Pêle-Mêle. Siempre a ver qué hay en otro sitio, como en España.

Aterrizamos en el Pourquoi, en la rue Fortia. Una discoteca antillana. Íbamos ya bastante puestos cuando llegamos. Razón de más para seguir. Tequila. ¡Y salsa! Nuestros cuerpos se pusieron de acuerdo en seguida: agarrado apretado.

Fue Zina quien me enseñó a bailar salsa. Estuve saliendo con ella seis meses, antes de irme a la mili. Después volvimos a estar juntos en París, mi primer destino con la pasma. Alternábamos noches en La Chapelle, en la rue des Lombards, y en L'Escale, rue Monsieur-le-Prince. Me gustaba quedar con Zina. Me gustaba. Pasaba un montón de que fuera poli. Pronto nos hicimos viejos amigos. Ella me daba regularmente noticias «de abajo», de Manu, de Lole. A veces de Ugo, cuando les daba señales de vida.

En mis brazos Marie-Lou se hacía cada vez más ligera. Su sudor liberaba las especias de su cuerpo. Nuez moscada, canela, pimienta, Albahaca también, como Lole. Me encantaban los cuerpos especiados. Cuanto más me empalmaba, más sentía su vientre duro frotarse contra mí. Sabíamos que acabaríamos en la cama, y queríamos retrasar el momento al máximo. Hasta que el deseo fuera ya insoportable. Porque, después, la realidad nos atraparía otra vez. Yo volvería a ser poli y ella una prostituta.

Me desperté como a las seis. La espalda cobriza de Marie-Lou me recordó a Lole. Me bebí la mitad de una botella de agua mineral, me vestí y salí. Fue ya en la calle

donde me empezó a dar otra vez. La comedura de coco. Otra vez ese sentimiento de insatisfacción que me acosaba desde que se marchó Rosa. A las mujeres con las que había vivido, las había amado. A todas. Y con pasión. Ellas también me habían amado. Pero seguro que más de verdad. Me habían regalado tiempo de sus vidas. El tiempo es algo esencial en la vida de una mujer. Es real para ellas. Relativo para los hombres. Me habían dado, sí, mucho. ¿Y qué les había ofrecido yo? Ternura. Placer. Felicidad inmediata. No se me daban mal esos terrenos. Pero ¿y después?

Era después del amor cuando todo se me venía abajo. Cuando ya no era capaz de dar. Cuando ya no sabía recibir. Después del amor me pasaba al otro lado de mi propia frontera. A ese territorio en el que tengo mis reglas, mis leyes, mis códigos. Prejuicios estúpidos. En los que me pierdo. Donde perdía a las que por allí se aventuraban.

A Leila podía haberla llevado hasta allí. A aquellos desiertos. Tristeza, cólera, gritos, lágrimas, desprecio, eso era todo lo que había al final del camino. Y yo ausente. Huidizo. Cobarde. Con miedo de volver a la frontera y probar a ver qué pasa en el otro lado. Quizá, como me elijo un día Rosa, no me gustaba la vida.

Acostarme esa noche con Marie-Lou, pagar por follar, me había enseñado algo. En cuestiones de amor estaba pez. Las mujeres a las que había amado podrían haber sido las mujeres de mi vida. De la primera a la última. Pero yo no quise. De repente llevaba un buen cabreo. Contra Marie-Lou. Contra mí. Contra las mujeres y contra el mundo entero.

Marie-Lou vivía en un pequeño estudio en lo alto de la rue D'Aubagne, justo encima del pequeño puente metálico que pasa por encima del cours Lieutaud y conduce al cours Julien, uno de los nuevos barrios «a la última» de Marsella. Fue ahí donde, haciendo esos, nos tomamos la última copa, en Le Dégust'Mars C'et Yé, otra discoteca rai, ragga, reggae. Marie-Lou me explicó que Bra, el dueño, había sido yonki. Estuvo en chirona. Esta discoteca era su sueño. «Estamos en nuestra casa», ponía en letras grandes, entre un montón de pintadas. Le Dégust' quería ser un lugar «donde fluye la vida». Lo que sí fluía era el tequila. Un último trago para el camino. Justo antes del amor. Sus ojos en los míos, y el cuerpo a cien.

Bajar la rue d'Aubagne, a cualquier hora del día, era todo un viaje. Había una enorme sucesión de comercios, de restaurantes, como otras tantas escalas. Italia, Grecia, Turquía, Líbano, Madagascar, Reunión, Tailandia, Vietnam, África, Marruecos, Túnez, Argelia. Y de premio: Arax, la mejor tienda de *lukums*^[25].

No me sentía capaz de ir a buscar el coche al cuartel de la policía, de volver a casa. Ni ganas de ir a pescar. En la rue Ronde des Capucins habían puesto el mercadillo. Olores a cilantro, a comino, a curry, mezclados con olor a menta. Oriente. Giré a la

derecha, por la Halle Delacroix. Entré en un bar y pedí un café doble fuerte. Y tostadas.

Los periódicos «abrían» con el tiroteo de la place de L'Opéra. Desde la ejecución de Zucca, explicaban los periodistas, la policía seguía la pista de Al Dajil. Todo el mundo esperaba que hubiera ajustes de cuentas. 1-0, las cosas no iban a quedar así, evidentemente. Ayer por la noche, gracias a una actuación rápida y fría, la brigada del comisario Auch había evitado que la place de L'Opéra se convirtiera en un verdadero campo de batalla. Ni transeúntes heridos, ni un escaparate roto. Cinco mañosos muertos. Un buen golpe. Y, en la segunda parte, ya veremos.

Volví a ver a Morvan cruzando la plaza y dándole un toque con la palma de la mano al taxi aparcado. Volví a ver a Auch saliendo de La Commanderie, con una sonrisa de oreja a oreja. Con las manos en los bolsillos, eso seguro. Lo de la sonrisa de oreja a oreja igual me lo había inventado yo. Ya ni sabía.

Los dos mañosos que abrieron fuego, Jean-Luc Trani y Fierre Bogho, estaban buscados por la policía judicial. Pero no eran más que dos asquerosos chorizos. Algo proxenetas, algo broncas. Unos cuantos atracos, pero nada que los colocara en el *hit-parade* de la delincuencia. Que fueran tan a saco dejaba perplejo a más de uno. ¿Quién estaba detrás de ese comando? Ésa era la pregunta. Pero Auch no hizo ningún comentario. Tenía la costumbre de contar lo menos posible.

Después de un segundo café solo doble no me sentía mucho mejor. Tenía un buen resacón. Pero me obligué a moverme. Crucé La Cannebière, subí el cours Belzunce, después la rue Colbert. En la avenue de La République, tiré por la montée des Folies-Bergère, para cortar por el Panier. Rue de Lorette, rue du Panier, rue des Pistoles. Instantes después, con la llave maestra en la mano, manipulé la cerradura de casa de Lole. Una cerradura mala. No resistió mucho. Yo tampoco. En la habitación, me dejé caer encima de la cama. Agotado. Con la cabeza a tope de ideas negras. No pensar. Dormir.

Me quedé dormido. Estaba chorreando. Sentía el calor detrás de las persianas, pesado y espeso. Las dos y veinte ya. Era sábado. Pérol estaba de guardia hasta mañana por la noche. El fin de semana no me tocaba más que una vez al mes. Con Pérol podía dormir como un tronco. Era un poli tranquilo. En caso de marrón, era capaz de encontrarme en cualquier sitio de Marsella. Me preocupaba un poco cuando me sustituía Cerutti. Era joven. Soñaba con pegar tiros. Le quedaba mucho por aprender. Empezaba a ser urgente que me espabilara. Mañana, como todos los domingos que tenía libres, Honorine venía a comer. De menú, siempre pescado. Y el pescado hay que pescarlo, como tiene que ser.

La ducha fría no me refrescó las ideas. Vagué desnudo por el apartamento. El apartamento de Lole. Todavía no sabía por qué había venido aquí. Lole fue el polo de atracción de Ugo, Manu y mío. No sólo por su belleza. No llegó a ser guapa de

verdad hasta muy tarde. De adolescente era flaca, poco formada. Al contrario que Zina o Kali, cuya sensualidad era inmediata.

A Lole la hizo bella nuestro deseo. Ese deseo que ella leyó en nosotros. A nosotros nos atrajo lo que había en el fondo de su mirada. Ese inexistente lejano lugar del que venía y hacia el que parecía dirigirse. Una zíngara. Una viajera. Cruzaba el espacio, y el tiempo parecía no alcanzarla. Era ella la que daba. Los amantes que tuvo, entre Ugo y Manu, los eligió ella. Como un hombre. Por ese lado era inaccesible. Tender la mano hacia ella era como querer estrechar la mano de un fantasma. En la punta de sus dedos no quedaba más que polvo de eternidad, ese polvo de la carretera de un viaje sin fin. Yo era consciente de eso. Porque una vez me crucé en su camino. Por casualidad.

Zina me dijo cómo localizar a Lole en Madrid. La llamé. Para decirle lo de Manu. Y que volviera. Aunque evitáramos vernos con Manu, hay lazos difíciles de romper. Los de la amistad. Más fuertes. Más verdaderos que los lazos familiares. Anunciarle la muerte de Manu era algo que me pertenecía. No se lo hubiera dejado a nadie. Por nada del mundo a un policía.

Fui a buscarla al aeropuerto, después la llevé al depósito de cadáveres. Para verle. Por última vez. Manu no nos tenía más que a nosotros para acompañarle. Quiero decir, de los que le queríamos. Tres de sus hermanos vinieron al cementerio. Sin sus mujeres, ni sus hijos. Que Manu estuviera muerto era un alivio para ellos. Se avergonzaban de él. No nos dirigimos la palabra. Después de que se fueran, Lole y yo nos quedamos ante la tumba. Sin lágrimas. Pero con un nudo en la garganta. Manu se iba y con él una parte de nuestra juventud. Al salir del cementerio fuimos a tomar algo. Un coñac. Dos, tres. Sin hablar. Envueltos en el humo del tabaco.

—¿Quieres comer?

Quería romper el silencio. Se encogió de hombros, llamó al camarero para que nos volviera a poner algo.

—La última y nos vamos —dijo buscando una aprobación en mi mirada.

Era de noche. Tras la lluvia de los últimos días soplaban el mistral, helador. La llevé hasta la casita que Manu solía alquilar en L'Estaque. Yo no había estado más que una vez. Hacía casi tres años. Manu y yo tuvimos una discusión turbulenta. Estaba metido de lleno en el tráfico de coches robados para Argelia. Iban a destapar la red y él quedaría atrapado. Había ido a advertírselo. A decirle que lo dejara. Estábamos bebiendo pastís en el jardín. Le hizo gracia que fuera.

—¡Deja de darme el coñazo, Fabio! No te metas en esto.

—He hecho el esfuerzo de venir, Manu.

Lole nos miraba sin intervenir. Bebía a sorbos pequeños chupando el cigarro despacio.

—Acábate la copa y lárgate. Hasta el culo de oír tus chorradas. ¿Vale?

Apuré la copa. Me levanté. Puso la sonrisa cínica de los días malos. La que descubrí el día de la mierda de atraco a la farmacia. Y que no se me había vuelto a olvidar. Y en el fondo de su mirada esa desesperación tan suya. Como si hubiera una locura responsable de todo. Una mirada a lo Artaud, al que cada vez se parecía más desde que se había quitado el bigote.

—Hace tiempo te llamé espingüino. Y no. Estaba equivocado. Sólo eres un colgao.

Y, antes de que reaccionara, le coloqué un puñetazo en la jeta. Se fue a tomar por culo a un puto rosal por ahí. Me acerqué a él, tranquilo y frío.

—Levántate, colgao.

Nada más ponerse de pie le clavé el puño izquierdo en el estómago y el derecho inmediatamente en la barbilla. Se comió el rosal otra vez. Lole se me acercó.

—¡Ábrete de aquí! Y no vuelvas en tu puta vida.

Esas palabras no las había podido olvidar. Dejé el motor encendido. Delante de la puerta. Lole me miró. Después, sin decir palabra, bajó del coche, La seguí. Fue directamente al baño. Oí correr el agua. Me puse un whisky, hice fuego en la chimenea. Salió vestida con un albornoz amarillo. Cogió un vaso y la botella de whisky. Después tiró un colchón de espuma al suelo, delante de la chimenea, y se sentó junto al fuego.

—Deberías darte una ducha —dijo sin darse la vuelta—. Lavarte la muerte.

Nos quedamos horas bebiendo. En la oscuridad. Sin hablar. Echando leña y poniendo discos. Paco de Lucía. Sabicas. Django. Luego Billie Holiday, la discografía completa. Lole se acurrucó contra mí. Tenía el cuerpo caliente. Estaba temblando.

Estábamos llegando al final de la noche. A esa hora en la que bailan los demonios. El fuego chispeaba. Soñaba con el cuerpo de Lole desde hacía años. El placer en la punta de los dedos. Sus gritos me helaron la sangre. Miles de cuchillos me apuñalaban el cuerpo. Me di la vuelta hacia el fuego. Encendí dos cigarros y le tendí uno.

—¿Qué tal? —dijo ella.

—Peor imposible. ¿Y tú?

Me levanté, subiéndome el pantalón. Sentí su mirada clavada en mí, mientras me vestía. La vi sonreír un instante. Una sonrisa cansada. Pero no triste.

—Es asqueroso —dije.

Se levantó y se me acercó. Desnuda, sin pudor. Sus gestos eran tiernos. Apoyó la mano en mi pecho. Le ardían los dedos. Tuve la sensación de que me estaba marcando. Para toda la vida.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

No tenía respuesta para su pregunta. No tenía la respuesta a su pregunta.

—Lo que puede hacer un policía.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo lo que puedo hacer.

—Cuando quieres, sí que haces algo más. Como follarme, por ejemplo.

—O sea, ¿qué lo has hecho por eso?

Sin darme ni cuenta, me encontré con un bofetón. Me pegó con todas sus fuerzas.

—Yo no me dedico a trueques ni intercambios. No hago chantajes. No tengo nada que regatear. No soy ni de las que se toman ni de las que se dejan. Sí, puedes decirlo bien alto, es as-que-ro-so.

Abrió la puerta. Con los ojos fijos en los míos. Me sentí patético. De verdad. Me avergonzaba de mí mismo. Tuve una última visión de su cuerpo. De su belleza. Supe todo lo que iba a perder cuando sonara el portazo.

—¡Lárgate de aquí!

Me echó por segunda vez.

Estaba sentado en la cama. Flojeando un libro de Christian Dotremont que cogí de encima de otros libros y panfletos que habían ido a parar bajo la cama. *Grand hôtel des valises*^[26]. No conocía a este autor.

Lole había copiado en el marca páginas trozos de frases. Poemas.

*À ta fenêtre il m'arrive de ne pas frapper
à ta voix de ne pas répondre
à ton geste de ne pas bouger
pour que nous n'ayons à faire
qu'à la mer qui est bloquée*^[27].

De repente me sentí intruso. Volví a dejar el libro tímidamente. Tenía que irme. Eché un último vistazo a la habitación, después al salón. No me podía hacer a la idea. Todo estaba en perfecto orden, los ceniceros limpios, la cocina recogida. Todo estaba ahí como si Lole fuera a volver de un momento a otro. Y todo era como si se hubiera ido para siempre, asqueada por fin de toda la nostalgia que atestaba su vida: libros, fotos, adornos, discos. Pero ¿dónde estaba Lole? A falta de respuesta, regué la albahaca y la menta. Con ternura. Por amor al olor. Por amor a Lole.

Había tres llaves colgadas de un clavo. Las probé. Sin duda llaves de la puerta y del buzón. Cerré y me las eché al bolsillo.

Pasé delante de la Vieille Charité, la obra maestra inacabada de Pierre Puget. El viejo hospicio había alojado a los apestados del siglo pasado. A los indigentes de

principios de siglo, y luego a todos a quienes los alemanes habían expulsado de sus casas después de la orden de destrucción del barrio. Había conocido todo tipo de miserias. Ahora estaba flamante y nuevo. Sublime en las líneas, resaltadas por la piedra rosa. Los edificios albergaban varios museos, y la gran capilla se había convertido en sala de exposiciones. Había una librería e incluso un salón de té-restaurante. Todos los artistas e intelectuales de Marsella pasaban por aquí para exhibirse, casi con la misma asiduidad con la que yo iba a pescar.

Había una exposición de César, ese genio marsellés que hizo fortuna comprimiendo todo tipo de objetos. A los marsellese les hacía gracia. A mí me ciaban ganas de potar. Los turistas acudían. En autobuses repletos. Italianos, españoles, ingleses, alemanes. Y japoneses, por descontado. Tanta insipidez y mal gusto, en un lugar cargado de historias dolorosas, me parecía constituir el símbolo de este fin de siglo.

A Marsella le había podido la tontería parisina. Se imaginaba capital. Capital del sur. Olvidándose de que lo que la convertía en capital era el hecho de ser un puerto. El cruce de todas las mezclas humanas. Desde hacía siglos. Desde que Protis puso el pie en la orilla. Y desposó a la bella Gyptis, princesa ligur^[28].

Yamal subía por la calle Rodillat. Se quedó inmóvil. Sorprendido ele toparse conmigo. Pero ya no podía cambiar de dirección. Aunque esperaba seguramente, sin estar muy convencido, que no lo reconocería.

—¿Qué hay Yamal?

—Bien, señor —soltó de mala gana.

Miró a izquierda y derecha. Daba bastante corte que te vieran con un madero.

Le cogí del brazo.

—Ven, te invito a algo.

Con la barbilla le señalé el bar Des Treize Coins, un poco más abajo. Donde solía comer a diario. El cuartel de la policía estaba a quinientos metros, debajo del passage des Treize Coins, al otro lado de la rue Sainte-Françoise. Era el único poli que iba por allí. Los otros tenían sus costumbres más abajo, en la rue de L'Évêché o en la place des Trois Cantons, según las afinidades.

A pesar del calor nos instalamos dentro. Resguardados de las miradas. Ange, el dueño, nos trajo dos cañas.

—¿Y el vespino qué? ¿Lo escondiste?

—Sí, señor. Como me dijo usted —bebió un trago. Me miró de soslayo—. Oye, señor. Me han hecho ya mogollón de preguntas. ¿Y ahora qué más?

Ahora el sorprendido era yo.

—¿Quién te ha hecho preguntas?

—¿No eres poli o qué?

—¿Me vas a contestar o no?

—Ésos.

—¿Quiénes son esos?

—Pues esos, los que le mataron, joer. Que está la cosa súper caliente. Me han dicho que me podían pringar por cómplice de asesinato. Por el vespino. ¿De verdá se había cargao a uno?

Me invadió un sofoco. O sea, que lo sabían.

Bebí cerrando los ojos. No quería que Yamal notara mi agobio. El sudor se me escurría por la frente, por las mejillas y el cuello. Lo sabían. Sólo de pensarlo otra vez, me puse a temblar.

—¿Quién era ese tío?

Abrí los ojos. Pedí otra cerveza. Tenía la boca seca. Me daban ganas de contarle la historia a Yamal: Manu, Ugo y yo. La historia de tres amigos. Pero la historia se la podía vender como me diera la gana, él sólo se quedaría con la de Manu y Ugo. Del poli pasaría. El poli representaba lo que más asco le daba.

La injusticia en persona. Sólo por existir.

*Police machine matrice d'écervelés
mandatés par la justice
sur laquelle je pisse^[29].*

gritaban los de NTM^[30], unos raperos de Saint-Denis. Un superéxito, entre los chavales de quince-dieciséis años de los barrios, pese al boicot de la mayoría de las emisoras. El odio a la pasma unía mucho a los chavales. También es verdad que no se les ayudaba mucho a que tuvieran otra imagen de nosotros. A mí me pagaban para tenerlo en cuenta. Y en la frente no llevaba escrito: poli amable. De hecho no lo era. Creía en la justicia, la ley, el derecho. Esas cosas. Que nadie respetaba, porque nosotros éramos los primeros en saltárnoslas a la torera.

—Un mafioso —le dije.

Yamal se descojonaba de mi respuesta. ¿Qué iba a contestar un poli? Él no esperaba que yo le dijera: «Era un tío majo y, además, éramos amigos». Pero a lo mejor es lo que tendría que haberle contestado. Pero no tenía ya ni idea de lo que había que contestar a este tipo de críos, como a todos los que me cruzaba por las *cités*. Hijos de inmigrantes, sin curro, sin futuro, sin esperanza.

Les bastaba con enchufar el telediario para enterarse de que habían dado por culo a su padre, y que se preparaban para darles por culo a ellos más si cabe. Dris me contó que uno de sus amigos, Hasan, el día que cobró su primer sueldo, se plantó en el banco. Estaba como loco de contento. Se sentía por fin respetable, aun cobrando el

salario mínimo. «Quería un préstamo de tres kilos, señor. Pa un coche». Los del banco se echaron a reír en su cara. Ese día lo entendió todo. Yamal sabía mucho de eso. Y en sus ojos vi a Manu, a Ugo y a mí mismo. Hace treinta años.

—¿Puedo sacarlo otra vez, el vespino?

—A mí me parece que deberías deshacerte de él.

—Los colegas me han dicho que no pasaba nada. No les he contao que me había pedido usted eso.

—¿El qué?

—Pues que lo escondiera y eso.

Sonó el teléfono. Ange me hizo un gesto desde el mostrador.

—Para ti, es Pérol.

Cogí el auricular.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Déjalo, Fabio. Hemos encontrado a la chiquilla.

Creí que se me tragaba la tierra. Vi a Yamal levantarse y marcharse del bar sin darse la vuelta. Me agarraba al mostrador como el que se aferra a un salvavidas. Ange me lanzaba miradas de horror. Le hice el gesto de ponerme un coñac. Uno solo. De un trago. No era eso lo que podía sentarme peor.

Donde en la desgracia uno vuelve a sentir que es un exiliado

No había visto nunca algo tan horrible. Y ver, había visto lo mío. Leila yacía sobre un camino en el campo. Desnuda. La cara contra el suelo. Tenía la ropa cogida bajo el brazo derecho. En la espalda, tres balas. Una de las cuales le había perforado el corazón. Columnas de gordas hormigas se agitaban alrededor de los impactos y arañazos que rayaban su cuerpo. Y ahora estaban atacando las moscas para disputar a las hormigas su parte de sangre seca.

El cuerpo de Leila estaba cubierto de picaduras de insectos. Pero no parecía mordido por un perro hambriento o un ratón. Triste consuelo, me dije. Tenía mierda seca entre las nalgas, y también en los muslos. Largos chorros amarillentos. Se le debió de soltar el vientre con el miedo. O con la primera bala.

Después de violarla sin duda le habían hecho creer que estaba libre. Seguro que les excitó la idea de verla correr desnuda. Una carrera hacia una esperanza que encontraría al pie del camino. Al principio de la carretera. Ante los faros de un coche que se fuera acercando. Recobrada la palabra. ¡Socorro! ¡Ayuda! Olvidado el miedo. La desgracia difuminándose. El coche que se para. La humanidad que acude en auxilio, que se acerca para ayudar, por fin.

Leila debió de seguir corriendo después de la primera bala. Como si no hubiera sentido nada. Como si esa quemadura en la espalda que le cortaba la respiración no hubiera existido. Una carrera al margen del mundo, ya. Allí donde ya no hay más que mierda, pis, lágrimas. Y ese polvo que morderá para siempre. Lejos de su padre, de sus hermanos, de los amantes de una noche. De un amor gritado con todas sus fuerzas, de una familia por construir, de niños por nacer.

A la segunda bala debió de chillar. Porque, aun así, el cuerpo se niega a callar. Grita. No es por ese dolor, violento, que ya ha superado. Es por su voluntad de vivir. La mente moviliza toda su energía y busca la salida. Busca, sigue buscando. Y olvídate de que te gustaría tumbarte en la hierba y dormir. Grita, llora, pero corre. Corre. Ahora te van a dejar. La tercera bala puso fin a todos sus sueños. Unos sádicos.

De un revés de mano rabioso aparté las hormigas y las moscas. Miré por última

vez ese cuerpo que yo había deseado. De la tierra subía un olor a tomillo, caliente y embriagador. Me habría gustado hacerte el amor, aquí, Leila, una noche de verano. Sí, me habría gustado. Habríamos sentido placer, recobrado la felicidad. Aunque en la punta de los dedos, en cada caricia reinventada, se hubieran pergeñado ruptura, lágrimas, desilusión y no sé qué más aún, tristeza, angustia, desprecio. Esto no habría cambiado en nada la asquerosidad humana que rige este mundo. Seguro. Pero, al menos, habría existido ese nosotros de pasión que desafía las órdenes. Sí, Leila, debería haberte amado. Palabra de viejo gilipollas. Te pido perdón.

Cubrí de nuevo el cuerpo de Leila con la sábana blanca que la policía le había echado por encima. Mi mano vaciló a la altura de su cara. El cuello marcado por una quemadura, el lóbulo de la oreja derecha rasgado por la pérdida de un aro, los labios comiendo tierra. Sentí que el estómago se me subía a la garganta. Estiré la sábana con rabia y me levanté. Nadie decía nada. Silencio. Sólo las cigarras continuaban chirriando. Insensibles, indiferentes a los dramas humanos.

Cuando me levanté, vi que el cielo estaba azul. De un azul absolutamente puro, que el verde de los pinos hacía aún más luminoso. Como en las postales. Mierda de cielo. Mierda de cigarras. Mierda de país. Y mierda de mí. Me alejé, dando tumbos. Borracho de dolor y de odio.

Volví a bajar el pequeño camino, entre el canto de las cigarras. No era muy lejos del pueblo de Vauvenargues, a unos kilómetros de Aix-en-Provence. El cuerpo de Leila había sido encontrado por unos excursionistas. Este camino es uno de los que conducen al macizo de la Sainte-Victoire, esa montaña que tanto inspiró a Cézanne. ¿Cuántas veces habría hecho él este paseo? A lo mejor hasta se había parado aquí, instalando el caballete, para intentar captar una vez más toda su luz.

Crucé los brazos sobre el capó del coche y apoyé la frente encima. Con los ojos cerrados. La sonrisa de Leila. Ya no sentía el calor. Una sangre fría corría por mis venas. Tenía el corazón seco. Tanta violencia. Si Dios existiera, lo habría estrangulado directamente. Sin fallar. Con la rabia de los condenados. Alguien apoyó su mano en mi hombro, casi tímidamente. Y la voz de Pérol:

—¿Quieres esperar?

—No hay nada que esperar. Nadie nos necesita.

Y aquí menos que en ningún sitio. Lo sabes, ¿no, Pérol? Somos unos polis de nada. No existimos. Venga, nos largamos.

Se puso al volante. Me arrellané en el asiento, me encendí un cigarro y cerré los ojos.

—¿Quién lleva el caso?

—Loubet. Estaba de guardia. No está mal.

—Sí, es un tío majo.

En la autopista, Pérol cogió la salida Saint-Antoine. Y en un raptó de consciencia, enchufó la emisora. Su carraspeo llenaba el silencio. No intercambiamos ni una palabra más. Pero sin hacer más preguntas adivinó lo que yo quería hacer: ir a casa de Mulud antes que los demás. Aunque sabía que Loubet haría las cosas con tacto. Pérol había comprendido que lo de Leila era un asunto como de familia, y esto me conmovía. No había intimado nunca con él. Le fui descubriendo poco a poco, después de que lo destinaran a mi brigada. Nos apreciábamos, pero no pasábamos de ahí. Incluso con una copa en la mano. Una excesiva prudencia nos impedía ir más allá. Hacernos amigos. Una cosa estaba clara: que como poli no tenía mucho más futuro que yo.

Rumiaba lo que había visto, con el mismo dolor y el mismo odio que yo. Y yo sabía por qué.

—¿Cuántos años tiene tu hija?

—Veinte.

—Y... ¿qué tal?

—Oye a los Doors, los Rolling, Dylan. Podía ser peor —sonrió—. Quiero decir que hubiera preferido que fuera profe o médico. En fin, algo así. Pero cajera de la Fnac, no se puede decir que me entusiasme.

—Y a ella, ¿tú crees que le entusiasma? Sabes, hay montones de futuros algo que son cajeros. Los críos, futuro, no tienen mucho que digamos. Su única oportunidad, hoy en día, es coger lo que se les presenta.

—¿Nunca te han dado ganas de tener hijos?

—Lo he pensado.

—¿Querías a esa chiquilla?

Se mordió el labio por haberse atrevido a ser tan directo. Su amistad ponía toda la carne en el asador. Otra vez me conmovía. Pero no tenía ganas de contestarle. No me gusta contestar a las preguntas que me afectan íntimamente. Las respuestas son a menudo ambiguas y pueden prestarse a todo tipo de interpretaciones. Aunque se trate de una persona cercana. Pérol lo captó.

—No estás obligado a contármelo.

—Leila, ves, tuvo esa oportunidad. Esa que un hijo de inmigrantes entre mil puede tener. Debía de ser demasiado. La vida se le ha llevado todo. Debería haberme casado con ella.

—Eso no impide la desgracia.

—A veces, basta una palabra, un gesto, para cambiar el curso de la vida de una persona. Aunque la promesa no dure hasta la eternidad, ¿fias pensado en tu hija?

—Pienso en ella cada vez que sale. Pero hijos de la gran puta como éstos no te los encuentras todos los días.

—Ya, pero andan sueltos por ahí, en este momento.

Pérol propuso esperarme en el coche. Le conté todo a Mulud. Excepto las hormigas y las moscas. Le expliqué que vendrían otros polis, que tendría que ir a reconocer el cadáver, rellenar un montón de papeles. Y que, si me necesitaba, por supuesto que contara conmigo.

Se sentó y me escuchó sin rechistar. La mirada fija en la mía. No estaba al borde de las lágrimas. Como yo, se había quedado congelado. Para siempre. Se puso a temblar, pero sin enterarse. No escuchaba ya. Estaba envejeciendo, ahí, delante de mí. De repente los años iban más deprisa y le alcanzaban. Hasta los años felices le repetían con un regusto amargo. En los momentos de desgracia es cuando uno vuelve a sentir que es un exiliado. Me lo había explicado mi padre.

Mulud acababa de perder a la segunda mujer de su vida. Su orgullo. La que habría justificado todos sus sacrificios, hasta los de hoy. La que habría dado la razón a su desarraigo. Argelia ya no era su país. Francia acababa de rechazarle definitivamente. Ahora no era más que un pobre árabe. Nadie vendría a interesarse por su suerte. Esperaría a la muerte en esta cité de mierda. A Argelia, no volvería. Había vuelto una vez, después de Fos. Con Leila, Dris y Kader. Para ver qué era «aquello». Se quedaron veinte días. Y lo comprendió rápidamente. Argelia no era lo suyo. Era una historia que ya no le interesaba. Las tiendas vacías, abandonadas. Las tierras, distribuidas a los antiguos *muyaidin*, se quedaron sin cultivar. Los pueblos desiertos y replegados en su propia miseria. Nada por lo que estancar sus sueños, rehacer su vida. En las calles de Orán no se reencontró con su juventud. Era todo «del otro lado». Y empezó a echar de menos Marsella.

La noche en que se mudaron al pequeño apartamento, Mulud, a modo de oración, declaró a sus hijos: «Vamos a vivir aquí, en este país, Francia. Con los franceses. No es un bien. No es el peor de los males. Es el destino. Hay que adaptarse, pero sin olvidar quiénes somos».

Más tarde llamé a Kader, a París, para que viniese inmediatamente. Y que tuviera previsto pasar tiempo aquí. Mulud le necesitaría, y Dris también. Mulud le dijo después unas palabras en árabe. Finalmente llamé a Mavros, a la sala de boxeo. Dris estaba allí, entrenando. Como todos los sábados por la tarde. Pero era con Mavros con quien yo quería hablar. Le conté lo de Leila.

—Búscales un combate. Georges. Rápido. Y hazle trabajar todas las noches.

—Joder, si le pongo un combate lo mato. Aunque sea dentro de dos meses. Será un buen boxeador. Pero este chavalote todavía no está preparado.

—Prefiero que se mate así antes que le dé por hacer alguna tontería. Georges, hazlo por mí. Ocupate de él. Personalmente.

—Vale, vale. ¿Te lo paso?

—No. Su padre se lo explicará dentro de un rato. Cuando vuelva.

Mulud asintió con la cabeza. Era su padre. Le correspondía decírselo a él. El que

se levantó del sofá cuando colgué era un anciano.

—Tendrías quirte ahora, señor. Me gustaría estar solo.

Lo estaba. Y perdido.

El sol acababa de meterse y me encontraba en plena alta mar. Desde hacía casi una hora. Me había traído unas cervezas, pan y salchichón. Pero no lograba pescar. Para pescar hay que tener el espíritu tranquilo. Como en el billar. Se mira la bola. Se concentra uno en ella, en la trayectoria que le quieres imponer, luego se le imprime al palo la fuerza que se desea. Con seguridad y determinación. En la pesca, se lanza la caña y se concentra la atención en el flotador. No se lanza la caña así como así. En el lance se reconoce al pescador. Lanzar tiene que ver con el arte de la pesca. Se engancha el cebo al anzuelo, hay que impregnarse del mar, de sus reflejos. Saber que el pez está ahí, debajo, no es suficiente. El anzuelo tiene que llegar al agua con la ligereza de una mosca. La picada hay que presentirla. Para enganchar al pez en el mismo instante en que muerde.

Mis lances eran poco apasionados. Tenía una bola en el estómago que la cerveza no acababa de disolver. Una bola de nervios. De lágrimas también. Me hubiera venido bien llorar. Pero no me salía. Viviría con esa imagen horrible de Leila, y este dolor, mientras esas inmundicias estuvieran libres. Que Loubet estuviera en el caso me tranquilizaba. Era meticulado. No pasaría por alto ningún indicio. Si tenía una posibilidad entre mil de pescar a esos desechos humanos, daría con ella. Había demostrado que podía. Para estas cosas había demostrado que podía, era mucho mejor que la mayoría, mucho mejor que yo.

Me dolía también porque no podía encargarme de esta investigación. No para convertirla en un asunto personal. Sino porque imaginarme a semejantes hijos de puta en libertad me resultaba insoportable. No, no era exactamente eso. Yo sabía lo que me torturaba. El odio. Tenía ganas de matar a esos tipos.

Hoy no se me estaba dando muy bien. Pero no me resignaba a pescar con el palangre. Los peces se cogen rápido así. Pageles, doradas, gallinetas... Pero no encontraba ningún placer en hacerlo de este modo. Se cuelgan cebos cada dos metros a lo largo de la caña, y se deja tirada en el agua. Tenía siempre un palangre en el barco, por si acaso. Para los días en que no quería volver al puerto con las manos vacías. Pero, para mí, la pesca era la caña.

Leila me había llevado hasta Lole, y Lole hasta Ugo y Manu. Y tenía un buen follón en la cabeza con todo eso. Un mogollón de preguntas y ninguna respuesta. Pero se imponía una pregunta a la que no quería responder. ¿Qué es lo que iba a hacer? No había hecho nada por Manu. Convencido, sin quererlo admitir, de que Manu no podía acabar de otra manera. Dejándose matar en la calle. Por un poli o, lo más normal, por un pequeño matarife a sueldo. Entraba dentro de la lógica de las

cosas de la calle. Que Ugo la palmara en la acera ya no estaba tan claro. No tenía ese odio al mundo que Manu llevaba en el fondo de sí mismo y que no había hecho más que aumentar con los años.

No creía que Ugo hubiera cambiado hasta ese punto. No lo veía capaz de sacar una pipa y disparar a un poli. Sabía lo que suponía la vida. Y por eso había «roto» con Marsella, y con Manu. Y renunciado a Lole. Alguien que es capaz de hacer eso no pone en la misma balanza la vida y la muerte. Acorralado, se habría dejado arrestar. La cárcel es sólo un paréntesis en la libertad. Un día u otro se sale. Vivo. Si había algo que debía hacer por Ugo, era sin duda eso. Entender lo que había pasado.

En el momento en que sentí la picada me acordé de la conversación con Yamal. No enganché lo bastante deprisa. Estiré la caña para poner otro cebo. Si lo que quería era entender, tenía que aclarar esa pista. ¿Había identificado Auch a Ugo gracias al testimonio de los guardaespaldas de Zucca? ¿O había hecho que le siguieran desde que salió de casa de Lole? ¿Había dejado Auch que Ugo matara a Zucca? Era una hipótesis, pero no podía admitirla. Auch no me gustaba, pero no lo imaginaba tan maquiavélico. Volví a otra pregunta: ¿cómo se había enterado Ugo tan pronto de lo de Zucca? ¿Y por quién? Otra pista que había que seguir. No sabía por dónde empezar. Pero tenía que ponerme. Sin caer en las garras de Auch.

Se me habían terminado las cervezas y había conseguido por lo menos coger una lubina. Dos kilos, dos kilos cinco gramos. Para ser un día malo, mejor eso que nada. Honorine esperaba mi regreso. Sentada en la terraza, estaba viendo la tele por la ventana.

—Qué pobre, no te habrías hecho tú muy rico de pescador, ¿eh?

—Nunca he salido para hacerme rico.

—Sólo una lubina y ya está... —la miró con cara de pena—. ¿Y cómo la vas a hacer? —me encogí de hombros—. Puees... Con salsa Belle-Hélène no estaría mal.

—Hace falta un cangrejo y no tengo.

—¡Vaya con la mala uva de los días malos! ¡Buee-no!, ¡mejor no buscarte las cosquillas, parece! ¿No? Escucha, tengo lenguas de bacalao marinando desde ayer. Si te apetecen, las traigo mañana.

—No las he probado en mi vida. ¿De dónde las has sacado?

—Una sobrina, que me las ha traído de Sète. Yo no he vuelto a comer desde que se fue mi pobre Toinou. Bueno, te he dejado sopa de *pistou*^[31]. Está todavía templada. Descansa un poco, que tienes de verdad mala cara.

Babette no dudó ni un segundo.

—¡Batisti! —dijo.

Batisti. ¡Joder! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Tan evidente que ni se me

había pasado por la imaginación. Batisti fue uno de los brazos ejecutores de Mémé Guérini, el capo marsellés de los años cuarenta. Se había apartado hacía unos veinte años. Después de la masacre del Tanagra, un bar del Vieux-Port, en el que cuatro rivales, cercanos a Zampa, fueron asesinados. Amigo de Zampa, Batisti, ¿se había sentido amenazado? Babette lo ignoraba.

Abrió una pequeña sociedad de importación y exportación y llevaba una vida tranquila, respetado por todos los mafiosos. Nunca tomó partido en los guerras entre cabecillas, ni manifestó veleidad alguna de poder y dinero. Aconsejaba, servía de buzón de correos, ponía en contacto a los hombres. Cuando el palo ele Spaggiari en Niza, fue él quien en plena noche montó el equipo capaz de dar con las cajas fuertes de la Sociéte Générale. Los hombres del soplete. A la hora del reparto, rechazó su comisión. Era un favor, simplemente. Ganaba en respeto. Y el respeto en el hampa era el mejor seguro de vida.

Manu aterrizó en su casa un día. Pasaje obligatorio si no quería uno quedarse en delincuente de poca monta. Manu estuvo dudando mucho tiempo. Desde la marcha de Ugo, se había vuelto solitario. No se fiaba de nadie. Pero los pequeños atracos empezaban a ser peligrosos. Y además, empezaba a haber competencia: era el deporte favorito de algunos jóvenes árabes. Unos golpes bien dados permitían constituir el bote necesario para hacerse camello y controlar una zona, incluso toda una *cit e*. Ga etan Zampa, que había reconstituido el hampa marsellesa, acababa de colgarse en su celda. Le Mat y Le Belge intentaban evitar una nueva escisi on. Estaban reclutando gente. Manu se puso a trabajar para Le Belge. Esporádicamente. Batisti y Manu se habían caído bien. Manu encontr  en él al padre que nunca tuvo. El padre ideal, que se le parecía y que no le venía con sermones. El peor de los padres, para mí. No me gustaba Batisti. Pero yo había tenido un padre y en verdad no podía quejarme.

—Batisti —repitió ella—. No tenías más que discurrir un poco, hijo mío.

Muy orgullosa de sí misma, Babette se sirvió un marc de Garlaban. «Chin chin», dijo levantando la copa con una sonrisa en la boca. Después del café, Honorine se había ido a echar una siesta a su casa. Estábamos en la terraza, en traje de baño en las tumbonas, bajo una sombrilla. El calor pegado al cuerpo. A Babette la había llamado ayer por la noche y, por suerte, estaba en casa.

—Entonces qué, morenazo,  te decides ya a casarte conmigo?

—Sólo a invitarte, guapa. A comer, en mi casa, mañana.

—T  quieres pedirme un favor.  Siempre igual de cabr n!  Cu nto hace ya, eh? Ni lo sabes. Seguro.

—Eh... Como unos tres meses.

—Ocho, mamón. Habrás estado venga a mojar el churro y en cualquier sitio.

—Sólo de putas.

— Buah!  Qu  vergüenza! Y yo, mientras, muerta de asco esperando —suspir 

—. Bueno, ¿qué hay de menú?

—Lenguas de bacalao, lubina a la plancha, lasaña fresca con hinojo.

—¿Estás tonto o qué? Te pregunto que de qué quieres hablar. Para repasármelo.

—Que me expliques lo que pasa en el hampa en este momento.

—¿Tiene que ver con tus colegas? He leído lo de Ugo. Lo siento.

—Podría ser.

—¡Oye!, ¿qué has dicho? ¿Lenguas de bacalao? ¿Está bueno?

—No lo he probado en mi vida, guapa. La primera vez será contigo.

—Mmm. ¿Y si nos tomáramos un pequeño aperitivo ahora mismo? Me llevo el camisón, ¡y pongo los condones! Tengo unos azules, a juego con los ojos...

—Mira, son las doce de la noche. Tengo las sábanas sucias, y las limpias sin planchar.

—¡Cabronazo!

Colgó. Riéndose.

A Babette la conocía desde hacía más de veinticinco años. La encontré un día en Le Péano. La acababan de contratar de correctora en *La Marseillaise*. Tuvimos un rollo, de esos que teníamos en aquellos tiempos. Podía durar una noche, o una semana. Nunca más.

Nos volvimos a encontrar en la conferencia de prensa en la que se presentó la reorganización de las BSS. Y en la que yo era el artista invitado. Se había hecho periodista, especializada en sucesos, más tarde dejó el periódico y se instaló por su cuenta. Publicaba con regularidad colaboraciones en *Le Canard enchaîné*, y ciertos diarios y semanarios le encargaban a menudo grandes reportajes de investigación. Sabía mucho más que yo sobre la delincuencia, la política de seguridad y la mafia. Una auténtica enciclopedia, y estaba más buena que el pan. Tenía cierto aire de madonna de Botticelli. Pero en sus ojos se veía bien que no era precisamente Dios quien la inspiraba, sino la vida. Y todos los placeres que lleva consigo.

Tuvimos otro rollo. Tan rápido como el primero. Pero nos gustaba vernos. Una cena, una noche. Un fin de semana. Ella no esperaba nada. Yo no pedía nada. Cada uno volvía a sus cosas y hasta la próxima vez. Hasta el día en que no hubiera una próxima vez. Y la última vez, ella y yo supimos que era la última vez.

Me puse a cocinar pronto por la mañana, escuchando viejo blues de Lightnin' Hopkins. Después de limpiar la lubina, la rellené de hinojo y la rocié con aceite de oliva. El resto del hinojo había estado cociéndose a fuego lento en agua con sal con una punta de mantequilla. En una sartén bien aceitada, rehugué la cebolla picada y ajo y guindilla picados muy finos. Una cucharada sopera de vinagre y añadí los tomates que había escaldado en agua hirviendo y cortado en dados. Cuando el agua se evaporó, añadí el hinojo.

Por fin me sentía apaciguado. La cocina me producía ese efecto. La mente no se

perdía en los complejos vericuetos del pensamiento. Se ponía al servicio de los olores, del gusto. Del placer.

Babette llegó con *Last night blues*, en el momento en que me estaba poniendo el tercer pastís. Llevaba vaqueros negros, muy ajustados, un polo azul a juego con sus ojos. En el pelo largo y rizado, una visera blanca. Éramos aparentemente de la misma edad, pero ella no parecía envejecer. La menor arruga en los ojos o en la comisura de los labios le añadía poder de seducción. Ella lo sabía y lo utilizaba hábilmente. Esto nunca me dejaba indiferente. Se fue a pasar la nariz por la sartén y luego me ofreció los labios.

—Hola, grumete —dijo—. Mmm, me apetece un pastís.

Había preparado una estupenda brasa en la terraza. Honorine trajo las lenguas de bacalao. Estaban marinadas en un tarro con aceite, perejil picado y pimienta. Siguiendo sus consejos, yo había preparado una pasta de buñuelos a la que incorporé dos claras de huevo a punto de nieve.

—¡Hala!, iros a beber el pastís tranquilos. Yo me encargo de lo que falta.

Las lenguas de bacalao, nos explicó durante la comida, era un plato delicado. Se podían hacer gratinadas, con una salsa de almejas o a la provenzal, en *papillotte* o incluso cocidas con vino blanco con unas láminas de trufa y setas. Pero, según ella, en buñuelos era como mejor estaban. Babette y yo estábamos dispuestos a probar todas las demás recetas de deliciosas que nos parecían.

—¿Y ahora puedo comerme el pirulí? —dijo Babette pasándose la lengua por los labios.

—¿No te parece que se nos ha pasado la edad?

—Para los caprichos no hay edad, corazón.

Me daban ganas de ponerme a reflexionar acerca de todo lo que Babette me acababa de contar sobre la mafia. Una tremenda lección. Y acerca de Batisti. Me moría por ir a verle. Pero todo esto podía esperar hasta mañana. Hoy era domingo, y para mí no todos los días eran domingo. Babette me debió de leer el pensamiento.

—Tranqui, Fabio. Déjalo pasar, es domingo —se levantó, me cogió la mano—. ¿Nos damos un baño? ¡Se apaciguarán tus ardores!

Nadamos hasta reventarnos los pulmones. Me encantaba. A ella también. Se empeñó en que sacara el barco y nos fuéramos hasta la Baie des Singes. Tuve que ponerme serio. Tenía una regla, en el barco no llevaba a nadie. Era mi isla. Se cabreó, me llamó gilipollas, bobo, después se tiró al agua. Estaba fresca, a pedir de boca. Sin aliento, con los brazos algo rotos, nos dejamos flotar haciendo el muerto.

—¿Qué pretendes con lo de Ugo?

—Entender. Después ya veré.

Por primera vez, preví que comprender quizá no fuera suficiente. Comprender es una puerta que se abre, pero no se sabe lo que hay detrás.

—Cuidadito en lo que te metes —y se tiró de cabeza directa hacia mi casa.

Era tarde. Y Babette se había quedado. Fuimos a buscar una pizza de chipirones, donde Louissette. Nos la comimos en la terraza, bebiéndonos un Côtes de Provence rosado del Mas Negrel. Fresco, justo lo que necesitábamos. Nos bebimos la botella. Luego me puse a hablar de Leila. De la violación y de todo lo demás. Lentamente, fumando. Buscando las palabras. Para encontrar las más hermosas. Anocheció. Me callé. Vacío. El silencio nos envolvía. Ni música. Nada. Nada más que el ruido del agua contra las rocas. Y murmullos a lo lejos.

Había algunas familias cenando en el dique tan sólo iluminadas por un camping gas. Tenían las cañas de pescar clavadas en la roca. A veces se oía una risa. Luego un «shhhhh». Como si la risa pudiera ahuyentar a los peces. Teníamos la sensación de estar al margen. Lejos de la mierda del mundo. Se respiraba felicidad. Con las olas. Esas voces a lo lejos. Ese olor a sal. Y hasta con Babette a mi lado.

Sentí que me recorría el pelo con la mano. Me atrajo suavemente hacia su hombro. Olía a mar. Me acarició la mejilla con ternura, y luego el cuello. Volvió a subir la mano hacia mi nuca. Era dulce. Al final, se me saltaron las lágrimas.

Donde los amaneceres no son más que el espejismo de la belleza del mundo

El aroma del café me despertó. Un olor que ya había dejado de sorprenderme por las mañanas desde hacía muchos años. Mucho antes de Rosa. Sacarla de la cama no era cualquier cosa. Verla levantarse a preparar el café era como un milagro.

¿A lo mejor Carmen? Ya no me acordaba. Olí las tostadas y decidí levantarme. Babette no volvió a su casa. Se tumbó junto a mí. Apoyé la cabeza en su hombro. Me rodeó con el brazo. Me quedé dormido. Sin una palabra más. Lo había dicho todo. De mi desesperación, mis odios y mi soledad.

El desayuno estaba preparado en la terraza. Bob Marley cantaba *Stir it up*. Iba mucho con el día. Cielo azul. El mar como una balsa de aceite. El sol puntual a su cita. Babette se había puesto mi albornoz. Estaba untando tostadas, un cigarro en los morros, moviéndose, casi imperceptiblemente, al ritmo de la música. La felicidad existió el relámpago de un segundo.

—Tendría que haberme casado contigo.

—¡Déjate de chorradas!

Y, en lugar de ofrecerme los labios, me ofreció la mejilla. Instauraba una nueva relación entre nosotros. Habíamos ido a parar a un mundo en que la mentira ya no existía. Quería mucho a Babette. Se lo dije.

—Estás completamente pirao, Fabio. Eres un obseso del corazón. Yo, del sexo. Nuestros caminos no pueden cruzarse —me miraba como si me viera por primera vez—. Y al final prefiero que sea así. Porque yo también te quiero mucho.

El café estaba delicioso. Me explicó que iba a proponer al *Libé* un reportaje sobre Marsella. La crisis económica, la mafia, el fútbol. Con idea de que le remuneraran las informaciones que sacara para mí. Se marchó prometiéndome que me llamaría en un par de días.

Me quedé fumando, mirando el mar. Babette me había pintado un cuadro preciso de la situación. El hampa marsellesa había desaparecido. La guerra de cabecillas la había debilitado y nadie en ese momento tenía la envergadura de un *capi*. Marsella no era más que un mercado, codiciado por la Camorra napolitana, que centraba toda su actividad en el tráfico de heroína y de cocaína. *Il Mondo*, un semanario milanés,

había calculado en 1991 las cifras de negocio de los camorristas Carmine Alfieri y Lorenzo Nuvoletta, respectivamente, en 6 y 7 mil millones de dólares. Dos organizaciones se disputaban Marsella desde hacía diez años. La nueva Camorra organizada de Raffaele Cutolo, y la nueva familia de los clanes Volgro y Giuliano.

Zucca había elegido su campo. *La Nuova Famiglia*. Dejó la prostitución, las discotecas y los juegos. Una parte a la mafia árabe y la otra a los hampones marseleses. Gestionaba para estos últimos ese sucedáneo del imperio corso. Sus grandes negocios los hacía con el camorrista Michel Zaza, llamado *O Pazzo*, el loco. Zaza operaba en el eje de Nápoles, Marsella y Sint Marteens, la parte holandesa de la isla de San Martín, en las Antillas. Reconvertía para él los beneficios de la droga en supermercados, restaurantes y edificios. El Boulevard Longchamp, uno de los más bonitos de la ciudad, era prácticamente de ellos.

Zaza había «caído» un mes antes en Villeneuve-Loubet, cerca de Niza, en la operación «Mare verde». Pero esto no alteraba la historia. Zucca, hábilmente, casi genial, había desarrollado potentes redes financieras desde Marsella con Suiza y Alemania. Zucca estaba protegido por los napolitanos. Todo el mundo lo sabía. Matarlo era una tremenda locura.

Le dije a Babette que era Ugo el que se había cargado a Zucca. Para vengarse de Manu. Y que no veía quién le había podido meter semejante idea en la cabeza, ni por qué. Llamé a Batisti.

—Fabio Mántale. ¿Te suena?

—El poli —respondió él, después de un corto silencio.

—El amigo de Manu, y de Ugo —hubo una pequeña risa irónica—. Quiero verte.

—Estoy muy ocupado todos estos días.

—Yo no. Estoy incluso libre a mediodía. Y me gustaría que me invitaras a un sitio que esté bien. Para que hablemos, tú y yo.

—¿Y si no?

—Te puedo joder.

—Yo también.

—Pero a ti no te gusta mucho la publicidad, según me han dicho.

Llegué a la oficina en plena forma. Y con decisión. Tenía las ideas claras y sabía que quería ir hasta el final. Con lo de Ugo. En cuanto a Leila, confiaba en la investigación. De momento, había bajado a la sala de control para cumplir con el rito semanal de la constitución de los equipos.

Cincuenta tíos de uniforme. Diez coches. Dos autobuses. Equipos de día, equipos de noche. Destinos por sectores, *cités*, supermercados, gasolineras, bancos, oficinas de correos, institutos. Pura rutina. Tipos a los que no conocía o poco. Casi nunca eran los mismos. Un obstáculo en la misión que me había sido confiada. Jóvenes, viejos.

Padres de familia, recién casados. Padres tranquilos, jóvenes guerreros. Nada racistas, sólo con los árabes. Y los negros y los gitanos. No tenía nada que decir. Solamente formar los equipos. Pasaba lista y decidía los integrantes del equipo por sus caretos. Este método no siempre daba los mejores resultados.

Entre aquellos tíos, un antillano. Era el primero que me mandaban. Alto, cuadrado, pelo rapado. No me gustaba esa pinta. Ese tipo de tíos se creen más franceses que un auvernés. Los árabes no es que fueran su plato favorito. Los gitanos tampoco.

Me tocaron algunos de éstos en París, en la comisaría de Belleville. Se las hacían pasar putas a los que no eran auverneses. Uno de ellos me dijo un día: «Moros, por aquí no se ve ni uno. ¡Cómo que han elegido su campo, vamos!». Yo no tenía la sensación de pertenecer a ningún campo. Simplemente de estar al servicio de la justicia. Pero el tiempo les daría la razón a ellos. Ese tipo de tíos prefería que estuvieran en Correos, o en EDF^[32]. Luc Reiver contestó con su nombre cuando pasaba lista. Lo puse con tres viejos. ¡Y salga el sol por donde quiera!

Los días hermosos sólo existen bajo la aurora. No debería haberlo olvidado. Los amaneceres no son más que el espejismo de la belleza del mundo. Cuando el mundo abre los ojos, la realidad recobra sus derechos. Y nos volvemos a encontrar con la porquería. Eso es lo que me dije cuando Loubet entró en mi despacho. Lo comprendí rápido porque se quedó de pie. Con las manos en los bolsillos.

—A la chiquilla la mataron hacia las dos de la mañana del sábado. Con el calor, los ratones... Podía haber sido más asqueroso de lo que viste. Lo que pasó antes lo ignoramos. Según el laboratorio, la violaron entre varios. El jueves, el viernes. Pero no donde la encontramos... Por delante y por detrás, por si te interesa.

—Me importan un huevo los detalles.

Del bolsillo derecho de su chaqueta sacó una bolsita de plástico. Una a una, puso delante de mí tres léalas.

—Las hemos extraído del cuerpo de la chiquilla.

Yo le miraba. Estaba esperando. Sacó del bolsillo derecho otra bolsita. Puso dos balas, paralelas a las otras.

—Éstas las hemos extraído de Al Dajil y de sus guardaespaldas.

Eran idénticas. Las mismas armas. Los dos asesinos eran los violadores. Se me secó la garganta.

—¡Joder! —articulé con dificultad.

—El caso está cerrado, Fabio.

—Falta una.

Señalé la tercera bala. La de un Astra especial. Su mirada sostuvo la mía.

—No la utilizaron el sábado por la noche.

—Eran sólo dos. Hay un tercero que está por ahí suelto.

—¿Un tercero?

—¿De dónde te has sacado eso?

Tenía una teoría sobre las violaciones. Una violación no podían llevarla a cabo más que una o tres personas. Nunca dos. Entre dos, siempre hay uno que se está rascando las bolas. Tiene que esperar su turno. Solo, era lo clásico. Entre tres, un juego perverso. Pero era una teoría que acababa de fabricarme. Sobre una intuición. Y de rabia. Porque no me daba la gana admitir que el caso estaba cerrado. Tenía que haber otro, y yo tenía que encontrarlo.

Loubet me miró con cara de pena. Recogió las balas y las metió en la bolsa.

—Estoy abierto a todas las hipótesis. Pero... Y tengo todavía cuatro asuntos entre manos.

Sujetaba la bala del Astra entre los dedos.

—¿Es la que le perforó el corazón? —le pregunté.

—Ni idea —dijo sorprendido—. ¿Por qué?

—Me gustaría saberlo.

Una hora más tarde, me llamó. Lo confirmaba. Era, efectivamente, la bala que había perforado el corazón a Leila. Por supuesto, esto no nos llevaba a ninguna parte. Simplemente confería a esta bala un misterio que quería esclarecer. Por el tono de su respuesta, adiviné que Loubet no consideraba el caso totalmente archivado.

Me vi con Batisti en el bar de la Marine. Su tasca. Se había convertido en el lugar de cita de los *skippers*^[33]. En la pared seguía colgado el lienzo de Louis Audibert que representaba la partida de cartas de *Marius*, y la foto de Pagnol y su mujer en el puerto. En una mesa a nuestra espalda, Marcel, el dueño, explicaba a dos turistas italianos que sí, que efectivamente era ahí donde habían rodado la película. De menú, chipirones fritos y berenjenas gratinadas. Con un rosado de las cavas del Rousset, reserva del dueño.

Había venido a pie. Por el gusto de darme una vuelta por el puerto comiendo cacahuetes salados. Me encantaba ese paseo. Muelle del puerto, muelle Des Belges, muelle de Rive-Neuve. El olor del puerto. A mar y alquitrán.

Las pescaderas, siempre dando voces, vendían la pesca del día. Doradas, sardinas, lubinas y pageles. Delante del puesto de un africano, un grupo de alemanes regateaba por unos pequeños elefantes de ébano. El africano podría con ellos. Añadiría una pulsera de plata falsa, con sello falso. Consentiría que le dieran cien francos por todo. Y aún saldría ganando. Sonreí. Es como si los conociera de toda la vida. Mi padre me soltaba de la mano y yo me iba corriendo hacia los elefantes. El africano me miraba con cuatro ojos. Fue el primer regalo de mi padre. Tenía cuatro años.

Con Batisti fui directamente al grano.

—¿Por qué empujaste a Ugo hacia Zucca? Eso es todo lo que quiero saber. ¿Y

quién saca tajada con todo esto?

Batisti era un viejo zorro. Masticó con aplicación, se acabó el vaso de vino.

—¿Qué es lo que sabes?

—Cosas que no debería saber.

Sus ojos buscaron en los míos los indicios de un farol. No pestañeé.

—Mis informadores eran legales.

—¡Ya vale, Batisti! Tus informadores me la pelan. ¡No existen! Es lo que te han dicho que dijeras, y lo has dicho. Mandaste a Ugo a hacer lo que no ha tenido cojones de hacer ni Dios. Zucca estaba protegido. Y van después y se cepillan a Ugo. La pasma. Bien informada. Una trampa.

Me daba la impresión de estar pescando con palangre. Montones de cebos y a esperar a que picaran. Se tragó el café, y tuve la sensación de haber agotado mi saldo.

—Escucha, Móntale, existe una versión oficial, límitate a ella. Eres poli ele los barrios, sigue siéndolo. Tienes una bonita cabaña, intenta conservarla —se levantó—. Los consejos son gratis. La cuenta la pago yo.

—¿Y de Manu? Tampoco sabes nada, ¿no? ¡Te la pela!

Dije eso de pura rabia. Hice el gilipollas. Había soltado las hipótesis que tenía a medio elaborar. O, lo que es lo mismo, nada sólidas. Y lo único que había sacado a cambio era una amenaza poco clara.

Batisti había venido sólo a informarse de lo que yo sabía.

—Lo que vale para Ugo, vale para Manu.

—Pero Manu te caía bien, ¿no?

Me lanzó una mirada de odio. Había dado en el blanco. Pero no me respondió. Se levantó y se fue hacia la barra, con la cuenta en la mano. Le seguí.

—Una cosa, Batisti. Acabas de darme por culo. Estupendo. Pero no creas que me voy a dar por vencido. Ugo pasó por ti para obtener un chivatazo. Y lo jodiste de lo lindo. Sólo quería vengar a Manu. O sea, que no te pienso dejar en paz —recogió el cambio. Yo le puse la mano encima del brazo y me acerqué a su oído. Murmuré—. Otra cosa. Te da tanto miedo palmarla que estás dispuesto a todo. Te estás cagando en los pantalones. No tienes honor, Batisti. Cuando me entere de lo que pasó con Ugo, no me voy a olvidar de ti. Créeme.

Apartó el brazo, me miró con tristeza. Con compasión.

—Te liquidaremos antes.

—Más te vale.

Salió sin darse la vuelta. Lo seguí con la mirada, un instante. Pedí otro café. Los dos turistas italianos se levantaron y se marcharon en una profusión de «ciao, ciao».

Si a Ugo le quedaba todavía familia en Marsella, no parecía que leyeran los periódicos. Nadie se había manifestado desde que se lo cargaron. Ni después de la

publicación de la esquila que puse en los tres diarios matutinos. La autorización de inhumación había sido concedida el viernes. Tuve que elegir. No quería verlo en la fosa común, como un perro. Rompí la hucha y cargué con los gastos del entierro. No me iré de vacaciones este año. De todas formas, nunca me iba de vacaciones.

Los tipos abrieron la tumba. Era la de mis padres. Todavía quedaba un sitio para mí ahí dentro. Pero me había propuesto tomármelo con calma. A mis padres, no veía por qué iba a molestarles que les visitaran un poco. Hacía un calor infernal. Miré el agujero oscuro y húmedo. A Ugo no le iba a gustar nada. Bueno, ni a nadie. A Leila tampoco. La enterraban mañana. No había decidido aún si iría o no. Para Mulud y sus hijos, yo no era más que un extraño. Y un poli. Que nada pudo evitar.

Todo se derrumbaba. Había vivido estos últimos años con tranquilidad e indiferencia. Como ausente del mundo. Nada me afectaba demasiado. Los viejos amigos que ya no me llamaban. Las mujeres que me abandonaban. Mis sueños y mis iras los había puesto en cuarentena. Envejecía sin desear nada ya. Sin pasión. Follaba con putas. Y la felicidad estaba en la punta de una caña de pescar.

La muerte de Manu vino a sacudir todo esto. Sin duda con demasiada debilidad en mi escala de Richter. La muerte de Ugo era el bofetón. En toda la cara. Que me sacaba de un viejo letargo nada recomendable. Me despertaba vivo, y gilipollas. Lo que pudiera pensar sobre Manu y Ugo no cambiaba en nada mi historia. Ellos... habían vivido. Me habría gustado hablar con Ugo, hacerle contar sus viajes. Sentados en las rocas, por la noche, en Les Goudes, no soñábamos más que con eso, con irnos a la aventura.

—¡Rediós! ¿Pa qué querrán correr tanto? —gritó Toinou. Había puesto a Honorine de testigo—. ¿Y qué querrán ver estos chavales?, ¿eh? ¿Me lo puedes contar? To'los países están aquí. Toa'las razas. El muestrario completo.

Honorine nos puso en el plato una sopa de pescado.

—Nuestros padres se vinieron de fuera. Llegaron a esta ciudad. Y oye, lo que buscaban aquí que se lo encontraron. Y, joroba, que aunque no te lo creas, aquí que se quedaron.

Había vuelto a tomar aire. Después nos miró enfadado.

—¡Comeros eso! —gritó señalando los platos—. ¡A ver si se os pasa la tontería!

—Aquí se muere uno —se atrevió Ugo.

—¡También se muere el personal en otros sitios, muchacho! ¡Y aun peor!

Ugo volvió y murió. Fin del trayecto. Hice un gesto con la cabeza. El ataúd fue engullido por el agujero oscuro y húmedo. Me volví a tragar las lágrimas. Se me quedó en la boca un sabor a sangre.

Me paré en la sede de los radio-taxis, en el cruce del boulevard de Plombière con el de La Glacière. Quería esclarecer esta pista, la del taxi. Quizá no conducía a nada,

pero era el único hilo que unía a los dos asesinos de la place de L'Opéra con Leila.

El tipo de la oficina estaba hojeando una revista porno con aire aburrido. Un perfecto *mia*. Pelo largo en la nuca, de un repeinao que te cagas, camisa de flores abierta, pecho negro y peludo, cadenón de oro con un cristo con diamantes en los ojos, dos pedazos de anillos en cada mano y unas ray ban. Esta expresión, *mia*, era italiana. De la casa Lancia. Lanzaron un coche, el *Mia*, en el que una abertura permitía sacar el codo sin tener que bajar la ventana. ¡Era super fuerte para el carácter marsellés!

Los bares estaban a tope de *mias*. Chulos, trapicheros. Martínez el facha, vaya. Se pasaban el día en la barra, bebiendo Ricard. Y algún día hasta trabajaban.

Éste debía de llevar un Renault 12 lleno de faros, un rótulo en el cristal de delante con Christian & Vanessa, peluches colgando por todas partes y volante de leopardo. Pasó una página. Su mirada se detuvo en la entrepierna de una rubia pulposa. Después se dignó levantar la vista hacia mí.

—¿Qué quiere?

Dijo con fuerte acento corso. Le enseñé mi carné. Casi ni lo miró. Como si se lo conociera de memoria.

—¿Puede leer desde ahí? —le dije.

Se bajó levemente las gafas en la nariz, me miró con indiferencia. Hablar parecía agotarle. Le expliqué que quería saber quién conducía el Renault 21, con matrícula 675 JLT13, el sábado por la noche. Por una historia de uno que se había saltado un semáforo en la avenue des Aygalades.

—¿Pa eso viene usted hasta aquí, a estas horas?

—Hay que moverse para todo. Si no, la gente escribe al ministro. Han puesto una denuncia.

—¿Una denuncia por saltarse un semáforo?

¡Anda ya! ¡En qué mundo vivíamos!

—Hay un montón de peatones locos —le dije.

Esta vez se quitó las ray ban y me miró fijamente. Por si me estaba descojonando de él. Me encogí de hombros. Me estaba hartando.

—No te jode, y lo pagamos nosotros, ¡me cago en la leche! Mejor que no pierda tanto el tiempo en chorradas. Lo que falta es seguridad.

—Sí, y en los pasos de cebra también —me estaba empezando a tocar los cojones —. ¿Apellidos, nombre, dirección y teléfono del taxista?

—Si tiene que presentarse en comisaría, ya se lo diré yo a él.

—El que convoca soy yo. Por escrito.

—¿De qué comisaría es usted?

—Oficina central.

—Déjeme el carné otra vez.

Lo cogió y anotó mi nombre en un trozo de papel. Era consciente de que me estaba pasando de la raya. Pero era demasiado tarde. Me lo devolvió casi con asco.

—Móntale. ¿Italiano, no? —asentí. Pareció perderse en una profunda reflexión; luego, me miró—. Podemos arreglar lo del semáforo. ¿No le devuelven muchos favores así?

Cinco minutos más con ese rollo y, una ele dos, o lo estrangulaba con el cadenón de oro, o se comía la cruz. Hojeó un libro de registro, se paró en una página, pasó el dedo por una lista.

—Pascal Sánchez. ¿Toma nota o se lo tengo que escribir yo?

Pérol me puso al corriente de la jornada. 11 h 30. Un menor arrestado por robo en Carrefour. Una tontería, pero aun así hubo que llamar a los padres y ficharlo. 13 h 13. Pelea en un bar, Le Balto, en el *chemin* du Merlan, entre tres gitanos, con una chica de por medio. Se llevaron a todos y los soltaron en seguida a falta de denuncia. 14 h 18. Llamada por radio. Una madre se planta en la comisaría de zona con su hijo, que tiene graves contusiones en la cara. Una historia de golpes y heridas voluntarias en el instituto Marcel Pagnol. Se convoca a los presuntos autores y a sus padres. Careo. La historia duró toda la tarde. Ni drogas, ni chantajes. Aparentemente. Habría que estar al tanto, no obstante. Sermón a los padres, con la esperanza de que sirviera para algo. Rutina.

Pero la buena noticia era que, por fin, había una manera de pillar a Naser Mrábed, un joven camello que operaba en la *cit * Bassens. Se había peleado la noche anterior al salir del Miramar, un bar de L'Estaque. El otro le había denunciado. Mejor aún: mantuvo la denuncia y se presentó en comisaría para prestar declaración. Muchos se echaban para atrás y ya no los volvías a ver. Aunque fuera solo por un robo, sin violencia. El miedo. Y la falta de confianza en la policía.

A Mrábed me lo sabía ya de memoria. Veintidós años, detenido siete veces. La primera vez tenía quince años. Buena media. Pero era un zorro. Nunca habíamos podido alegar nada contra él. Esta vez a lo mejor.

Traficaba a gran escala desde hacía meses, sin pringarse. Críos de quince-dieciséis años trabajaban para él. Hacían el trabajo sucio. Uno movía la droga, el otro cobraba la pasta. Eran ocho o diez o así. Él, sentado en su coche, controlaba. Hacía la colecta más tarde. En un bar, en el metro o en el bus, en el supermercado. Cada vez en un sitio. Nadie se atrevía a pegársela. Una vez lo intentaron. Fue la última. El cabroncete se encontró con un tajo en la cara. Y, por supuesto, no largó nada sobre Mrábed. Podía ser peor.

Dimos con los críos varias veces. Pero en vano. Preferían la trena a escupir, el nombre de Mrábed. Cuando pescábamos al que iba cargado, tomábamos nota del perfil, lo fichábamos. Y lo soltábamos. Nunca eran cantidades lo suficientemente

grandes para inculparle. Lo intentamos y el juez nos mandó a paseo.

Pérol proponía coger a Mrábed en la piltra, por la mañana. No me parecía mal. Antes de que saliera, pronto por una vez. Pérol me dijo:

—¿Muy duro lo del cementerio? —me encogí de hombros, sin contestar—. Me gustaría que vinieras un día por casa a comer.

Se marchó sin esperar la respuesta, y sin decir adiós. Pérol era así de simple. Cogí el relevo de la noche, con Cerutti.

Sonó el teléfono. Era Pascal Sánchez. Yo había dejado un recado a su mujer.

—¡Oye! ¡En la vida me saltao un semáforo, yo! Y menos aún donde dice usted. Ni me arrimo por ahí. Que no hay más que moracos.

No me alteré. A Sánchez me lo quería ganar despacito.

—Vale, de acuerdo. Pero hay un testigo, señor Sánchez. El que dio su número. Es su palabra contra la de usted.

—¿A qué hora me ha dicho? —dijo después de un silencio.

—A las 10,38.

—Imposible —contestó sin dudar—. A esa hora me paré. Meché una copa en el Bar de l'Hôtel de Ville. Mire, hasta me compré pa fumar. Hay testigos. Que no le miento, oiga. Tengo por lo menos cuarenta.

—No necesito tantos. Pásese por la comisaría mañana, hacia las once. Le tomaré declaración. Y los nombres, dirección y teléfonos de dos testigos. Debería solucionarse sin problema.

Antes de que llegara Cerutti, tenía todavía que matar una horita. Decidí ir a beberme algo a donde Ange, a Les Treize Coins.

—Te está buscando el chaval —me dijo—. El que trajiste el sábado.

Después de tomarme una caña me fui en busca de Yamal. No había dado tantas vueltas por el barrio desde que me mandaron a Marsella. Volví por primera vez el otro día para intentar encontrar a Ugo. En todos estos años me había limitado a los alrededores. La place de Lenche, la rue Baussenque y la rue Sainte-Françoise, la rue François-Moisson, el boulevard des Dames, la Grand-Rue, la rue Caisserie. Mi única incursión era el pasaje Des Treize Coins, y el bar de Ange.

Lo que me sorprendía ahora es que la rehabilitación del barrio tenía algo de inacabado. Me preguntaba si las numerosas galerías de arte, boutiques y otros comercios atraían a mucha gente. ¿Y a quién exactamente? A los marseleses no, desde luego. Mis padres no volvieron al barrio después de que los expulsaran los alemanes. Las persianas de hierro estaban bajadas. Las calles, desiertas. Los restaurantes, vacíos, o casi. Excepto en Chez Étienne, en la rue de Lorette. Pero Étienne Cassaro llevaba allí veintitrés años. Y ponía la mejor pizza de Marsella. «El precio y el horario de cierre según el humor», leí en un reportaje de Géo sobre Marsella. El humor de Étienne nos había dado de comer gratis muchas veces a Manu,

a Ugo y a mí. Gritándonos todo el día. Vagos, que no valíamos para nada.

Volví a bajar por la rue du Panier. Mis recuerdos resonaban más que los pasos de los transeúntes. El barrio todavía no era Montmartre. La mala reputación persistía. Los malos olores también. Y Yamal estaba ilocalizable.

Donde es preferible expresar lo que se siente

Me estaban esperando en la puerta de mi casa. Tenía la cabeza en otra cosa y estaba agotado. Soñaba con un vaso de Lagavulin. Salieron de la sombra tan silenciosos como los gatos. Cuando advertí su presencia era demasiado tarde.

Me encajaron una gruesa bolsa de plástico en la cabeza y dos brazos se deslizaron bajo mis axilas, me levantaron apretándome el pecho. Dos brazos de hierro. Uno de ellos pegó su cuerpo al mío. Forcejeé.

El primer golpe me llegó por el estómago. Violento, y fuerte. Abrí la boca y me tragué todo el oxígeno que todavía contenía la bolsa. ¡Joder! ¿Con qué coño me estaba dando el tío? Un segundo golpe. De la misma potencia. Un guante de boxeo. ¡Hostia! ¡Un guante de boxeo! En la bolsa no quedaba ya ni una gota de oxígeno. ¡Cabronazo de mierda! Empecé a dar patadas con las piernas y los pies hacia adelante. Al vacío. Me apretó más el pecho.

Otro golpe en la mandíbula. Abrí la boca y encajé otro golpe, en el estómago. Me iba a asfixiar. Sudaba a chorros. Necesitaba doblar la espalda. Protegerme el estómago. Brazo de hierro se dio cuenta. Me dejó caer. Una fracción de segundo. Me volvió a levantar, siempre pegado a mí. Sentí su sexo contra mis nalgas. ¡Estaba empalmado, el hijo puta! Izquierda, derecha. Dos golpes. Otra vez en la boca del estómago. Con la boca completamente abierta, movía la cabeza en todos los sentidos. Quería gritar, pero no me salía ni un sonido. Apenas un quejido.

Era como tener la cabeza metida en una olla. Sin válvula de seguridad.

La presión en el pecho no aflojaba. No era más que un saco de boxeo. Perdí la noción del tiempo, y de los golpes. Mis músculos no reaccionaban. Quería oxígeno. Sólo eso. ¡Aire! ¡Un poco de aire! ¡Sólo un poco! Luego mis rodillas tocaron violentamente el suelo. Instintivamente me enrosqué sobre mí mismo. Un soplo de aire acababa de entrar bajo la bolsa de plástico.

—¡Un aviso, gilipollas! ¡La próxima vez te dejamos tieso!

Una patada me alcanzó la parte baja de la espalda. Gemí. El motor de una moto. Me arranqué la bolsa de plástico y respiré todo el aire que pude.

La moto se alejó. Me quedé quieto. Intentando recobrar una respiración normal. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y me puse a temblar de la cabeza a los pies. Muévete, me dije. Pero mi cuerpo se resistía. No quería. Moverse era reactivar el

dolor. Ahí enroscado no sentía nada. Pero no me podía quedar así.

Las lágrimas resbalaban por las mejillas, llegaban, saladas, a mis labios. Creo que empecé a llorar con los golpes y no había parado.

Me chupé las lágrimas. Casi estaba hasta bueno ese gusto salado. ¿Y si vas a ponerte un whisky, eh, Fabio? Te levantas y vas. No, sin incorporarte del todo. Despacio, eso es. No puedes. Pues vete a gatas. Hasta la puerta. Está ahí, ¿la ves? Bien. Siéntate, pon la espalda contra la pared. Respira. Venga, busca las llaves. Bueno, apóyate en la pared, incorpórate lentamente, déjate caer encima de la puerta. Abre. La cerradura de arriba, eso. Ahora la de en medio. ¡Anda, ésa no la habías echado!

La puerta se abrió y me encontré en los brazos de Marie-Lou. Con la impresión perdió el equilibrio. Vi como nos caíamos. Marie-Lou. Debía de estar ciego. Estaba ciego. Negro.

Tenía un guante mojado con agua fría en la frente. Sentí el mismo frescor en los ojos, en las mejillas, y luego en el cuello y en el pecho. Unas gotas de agua se deslizaron por mis omóplatos. Me puse a temblar. Abrí los ojos. Marie-Lou me sonrió. Estaba desnudo. En la cama.

—¿Estás mejor?

Asentí con la cabeza, cerré los ojos. A pesar de la tenue luz, me resultaba difícil mantenerlos abiertos. Me retiró el guante de la frente. Luego me lo volvió a poner. Estaba frío otra vez. Me hacía mucho bien.

—¿Qué hora es? —dije.

—Las tres y veinte.

—¿Tienes un cigarro?

Encendió uno y me lo puso en los labios. Aspiré, luego me llevé la mano izquierda para quitármelo de la boca. Ese Sencillo movimiento me desgarró el vientre. Abrí los ojos.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Tenía que verte. En fin, a alguien. He pensado en ti.

—¿Cómo has conseguido mi dirección?

—Por el Minitel.

—¡Joder con el Minitel! Cincuenta millones de personas podían desembarcar así como así, en mi casa, gracias al Minitel. Mierda de invento —volví a cerrar los ojos.

—Estaba sentada en la puerta. La señora de al lado, Honorine, me propuso esperar en su casa. Hemos estado hablando. Le he dicho que era una amiga. Y me ha abierto tu casa. Era tarde. Pensó que era mejor. Me ha dicho que tú lo entenderías.

—¿Entender qué?

—¿Qué te ha pasado?

Le conté. Brevemente. Con las palabras justas. Antes de que me preguntara por qué, me di la vuelta hacia un lado y me senté.

—Ayúdame. Necesito una ducha.

Le pasé el brazo por los hombros y levanté mis setenta kilos haciendo un esfuerzo ímprobo. ¡Peor que los trabajos de Hércules!

Me quedé doblado. Miedo de despertar el dolor que estaba ahí, agazapado en el estómago.

—Apóyate.

Me pegué a la pared. Ella abrió los grifos.

—Templada —le dije.

Se despojó de la camiseta, se quitó los pantalones y me metió en la ducha. Me sentía débil. El agua me supuso un bienestar inmediato. Estaba pegado al cuerpo de Marie-Lou, con los brazos alrededor de su cuello. Con los ojos cerrados. El efecto no se hizo esperar.

—¡Vaya! Todavía no estás muerto, ¿eh, cabrón? —me soltó al sentir que se me endurecía el sexo.

Sonreí a mi pesar. Me flaqueaban las piernas cada vez más. Estaba temblando.

—¿La quieres más caliente?

—No. Fría. Levántate —apoyé las manos en las baldosas. Marie-Lou salió de la ducha—. ¡Venga!

Abrió el grifo a tope. Pegué un grito. Cerró el agua, cogió una toalla y me frotó. Fui hasta el lavabo. Necesitaba verme el careto. Di la luz. Lo que vi no me dio mucha alegría que digamos. El careto, eso sí, estaba intacto. Pero era lo que veía detrás de mí. La cara de Marie-Lou. Tenía el ojo izquierdo hinchado, casi morado. Me di la vuelta lentamente, sujetándome al lavabo.

—¿Y eso?

—Mi chulo.

La atraje hacia mí. Tenía dos moratones en la espalda, una marca roja en el cuello. Se abrazó a mí y se puso a llorar, suavemente. Su vientre estaba caliente pegado al mío. Eso me produjo un bien inmenso. Le acaricié el pelo.

—Estamos los dos en un estado lamentable. Venga, cuéntame.

Me despegué de ella, abrí el botiquín y cogí una caja de Doliprane. Me atosigaba el dolor.

—Coge dos vasos de la cocina. Y la botella de Lagavulin, que tiene que estar por ahí en algún sitio.

Volví a la habitación, sin incorporarme del tocio. Me dejé caer encima de la cama y puse el despertador a las siete.

Marie-Lou volvió. Tenía un cuerpo maravilloso. Ya no era una prostituta. Y yo ya no era un poli. Éramos simplemente dos pobres lisiados de la vida. Me tragué dos

Doliprane con un poco de whisky. Le ofrecí uno. Lo rechazó.

—No hay nada que contar. Me ha zurrao por estar contigo.

—¿Conmigo?

—Eres poli.

—¿Y cómo lo sabe?

—En el O'Stop se sabe todo.

Miré la hora. Me acabé la copa.

—Quédate aquí hasta que vuelva. No se te ocurra moverte. Y...

Creo que no terminé la frase.

A Mrábed lo cogimos como estaba previsto. En la piltra, con los ojos hinchados de sueño y el pelo revuelto. Con él, una chavala que no debía de tener ni dieciocho. Llevaba un calzoncillo de flores y una camiseta con la inscripción: «Quiero más». No se lo habíamos dicho a nadie. Ni a los de estupefacientes, que nos habrían dicho que lo dejáramos estar. Pillar a los intermediarios acababa siendo una complicación en sus actuaciones contra los grandes. Los volvía locos, decían ellos. Ni tampoco a la comisaría de zona, que rápidamente habría hecho correr la voz por las *cités*. Esto cada vez ocurría con más frecuencia.

Nosotros, a Mrábed, nos lo llevábamos como delincuente ordinario. Por violencia y vías de hecho. Y ahora por corrupción de menores. Pero no se trataba de un delincuente ordinario. Nos lo llevamos tal cual, sin autorizarle a que se vistiera. Una humillación, puramente gratuita. Se puso a berrear. A tratarnos de fascistas, de nazis, de me cago en la madre que os parió, la puta de tu madre y de tu hermana. Era gracioso. Las puertas de los rellanos se iban abriendo y todo el mundo lo veía con las esposas en las muñecas, en calzoncillos y camiseta.

Una vez en la calle nos permitimos incluso echarnos un cigarro antes de meterlo en la furgoneta. Cuestión de que lo admirara el personal, que estaba ya en las ventanas. La noticia correría por las *cités*. Mrábed en calzoncillos, la imagen les parecería cómica, no la podrían olvidar. No era como que le hubieran echado el guante en una batida por las *cités*.

Nos plantamos en la comisaría de L'Estaque de golpe y porrazo, sin avisar. No les hizo ninguna gracia. Se imaginaban ya asediados por centenares de críos armados hasta los dientes. Querían mandarnos al sitio del que veníamos. A la comisaría de nuestra zona.

—La denuncia la pusieron aquí —dijo Pérol—. Es normal que vengamos a arreglar el asunto aquí. ¿Lógico, no? —empujó a Mrábed por delante de él—. Vamos a tener a otra cliente. Una menor a la que hemos pescado con él. Se está vistiendo.

Habíamos dejado allí a Cerutti con una docena de hombres. Quería que tomaran una primera declaración a la chica. Que peinaran minuciosamente el apartamento y el

coche de Mrábed. Avisarían a los padres de la chica y nos la traerían hasta aquí.

—Al final va a haber mogollón de gente, seguro —dije.

Mrábed se había sentado y nos estaba escuchando. Casi se estaba riendo. Me acerqué a él, le cogí del cuello y le puse de pie, sin soltarle.

—¿Tienes idea de por qué estás aquí?

—Sí. Porque le metí una hostia a un tío la otra noche. Iba con un buen pedal.

—Pues eso. Vamos, que llevas cuchillas de afeitar en los bolsillos. ¿Sí o no?

Acto seguido me fallaron las fuerzas. Me puse blanco. Se me pusieron a temblar las piernas. Estaba a punto de caerme redondo y me dieron ganas de vomitar. No sabía por dónde empezar.

—¡Fabio! —dijo Pérol.

—Llévame a los váteres.

Desde la mañana me había metido seis Doliprane, tres Guronsan y toneladas de café. No estaba muy potente, pero me tenía de pie. Cuando sonó el despertador Marie-Lou refunfuñó y se dio media vuelta. Hice que se tomara un Lexomil para que durmiera en paz. Yo tenía agujetas en los hombros, en la espalda. Y el dolor no cedía. Sólo poner el pie en el suelo y me daban pinchazos por todas partes. Como si tuviera una máquina de coser en el estómago. Me entró mucho odio.

—Batisti —le dije nada más descolgar—. Tus colegas deberían haber acabado conmigo. Pero no eres más que un pringao mamonazo de mierda. Te vas a cagar como nunca en tu puta mierda de vida.

—¡Móntale! —berreó al teléfono.

—Dime. Te escucho.

—¿De qué vas?

—Me ha pasado una apisonadora por encima, cacho gilipollas. ¿Te pondría, no, que te diera detalles?

—Móntale, no tengo nada que ver en eso. Lo juro.

—¡No jures tanto, mamonazo! ¿Me lo explicas o qué?

—No tengo nada que ver.

—Te estás repitiendo.

—No sé nada.

—Mira, Batisti, para mí eres un hijo de puta de primera. Pero, vale, me lo voy a creer. Te doy veinticuatro horas para informarte. Te llamo mañana. Te diré dónde quedamos. Más te vale que consigas un buen chivatazo.

Pérol se dio cuenta en seguida de que yo no estaba muy allá nada más verme. No hacía más que lanzarme miradas de preocupación. Le tranquilicé, invocando una antigua úlcera.

—Ya veo, ya —me dijo.

Se estaba dando cuenta de sobra. Pero no me apetecía contarle la tunda que me

habían metido. Ni lo demás. Manu, Ugo. Había dado en el clavo en algún sitio. La advertencia estaba clara. No entendía nada, pero había metido el dedo eh algún entramado. Sabía que yo también podía dejarme el pellejo. Pero sólo yo, Fabio Mántale. No tenía ni mujer ni hijos. Nadie me lloraría. A Pérol no quería enredarlo en mis rollos. Le conocía lo suficiente. Por amistad estaría dispuesto a meterse en cualquier marrón. Era evidente que hacia donde yo me estaba moviendo apestaba. Peor que en los váteres de esta comisaría.

El olor a meadas parecía impregnar las paredes. Escupí. Me dieron arcadas de café. Mi estómago pasaba de marea alta a marea baja en cuestión de treinta segundos. Entre una y otra, un ciclón. Abrí la boca más aún. Me habría venido bien echar las tripas. Pero tenía el estómago vacío desde ayer a mediodía.

—Café —me dijo Pérol por detrás.

—No me va a salir nada.

—Inténtalo.

Llevaba un vaso de plástico en una mano. Me empapé la cara con agua fría, cogí una servilleta de papel y me sequé. Parece que la cosa se calmaba un poco. Cogí el vaso y di un trago. El líquido bajó sin demasiados problemas. Empecé a sudar inmediatamente. La camisa se me pegaba al cuerpo. Debía de tener fiebre.

—Estoy bien —dije.

Y me dio otra arcada. Tuve la impresión de que me estaban dando golpes otra vez. Detrás de mí Pérol estaba esperando que le explicara. Hasta entonces no se movería de ahí.

—Bueno, vamos a ocuparnos de este mamón y luego te cuento.

—Vale. Pero con Mrábed, déjame hacer a mí.

Sólo me faltaba inventarme algo que aguantara mejor el tipo que esa historia de la úlcera.

Mrábed me miró al volver, con pinta socarrona. Con la sonrisa en la boca. Pérol le soltó un bofetón, después se sentó enfrente de él, a caballo en la silla.

—¿A qué aspiran? —chilló Mrábed mientras se giraba hacia mí.

—A enchironarte —dije yo.

—Vale. De puta madre. Jugaré al fútbol —se encogió de hombros—. Por haber pegao a un tío, vais a tener que argumentar mucho con el juez. Mi abogado os dará por el culo.

—Tenemos diez cadáveres en un armario —dijo Pérol—. Seguro que podemos endosarte uno. Y se lo va a comer tu puto abogado.

—¡Cuidao! Que yo no me cepillao a un tío en la vida.

—Ya, y a éste casi te lo cargas, ¿no? O sea, que no lo tengo yo tan claro, que no hayas matao a nadie. ¿Vale?

—Vale, vale. Estaba pedal y ya está. No le dao más que una torta, ¡joder!

—Cuenta.

—Joder, saliendo del bareto, lo veo al tío con una piba que creía que la conocía. Así, de lejos. Con el pelo largo. Le pido un cigarro. Y que no tenía, el gilipollas. Se estaba quedando conmigo. Y le digo, ¿conque no tienes, eh? Pues chúpamela. Y va y se descojona, el cabrón. Le meto una hostia. Sí. Y nada más. En serio. Se marchó como un conejo. Era un maricón.

—El problema es que no estabas solo —repuso Pérol—. Con tus colegas le perseguisteis. Párame si me equivoco. Se refugió en el Miramar. Lo sacasteis del bar. Y lo hicisteis polvo. Hasta que llegamos. Y, mala suerte, en L'Estaque eres una auténtica estrella. Tu jeta no se olvida así como así.

—Ese maricón ¿la va a retirar o no la puta denuncia?

—No lleva mucha intención, sabes —Pérol miró a Mrábed deteniéndose en su calzoncillo—. Guay el calzoncillo. Pero ¿no es un poco mariconada?

—Oye, que yo no soy maricón. Que tengo novia.

—Hablemos de ella. ¿Es la que estaba en la piltra contigo?

Yo ya ni escuchaba. Pérol sabía adonde quería ir a parar. Mrábed le daba tanto asco como a mí. Según él, no podíamos esperar más. Estaba en la órbita más hija de puta. Dispuesto a pegar, dispuesto a matar. El delincuente ideal para los mañosos. Dentro de dos o tres años lo machacarían otro más duro que él. Quizá lo mejor que le podía pasar era que le metieran veinte años. Pero yo sabía que no era verdad. La verdad era que no había respuesta para todo esto.

Me sobresaltó el teléfono. Debía de haberme quedado medio dormido.

—¿Puedes venir un momento?

—No hay por dónde hincarle el diente. Nada. Ni siquiera un gramo de marihuana.

—¿Y la chiquilla?

—Fugada. Saint-Denis, de la región parisina. Su padre quiere mandarla a Argelia, para casarla, y...

—Vale. Que la traigan para acá. Le tomaremos declaración. Tú, quédate ahí con los dos hombres y me compruebas si es Mrábed el que alquila el piso. Si no, me encuentras al que lo alquila. Todo esto, hoy.

Colgué. Mrábed nos vio volver. Otra vez la risita.

—¿Algún problema? —dijo.

Pérol le soltó otra bofetada, más violenta que la primera. Mrábed se frotó la mejilla.

—Le va a encantar a mi abogado cuando se lo cuente.

—Entonces, ¿es tu novia o no es tu novia? —repuso Pérol, como si no hubiera oído nada.

Me puse la chaqueta. Tenía cita con Sánchez, el taxista. Me tenía que ir. Quería asegurarme la cosa. Si los forzudos de anoche no venían de parte de Batisti, a lo

mejor la cosa tenía que ver con el taxista. Con Leila. Aquí, nos metíamos ya en otra historia. Pero ¿me podía creer a Batisti?

—Nos vemos en la oficina.

—Espera —dijo Pérol. Se giró hacia Mrábed—. Con lo de tu supuesta novia, elige. Si es que sí, entonces te presento a su padre y a sus hermanos. En una celda cerrada. Y como seguro que tú no formabas parte de sus planes, te lo vas a pasar de cine. Si es que no, pringas por corrupción de menores. Reflexiona. Ahora vengo.

Unas nubes negras y pesadas se estaban acumulando. Todavía no eran las diez, y el calor húmedo se pegaba a la piel. Pérol me buscó fuera.

—No hagas el tonto, Fabio.

—Tú tranquilo. Tengo cita para un chivatazo. Una pista sobre Leila. El tercer hombre.

Movió la cabeza. Luego me señaló el estómago con el dedo.

—¿Y eso qué?

—Una pelea, anoche. Por una chica. Estoy en baja forma. O sea, que me las he comido todas.

Le sonreí. Con esa sonrisa que les gustaba a las mujeres. Diabólicamente seductora.

—Fabio, que ya nos conocemos un poco tú y yo. Déjate de películas —me miró, esperó una reacción. No reaccioné—. Tienes malos rollos, ya lo sé. ¿Por qué? Me lo estoy empezando a imaginar. Pero no te sientas obligado. Tus movidas te las puedes guardar para ti. Y metértelas por el culo. Es tu problema. Si quieres que hablemos, ya sabes dónde estoy. ¿Vale?

Nunca había hablado tanto rato seguido. Su sinceridad me llegaba al alma. Si era verdad que me quedaba alguien con quien contar en esta ciudad, era con él, con Pérol, del que no sabía casi nada. No me lo imaginaba de padre de familia. No me imaginaba ni siquiera a su mujer. Nunca me había preocupado mucho. Ni siquiera si era feliz. Eramos cómplices, pero extraños. Teníamos confianza. Nos respetábamos. Y era lo único que importaba. Tanto para él como para mí. ¿Por qué era tan difícil hacer un amigo después de los cuarenta? ¿Será porque ya no tenemos sueños, tan sólo añoranzas?

—Es eso, sabes. No tengo ganas de hablar de ello —me dio la espalda. Lo enganché del brazo, antes de que diera un paso—. De todas formas preferiría que vinieras tú a mi casa, el domingo a mediodía. Yo cocino.

Nos miramos. Me fui hacia mi coche. Cayeron las primeras gotas. Le vi entrar en la comisaría con paso firme. Mrábed no tenía más que portarse bien. Me senté. Enchufé un cassette de Rubén Blades y arranqué.

Pasé por L'Estaque centro, para volver. L'Estaque intentaba ser fiel a su antigua imagen. Un pequeño puerto, un pueblo. A pocos minutos de Marsella. Se decía: vivo

en L'Estaque. No en Marsella. Pero el pequeño puerto estaba actualmente cercado. Dominado por las *cités* en las que se apiñaban los inmigrantes expulsados del centro de la ciudad.

Es mejor expresar lo que se siente. Por supuesto. Yo sabía escuchar, pero nunca había sabido sincerarme. Al final, me replegaba en el silencio. Siempre dispuesto a mentir, antes de contar lo que me iba mal. Mi vida, seguro, podría haber sido diferente. No me atreví a contarle a mi padre mis pasadas con Manu y Ugo. En el Colonial me las habían hecho pasar putas. Y tampoco me había servido de lección.

Con las mujeres acababa siempre en la incompreensión y sufría viendo cómo se alejaban. Muriel, Carmen, Rosa. Cuando tendía la mano porque por fin abría la boca para explicarme, era ya demasiado tarde.

No era por falta de coraje. No confiaba. No del todo. No lo bastante para dejar mi vida, mis sentimientos, en manos de otra persona. Me desgastaba intentando resolver todo por mí mismo. Una vanidad de perdedor. Tenía que reconocerlo, en la vida, siempre había perdido. A Manu y a Ugo, para empezar.

A menudo, me había dicho que esa noche, después de aquel atraco de pena, no debería haber huido. Debería haber dado la cara, decir lo que sentía desde hacía meses, que lo que estábamos haciendo no nos llevaba a ningún sitio, que teníamos otras cosas mejores que hacer. Y era verdad, teníamos toda la vida por delante, y el mundo por descubrir. Nos habría encantado recorrer el mundo. Estaba convencido. ¿Tal vez nos habríamos enfadado? ¿Tal vez ellos habrían seguido sin mí? Tal vez. Pero quizá también hoy estarían aquí. Vivos.

Cogí el chemin du Littoral, que bordea el puerto y el dique Du Large. Mi itinerario favorito para entrar en Marsella. Vistas a las dársenas. Dársena Mirabeau, dársena de la Pinède, dársena National, dársena D'Arenc. El futuro de Marsella estaba ahí. Me empeñaba en creérmelo.

La voz y los ritmos de Rubén Blades empezaban a hacerme efecto en la cabeza. Disipaban mis angustias. Calmaban mis dolores. Felicidad, Caribe. El cielo estaba gris y bajo, pero cargado de una violenta luz. El mar se inventaba un azul metalizado. Me gustaba mucho cuando Marsella se buscaba los colores de Lisboa.

Sánchez me estaba esperando ya. Me llevé una sorpresa. Me lo había imaginado como una especie de *mia*, con el careto duro. Era bajito y rechoncho. Por la manera de saludarme, comprendí que no era del tipo valiente. Mano flácida, mirada esquiva. El tío que siempre dirá que sí aunque piense que no.

Tenía miedo.

—Mire, soy padre de familia —dijo siguiéndome hasta el despacho.

—Siéntese.

—Y tengo tres hijos. Los semáforos, los límites de velocidad, bueno, imagínese si

tengo cuidado. Mi taxi es mi medio de vida, o sea que...

Me tendió una hoja. Nombres, direcciones, teléfonos. Cuatro. Lo miré.

—Ellos podrán confirmárselo. A la hora que usted dice, yo estaba con ellos. Hasta las once y media. Después me volví al taxi.

Coloqué la hoja delante de mí, me encendí un cigarro y le clavé la mirada en los ojos. Unos ojos de cerdo, inyectados en sangre. Los bajó en seguida. Se estrujaba las manos, no paraba de apretárselas una contra otra. El sudor le brillaba en la frente.

—Lo siento, señor Sánchez —levantó la cabeza—. Sus amigos, si los convoco, se verán obligados a decir falso testimonio. Les va a crear usted complicaciones.

Me miró con sus ojos rojos. Abrí un cajón, agarré un expediente al azar, bien gordo, lo puse delante de mí y empecé a hojear.

—Se puede usted imaginar que sólo por saltarse un semáforo no nos habríamos tomado la molestia de convocarle y todo eso. Se le agrandaron los ojos. Ahora sí que sudaba pero bien. Es más grave. Mucho más grave, señor Sánchez. Sus amigos se arrepentirán de haber confiado en usted. Y usted...

—Estaba allí. De 9 a 11.

Había levantado la voz. El miedo. Pero me parecía sincero. Me resultó extraño. Pero decidí no apurar más.

—No, señor —le contesté yo con firmeza—. Tengo ocho testigos. Valen más que todos los suyos. Seis policías de servicio —se le abrió la boca, pero no le salió ni un solo sonido. Vi cómo desfilaban por sus ojos todas las catástrofes del mundo—. A las 22:15 su taxi estaba en la rue Corneille, delante de La Commanderie. Puedo acusarle de complicidad en el asesinato.

—No era yo —dijo con voz tímida—. No era yo. Se lo puedo explicar.

Donde no dormir no resuelve los problemas

Sánchez estaba empapado en sudor. Le caían polla frente grandes goterones. Se secó de un manotazo. También sudaba por el cuello. Al cabo de un rato sacó un pañuelo para enjugarse. Empecé a oler su transpiración. No paraba de menearse en la silla. Debía de tener ganas ele orinar. Seguramente se había mojado ya el calzoncillo.

Sánchez no me gustaba, pero no acababa de cogerle manía. Debía de ser un buen padre de familia. Trabajaba duro todas las noches. Se acostaba cuando sus hijos se iban al colegio. Cogía el taxi otra vez cuando volvían. No los debía de ver nunca. Excepto los escasos sábados y domingos que se cogía día libre. Seguramente una vez al mes. Al principio tomaba a su mujer al llegar a casa. La despertaba, a ella no le gustaba nada. Había tenido que renunciar y, desde entonces, se conformaba con una puta algunas veces por semana. Antes de ir a trabajar o después. Con su mujer no debía de hacerlo más que una vez al mes, cuando su día libre caía en sábado.

Mi padre había conocido el mismo tipo de vida. Era tipógrafo en el diario *La Marseillaise*. Se iba al periódico hacia las cinco, por la tarde. Crecí con sus ausencias. Cuando volvía por la noche, venía a darme un beso. Olía a plomo, tinta y tabaco. No me despertaba. Formaba parte de mi sueño. Cuando se le olvidaba, cosa que podía pasar, tenía pesadillas. Imaginaba que nos abandonaba a mi madre y a mí. Hacia los doce o trece años soñaba a menudo que había otra mujer en su vida. Se parecía a Gélou. La magreaba. Y luego, en lugar de mi padre, era Gélou la que venía a besarme. Me empalmaba. La obligaba a quedarse, para acariciarla. Se me metía en la cama. Luego llegaba mi padre furioso. Montaba un escándalo. Y mi madre se daba la vuelta, llorando. Nunca he sabido si mi padre había tenido amantes. Había querido a mi madre, de eso estaba seguro, pero su vida en común me seguía resultando un misterio.

Sánchez se meneaba en la silla. Mi silencio le inquietaba.

—¿Qué edad tienen sus hijos?

—Catorce y dieciséis, los chicos. Diez la pequeña. Laure. Laure como mi madre.

Sacó la cartera, la abrió y me tendió una foto de familia. No me gustaba hacerlo así. Pero quería que se relajara, para que me contara todo lo que pudiera. Vi a sus niños. Todos sus rasgos eran blandos. En sus ojos, huidizos, ni una chispa de rebeldía. Amargados de nacimiento. Sólo sentirán odio por los más pobres que ellos. Y por

todos esos que les comerán el pan. Arabes, negros, amarillos. Nunca estarían contra los ricos. Se veía ya lo que iban a ser. Poca cosa. En el mejor de los casos, los chicos, taxistas como su papá. Y la chica, peluquera. O dependienta del Carrefour. Franceses medios. Ciudadanos del miedo.

—Son guapos —dije hipócritamente—. Bueno, a ver, cuénteme. ¿Quién conducía su taxi?

—Pues mire, le explico. Tengo un amigo, Toni, bueno, un coleguilla. Porque, este... No somos íntimos, ¿entiende? Forma equipo con el botones del Frantel. Charly. Se dedican a fichar a pardillos. Hombres ele negocios. Tipo ejecutivos y así. Toni pone el taxi a su disposición para la velada. Los lleva a restaurantes muy puestos, a discotecas sin movidas raras. Y los remata llevándolos de putas. De las de lujo, ¿eh? De esas que reciben en un estudio...

Le ofrecí un cigarro. Se sintió más cómodo. Dejó de sudar.

—O llevándolos a mesas de juego donde se apuesta fuerte, ¿a que sí?

—Pues sí. Las hay buenísimas. Joder, es como las putas. No sabe lo que les gusta a estos mendas el exotismo. Hacérselo con las moras, las negras, o vietnamitas. Pero de las limpias, ¿eh? Tanto que a veces se hacen un cóctel con todas juntas.

De repente parecía inagotable. Se sentía importante contándome. Y además le excitaba. Seguro que le pagaban en putas alguna vez.

—O sea que usted presta el taxi.

—‘Sactamente. Él me paga y yo me toco las narices. Me echo una partida con los amigos. Voy a ver al OM, si juegan. Luego declaro lo que pone en el contador. Un chollo. Como tiene que ser. Toni pilla comisión por tos los laos. Con los primos, los restoranes, las discotecas, las putas. O sea, con todo.

—¿Y esto lo hacéis muchas veces?

—Dos o tres veces al mes.

—Y el viernes pasado por la noche.

Asintió con la cabeza. Se metió en la concha como un caracol baboso. Volvíamos a un asunto que no le hacía ninguna gracia. El miedo volvía a adueñarse de él. Consciente de que había dicho mucho y de que le faltaba todavía mucho por decir.

—Sí. Me lo pidió.

—Lo que no entiendo, Sánchez, es que ese día tu colega no llevaba a unos pardillos de éstos, sino a dos asesinos.

Me encendí un cigarro, sin ofrecerle esta vez. Me levanté. Sentí que me volvía el dolor. Acelera, me dije. Miré por la ventana. El puerto, el mar. Las nubes se estaban levantando. Una luz increíble irradiaba el horizonte. Oyéndolo hablar de putas me acordé ele Marie-Lou. De los golpes que le habían dado. De su chulo. De los clientes que tenía. ¿Estaría ella metida en algún circuito de éstos? ¿La echarían a orgías de cerdos ricachones? «¿Con o sin almohada?», te preguntaban en algunos hoteles,

especializados en coloquios o seminarios, cuando hacías la reserva.

El mar estaba plateado. ¿Qué podía estar haciendo Marie-Lou en mi casa en estos momentos? No conseguía imaginármela. No conseguía ya imaginarme a una mujer en mi casa. Un velero se perdía en alta mar. Me hubiera ido a gusto a pescar. Para no estar aquí. Necesitaba silencio. Hasta el culo de escuchar historias estúpidas desde esta mañana. Mrábed, Sánchez, su amigo Toni. Siempre la misma basura humana.

—Entonces Sánchez, ¿cómo me lo explicas?

El tuteo le sobresaltó. Sospechó que estábamos entrando en el segundo tiempo.

—Puees... No tengo mucho que explicar. Nunca ha habido ciscos.

—Mira —dije mientras me volvía a sentar—. Tienes una familia. Dos hermosos chavales. Una estupenda mujer, seguro. Les quieres. Estás muy unido a ellos. Te apetece hacer un dinerillo. Lo entiendo. A todo el mundo le pasa. Pero ahora estás metido en una historia muy chungueta. Como que arrinconao en un callejón sin salida. No tienes muchas soluciones. Tienes que escupir el nombre, la dirección de tu amigo Toni. En fin, ese tipo de cosas.

Él sabía que llegaríamos a ese punto. Empezó otra vez a sudar y me dio asco. Le salieron cercos en las axilas. Se puso implorante. No sentí ninguna simpatía por él. Me daba asco. Casi hasta me daría vergüenza soltarle un guantazo.

—Es que no sé nada. ¿Puedo fumar?

No contesté. Abrí la puerta del despacho y le dije al de troncha que viniera.

—Favier, llévate a este tío.

—Le juro que no sé nada.

—Sánchez, tú quieres que me crea a tu Toni, ¿no? Dime dónde puedo encontrarlo. ¿Qué quieres que piense si no?, ¿eh? Que te estás quedando conmigo. Eso es lo que me parece.

—No sé nada. No lo veo nunca. No tengo ni su teléfono. Me busca curro, no al revés. Cuando me necesita me llama.

—Como a una puta, vaya.

Se quedó hundido. Olía a chamusquina, debía de estar diciéndose a sí mismo. No sabía ya dónde meterse.

—Me deja mensajes en el bar de l'Hôtel de Ville. Llame a Charly, al Frantel. Pregúntele a ver. ¡Yo qué sé! A lo mejor él sabe algo.

—Lo de Charly ya lo veremos luego. Llévatelo —le dije a Favier.

Favier lo agarró del brazo. Enérgicamente. Lo levantó. Sánchez se echó a llorar.

—'spere. Tiene sus costumbres. Se suele tomar el aperitivo en Chez Francis, en La Cannebière. A veces cena en el Mas.

Le hice un gesto a Favier, le soltó el brazo. Sánchez se desplomó sobre la silla, como una mierda.

—Bueno, eso está mejor, Sánchez. Creo que nos vamos entendiendo. ¿Qué haces

esta tarde?

—Pues con el taxi. Y...

—Te plantas hacia las siete en Chez Francis. Te pones cómodo. Te tomas una cerveza. Te pones a mirar a las titís. Y cuando llegue tu colega, le saludas. Yo estaré allí. No quiero malas jugadas. Si no, sé dónde buscarte. Favier te va a llevar a tu casa.

—Gracias —lloriqueó.

Se levantó sorbiéndose la nariz y se dirigió hacia la puerta.

—¡Sánchez! —se quedó quieto, bajó la cabeza—. Te voy a decir lo que pienso. Tu Toni no ha conducido nunca tu taxi. Excepto este viernes por la noche. ¿Me equivoco?

—Pues...

—¿Pues qué, Sánchez? Eres un puto mentiroso. Más te vale no habérmela metido con lo de Toni. Porque si no, ya te estás despidiendo del taxi.

—Lo siento. Es que no quería...

—¿Qué? ¿Decirme que vas a comisión con los delincuentes? ¿Cuánto te has embolsao el viernes?

—Cinco. Cinco mil.

—Pues viendo para lo que ha servido tu taxi, te la han pegao pero bien, si lo quieres saber.

Di la vuelta a la mesa del despacho, abrí un cajón y saqué una grabadora. Le di a una tecla cualquiera. Se la enseñé.

—Todo está aquí dentro. Así que acuérdate, esta noche.

—Allí estaré.

—Y otra cosa. Para la gente, para tu empresa, tu mujer, tus amigos... lo del semáforo está zanjado. La pasma se enrolla muy bien y patatín y patatán.

Favier lo sacó fuera del despacho y volvió a cerrar la puerta al salir haciéndome un guiño. Tenía una pista. Por fin algo a lo que darle vueltas.

Estaba tumbado en la cama de Lole. Fui hasta allí instintivamente. Como el sábado por la mañana. Tenía ganas de estar en su casa, en su cama. Como en sus brazos. Y no lo dudé. Por un momento me puse a imaginar que Lole me abría la puerta y me hacía pasar. Prepararía un café. Hablaríamos de Manu, de Ugo. Del tiempo pasado. Del tiempo que pasa. De nosotros, quizás.

El apartamento estaba sumido en la penumbra. Se mantenía fresco y había conservado el olor. A menta y albahaca. A las dos plantas les faltaba agua. Las regué. Es lo primero que hice. Luego me desvestí y me di una ducha, medio fría. Después puse el despertador a las dos y me tumbé en las sábanas azules, agotado. Con la mirada de Lole fija en mí. Su mirada cuando deslizó su cuerpo sobre el mío. Miles de años de errancia brillaban en sus ojos, negros como la antracita. Tenía la ligereza del

polvo del camino. Si siembras viento, recogerás tempestades, decían sus ojos.

No dormí mucho rato. Un cuarto de hora. Demasiadas cosas se agitaban en mi cabeza. Tuvimos una pequeña reunión Pérol, Cerutti y yo. En mi despacho. La ventana estaba abierta de par en par, pero no corría el aire. El cielo había vuelto a oscurecerse. Se agradecería una tormenta. Pérol había traído cervezas y bocadillos. Tomate, anchoa, atún. Difícil de comer, pero desde luego mejor que el infecto jamón con mantequilla habitual.

—Hemos tomado declaración a Mrábed y nos lo hemos traído para acá —resumió Perol—. Esta tarde lo vamos a carear con el tipo al que puso a caldo. Nos lo vamos a quedar cuarenta y ocho horas. A lo mejor encontramos algo con qué pringarlo de verdad.

—¿Y la chiquilla?

—Está aquí también. Hemos avisado a su familia. Su hermano mayor viene a buscarla. Coge el TGV de las 13:30. Es una putada para ella. La van a mandar para Argelia en cuatro días.

—Pues haber dejado que se largara.

—Eso. Y en un mes o dos nos la encontramos fiambre en un sótano —dijo Cerutti.

Para estos críos, la vida no hace más que empezar y ya es un callejón sin salida. Han decidido por ellos. Entre lo malo y lo malo, ¿qué es lo mejor? Cerutti me miraba de soslayo. Tanto ensañamiento con Mrábed no le parecía normal. Llevaba un año en el equipo y nunca me había visto así. Mrábed no merecía ningún tipo de piedad. Siempre estaba dispuesto a lo peor. Se veía en su mirada. Además se sabía protegido por sus proveedores. Sí. Yo tenía muchas ganas de que cayera. Y quería que fuera aquí y ahora. Quizá para convencerme de que todavía era capaz de llevar una investigación, de resolverla. Esto me tranquilizaría con respecto a mis posibilidades de ir hasta el final en lo de Ugo. Y quién sabe si en lo de Leila.

Y había otra cosa. Quería volver a creer en mi trabajo de policía. Necesitaba un parapeto. Reglas, códigos. Y formularlos para poder agarrarme a ellos. Cada paso que diera me alegraría de la ley. Era consciente de ello. De hecho, ya no estaba razonando como un policía. Ni con respecto a Ugo, ni con respecto a Leila. Me dejaba arrastrar por la juventud perdida. Todos mis sueños discurrían por esa vertiente de mi vida. Si todavía me quedaba algún futuro, era hacia eso hacia lo que tenía que volver.

Me encontraba como todos los hombres que están con un pie en los cincuenta. Preguntándome si la vida había respondido a mis expectativas. Quería contestar que sí. Y me quedaba poco tiempo para que ese sí no fuera mentira. No tenía, como la mayor parte de los hombres, la posibilidad de hacerle otra criatura a una mujer a la que no deseaba ya, para poder burlar la mentira. Para seguir engañando. Este tipo de cosas eran moneda corriente en cualquier ámbito. Estaba solo, y tenía la obligación

de mirar a la verdad cara a cara. Ningún espejito me diría que era buen padre, buen marido. Ni buen policía.

La habitación parecía haber perdido algo de su frescor. Detrás de las persianas presentía la tormenta, siempre acechante. El aire era cada vez más pesado. Cerré los ojos. ¿A lo mejor me dormía otra vez? Ugo estaba tumbado en la cama de al lado. Las habíamos corrido debajo del ventilador. Era media tarde. El menor movimiento nos hacía echar litros de sudor. Había alquilado una pequeña habitación en la place Ménelik. Llegó a Yibuti, tres semanas antes, sin avisar. Yo tenía quince días de permiso y tiramos para El Harar a rendir homenaje a Rimbaud y a las princesas desposeídas de Etiopía.

—Bueno, sargento Mántale, ¿qué me dices?

Yibuti era un puerto franco. Se podían hacer un montón de negocios. Se podían comprar barcos, yates, a un tercio de su precio. Nos podíamos subir hasta Túnez y venderlos por el doble. Mejor aún, los podíamos llenar de cámaras, de aparatos de vídeo, y metérselos a los turistas.

—Puedo tirar aún tres meses y después me vuelvo.

—¿Y luego?

—Después, coño, ¡yo qué sé!

—Ya verás, va a ser todavía peor que antes. Si yo no me llego a ir, habría acabado matando tarde o temprano. Para comer. Para vivir. La felicidad que nos tienen preparada. No, gracias. No me la creo. Canta demasiado. Lo mejor es no volver. Yo no pienso volver —le pegó una calada a su Nationale, pensativo, y añadió—: Me fui y no volveré. Tú, eso, lo entendiste muy bien.

—Yo no entendí nada, Ugo. Nada de nada. Me avergoncé. De mí mismo. De nosotros. De lo que hacíamos. Lo único que hice es buscarme algo para cortar un poco. No quiero volver a caer.

—¿Y qué vas a hacer? —me encogí de hombros—. ¿No me digas que te vas a reenganchar con estos mamonzos?

—No. Ya he tenido bastante.

—¿Y entonces?

—Ni idea, Ugo. Estoy harto de atracos de mierda.

—¿Ah sí? ¡Pues vete a que te den por culo en la Renault! ¡Por gilipollas!

Se levantó enfurecido. Se largó a la ducha. Ugo y Manu se querían como hermanos. Nunca pude hacerme un hueco entre su intimidad. Pero a Manu se lo comía el odio por el mundo. Ya no veía nada. Ni siquiera el mar, en el que todavía navegaban nuestros sueños de adolescentes. Para Ugo era demasiado. Se inclinó hacia mí. A lo largo de los años se había establecido una bonita complicidad entre nosotros. A pesar de nuestras diferencias, teníamos los mismos delirios.

Ugo comprendió mi «huida». Algo después. Cuando se enfrentó a otro atraco

violento. Dejó Marsella, renunció a Lole, convencido de que me iría con él. Para reanudar nuestras lecturas, nuestros sueños. La mar roja era para nosotros la auténtica casilla de salida de cualquier aventura. Ugo vino hasta aquí para eso. Pero yo no quería seguirle a donde él quería ir. Ni me atraían, ni tenía valor para ese tipo de aventuras.

Volví. Ugo se fue a Adén, sin una palabra de despedida. Manu me volvió a ver sin ganas. Lole, sin excesiva pasión. Manu estaba metido en rollos muy malos. Lole de camarera en el Cintra, un bar en el Vieux-Port. Vivían del retorno de Ugo. Cada uno con sus aventuras amorosas que los convertían en extraños el uno para el otro. Manu amaba por desesperación. Cada nueva mujer lo alejaba de Lole. Lole amaba como se respira. Se fue a vivir a Madrid, dos años, volvió a Marsella, se volvió a marchar para instalarse en Ariège, en casa de unos primos. Y a cada regreso, Ugo no estaba en la cita.

Hace tres años, Manu y ella se instalaron en L'Estaque, para vivir juntos. Para Manu esto sucedía demasiado tarde. Debió de ser el despecho lo que le empujó a tomar esta decisión. O el miedo de que Lole se fuera otra vez, y encontrarse solo de nuevo. Con sus sueños perdidos. Y su odio. Yo había estado dando tumbos durante meses y meses. Ugo tenía razón. Había que conformarse. Largarse a otro sitio. O matar. Pero yo no era un asesino. Y me había hecho policía. ¡Joder!, me dije, furioso por no dormirme.

Me levanté, me hice un café y fui a darme otra ducha. Me quedé desnudo bebiendo el café. Puse un disco de Paolo Conte y me senté en el sofá.

Guardate dai treni in corsa...

Bueno, tenía una pista. Toni. El tercer hombre. Quizá. ¿Cómo habrían cogido a Leila estos tipos? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿De qué me servía hacerme esas preguntas? La violaron y, luego, la mataron. La respuesta a las preguntas era eso. Estaba muerta. Para qué hacerse la pregunta. Para comprender. Necesitaba siempre entender. Manu, Ugo, Leila. Y Lole. Y todos los demás. Pero hoy ¿aún había algo que entender? ¿No estábamos todos dándonos cabezazos contra la pared? Porque las respuestas ya no existían. Y las preguntas no llevaban a ningún sitio.

Come di Come di

La comédie d'un jour, la comédie de la vie

¿Hasta dónde me llevaría Batisti? Hasta los peores rollos. Eso, seguro. ¿Había alguna relación entre la muerte de Manu y la de Ugo? ¿Una relación que no fuera la de Ugo viniendo a vengar a Manu? ¿Quién tenía tanto interés en que mataran a

Zucca? Un clan marsellés. Es lo único que se me ocurría. Pero ¿quién? ¿Qué sabía Batisti? ¿De qué lado estaba? Hasta la fecha, nunca había tomado partido. ¿Por qué iba a haberlo hecho ahora? ¿A qué venía la película de la otra noche? La ejecución de Al Dajil a manos de dos matones, luego la de sus propios matones a manos de los hombres de Auch. ¿Y Toni en todo este tejemaneje? ¿Cubierto por la policía? ¿Y cómo se habían llevado esos tipos a Leila? Vuelta a la casilla de salida.

*Ecco quello che io ti daro,
e la sensualità delle vite disperate.*

La sensualidad de las vidas desesperadas. Sólo los poetas pueden hablar así. Pero la poesía nunca ha dado respuesta a nada. Es testigo, eso es todo. De la desesperación. De las vidas desesperadas. ¿Y quién era el que me había partido la cara?

Por supuesto, llegaba tarde al entierro de Leila. Me perdí en el cementerio en busca del sector musulmán. Estábamos en las nuevas ampliaciones, lejos del viejo cementerio. No sabía si en Marsella se moría más que en otro sitio. Pero la muerte se extendía hasta perderse en el infinito. En toda esta parte no había árboles. Avenidas asfaltadas con prisas. Contraavenidas de tierra batida. Tumbas en hilera. El cementerio respetaba la geografía de la ciudad. Y se estaba aquí como en los barrios del norte. Con la misma desolación.

Me sorprendió el montón de gente. La familia de Mulud. Vecinos. Y muchos jóvenes. Unos cincuenta. Árabes, la mayoría. Caras que no me eran desconocidas. Con las que me había cruzado por la *cité*. Dos o tres de ellos habían pasado por la comisaría por alguna tontería. Dos negros. Ocho blancos, jóvenes también, chicos y chicas. Al lado de Dris y Kader, reconocí a las dos amigas de Leila, Yasmín y Karine. ¿Por qué no las había llamado? Iba de cabeza detrás de una pista y se me pasaba interrogar a sus amigas más cercanas. Era poco coherente. Pero nunca lo había sido.

A algunos pasos por detrás de Dris, Mavros. Era de verdad un tío bien majo. Con Dris se implicaría a fondo. No sólo en el boxeo. En la amistad. Boxear no es solamente pegar. Es, antes de nada, aprender a recibir golpes. A encajar. Y que esos golpes hagan el menor daño posible. La vida no era más que una sucesión de asaltos. Encajar, encajar. Aguantar, no tirar la toalla. Y pegar en el momento oportuno, en el lugar oportuno. Mavros le enseñaría todas esas cosas a Dris. Le parecía bueno. Era incluso el mejor de los que tenía con él en la sala. Le transmitiría todo su saber. Como a un hijo. Con los mismos conflictos. Porque Dris podía llegar a ser todo lo que él mismo no había podido ser.

Eso me tranquilizaba. Mulud ya nunca tendrá esa fuerza, ese coraje. Si Dris llegaba a hacer alguna tontería, dimitiría. La mayor parte de los padres de los críos a los que había pillado alguna vez habían dimitido. La vida los había saqueado de tal manera, que se negaban a hacerle frente. Cerraban los ojos a todo. A las amistades, el colegio, las peleas, a lo que mangaban, a las drogas. ¡Se perdían miles de bofetones por día!

Recuerdo haberme plantado, este invierno, en la *cité* de la Busserine para agarrar a un chaval. El último de una familia de cuatro chicos. El único que no se había fugado o que no estaba en chirona. Le habían identificado por atracos gilipollas. De mil francos máximo. Su madre nos abrió la puerta. Dijo simplemente: «Les esperaba», y después estalló en lágrimas. Hacía más de un año que su hijo la chantajeaba para pagarse el caballo. A base de hostias. Se tuvo que poner a hacer la calle por la *cité* para que su marido no se diera cuenta. Él lo sabía todo, pero prefería cerrar el pico.

El cielo era de plomo. Ni una brizna de aire. Del asfalto subía un calor asfixiante. Nadie aguantaba quieto. Sería imposible quedarse aquí mucho tiempo. Alguien debió de percatarse porque la ceremonia se aceleró. Una mujer se puso a llorar. Con pequeños gemidos. Era la única. Dris esquivó mi mirada por segunda vez. No obstante, me espiaba. Una mirada sin odio, pero cargada de desprecio. Me había perdido el respeto. Yo no había estado a la altura. Ni como hombre: debería haber amado a su hermana. Ni como policía: debería haberla protegido.

Cuando me llegó el turno de besar a Mulud, me sentí desplazado. Mulud tenía dos grandes agujeros rojos en lugar de ojos. Lo apreté contra mí. Pero yo ya no era nada para él. Más que un mal recuerdo. El que le había dicho que esperara. El que había hecho latir su corazón. En el camino de vuelta, Dris se rezagó por detrás con Karine, Yasmín y Mavros para no encontrarse conmigo. Intercambié algunas palabras con Mavros, pero el corazón no acompañaba. Me sentí solo.

Kader me pasó el brazo por los hombros.

—Mi padre ya no habla. No te enfades. Está así con nosotros también. Hay que comprenderlo. A Dris, le va a hacer falta tiempo —me apretó el hombro—. Leila te quería.

No contesté nada. No quería emprender una conversación sobre Leila. Ni sobre Leila, ni sobre el amor. Caminamos uno junto al otro, en silencio. Después dijo:

—¿Cómo pudo dejarse coger por esos tipos?

Siempre la misma pregunta. Cuando se es chica, árabe y has vivido en las afueras, no te montas en cualquier coche. A no ser que estés mal de la cabeza. Leila tenía los pies en la tierra. Además, el panda no estaba averiado, Kader lo había traído desde la ciudad universitaria, con las cosas de Leila. Entonces, alguien la había venido a buscar. Y se había ido con él. Alguien a quien conocía. ¿Quién? Lo ignoraba. Tenía el

principio. Y el final. Tres violadores según me parecía a mí. De los cuales, dos estaban muertos. El tercero ¿era Toni? ¿U otra persona? ¿Era a este hombre al que conocía Leila? ¿Quién había venido a buscarla? ¿Por qué? Pero no podía confesar mis reflexiones a Kader. La investigación estaba cerrada. Oficialmente.

—La casualidad —dije—. ¿Una desgraciada casualidad?

—¿Tú crees en la casualidad?

Me encogí de hombros.

—No tengo otras respuestas. Nadie las tiene. Los tipos están muertos y...

—¿A ti qué te habría gustado para ellos? ¿La trena y eso?

—Tienen lo que se merecen. Pero tenerlos delante de mí, vivos, sí, me habría encantado.

—Nunca he podido entender que seas poli.

—Yo tampoco. Fue así.

—Pues qué mal.

Yasmín se juntó con nosotros. Pasó el brazo por debajo del de Kader y se apretó ligeramente contra él. Tiernamente. Kader le sonrió. Una sonrisa de enamorado.

—¿Cuánto tiempo te quedas todavía? —pregunté a Kader.

—No sé. Cinco o seis días. A lo mejor menos. Yo qué sé. Está la tienda. Mi tío ya no puede atenderla. Me la quiere dejar.

—Qué bien.

—Tengo que ver también al padre de Yasmín. A lo mejor nos subimos juntos los dos.

Sonrió y la miró.

—No sabía.

—Nosotros tampoco lo sabíamos. Antes, quiero decir. Ahora que hemos estado sin vernos es cuando lo hemos sabido.

—¿Te vienes a casa? —dijo Kader.

Sacudí la cabeza.

—No es mi lugar, Kader. Lo sabes, ¿no? Otro día iré a ver a tu padre —le eché una mirada a Dris, siempre detrás de mí—. Y a Dris, tranquilo, que no le voy a quitar ojo de encima. Mavros tampoco lo va a soltar —asintió con la cabeza—. ¡No os olvidéis de mí para la boda!

Ya no quedaba más que regalarles una sonrisa. Sonreí como siempre he sabido hacerlo.

Donde la inseguridad priva de toda sensualidad a las mujeres

Acabó lloviendo. Una tormenta violenta, y breve. Iracunda incluso, de las que se ven en Marsella en verano. Apenas hacía fresco ya, pero el cielo se había despejado por fin. Había recobrado su nitidez. El sol lamía de las aceras el agua de la lluvia. Emanaba cierta tibieza. Me encantaba este olor.

Estaba sentado en la terraza de Chez Francis, bajo los plátanos de las alamedas de Meilhan. Eran casi las siete. La Cannebière se estaba vaciando, En pocos instantes, todas las tiendas bajarían las persianas. Y La Cannebière se convertiría en un espacio muerto. Un desierto por el que no circularían más que algún grupo de jóvenes árabes, las patrullas de seguridad y algún turista perdido.

El miedo a los árabes hizo huir a los marseleses hacia otros barrios más alejados del centro, donde se sentían más seguros.

La place Sébastopol, el boulevard de la Blancarde y el de Chave, la avenue Foch, la rue Montecristo. Y más al este, la place Castelane, la avenue Cantini, el boulevard Baille, la avenue du Prado, el boulevard Périer, y la rue Paradis y la rue Breteuil.

En las inmediaciones de la place Castelane, un inmigrante cantaba más que un pelo en la sopa. En algunos bares, la clientela, en su mayoría estudiantes de bachillerato y universitarios, súper pijos todos, apestaba tanto a dinero, que hasta yo me sentía fuera de lugar. En esos sitios no se solía beber en la barra, y el pastís lo servían en vaso grande, como en París.

Los árabes empezaron a agruparse en el centro, así que al final se lo dejaron para ellos solos. Por asco hacia el cours Belzunce y la rue d'Aix, y todas las calles, estrechas, leprosas, que iban de Belzunce a las alamedas de Meilhan o a la estación de Saint-Charles. Calles de putas. De edificios insalubres y hoteles piojosos. Todas las migraciones habían transitado por esas calles. Hasta que una rehabilitación los echó a la periferia. Una nueva rehabilitación estaba en marcha, y la periferia estaba en los límites de la ciudad. En Septèmes-les-Vallons. Hacia Les Pennes-Mirabeau. Lejos, cada vez más lejos. Fuera de Marsella.

Los cines habían ido cerrando uno por uno, luego los bares. La Cannebière no era más que una monótona sucesión de tiendas de ropa y zapatos. Una gran trapería. Con

un único cine, Le Capitole. Un multicine de siete salas de clientela árabe joven. Con un cachas en la puerta y otro dentro.

Me acabé el pastís y pedí otro. Un viejo amigo, Corot, no empezaba a disfrutar el pastís hasta que se bebía el tercero. El primero te lo bebes por sed. El segundo, bueno, empiezas a cogerle el gustillo. Al tercero, ya te gusta de verdad. Todavía hace treinta años veníamos a La Cannebière a pasearnos por la noche, después de la cena. Volvíamos a casa, nos dábamos una ducha, cenábamos, nos cambiábamos y nos íbamos a La Cannebière. Hasta el puerto. Bajábamos por la acera de la izquierda y volvíamos a subir por la acera contraria. En el Vieux-Port, cada uno tenía sus costumbres. Algunos se alargaban hasta el dique, después de la subasta. Otros hasta el ayuntamiento y Le Fort Saint-Jean. Comiendo helados de pistacho, de coco o de limón.

Manu, Ugo y yo éramos asiduos de La Cannebière. Como todos los jóvenes, íbamos allí a que nos vieran. Arreglados como un pincel. Nada de ir en alpargatas o zapatillas de deporte. Nos poníamos nuestros mejores zapatos, *italianos* a poder ser, y les sacábamos brillo en el limpiabotas a mitad de camino, en la esquina de la rue des Feuillants. Subíamos y bajábamos La Cannebière dos veces por lo menos. Era allí donde se ligaba.

Las chicas iban a menudo en grupos de cuatro o cinco, cogidas del brazo. Caminaban lentamente, con tacones pero sin menear el culo como en Toulon. Su modo de andar era sencillo, con esa languidez que sólo se adquiere aquí. Hablaban y reían fuerte. Para que nos fijáramos en ellas. Para que viéramos lo guapas que eran. Y, en efecto, eran guapísimas. Nosotros las seguíamos unos diez pasos por detrás, haciendo comentarios lo suficientemente altos para que nos oyeran. De repente, una de ellas se volvía y soltaba: «Anda, míralo, ¿quién se creará que es este guapete? ¿Raf Vallone?». Y rompían en carcajadas. Se daban la vuelta. Se morían de risa. La cosa estaba hecha. Al llegar a la place de La Bourse entablábamos conversación. En el muelle Des Belges no teníamos más que echar la mano al bolsillo para pagarnos los helados. Cada uno el suyo. Así es cómo se hacía. Con la mirada y con la sonrisa. Una historia que duraba, en el mejor de los casos, hasta el domingo por la noche, tras una sesión interminable de lentos, en la penumbra de los Salons Michel, en la rue Montgrand.

Por aquella época, árabes ya había unos cuantos. Y negros. Y vietnamitas. Y armenios, griegos, portugueses. Pero eso no constituía un problema. El problema se planteó a raíz de la crisis económica. El paro. Cuanto más subía el paro, más se notaba que había inmigrantes. Y los árabes, ¡era como si aumentaran con la curva del paro! Los franceses se habían comido todas las vacas gordas durante los años setenta. Pero las vacas flacas se las querían comer solitos. Nada de que les vinieran a robar una miga. ¡Eso es lo que hacían los árabes, robarnos la miseria del plato!

Los marseleses no es que pensarán eso exactamente, pero les habían metido miedo. Un miedo tan viejo como la historia de la ciudad, pero que, esta vez, les estaba costando un montón superar. El miedo les impedía pensar. Repensarse, una vez más.

Y Sánchez que no llegaba. Las siete y diez. ¿Qué coño estaba haciendo ese gilipollas? No me importaba estar esperando, ahí, sin hacer nada. Me relajaba. La única pena, las mujeres no tenían más que una urgencia, la de volver a casa. Mala hora para verlas pasar.

Caminaban con prisa. Con el bolso apretado a la tripa. La mirada hacia abajo. La inseguridad las privaba de toda sensualidad. Al día siguiente la recuperarían, nada más montarse en el autobús. Con esa mirada franca que tanto les apreciaba. Aquí, una chica, si te gusta y la miras, no baja los ojos. Aunque no te la quieras ligar, más te vale disfrutar con lo que te está ofreciendo y sin apartar la mirada. Si no, te monta un escándalo, sobre todo si hay gente alrededor.

Un Golf GTI descapotable, blanco y verde, redujo la velocidad, se subió a la acera entre dos plátanos y se paró. Música a tope. ¡Una cosa tan indigesta como Whitney Houston! El conductor vino directo hacia mí. Unos veinticinco años. Guapito de cara. Pantalón de lino blanco, chaqueta ligera de rayas azules y blancas finas, camisa azul oscuro. Pelo medio largo pero bien cortado.

Se sentó mirándome fijamente a los ojos. Cruzó las piernas, levantándose ligeramente el pantalón para no deshacer la raya. Me fijé en la sortija de sello y en la esclava. Con un grabado muy moderno, habría dicho mi madre. Para mí, un macarra de primera.

—¡Francis! ¡Una *mauresque*^[34]! —gritó.

Y se encendió un cigarro. Yo también. Esperaba a que él hablara, pero no diría nada hasta haberse tomado algo. Una perfecta actitud de capullo. Yo sabía quién era Toni. El tercer hombre. Uno de los que quizá mataron a Leila. Y que además la violaron. Pero él ignoraba que yo pensaba todo eso. Él se creía que no era para mí más que el conductor del taxi de la place de L'Opéra. Tenía la seguridad de quien no corre ningún riesgo. De quien se sabe protegido. Le dio un trago a la *mauresque*, y luego me puso una sonrisa de oreja a oreja. Una sonrisa de carnicero.

—Querías verme, me han dicho.

—Esperaba que nos presentaran.

—No te andes con sutilezas. Soy Toni. Sánchez larga demasiado. Y se caga delante de cualquier policía de mierda. Está chupao tirarle de la lengua.

—¿Y tú, tienes los cojones mejor puestos?

—¡A mí tú me das por culo siete veces! Lo que sabes de mí y nada: lo mismo. Tú

no eres nadie. Para lo único que vales es para limpiarles la mierda a los moros. Y aun ni eso parece dársete muy bien. Estás metiendo la pezuña en asuntos que ni te van ni te vienen. Tengo unos amiguetes entre tus colegas. Y creen que, como sigas por este camino, va a haber que partirte las piernas. El consejo te lo mandan ellos. Y yo estoy con ellos totalmente. ¿Está claro?

—¡Uy, qué miedo!

—Tú descojónate, mamón. Podría dejarte seco y seguro que no se inmuta ni Dios.

—Cuando se cargan a un mamonazo no se inmuta nunca ni Dios. Esto vale para mí. Y para ti también. Si te meto un tiro, tus colegas pondrán a otro, y punto.

—Pero eso no sucederá.

—¿Por qué? ¿Porque me habrás metido ya una bala por la espalda mucho antes?

Se le veló la mirada ligeramente. Acababa de decir una tontería. Me quemaba en la boca soltarle que sabía más de lo que él creía. Pero no me importaba. Había acertado de lleno. Añadí, para disimular:

—De eso tienes pinta, Toni.

—¡Lo que te parezca a ti me lo paso yo por el forro de los cojones! ¡No se te olvide! Y no te lo advierto más que una vez. Y olvídate de Sánchez.

Era la segunda vez que me amenazaban en cuarenta y ocho horas. Y que me lo advertían, sólo una vez. Con Toni, la cosa era menos dolorosa que la noche anterior, pero igual de humillante. Me dieron ganas de meterle una bala en la tripa, allí mismo, por debajo de la mesa. Sólo para calmarme el odio. Pero no iba a desperdiciar mi única pista. De todas maneras, no llevaba la pistola encima. Rara vez llevaba conmigo el arma de servicio. Se terminó la *mauresque*, como si tal cosa, y se levantó. Me echó una mirada de acojonar. Me la tomé muy en serio. Ese tío era un auténtico asesino. Quizás iba a tener que empezar a pasearme armado.

Toni se llamaba Antoine Pirelli. Vivía en la rue Clovis Hugues. En La Belle-de-Mai, detrás de la estación de Saint-Charles. Históricamente el barrio antiguo más popular de Marsella. Un barrio obrero, rojo. Alrededor del boulevard de la Révolution cada nombre de calle rinde homenaje a un héroe del socialismo francés. De ese barrio habían salido sindicalistas puros y duros, miles de militantes comunistas. Y una buena colección de hampones. Francis Le Belge era hijo del barrio. Hoy en día, aquí, se votaba a partes iguales a los comunistas y al Frente Nacional.

Nada más llegar a la oficina fui a comprobar la matrícula de su Golf. Toni no estaba fichado. No me sorprendió. Si lo estuvo, cosa de la que estaba seguro, alguien se había encargado de hacer limpieza. Mi tercer hombre tenía cara, nombre y dirección. A pesar de todos los riesgos había sido un buen día.

Encendí un cigarro. No era capaz de irme de la oficina. Como si algo me retuviera. Pero no sabía qué. Cogí otra vez el dossier de Mrábed. Volví a leer el

interrogatorio. Lo había completado Cerutti. Mrábed no era el que alquilaba el piso. Desde hacía un año estaba a nombre de Raoul Farge. El alquiler se pagaba en metálico todos los meses. Y con regularidad. Cosa que era inhabitual en las *cités*. A Cerutti esto le parecía anormal, pero había llegado demasiado tarde para pedir su expediente a la oficina de las viviendas de protección oficial. Cerraban a las cinco. Se proponía ir mañana por la mañana.

Buen trabajo, me dije. Sin embargo, fiasco total en lo que a drogas se refiere. No habían encontrado nada ni en el piso ni en el coche. En algún sitio tenía que estar. Por una pelea, por sangrienta que fuera, no podíamos inculpar a Mrábed. Nos veríamos obligados a soltarlo.

Fue al levantar los ojos cuando se me encendió la bombilla. En la pared había un viejo póster. La ruta de los vinos de Borgoña. Y debajo. ¡Visite nuestras bodegas! ¡Joder, hostia, la bodega! Seguro que era en el sótano donde guardaba la puta droga. Llamé a la emisora. Me salió Reiver. El antillano. Creía que lo había puesto de turno de día. Me sentó fatal.

—¡Qué haces tú de noche!

—Estoy haciéndole el turno a Loubié. Tiene tres criaturas. Yo estoy soltero. Ni una tía que me esté esperando ni nada. Es más justo así, ¿no?

—Vale. Vete disparao a la *cité* Bassens. Infórmate de si las fincas tienen sótano. Yo no me muevo de aquí.

—Sí que tienen —respondió él.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Bassens, me lo conozco.

Sonó el teléfono. Era Ange, de Les Treize Coins. Yamal había pasado dos veces por allí. Volvía en quince minutos.

—Reiver —dije—. Quédate en la zona. Llego en una hora como mucho, voy para allá a toda leche.

Yamal estaba en la barra. Con una cerveza delante. Llevaba una camiseta roja con la inscripción «Charly pizza en negro».

—Habías desaparecido —le dije al acercarme.

—Trabajo en Charly. El de la place Noailles. Reparto pizzas —señaló con el dedo el vespino aparcado en la acera—. ¡Tengo una moto nueva! ¿Mola, no?

—Está bien —dije.

—Sí. Está guay y le saco un poco de pasta.

—¿Me buscabas la otra noche?

—Me he enterao de algo que le interesa. El tío al que se cargaron en el pasaje, pues parece que no iba armao. Que la pipa se la endilgaron después.

Me dio un palo tan fuerte que el estómago se me quedó como una piedra. Sentí otra vez el dolor en la boca del estómago. Me bebí de un trago el pastís que Ange me

había puesto sin preguntar.

—¿De dónde te has sacado todo eso?

—La madre de un colega. Viven ahí encima. Estaba tendiendo. Lo vio todo. Pero ésa no abre el pico ni de coña. Unos de la pasma se pasaron un día por su casa. Papeleo y la hostia. Le ha entrao un miedo. Lo que le cuento es tal cual.

Yamal miró la hora, pero no se movió. Estaba esperando. Le debía algo y no se marcharía sin enterarse. Ni siquiera para ir a ganarse algo de pasta.

—Ese tío, sabes, se llamaba Ugo. Era amigo mío. Un amigo de antes. De cuando yo tenía tu edad.

Yamal asintió. Estaba intentando procesar todo eso en su cabeza y tenía que colocarlo en algún sitio.

—Ya. De cuando hacían burradas, quiere decir.

—Sí. Exactamente.

Intentó procesar de nuevo, mordiéndose los labios. Para él, que se hubieran cargado a Ugo de esa manera era asqueroso. Ugo merecía justicia. Yo era la justicia. Pero, en la cabeza de Yamal, justicia y policía no cuadraban mucho. Yo podía ser el amigo de Ugo, pero también era un poli, y le resultaba difícil olvidarlo. Había dado un paso hacia mí, pero no dos. Estábamos todavía lejos de la confianza.

—Pues a mí me cae bien su amigo —miró la hora otra vez, luego a mí—. Otra cosa. Ayer, que me estaba buscando, le estaban siguiendo dos tíos. No eran de la pasma. Los controlaron mis colegas.

—¿Llevaban una moto?

Yamal sacudió la cabeza.

—No, nada que ver. Macarroni haciendo el guiri.

—¿Macarroni?

—Sí. Por lo menos en eso hablaban.

Se terminó la cerveza y se fue. Ange me sirvió otro pastís. Me lo bebí intentando no pensar en nada.

Cerutti me esperaba en la oficina. No habíamos podido reunir a Pérol. Lástima. Estaba seguro de que nos iba a tocar la lotería esa noche. Sacamos a Mrábed del agujero y, con las esposas puestas, todavía con el calzoncillo de flores, nos lo llevamos con nosotros. No paraba de gritar, como si lo fuéramos a degollar en cualquier esquina. Cerutti le dijo que cerrara el pico o le sacudía unas hostias.

Hicimos el trayecto en silencio. Auch estaba al corriente de la movida. Llegué al lugar de los hechos antes que él. Pero su equipo estaba allí. Bueno, casi. Morvan, Cayrol, Sandoz y Mériel. Sí, ellos. Un desliz. Este tipo de cosas pasaban a veces. ¿Un desliz? ¿Y si no lo era? ¿Dispararon sobre Ugo, armado o no? Si le siguieron en su garbeo por casa de Zucca, debían suponer que todavía iba armado.

—¡Hostia! —dijo Cerutti—. ¡Hay comité de bienvenida!

Delante del edificio, una veintena de chavales rodeaban el coche de Reiver. De todo tipo de etnias. Reiver estaba apoyado en el coche con los brazos cruzados. Los chavales dando vueltas alrededor como apaches. Al ritmo de Khaled. El sonido a tope. Algunos tenían la nariz pegada al cristal, para verle el careto al compañero de Reiver, que se había quedado dentro. Dispuesto a pedir ayuda. Reiver no parecía muy preocupado.

A los chavales, que demos vueltas por las calles les importa un bledo. Pero que vayamos a la *cité*, les pone a cien. Sobre todo en verano. La acera es el lugar más agradable. Hablan, ligan. Hacen un poco de ruido, pero no hacen daño a nadie. Nos acercamos lentamente. Esperaba que fueran chavales de la *cité*. Por lo menos se podía hablar con ellos. Cerutti aparcó detrás del coche de Reiver. Algunos chavales se apartaron. Como moscas, vinieron a pegarse a nuestro coche. Me giré hacia Mrábed:

—¡Y a ti, ni se te ocurra animarlos! ¿Está claro?

Bajé y fui hacia Reiver. Con aire despreocupado.

—¿Qué tal? —dije sin hacer caso de los chavales que teníamos alrededor.

—De puta madre. Lo llevan crudo si creen que me voy a poner nervioso. Ya se lo he advertido, el primero que se atreva a tocar una rueda se la come. ¿Sí o no, tío? —dijo dirigiéndose a un negrazo delgado, con una gorra rasta calada hasta las orejas, que nos estaba observando.

No consideró útil contestar.

—Bueno —dije a Reiver—, vamos para allá.

—Sótano N488. El guarda está esperando. Yo me quedo aquí, prefiero escuchar a Khaled —me gusta. Me sorprendía Reiver. Hacía polvo todas mis estadísticas sobre los antillanos. Debió de sospecharlo. Señaló un edificio más abajo—. Yo he nacido allí, sabes. Aquí, estoy en mi casa.

Sacamos a Mrábed. Cerutti lo cogió del brazo para que avanzara. El negrazo se acercó.

—¿Por qué ta pescao la pasma? —dijo a Mrábed, ignorándonos paladinamente.

—Por culpa de un maricón.

Seis chavales bloqueaban la entrada del edificio.

—Lo del maricón es sólo un pequeño detalle —le dije—. Precisamente, venimos a visitar su sótano. Seguro que encontramos como para chutar a toda la *cité*. A lo mejor a ti te hace gracia. A nosotros ninguna. Ni la más mínima. Si no encontramos nada, lo soltamos mañana.

El negrazo hizo un gesto con la cabeza. Los chavales se apartaron.

—Pos te seguimos —dijo a Mrábed.

El sótano era un inmensa leonera. Cajas, cartones, ropa, piezas sueltas de vespino.

—¿Nos dices dónde buscamos?

Mrábed levantó los hombros, como cansado.

—No hay nada. No van a encontrar nada.

Lo dijo sin convicción. Ya no se ponía chulo. Por una vez. Cerutti y los otros tres empezaron a registrar. En el pasillo se estaban dando empujones. Los chavales. Los adultos también. Acudía todo el mundo. Cada tanto se apagaba la luz y alguno le daba al interruptor. Teníamos verdadero empeño en echar mano al botín.

—No hay droga —dijo Mrábed. Se estaba poniendo muy nervioso. Tenía los hombros hundidos y bajaba la cabeza—. No está aquí.

El equipo paró de registrar. Miré a Mrábed.

—No está aquí —dijo recobrando un poco el aplomo.

—Y ¿dónde está? —dijo Cerutti acercándose.

—Ahí arriba. Los tubos del gas.

—¿Vamos? —preguntó Cerutti.

—Seguid registrando.

Mrábed explotó.

—¡Joder! Que no hay nada, te digo. Es arriba. Os lo enseño.

—¿Y aquí qué hay?

—¡Esto! —dijo Béraud mostrando una metralleta Thompson.

Acababa de abrir una caja. Un auténtico arsenal. Armas de todo tipo. Munición para defender un sitio. Esto sí que era el gordo y el bote completo.

Cuando bajé del coche comprobé que no me estaba esperando nadie con un guante de boxeo. Pero no me lo acababa de creer. De momento me habían dado una buena lección. Las putadas gordas vendrían más adelante. Si no me ajustaba a los consejos recibidos.

Volvimos a enchironar a Mrábed. Un kilito de heroína en bolsitas. Caballo para empezar. Y doce mil francos. Suficiente para hacerle pringar una temporada. La posesión de armas complicaría duramente su caso. Sobre todo, que yo ya tenía una idea sobre su futura utilidad. Mrábed no volvió a despegar los labios. Se conformó con pedir un abogado. Respondía a todas nuestras preguntas mediante un movimiento de hombros. Pero sin pavonearse mucho. Estaba pillado por todos lados. Se preguntaba si alguien conseguiría sacarlo de ahí. Alguien eran los que utilizaban el sótano para almacenar armas. Los que le abastecían de droga. Y que seguramente eran los mismos.

Cuando abrí la puerta, lo primero que oí fue la risa de Honorine. Una risa feliz. Luego su bonito acento:

—¡Pues me debe de estar poniendo los cuernos en el cielo! ¡He vuelto a ganar!

Ahí estaban, las tres. Honorine, Marie-Lou y Babette jugaban al remigio en la

terraza. Y de música de fondo, Petrucciani, *Estate*. Uno de sus primeros discos. No era el mejor. Después había habido otros. Mejor acabados. Pero éste destilaba toneladas de emoción en estado puro. No lo había vuelto a escuchar desde que se marchó Rosa.

—Espero no molestaros —dije al acercarme, algo contrariado.

—¡Ay, qué puñetera es la suerte! Es la tercera partida que gano —dijo Honorine visiblemente excitada.

Deposité un beso en cada una de las mejillas, cogí la botella de Lagavulin que estaba en la mesa, entre Marie-Lou y Babette, y me fui por un vaso.

—Tiene pimientos rellenos, en la olla —lanzó Honorine—. Calínteselos, pero a fuego lento. Bueno, reparte, Babette.

Sonreí. Todavía no hace muchos días, ésta era la casa de un soltero, y ahora tres mujeres estaban echándose un remigio, ¡a las doce menos diez! Estaba todo recogido. La comida preparada. La vajilla fregada. Ropa tendida en la terraza. Tenía delante el sueño de todo hombre: ¡una madre, una hermana y una prostituta!

Oí risitas a mis espaldas. Parecía hermanarlas una dulce complicidad. Mi mal humor desapareció tan rápido como me había venido. Era feliz de verlas ahí. Las quería mucho a las tres. Qué pena que entre las tres no formaran una única mujer, a la que yo habría amado.

—¿Juegas? —me dijo Marie-Lou.

Donde la mirada del otro es un arma mortal

Honorine tenía una manera incomparable de hacer los pimientos rellenos. A la rumana, decía. Rellenaba los pimientos con arroz, carne de salchicha y un poco de carne de buey, bien salpimentada, después los ponía en una olla de barro cocido y los cubría con agua. Añadía un culis de tomate, tomillo, laurel y ajedrea. Dejaba cocer a fuego muy lento, sin tapar. El sabor era maravilloso. Sobre todo, si al final se le añadía una cucharada de nata agria.

Comí viéndolas jugar al remigio. A 51. Cuando se tienen cincuenta y un puntos, en escalera, cincuenta, cien o poker, se ponen las cartas sobre la mesa. Si otro jugador ya se ha descartado, se puede añadir a su juego las cartas que le faltan, que siguen o preceden a su escalera o su cincuenta. También se puede coger su remigio, el comodín, que ha podido poner en el lugar de una carta que le faltaba. Gana el que consigue deshacerse de todas sus cartas.

Es un juego sencillo. Pero requiere, no obstante, bastante atención. Marie-Lou se centraba más en la suerte y perdía. El combate estaba entre Honorine y Babette. Ambas vigilaban las cartas de las que se deshacía cada una. Pero Honorine llevaba muchas tardes de experiencia de remigio, e incluso si se hacía la sorprendida cuando se llevaba una partida, yo la daba por ganadora. Jugaba para ganar. En un momento dado, mi mirada se perdió en la ropa tendida. En medio de mis camisas, calzoncillos y calcetines, una braga y un sujetador blancos. Miré a Marie-Lou. Se había puesto una de mis camisetas. Sus pechos apuntaban bajo el algodón. Mis ojos fueron subiendo a lo largo de sus piernas, sus muslos. Hasta sus nalgas. Me empalmé al darme cuenta de que estaba desnuda bajo la camiseta. Marie-Lou me sorprendió mirando y adivinó mis pensamientos. Me largó una sonrisa adorable, me guiñó el ojo y, algo violenta, cruzó las piernas.

Después siguieron algunos intercambios de miradas. De Babette a Marie-Lou. De Babette a mí. De mí a Babette. De Honorine a Babette y luego a Marie-Lou. Me sentí incómodo y me levanté para ir a darme una ducha. Seguía empalmado bajo el agua.

Honorine se fue hacia las doce y media. Había ganado cinco partidas. Babette cuatro. Marie-Lou una. Cuando me dio un beso, se debió de preguntar qué iba a hacer yo con dos mujeres en casa.

Marie-Lou anunció que se iba a dar un baño. No pude evitar seguirla con la

mirada.

—Es guapísima —dijo Babette con una ligera sonrisa.

Yo sacudí la cabeza.

—Tú también.

Y era verdad. Se había recogido el pelo en cola de caballo. Sus ojos parecían inmensos, y su boca más grande. A pesar de sus cuarenta años, podía perfectamente estar a la altura de montones de jovencitas. Incluso de Marie-Lou. Era joven. Su belleza era evidente, inmediata. La de Babette irradiaba. La felicidad conserva, pensé.

—Olvídate —dijo sacándome la lengua.

—¿Te ha contado algo?

—Bueno, hemos tenido tiempo de intimar. Pero, qué más da. Tiene la cabeza bien en los hombros esta chica. ¿La vas a ayudar a quitarse de encima a su chulo?

—¿Te ha dicho ella eso?

—Ella no ha dicho absolutamente nada. Te lo pregunto yo.

—Siempre habrá un chulo. A menos que se quiera retirar. Si lo necesita y tiene valor. No es tan fácil, sabes. Las tienen muy bien cogidas —empezaba a soltar banalidades. Marie-Lou era una prostituta. Había desembarcado en mi casa porque estaba perdida y porque yo no era un marao. Porque yo representaba la seguridad. No me atrevía a ver más allá. Más allá de mañana, y eso ya era demasiado—. Tengo que encontrarle un techo. No se puede quedar aquí. Mi casa ya no es un lugar muy seguro.

El aire era suave. Como una caricia salada. Mi mirada se perdió a lo lejos. El chasquido de las olas hablaba de felicidad. Intentaba alejar las amenazas que pesaban sobre mí. Me había adentrado de lleno en terrenos peligrosos. Lo que los convenía en más peligrosos aún era no saber por dónde vendrían los golpes.

—Ya lo sé —dijo Babette.

—Tú lo sabes todo —contesté una pizca irritado.

—No, todo no. Justo lo que hace falta para estar preocupada.

—Te lo agradezco. Perdóname.

—¿Y con Marie-Lou sólo hay eso?

Me molestaba esta conversación. Me puse un poco agresivo a mi pesar.

—¿Qué quieres saber? ¿Si estoy enamorado de una prostituta? Es la fantasía de cualquier hombre. Amar a una puta. Arrancarla de su chulo. Ser su chulo. Tenerla solamente para uno. Mujer objeto... —el cansancio pudo conmigo. La sensación de estar al límite del límite. De todos los límites—. No sé dónde está la mujer de mi vida. A lo mejor no existe.

—Mi casa sólo es un estudio, ya sabes.

—Tranquila. Encontraré algo.

Babette sacó un sobre del bolso, lo abrió y sacó una foto.

—He venido para enseñarte esto.

Varios hombres alrededor de una mesa, en un restaurante. Conocía a uno. Morvan. Tragué saliva.

—El que está a la derecha es Joseph Poli. Inflado de ambición. Se erige en sucesor de Zucca. Los asesinatos de la place de L'Opéra son cosa suya. Es un amigo de Jacky le Mat. Participó en el atraco de Saint-Paul-de Vence, en el 81 —me acordaba. Siete millones en joyas robadas. Tras su detención, Le Mat fue puesto otra vez en libertad: el principal testigo se había retractado—. De pie —prosiguió Babette—, su hermano. Émile. Especialista en extorsiones, máquinas tragaperras y discotecas. Un tñoso con aspecto bonachón.

—¿Untan a Morvan?

—El de la izquierda es Luc Wepler —continuó sin hacer caso a mi pregunta—. Peligroso.

Su imagen me produjo escalofríos en la espalda. Nacido en Argelia, Wepler se alistó muy joven en los paracas y en seguida se convirtió en miembro activo de la OAS^[35]. En el 65 se le encuentra en el servicio de orden de Tixier-Vignancourt. El lamentable éxito electoral del abogado lo desvía del activismo oficial. Se reengancha en los paracas. Después, de mercenario en Rhodesia, en Comores, en Chad. En el 74 está en Camboya. Con los asesores militares de los estadounidenses contra los Jemeres rojos. Después empalma: Angola, África del Sur, Benín, Líbano con las falanges de Bashir Yemayel.

—Interesante —dije yo imaginándome un cara a cara con él.

—Desde el 90 milita en el Frente Nacional. Como un habitual de los comandos. Trabaja en la sombra. Poca gente lo conoce en Marsella. Por un lado están los simpatizantes, seducidos por las ideas radicales del Frente Nacional. Víctimas de la crisis económica. Parados. Decepcionados del socialismo, del comunismo. Por otro, los militantes. Wepler se encarga de ellos. De los más decididos. Los que proceden de L'Œuvre française, del GUD^[36] o del Frente de Lucha Anticomunista. Los organizan por células de acción. Hombres dispuestos a montar la bronca. Tiene fama de formar bien a los jóvenes. Es decir, que, con él, o te aclimatas, o te aclimueres.

No perdía de vista la foto. Estaba como hipnotizado por esa mirada azul, eléctrica, glacial de Wepler. Me había codeado con gente así en Yibuti. Especialistas en la muerte fría. Putas del imperialismo. Sus hijos descarriados. Abandonados al mundo, con el odio de que les haya tocado ser los «gilipollas de la Historia», como dijo un día Garel, mi ayudante en jefe. Después descubrí otro al que conocía. Al fondo del todo, a la derecha. En otra mesa. Toni. El guapito de Toni.

—¿A éste lo conoces?

—No.

—Yo lo acabo de conocer esta tarde —le conté cómo y por qué había estado con

él. Puso mala cara.

—Malo. La foto fue tomada en una comida de los más fanáticos. Incluso al margen del círculo de militantes del Frente Nacional.

—¿Me estás diciendo que los hermanos Poli se nos han vuelto fascistas?

Se encogió de hombros.

—Comen juntos. Se divierten juntos. Cantan cosas nazis. Como en París, sabes, en el Jenny. Eso no quiere decir nada. Lo que está claro es que algo sacan. A los hermanos Poli les trae cuenta todo esto. Si no, para qué se iban a emponzoñar con ellos. Pero hay un lazo de unión. Morvan. Lo formó Wepler. En Argelia. Primer regimiento de cazadores paracaidistas. Después del 68, Morvan milita en el Frente de Lucha Anticomunista, donde se convierte en el responsable del *Groupe Action*. Es en esa época cuando conoce a Wepler y hacen estupendas migas... —me miró, sonrió y añadió, segura del efecto—. Y cuando se casa con la hermana de los hermanos Poli.

Silbé entre los dientes.

—¿Tienes muchas sorpresas así?

—Batisti.

Estaba en primer plano de la foto. Pero de espalda. No le había prestado atención.

—Batisti —repetí yo tontamente—. Por supuesto. ¿También está pringao en todo esto?

—Simone, su hija, es la mujer de Émile Poli.

—O sea, la familia.

—La familia y los demás. Eso es la Mafia. Guérini era eso también. Zucca se había casado con una prima de Volgro, el napolitano. Aquí todo explotó cuando dejó de haber familia. Zucca lo comprendió. Se unió a otra familia.

—*Nuova famiglia* —dije yo con una sonrisa amarga. Nueva familia y viejas mierdas.

Marie-Lou volvió, con el cuerpo envuelto en una gran toalla. Casi nos habíamos olvidado de ella. Su aparición era una bocanada de aire fresco. Nos miró como si estuviéramos conspirando, se encendió un cigarro, nos sirvió unas generosas dosis de Lagavulin y se metió para adentro. Poco después escuchamos el bandoneón de Astor Piazzolla, luego el saxo de Jerry Mulligan. Uno de los más bellos encuentros musicales de estos quince últimos años. *Buenos Aires, Twenty years after*.

Las piezas del rompecabezas estaban esparcidas delante de mí. No tenía más que hacerlas coincidir. Ugo, Zucca con Morvan. Al Dajil, sus guardaespaldas y los dos asesinos con Morvan y Toni. Leila con Toni y los dos asesinos. Pero la cosa no encajaba. ¿Y dónde colocar a Batisti?

—¿Y éste quién es? —pregunté señalando a un hombre de la foto, muy elegante, sentado a la derecha de Joseph Poli.

—No sé.

—¿Dónde está este restaurante?

—Es L' Auberge des Restanques. A la salida de Aix, yendo hacia Vauvenargues.

Al instante se me encendieron las luces en la cabeza. Indagando acerca de Ugo, estaba dando con pistas sobre Leila.

—Encontraron el cuerpo de Leila no lejos de allí.

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—Eso es lo que yo me pregunto.

—¿Tú crees en las coincidencias?

—No creo en nada.

Acompañé a Babette hasta el coche, después de asegurarme de que no había peligro inmediato en la calle. No arrancó nadie detrás de ella. Ni coche, ni moto. Esperé todavía unos minutos fuera. Volví a casa, tranquilo.

—Ten cuidado —me había dicho ella.

Me acarició la nuca con su mano. La abracé con fuerza.

—No puedo dar marcha atrás, Babette. No sé adonde me va a llevar todo esto. Pero me voy a lanzar. Nunca he tenido una meta en la vida. Ahora la tengo. Tiene el precio que tiene, pero es lo que quiero.

Me gustó la luz de sus ojos al separarse de mí.

—La única meta es vivir.

—Eso digo yo.

Ahora tenía que hacer frente a Marie-Lou. Esperaba que Babette se hubiera quedado. Podrían haber dormido en mi cama, yo en el sofá. Pero Babette me contestó que yo era ya lo suficientemente mayor para dormir en un sofá aunque ella no estuviera.

Marie-Lou tenía la foto en las manos.

—¿Quiénes son estos tíos?

—¡Un montón de basura! Muy fuerte, por si te interesa.

—¿Te encargas tú de ellos?

—Podría ser.

Le quité la foto de las manos y la volví a mirar. La habían hecho hacía tres meses. Les Restanques, aquella noche, un domingo, estaría, en principio, cerrado. Babette había conseguido la foto gracias a un periodista de *Le Méridional*, invitado a la fiesta. Ella iba a intentar saber algo más sobre los participantes y, especialmente, sobre lo que se cocía entre los hermanos Poli, Morvan y Wepler.

Marie-Lou se sentó en el sofá, con las piernas dobladas encima de las rodillas. Levantó los ojos hacia mí. Las marcas de los golpes se le estaban yendo.

—Quieres que me vaya, ¿no?

Le señalé la botella de Lagavulin. Meneó la cabeza. Llené los vasos y le pasé uno.

—No puedo explicártelo todo. Estoy metido en un asunto muy feo, Marie-Lou. Ya te diste cuenta ayer. Las cosas se van a complicar. Esto se va a convertir en un sitio peligroso. No son corderos precisamente —añadí pensando en las caras de Morvan y Wepler.

No paraba de mirarme. La deseaba muchísimo. Tenía ganas de abalanzarme sobre ella y tomarla así, en el suelo. Era la manera más simple de dejar de hablar. No creía que fuera lo que desease, que me abalanzara sobre ella. No me moví.

—Eso ya lo he entendido. ¿Qué soy yo para ti?

—Una puta... a la que le tengo cariño.

—¡Cabrón!

Me tiró el vaso a la cara. Yo lo había presentido y lo esquivé. El vaso se rompió contra el suelo. Marie-Lou no se movió.

—¿Te pongo otro?

—Sí, por favor.

Le volví a servir y me senté a su lado. Lo peor ya había pasado.

—¿Quieres dejar a tu chulo?

—No sé hacer otra cosa.

—Me gustaría que hicieras otra cosa.

—¿Ah, sí? ¿Y qué se te ocurre? ¿Cajera del Carrefour, por ejemplo?

—¿Por qué no? La hija de mi compañero de equipo se dedica a eso. Tiene tu edad o un poco más.

—Menudo infierno.

—Ya. Que se te folien desconocidos debe de ser mejor, ¿no?

Se quedó en silencio. Mirando el fondo del vaso. Como la otra noche, cuando me la encontré en el O'Stop.

—¿Llevas tiempo dándole vueltas?

—No me cuadran las cuentas. Desde hace algún tiempo. Ya no soy capaz de tirarme a toda esa cantidad de tíos. Y de ahí la paliza.

—Yo creía que era por mí.

—Tú has sido el pretexto.

Empezaba a amanecer cuando dejamos de hablar. La historia de Marie-Lou era la de todas las Marie-Lou del mundo. Coma arriba, coma abajo. Empezando por las violaciones de papá, en el paro, mientras mamá va limpiando casas para alimentar a la familia. Tus hermanos, que les importas un huevo, porque total eres una chica. Excepto si te vas con un blanco o, lo que es peor, con un moro. Bofetadas que te caen por esto y lo de más allá. Y es que las bofetadas son el caramelo del pobre.

Marie-Lou se fugó de su casa a los diecisiete años, una tarde al salir del instituto. Sola. Su noviete de la clase se echó para atrás. Ciao, Pierrot. Y adiós La Garenne-Colombes. Rumbo hacia el sur. El primer camionero iba para Roma.

—Al volver fue cuando me di cuenta de que acabaría de puta. Me mandó para Lyon con quinientos francos. Tenía una mujer y unos hijos esperándole. Se me había follao por más que eso, pero bueno, no había estado mal. Y podía haberme dejado tirada sin un puto duro. Fue el primero, no fue el peor.

»Todos los tíos a los que conocí después no pensaban más que en eso, echar un polvo. Les duraba una semana. Para sus cabecitas, yo era demasiado guapa para parecer una mujer decente. Les debía de acojonar de algún modo que estuviera tan buena. Que tuviera un buen polvo. O bien lo que veían en mí era la puta que iba a acabar siendo. ¿Tú que crees?

—Creo que la mirada del otro es un arma mortal.

—Qué bien hablas —dijo algo cansada—. Pero no amarías a una chica como yo, ¿eh?

—Ninguna de las chicas a las que he amado se ha quedado.

—Yo podría quedarme. No tengo nada que perder.

Sus palabras me conmovían. Era sincera. Se entregaba. Se daba, Marie-Lou.

—No podría soportar ser amado por una mujer que no tiene nada que perder. Amar consiste precisamente en eso, en esa posibilidad de perder.

—Estás mal, Fabio. No eres feliz, ¿verdad?

—¡No es de lo que más presumo últimamente!

Me hizo gracia la frase. A ella no. Me miró, y me pareció ver tristeza en sus ojos. No pude adivinar si era por ella o por mí. Acercó sus labios a los míos. Olía a aceite de caoba.

—Me voy a acostar —dijo—. Mejor, ¿no?

—Mejor —me oí repetir a mí mismo, mientras pensaba que era demasiado tarde para echarme encima de ella. Y me hizo gracia la situación.

—Sabes. Conozco a un tío de los de la foto —cogió la foto del suelo y puso el dedo encima de un hombre que estaba sentado al lado de Toni—. Es mi chulo, Raoul Farge.

—¡Dios mío!

Hasta el mejor de los sofás resulta al final incómodo. Uno sólo se acuesta en ellos por obligación. Porque alguien ocupa tu cama. Yo no había vuelto a dormir en el mío desde la última noche que Rosa pasó aquí.

Habíamos estado bebiendo y hablando hasta el alba, con la esperanza de volvernos a salvar. No era nuestro amor lo que se cuestionaba. Era ella y era yo. Yo sobre todo. Me negaba a satisfacer su verdadero deseo: tener un hijo. No tenía ningún argumento lógico que darle. Me sentía únicamente prisionero de mi vida.

Clara, la única mujer a la que había dejado embarazada, sin querer, es verdad. Abortó sin decírmelo. Yo no era un tipo fiable, me soltó. Luego. Para explicar su decisión. Me fijaba demasiado en las mujeres. Me gustaban demasiado. Era infiel

sólo con una mirada. No se podía confiar en mí. Era un amante. Nunca podría ser un marido. Y menos aún un padre. Todo esto puso fin a nuestra historia, evidentemente. En mi cabeza, maté al padre agazapado que tenía dentro.

A Rosa la quería. Una cara de ángel enmarcada por una cascada de rizos, de un castaño casi pelirrojo. Tenía una sonrisa desarmante, magnífica, pero siempre un poco triste. Es lo que primero me sedujo, su sonrisa. Hoy, no podía pensar en ella sin sentirme mal. Se me había hecho no indiferente, sino irreal. Me había llevado mucho tiempo desacostumbrarme a ella. A su cuerpo. Cuando estábamos juntos, me bastaba con cerrar los ojos para desearla. Imágenes de ella no habían dejado de acosarme. A menudo me preguntaba si renacería ese deseo, si ella volvería a aparecer, así, sin avisar. No sabía nada.

Bueno, sí que sabía. Desde que me acosté con Lole. Era difícil reponerse de haber amado a Lole. No era una cuestión de belleza. Rosa tenía un cuerpo maravilloso, con estupendas formas, sutilmente dibujado. Todo en ella era sensual. El menor gesto. Lole era más delgada, más longilínea. Aérea, hasta en su manera de andar. Recordaba a la Gradiva de los frescos de Pompeya. Caminabaroando el suelo, sin tocarlo. Amarla era dejarse llevar por sus viajes. Te transportaba. Y, después del éxtasis, no teníamos la impresión de haber perdido nada, sino de haber *encontrado*.

Eso era lo que había sentido, aunque, en los minutos que siguieron, lo había echado todo a perder. Una noche en Les Goudes, Manu soltó: «¡Joder, por qué cuando te corres te dura tan poco!». No supimos qué contestarle. Con Lole, había un después del placer.

Desde entonces yo vivía en ese después. No tenía más que un deseo, volver a estar con ella, volverla a ver. Aun cuando desde hacía tres meses me negara a admitirlo. Aunque no tuviera ilusión. Todavía me quemaban sus dedos en mi cuerpo. Todavía llevaba la vergüenza en la cara. Después de Lole, no había podido encontrar más que a Marie-Lou. Disfrutaba en la cama con ella como cuando uno se deja llevar. Por desesperación. Uno acaba de putas por desesperación. Marie-Lou se merecía algo mejor.

Cambié de posición. Con la impresión de que no conseguiría dormirme. El deseo, intacto, de volver a estar con Lole. El deseo, reprimido, de acostarme con Marie-Lou. ¿Qué puñetas pintaba su chulo en esta historia? La muerte de Leila era como una piedra tirada al agua. Innumerables círculos se dibujaban alrededor, por donde gravitaban policías, hampones, fascistas. Y ahora Raoul Farge, que almacenaba en el sótano de Mrábed material suficiente como para atracar el Banco de Francia.

¡Hostia! ¿A qué iban destinadas todas esas armas? Una idea interesante me pasó por la mente, pero el último trago de Lagavulin acabó con todas mis reflexiones. No tuve tiempo de mirar la hora. Cuando sonó el despertador, tenía la sensación de no haber pegado ojo.

Marie-Lou debía de haberse pasado la noche pegándose con monstruos. Las almohadas estaban hechas una bola y las sábanas arrugadas de haber sido apretadas. Estaba dormida encima de las sábanas, boca abajo, con la cabeza de lado. No le veía la cara. Sólo el cuerpo. Era un poco malo para lo del café y los croissants.

Estuve nadando una buena media hora. Lo que tardé en echar todo el tabaco del mundo y en sentir los músculos del cuerpo duros a reventar. Todo recto, hasta más allá del dique. Sin placer. Con violencia. Paré cuando el estómago se me contrajo. El pinchazo me recordó la paliza que me habían dado. El recuerdo del dolor se transformó en miedo. Un miedo pánico. Por un momento creí que me iba a ahogar.

Sólo bajo la ducha, al contacto con el agua tibia, encontré el alivio. Me bebí un zumo de naranja y salí a comprar croissants. Hice una parada en el bar de Fonfon, para leer el periódico mientras me tomaba un café. Pese a la presión de algunos clientes, allí no tenían más que *Le Provençal* y *La Marseillaise*. No *Le Méridional*. Fonfon se merecía mi asiduidad.

Había habido una redada de envergadura la noche anterior. Llevada a cabo por varias brigadas, entre ellas la de Auch. Una redada metódica según la regla de las tres B. Bares, burdeles, salas de baile. Una tras otra, habían peinado todas las zonas de marcha: la place d'Aix, el cours Belzunce, la place de L'Opéra, el cours Julien, la Plaine e incluso la place Thiers. Más de sesenta arrestos, exclusivamente árabes en situación irregular. Algunas prostitutas. Algunos delincuentes. Pero ningún hampón importante. Ni siquiera un hamponcillo de nada. Los comisarios implicados se habían negado a cualquier tipo de comentario, pero el periodista daba a entender que este tipo de operación podría reproducirse. Había que sanear la vida nocturna marsellesa.

Para quien supiera leer entre líneas, la situación estaba clara. Ya no había ningún jefe conocido en la delincuencia marsellesa. Zucca estaba muerto y Al Dajil estaba con él en el país de los hijos de puta. La policía ocupaba la plaza y la brigada de Auch tomaba posiciones. Éste quería saber quién era ahora su interlocutor. Pongo la mano en el fuego, me dije, a que Joseph Poli va a ser el hombre que maneje el cotarro. Me dieron escalofríos sólo de pensarlo. Su ascenso descansaba en un grupo de extremistas. Algún político había decidido jugarse el futuro a esta carta. Ugo, ahora estaba seguro, había sido el instrumento de la mano del diablo.

—No estoy dormida —dijo Marie-Lou en el momento en que me iba con el café y los croissants.

Se echó la sábana encima. Tenía la cara cansada y me imaginé que había dormido tan mal como yo. Me senté en el borde de la cama, puse la bandeja a su lado y le di un beso en la frente.

—¿Estás bien?

—Te lo agradezco —dijo mirando la bandeja—. Es la primera vez que me traen el desayuno a la cama.

No contesté. Nos tomamos el café en silencio. Miré cómo comía. Mantenía la cabeza bajada. Le tendí un cigarro. Nuestras miradas se cruzaron. La suya era triste. Puse en mis ojos la mayor dulzura posible.

—Deberías haberme hecho el amor esta noche. Me habría venido fenomenal.

—No podía.

—Necesito saber que me quieres. Si quiero salir de esto. Si no, no lo conseguiré.

—Lo conseguirás.

—¿No me quieres, verdad?

—Sí, te quiero.

—Entonces, ¿por qué no me has follado como a cualquier otra tía?

—No podía.

—¿El qué no podías?

Con gesto ágil me pasó la mano entre las piernas. Me agarró el sexo y lo apretó por encima de la tela del pantalón. Lo apretó fuerte. Con los ojos todavía fijos en los míos.

—¡Para! —le dije sin moverme.

—¿Quieres decir que con «esto» no puedes? —me soltó el sexo y su mano, siempre tan ágil, me agarró el pelo—. ¿O es ahí, en la cabeza, donde no puedes?

—Sí. Es ahí. Tienes que dejarle ser puta.

—¡Ya lo he dejado, gilipollas! —gritó—. Ya lo he dejado. Dentro de esta cabecita mía. Viniendo a tu casa. ¡A tu casa! ¡No te enteras de nada! ¿Estás ciego o qué? Si tú no lo ves, ¿quién lo va a ver? Seré siempre una puta —me enroscó los brazos alrededor del cuello y se echó a llorar—. ¡Ámame, Fabio, ámame! Aunque sólo sea una vez. Pero ámame como a cualquier otra.

Se calló. Puse mis labios en su boca. Mi lengua encontraba en la suya palabras que no se dirían nunca. La bandeja se volcó. Oí el ruido de las tazas rompiéndose contra las baldosas. Sentí sus uñas desgarrándome la espalda. Casi eyaculo nada más penetrarla. Marie-Lou tenía el sexo tan caliente como las lágrimas que le recorrían las mejillas.

Hicimos el amor como si fuera la primera vez. Con pudor. Con pasión. Y sin segundas. Se le borraron las ojeras. Me dejé caer de lado.

Me miró un instante y casi dijo algo. En lugar de hacerlo, me sonrió. Su sonrisa era de una ternura tal, que yo tampoco encontré nada que decirle. Nos quedamos así. En silencio, con la mirada perdida. Cada uno, por dentro, ya en busca de una felicidad posible. Cuando la dejé, ella ya no era una puta. Pero yo no seguía siendo más que un puto policía.

Y lo que me esperaba al cruzar la puerta, no había duda alguna, era la podredumbre humana.

Donde las cosas se hacen como se tienen que hacer

Por el careto que lucía Pérol, había malos rollos en el ambiente. Pero estaba dispuesto a afrontar lo peor.

—El jefe quiere verte.

¡Qué acontecimiento! Dos años hacía que el director no me convocaba. Desde el motín desencadenado por Kader y Dris. Varounian había enviado una carta a *Le Meridional*. Contaba su vida, el acoso de los árabes a su tienda, los robos permanentes, y relataba los hechos, a su manera. La ley, decía él como conclusión, la hacen los árabes. La justicia es su justicia. Francia capitula frente a la invasión, porque la policía está con ellos. Terminaba su carta con uno de los *slogans* del Frente Nacional: ¡Ama Francia o márchate de aquí!

Bueno, la cosa no tuvo la repercusión de «J'accuse». Pero la comisaría de zona, que no había permitido nunca que se cazara en sus territorios, se descolgó con un informe abrumador sobre mi brigada. Yo estaba particularmente en el punto de mira. Mi equipo llevaba perfectamente la protección de lugares públicos. Eso cualquiera lo reconocía. Pero se me reprochaba no ser suficientemente severo en el interior de las *cites*. Negociar demasiado con los delincuentes, sobre todo inmigrantes, y con los gitanos. Seguía luego una lista de tocios aquellos casos en los que, delante de ellos, yo había hecho la vista gorda.

Y de premio el sermón de la casa. Primero mi jefe. Después el Jefe Superior. Mi misión no consistía en comprender, sino en reprimir. Yo estaba ahí para hacer reinar el orden. La justicia era cosa de los jueces. En el asunto que hizo los honores de *Le Meridional*, había faltado a mi deber.

El Jefe Superior me saltó luego con algo que, a ojos de todo el mundo, era un crimen de lesa majestad policial: mis encuentros con Serge, un animador sociocultural. Serge y yo nos conocimos en la comisaría. Lo detuvieron un día con una quincena de chavales en el aparcamiento de La Simiane. Lo típico: radio-cassette a tope, gritos, risas, vespinos que te dejan sordo... Serge estaba con ellos chupando cervezas. No llevaba ni los papeles encima, ¡el bobo de él!

Serge se lo pasaba pipa. Tenía un careto de adolescente algo mayor. Vestido igual

que ellos. El cabecilla, le llamaron. Él lo único que había preguntado era dónde podía ir con los chavales a hacer ruido sin molestar a nadie. Una provocación, ya que alrededor no había más que aparcamientos y *cites*. Hay que decir que los chavales tampoco es que fueran angelitos. A unos cuatro o cinco los habían pillado ya por dar tirones y alguna otra barbaridad.

—¡Mira, no te enrolles! ¡Encima de que te vamos a pagar la jubilación! —le gritaba Malik a Babar, uno de los policías más viejos de la comisaría.

A Malik, lo conocía. Quince años, cuatro robos de coche a sus espaldas. «Ya no sabemos qué hacer con él», declaró el sustituto del fiscal. «Todas las soluciones de internamiento han fracasado». Cuando terminaba su reclusión, volvía a la *cité*. Era su casa. Se había hecho amigo de Serge. Porque con él, joder, se podía hablar.

—¡Hostia! ¡Es que es verdad! —dijo al verme—. Que somos nosotros los que pagamos.

—¡Déjate de hostias! —dije yo.

Babar no era mal tipo. Pero era la época en que tenía que ir «a saco», para mantener la cuota de arrestos. Unos cien al mes. Si no, adiós al presupuesto y a los efectivos.

Serge y yo simpatizamos. Era demasiado «cura» para que nos convirtiéramos en amigos, pero me gustaba su valentía y su amor por los chavales. Serge tenía fe. Una moral impresionante. Una moral urbana, decía él. Luego empezamos a vernos con regularidad. En el Moustiers, un café de L'Estaque cerca de la playa. Charlábamos. Se relacionaba con las asistentes sociales. Me ayudaba a comprender. A menudo, cuando cogíamos a un chaval por una chorrada, le llamaba para que viniera a la comisaría, antes incluso que a los padres.

A Serge lo trasladaron después de la entrevista con mis superiores. ¿Pero puede que la decisión la hubieran tomado antes? Serge dirigió una carta abierta a los periódicos. «Corte de un volcán». Un envite a comprender a la juventud de las *cités*. «Sobre estas brasas que la menor brizna de aire puede reavivar —concluía— bomberos y pirómanos se entregan por igual a una carrera de velocidad». No la publicó nadie. Los periodistas de sucesos preferían mantenerse en buenos términos con la policía. Les proporcionaba información.

A Serge no lo había vuelto a ver. Al parecer, por colaborar con él, yo estaba confundiendo su trabajo con el mío. Polis, animadores socioculturales, asistentes sociales, son curros diferentes. No tienen que trabajar juntos. «¡Qué no somos asistentes sociales!», espetó chillando el Jefe Superior. «¡La prevención, la disuasión a través de la presencia y el contacto, incluso la policía de barrio, no son más que mariconadas! ¿Lo entiende, Montale?». Lo había entendido perfectamente. Preferían soplar en las brasas. Políticamente quedaba mejor hoy en día. Mi jefe remató la faena. Hundieron al servicio con todo el equipo en el cuarto trastero de la jefatura de policía.

A partir de ese momento no seríamos más que el servicio de limpieza de los barrios del norte.

Con Mrábed me movía en mi terreno. Una banal historia de pelea entre un quinqui y un maricón no apasionaba a nadie. Todavía no había redactado el informe, con lo cual la casa ignoraba todo sobre nuestro escarceo de ayer noche: la droga, las armas... Nuestro botín de guerra. Imaginaba perfectamente cuál era el destino de esas armas. De repente, entre otras muchas notas de servicio, me acordé de una aparentemente banal. Daba cuenta de la aparición de bandas armadas en los barrios: París, Créteil, Rueil-Malmaison, Sartrouville, Vaulx-en-Velin... A cada revuelta en una *cit *, surgía un comando nuevo. Pañuelos en la cara, cazadoras de cuero. Armados. No me acordaba muy bien dónde, pero habían matado a un antidisturbios. El arma, un colt 11.45, había sido utilizada en la ejecución de un restaurador de Grenoble.

No creo que el detalle de esta última información se les escapara a mis colegas. A Loubet no, y menos a Auch. De modo que en cuanto yo soltara el bocado, las otras brigadas llegarían y nos quitarían la investigación de las manos. Como siempre. Decidí retrasar ese momento al máximo. Silenciar el episodio del sótano y, sobre todo, no decir nada de Raoul Farge. Yo era el único que conocía su relación con Morvan y Toni.

Cerutti llegó con unos cafés. Saqué un trozo de papel en el que Marie-Lou había garabateado el número de teléfono de Farge y una posible dirección en el Chemin de Montolivet. Se lo pas  a Cerutti.

—Me compruebas si el teléfono y la dirección coinciden. Y te plantas en el lugar con unos cuantos hombres. Deberías encontrar all  a Farge. No creo que sea de los que madrugan —me miraron horrorizados.

— De dónde has sacado esto? —pregunt  P rol.

—Uno de mis confites. A Farge lo quiero aquí, antes del mediodía —le dije a Cerutti—. Comprueba si está fichado. Cuando tengamos su declaración, haremos un careo con Mrábed. P rol, t  haz que este gilipollas hable de la droga y las armas. Sobre todo de las armas. Quién suministra y todo el rollo. Dile que hemos enganchado a Farge. Pon a alguien a vigilar las armas. El inventario, también para el mediodía.  Ah, y una lista de todas las pipas que se han utilizado en asesinatos los tres últimos meses! —cada vez se estaban poniendo más históricos—. Es una carrera de velocidad, chicos. Pronto tendremos a la jefatura en pleno en el despacho.  As  que, en marcha! En fin, no es que vuestra compa a me aburra,  pero me est  esperando Dios!

Estaba en forma.

La justicia de Dios era ciega, eso lo sabía todo el mundo. El jefe no se anduvo con rodeos. Grit  « Pase!». No se trataba de una invitación, sino de una orden. No se

levantó. No me dio la mano, ni siquiera me dijo buenos días. Me tenía de pie como a un alumno malo.

—¿De qué va esta historia de... —miró la ficha— Mrábed? Naser Mrábed.

—Una pelea. Una simple pelea entre delincuentes.

—¿Y encierra usted a la gente por esto?

—Hay una denuncia.

—¡Denuncias! ¡La planta baja está llena de denuncias! Que yo sepa no ha habido muertos —sacudí la cabeza—. Porque todavía no he leído su informe.

—Estoy en ello.

Miró el reloj.

—Hace exactamente veintiséis horas y quince minutos que ha tomado declaración a ese delincuente, ¿y me está diciendo que el informe no está listo? ¿Para una simple pelea?

—Quería comprobar algunas cosas. Mrábed tiene antecedentes. Es un reincidente.

Me miró de arriba abajo. El alumno malo. El último de la clase. Su mirada despectiva no me impresionaba. Estaba acostumbrado desde la primaria. Un macarra, un jeta, un insolente. Broncas y sermones, solo, de pie en medio de toda la clase, ya había tenido lo mío. Sostuve su mirada con las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Reincidente. Creo que se está usted ensañando con ese... —volvió a mirar la ficha— Naser Mrábed. Su abogado opina lo mismo —se acababa de marcar un tanto. Ignoraba que el abogado de Mrábed estuviera ya en el ajo. ¿Lo sabía Pérol? Se marcó otro tanto cuando pidió por el interfono que pasara el letrado Éric Brunel.

El nombre me sonaba vagamente. No me dio tiempo a pensar. Al hombre que entró en el despacho lo había visto en foto, la noche pasada, sin ir más lejos, junto a los hermanos Poli, Wepler y Morvan. Empezó a latirme el corazón. El círculo se cerraba y yo estaba en la mierda más absoluta. «Total Khéops», dicen los raperos de IAM. Caos total. Lo único que cabía esperar era que Pérol y Cerutti espabilaran tocio lo posible. Y que yo fuera ganando tiempo. Hasta el mediodía.

El jefe se levantó y dio la vuelta a la mesa para recibir a Éric Brunel. Iba tan impecable como en la foto, con un traje cruzado azul marino de lino. Hay que decir que la temperatura exterior era de unos 30 o 35 grados. ¡No debía de saber mucho lo que era sudar, el tío! El jefe le indicó un asiento. No me presentó. Habían debido ya de comentar mi caso.

Yo seguía de pie y, como no me decían nada, encendí un cigarro y esperé. Como ya se lo había comunicado por teléfono, precisó Brunel, le parecía, cuando menos anormal, que su cliente, detenido ayer por la mañana por pelea, no hubiera tenido derecho, insistió en la palabra, a llamar a su abogado.

—La ley me autoriza a hacerlo —repliqué yo.

—La ley no le autoriza a ensañarse con él. Cosa que está usted haciendo. Desde hace unos meses.

—Es uno de los camellos más gordos de la zona norte.

—¡Qué está usted diciendo! No hay ni el menor atisbo de prueba contra él. Ya lo mandó usted una vez al juez. En vano. Y a usted eso lo descolocó. Iba usted detrás de él por orgullo. Y en cuanto a esa supuesta pelea, yo también he hecho mi pequeña investigación. Varios testigos afirman que sería el denunciante, un yonqui homosexual, el que habría agredido a mi cliente a la salida de un bar.

Sentí que el alegato de defensa estaba al caer. Quise cortarle.

—Continúe, don Eric —dijo el jefe, conminándome a callar con un gesto de mano.

Dejé caer la ceniza del cigarro al suelo.

Nos machacó con la infancia desgraciada de su cliente. Brunel se ocupaba de Mrábed desde hacía menos de un año. Chavales como él merecían una oportunidad. Defendiendo a Mrábed defendía otros casos parecidos. Árabes, como él, y algunos otros con nombres bien franceses. Los jueces se echarían a llorar, seguro.

Y empezó el alegato:

—A los catorce años, mi cliente abandona el piso de su padre. Ya no es su lugar. Se va a vivir a la calle. En seguida aprenderá a desenvolverse solo, a no contar más que consigo mismo. Y a pegar fuerte. A pegar fuerte para sobrevivir. Ésta es la desesperación en la que seguirá creciendo.

A este paso, me dije, me va a dar algo.

¡Estaba a punto de tirarme encima de él y hacerle tragar el carnet del Frente Nacional! Pero los minutos iban pasando y, con todo ese rollo, yo ganaba tiempo. Brunel seguía. Ahora le tocaba el futuro. El trabajo, la familia, la patria:

—Ella se llama Jocelyne. Es también de una *cité*. De La Bricarde. Pero ella tiene una familia de verdad. Su padre es obrero de la cementera Lafarge. Su madre, limpiadora en el hospital norte. Jocelyne ha sido una buena estudiante, tranquila. Está sacándose el título de peluquera. Es su novia. Ella le quiere y le ayuda. Será para él la madre que nunca tuvo. Alquilarán un piso para los dos. Construirán juntos su trocito de paraíso. ¡Sí, señor! —me dijo al ver que me reía.

No lo había podido evitar. Era ya demasiado. Mrábed en bata. Viendo la tele con tres churumbeles en las rodillas. ¡Mrábed con el salario mínimo, más contento que unas castañuelas!

—¿Sabe —dijo Brunel poniendo por testigo a mi jefe— lo que este delincuente me contó un día? Mira, me dijo, en el futuro, viviré con mi mujer en un edificio que tendrá una placa de mármol en la entrada, con una «R» en dorado. Una «R» de residencia, de las que hay por Saint-Tronc, por Saint-Marcel y La Gavotte. Ése es su sueño.

Pasar de la zona norte a la zona este. ¡Menudo ascenso social!

—Le voy a decir yo con lo que sueña Mrábed —le interrumpí. Porque a esas alturas ya estaba dispuesto a soltar lo que fuera—. Sueña con dar el palo, con tener pasta. Con tener cochazo, con llevar corbata y un pedrusco en el dedo. Sueña con lo que usted representa. Pero no puede vender el rollo que vende usted. Sólo droga. Droga que le proporcionan tipos igual de trajeados que usted.

—¡Móntale! —gritó el jefe.

—¡Qué pasa! —le grité yo—. ¡No sé dónde estaría su novia el otro día! Lo único que sé es que se estaba tirando a una de dieciséis años que se acababa de fugar de casa. Después de partirle la cara a un tío que por lo visto llevaba el pelo demasiado largo. Y para quedar mejor, se pusieron a darle entre tres. Pero imagínese que, por casualidad, el homosexual, como dice usted, hubiera sabido defenderse... No tengo nada personal contra Mrábed, ¡pero me habría encantado que un maricón lo hubiera puesto a caldo!

Y aplasté el cigarro en el suelo.

Brunel se había quedado imperturbable. Con una discreta sonrisa en la boca. Me estaba repasando de arriba abajo. Se imaginaba ya a sus colegas friéndome a tiros. Haciéndome tragar la lengua. Reventándome la cabeza. Se ajustó el nudo de la corbata, que de hecho estaba impecable, y se levantó, con semblante sinceramente contrito.

—Ante semejantes palabras, señor... —mi jefe se levantó a la vez que él. Impresionado también por mis palabras—. Exijo que mi cliente sea liberado de inmediato.

—¿Me permite? —dije yo descolgando el teléfono de encima de la mesa—. La última comprobación.

Eran las doce y siete minutos. Pérol descolgó.

—Ya tenemos todo —y me resumió rápidamente. Me volví hacia Brunel.

—Su cliente va a ser inculcado —le dije—. Por golpes y heridas voluntarias. Por corrupción de menor. Ocultación de droga y posesión de armas, de las cuales, por lo menos una fue utilizada en el asesinato de una joven: Leila Laarbi. Un caso del que se ocupa el comisario Loubet. Un cómplice está siendo interrogado en estos momentos. Raoul Farge. Un proxeneta. Espero que no se trate de otro de sus clientes, señor.

Conseguí aguantarme la risa.

Llamé a Marie-Lou. Estaba tostándose al sol, en la terraza. Tuve la visión de su cuerpo. Un negro tomando el sol es algo que siempre me ha llamado la atención. Yo no notaba la diferencia. Ellos sí, por lo visto. Le di la buena noticia. Farge estaba en mi despacho y no precisamente de paso.

—Estaré allí dentro de una hora y media —le dije.

Decidimos que se iría esa misma mañana. Después de recoger las tazas rotas y de bebemos otro café en la terraza con Honorine. Pasaría por su casa a hacer las maletas y se instalaría una temporada en el campo. Una hermana de Plonorine vivía en Saint-Cannat, un pueblecito a veinte kilómetros de Aix, en la carretera de Avignon. Ella y su marido explotaban una pequeña parcela. Viñas, cerezos, albaricoqueros. Ya no eran muy jóvenes. Estaban dispuestos a acoger a Marie-Lou durante el verano. Honorine estaba encantada de poder hacerle ese favor. Quería a Marie-Lou, igual que yo. Me guiñó el ojo:

—Tendrás algún rato para ir a verla ¿no? ¡Tampoco es que se vaya al quinto pino!

—Iré contigo, Honorine.

—¡Oye, que a mi ya se me ha pasado la edad de hacer de carabina!

Nos echamos a reír. Tendría que sentarme a explicarle que mi corazón estaba en otra parte. Me preguntaba si a Honorine le gustaría Lole. Pero delante de ella era como si estuviera delante de mi madre. Me resultaba imposible hablarle de chicas. La única vez que me atreví, acababa de cumplir los catorce. Le dije que amaba a Gélou. Que era súper guapa. Me dio un bofetón. El primero de mi vida. Honorine probablemente habría reaccionado de la misma manera. Con las primas no se bromeaba.

Encerrar a Farge reducía riesgos para Marie-Lou. Cerca de su casa seguro que había algún tío escondido. Probablemente no le haría nada sin consultar con Farge, pero yo prefería acompañarla. Farge lo negaba todo. Excepto lo evidente. Reconocía ser el que alquilaba el apartamento donde vivía Mrábed. Pero no podía aguantar más esa *cité*. No había más que moracos y negros. Mandó un aviso por adelantado a la oficina de las viviendas de protección oficial. Por supuesto, no se encontró ni rastro de una carta certificada. Pero este argumento le permitía afirmar que no conocía a Mrábed. Un okupa, no paraba de repetir. «¡Se meten ahí para chutarse! No saben hacer otra cosa. Eso y violar a nuestras mujeres». Ahí, casi le meto una hostia. Pensando en Leila. En los dos asesinos y en Toni.

—Vuelve a decir eso —le dije— y te comes los cojones.

En el fichero, nada sobre él. Blanco como la nieve. Con Farge, al igual que con Toni, habían hecho limpieza. Ya encontraríamos algo para hacerle confesar de dónde salían las armas. Nosotros a lo mejor no. Pero Loubet, seguro que sí. Estaba dispuesto a pasarle a Farge. Fui a verle, con el Astra especial en mano. Le di cuenta de mis pesquisas en casa de Mrábed. Miró la pipa encima de la mesa.

—El tercer hombre todavía anda suelto. O sea, que si tienes un rato...

—Eres tenaz —dijo con una pequeña sonrisa.

—Mejor para mí.

Pasárselo a Loubet me venía como anillo al dedo. Así me quitaba de encima a Auch. Morvan fuera también. A Loubet se le respetaba de otra manera que a mí. No

le gustaba que le anduvieran jodiendo en sus investigaciones. Haría su trabajo.

Le pasé bajo cuerda a Toni. Conducía el taxi. Eso no hacía de él un asesino, ni un violador. En el mejor de los casos, debería responder de su relación con los dos asesinos. Y ya que éstos estaban muertos, Toni podía decir lo que se le ocurriera. Como yo no tenía más que una convicción y no una prueba, prefería mantenerme unos pasos por delante con respecto a todos los demás.

—Le mola, ¿no?, apuntarse moros en la lista —soltó el okupa en un arrebato de cólera.

—Los moros no son un problema. Tú, sí.

Le dije que había estado con su abogado y que, desgraciadamente, ya no podía hacer nada por él en este momento. Por pura maldad, añadí que, si quería, podía llamar a su novia.

—Tu abogado me ha hablado muy bien de Jocelyne. Creo que en lo que se refiere a la boda, se jodió.

Se le nubló la vista. Con un velo de lágrimas imposibles. Ya no era más que desesperación y abatimiento. El odio estaba desapareciendo. Pero volvería. Después de unos años de chirona. Y con más violencia si cabe.

Acabó estallando. A fuerza de amenazas, de información falsa. Y de bofetadas. Farge le abastecía droga y le traía regularmente las armas. Este asunto había empezado hacía seis meses. Su trabajo consistía en endosárselas a algunos colegas que tenían más cojones que él. Pero él no las tocaba. Sólo buscaba clientes. Y se llevaba una pequeña comisión. Era Farge el que llevaba el negocio. Con otro tío alto y cachas. Con el pelo muy corto. Ojos azules, como el acero. Wepler.

—¿Me pueden dar una ropa decente?

Casi daba pena. Tenía círculos de sudor en la camiseta, y el calzoncillo lucía unas manchas amarillas de gotas de orina. Pero a mí no me apiadaba. Hacía mucho tiempo que se había pasado de la raya. Y su historia personal no lo explicaba todo. A Jocelyne no valía la pena llamarla. Acababa de casarse con un gilipollas de correos. No era más que una putilla. El maricón no era ni más ni menos que su hermano.

No había comité de bienvenida en casa de Marie-Lou. El estudio estaba tal como lo había dejado. Se hizo el equipaje rápidamente. Con prisa por largarse. Como cuando uno se va de vacaciones.

Llevé las maletas hasta el coche, un Ford Fiesta blanco, aparcado arriba de la rue Estelle. Marie-Lou estaba acabando una última bolsa con objetos a los que tenía mucho cariño. No eran unas vacaciones, era una auténtica despedida. Subí la calle. Una moto, una Yamaha 1100, aparcó delante del puente que conecta con el cours Lieutaud. Marie-Lou vivía después del puente. Un edificio encaramado a las escaleras que suben al cours Julien. Eran dos. El que iba de paquete se bajó. Un rubio

alto cuadrado. Tenía unos bíceps como para reventar las mangas de la camiseta. Un musculitos. Le seguí.

Marie-Lou estaba saliendo. El musculitos fue directamente hacia ella. La cogió del brazo. Ella forcejeó y me vio.

—¿Algún problema?

El musculitos se dio la vuelta. Dispuesto a soltarme una hostia. Se echó para atrás. Físicamente yo no debía de impresionarle tanto como para eso. De repente caí. Era mi amigo el boxeador.

—Te he hecho una pregunta.

—¿Y tú quién eres?

—Ah, es verdad, que la otra noche no nos presentaron.

Me abrí la chaqueta. Quedaron a la vista la cartuchera y la pipa. Antes de dejar la oficina me la coloqué, comprobé el arma y la cargué, ante la mirada inquieta de Pérol.

—Vamos a tener que hablar, tú y yo.

—Luego.

—Esta noche.

—Te lo prometo. Ahora tengo una cita urgente con una chica de Farge. Es la que me dio el chivatazo.

No hizo ningún comentario. Para él, yo era definitivamente un pasma difícil de catalogar. Y un loco, seguro. Se hacía imprescindible que él y yo habláramos. Con lo de Mrábed nos habíamos precipitado al camión de la basura.

—Pon las manos contra la pared y separa las piernas —le dije.

Oí la moto arrancar. Me acerqué al musculitos y lo despojeé de la cartera que le asomaba del bolsillo trasero de los vaqueros. No me podía creer que me hubieran puesto a caldo, sin más, por Marie-Lou.

—Tu colega, Farge, está en chirona. ¿A qué viniste la otra noche?

Se encogió de hombros. Se le movieron todos los músculos. Me aparté un poco. Este tío podía cargármese con un solo crujir de dedos.

—¡Pregúntaselo a él!

No acababa de creermelo. Y no le impresionaba nada. No conseguiría llevármelo así como así, yo solo. Ni siquiera apuntándole con la pipa. Él lo que esperaba era el momento oportuno. Le puse el cañón de la pistola en la nuca. Vigilé a los transeúntes con la vista. No se paraba nadie. Echaban un vistazo y se largaban.

—Y yo qué hago —dijo Marie-Lou por detrás.

—Vete al coche.

Transcurrió un siglo. Al final ocurrió lo que esperaba. Una sirena de policía se oyó por el cours Lieutaud. Se fue acercando. Todavía quedaban buenos ciudadanos. Llegaron tres policías. Les enseñé mi carné. Estaba fuera de mi zona, pero a la mierda los miramientos.

—Estaba molestando a una mujer. Arrestadlo por desacato a la autoridad. Llévenselo al inspector Pérol. Él sabrá lo que hacer con él. Nos vemos luego, capullo.

Marie-Lou esperaba apoyada en el capó del Ford Fiesta. Fumando. Algunos hombres se daban la vuelta al pasar para mirarla. Pero ella parecía no ver a nadie. Ni siquiera sentir esos ojos encima de ella. Tenía esa mirada que le había descubierto esa mañana, después del amor. Una mirada lejana. Estaba ya en otro sitio.

Se abrazó a mí. Yo hundí la cara en su melena. La respiré por última vez. Olor a canela. Sus senos estaban ardiendo en mi pecho. Dejó deslizar los dedos por mi espalda. Me fui separando lentamente. Le puse el dedo en la boca antes de que pudiera decir nada. Un hasta luego. Un hasta pronto. O un cualquier cosa. No me gustaban las despedidas. Tampoco me gustaban los reencuentros. Me gustaba simplemente que las cosas se hicieran como se deben hacer.

La besé en la cara. Suavemente, dándome tiempo. Luego bajé por la rue Estelle hacia otra cita. Batisti me esperaba a las cinco.

Donde toca rozarse con la infinita mezquindad de la inmundicia humana

Saltamos al ferry, justo cuando se marchaba del muelle. A Batisti, más que saltar él, lo empujé yo. Con fuerza y sin soltarlo. El impulso lo arrastró hasta el centro de la cabina. Creí que iba a perder el equilibrio y desplomarse, pero se agarró a una banqueta. Se dio la vuelta, me miró y se sentó. Se levantó la gorra y se secó el sudor.

—¡Los macarroni! —dije. Y me fui a pagar.

Los localicé en el momento en que Batisti se juntaba conmigo en el embarcadero del ferry, en la place aux Huiles. Le seguían a pocos metros. Pantalones de lino blancos, camisas de flores, gafas de sol y bandolera. Como decía Yamal, iban de guiris totales. Los reconocí en el acto. Estaban comiendo detrás de nosotros, el otro día, en el bar de La Marine. Se fueron cuando Batisti se marchó. Batisti los llevaba todo el día pegados al culo. Cuando me siguieron por Le Panier fue porque me habían visto con él. Podía pensar que era así. Parecía lógico.

Los macarroni no me estaban siguiendo. Ni nadie. Me había asegurado antes de ir a mi encuentro con Batisti. Al dejar a Marie-Lou, bajé por la rue Estelle, luego cogí la rue Saint-Ferréol. La gran calle peatonal de Marsella. Todos los grandes almacenes estaban concentrados aquí. Nouvelles Galeries, Mark & Spencer, La Redoute, Virgin. Habían destronado a los bellos cines de los años sesenta, el Rialto, el Rex, el Pathé Palace. Ya no había ni un bar. A las siete, la calle se quedaba tan vacía y triste como La Cannebière.

Me hundí en la marea de los paseantes. Pequeños burgueses, ejecutivos, funcionarios, inmigrantes, parados, jóvenes, viejos... Desde las cinco, todo Marsella deambulaba por esta calle. Todo el mundo se rozaba con naturalidad, sin agresividad. Marsella estaba ahí en su verdad. Sólo en los extremos de la calle renacían las diferencias. La Cannebière, frontera implícita entre el norte y el sur de la ciudad. Y la place Félix-Baret, a dos pasos de la jefatura, donde siempre estaba aparcada una furgoneta antidisturbios. En el puesto avanzado de los barrios burgueses. Detrás, los bares, uno de ellos el bar Pierre, son desde hace un siglo el lugar de cita más abierto del centro de la ciudad, de la dorada juventud.

Bajo la mirada de los antidisturbios, la sensación siempre de una ciudad en estado

de guerra. Sobrepasados estos límites, miradas enemigas, y miedo u odio en función de si uno se llama Paul o Ahmed. El delito de ir con cara de hijo puta es aquí ley natural.

Caminé sin rumbo, sin ni siquiera entretenerme en los escaparates. Ordenando mis pensamientos. Desde la muerte de Manu a la de Ugo, el hilo de los acontecimientos se devanaba. Aun no entendiendo nada, podía ordenarlos. Por el momento eso me satisfacía. Las adolescentes que deambulaban por ahí me parecían más guapas que las de mi época. En sus caras se leía el cruce migratorio. Su historia. Caminaban seguras, y orgullosas de su belleza. De las marselesas habían adoptado el mismo caminar lánguido y esa mirada, casi descarada, si tus ojos se detenían a contemplarlas. No sé quién dijo un día que eran imitantes, pero me parecía exacto. Envidiaba a los chicos de hoy.

En la rue Vacon, en lugar de continuar por el muelle Riveneuve hasta el embarcadero del ferry, tiré por la izquierda. Para bajar al parking subterráneo del cours Estienne d'Orves. Me encendí un cigarro y esperé. La primera persona que apareció fue una mujer de unos treinta años. Traje de chaqueta salmón, de lino. Rechonchilla. Muy maquillada. Al verme, se echó un poco hacia atrás. Apretó el bolso y se alejó rápido en busca de su coche. Cuando me acabé el cigarro, volví a subir.

Sentado en la banqueta, Batisti se secaba la frente con un gran pañuelo blanco. Parecía un jubiladote de la marina. Un entrañable viejo marsellés. Con camiseta blanca siempre por encima del pantalón de lona azul, zapatillas y gorra de marino encajada en la cabeza. Batisti veía cómo se alejaba el muelle. Los dos macarroni no sabían qué hacer. Aunque cogieran un taxi, cosa que sería un milagro, llegarían demasiado tarde al otro lado del puerto. Nos habían perdido de vista. De momento.

Me apoyé en una ventana. Sin hacer ni caso a Batisti. Quería que se fuera marinando en su propio jugo. Lo que durara la travesía. Me gustaba mucho esta travesía. Contemplando el paso entre los dos fuertes, Saint-Nicolas y Saint-Jean, que custodian la entrada de Marsella y miran hacia alta mar y no hacia La Cannebière. Adrede. Marsella, puerta de Oriente. Lo otro. La aventura, el sueño. A los marseleses no les gustan los viajes. Todo el mundo los cree marineros, aventureros, Que su padre o su abuelo han dado la vuelta al mundo, por lo menos una vez. Como mucho, habían llegado hasta Niolon. O al Cap Croisette. En las familias burguesas el mar estaba prohibido para los niños. El puerto propiciaba los negocios, pero el mar estaba sucio. Por ahí es por clónele venía el vicio. Y la peste. Desde que empezaba a hacer bueno, la gente se iba al campo. A Aix y sus tierras, sus masías y sus bastidas. El mar se lo dejaban a los pobres.

El puerto fue el terreno de juego de nuestra infancia. Aprendimos a nadar entre los dos fuertes. Un día había que conseguir hacer la ida y vuelta. Para ser un hombre,

para impresionar a las chicas. La primera vez, tuvieron que venir Manu y Ugo a rescatarme. Me iba a pique, medio ahogado.

—¿Has pasado miedo?

—No. Me he quedado sin respiración.

Respiración tenía. Pero había pasado miedo.

Manu y Ugo ya no estaban ahí para venir a socorrerme. Se habían ahogado y yo no había podido acudir en su ayuda. Ugo no había intentado verme. Lole había huido. Estaba solo, y me iba a hundir en la mierda. Sólo para estar en paz con ellos. Con nuestra juventud desbaratada. La amistad no soporta las deudas. Al final de la travesía quedaría sólo yo. Si conseguía llegar. Todavía me hacía algunas ilusiones sobre el mundo. Perduraban en mí viejos sueños tenaces. No estoy seguro de saber vivir ahora.

Nos acercábamos al muelle. Batisti se levantó y se dirigió hacia el otro extremo del ferry. Estaba preocupado. Me echó una mirada. No fui capaz de leer nada en él. Ni miedo, ni odio, ni resignación. Una fría indiferencia. En la Place de la Mairie, ni rastro de los italianos. Batisti me siguió sin hablar. Cruzamos por delante del ayuntamiento y subimos por la me de La Guirlande.

—¿A dónde vamos? —dijo por fin.

—A un sitio tranquilo.

En la rue Caisserie tiramos por la izquierda. Estábamos delante de Chez Félix. Aun sin la amenaza de los italianos, era allí donde le quería llevar. Cogí a Batisti por el brazo, hice que se diera la vuelta y le enseñé la acera. Se puso a temblar pese al calor.

—¡Fíjate bien! Aquí se cargaron a Manu. ¡Seguro que ni te habías acercado!

Le hice entrar en el bar. Cuatro viejos estaban echando la partida, bebiendo unas aguas con menta. Se estaba mucho más fresco en el interior. No había vuelto desde la muerte de Manu. Pero Félix no hizo comentarios. Por el apretón de manos que me dio, entendí que se alegraba de volver a verme.

—Oye, que Céleste sigue haciendo *aïoli*^[37].

—Ya vendré un día. Díselo.

En el *aïoli*, Céleste sólo se podía comparar a Honorine. El bacalao estaba desalado en su punto. Cosa rara. Normalmente, lo dejan a remojo demasiado tiempo y sólo en dos aguas diferentes. Era preferible que fuera en varias. Ocho horas en un agua y, luego, dos horas en tres aguas distintas. Era bueno también escalfarlo en agua hirviendo, con hinojo y granos de pimienta. Céleste también tenía su aceite para montar el *aïoli*. Molino Rossi, de Mouriès. Los utilizaba de otro tipo para la cocina o las ensaladas. Aceites de Jacques Baries de Éguilles, de Henri Bellon de Font-vieille, de Margier-Aubert de Auriol. Sus ensaladas dejaban siempre un gusto diferente.

En chez Félix, Manu siempre jugaba al escondite conmigo. Procuraba que no

coincidiéramos allí desde que lo traté de marao. Por otro lado, no tardó mucho en salirse de la tónica. Quince días antes de que se lo cepillaran, vino a sentarse a mi lado. Un viernes, día de *aïoli*. Nos soplamos varias rondas de pastís, seguidas de un Saint Cannat rosado. Dos botellas. Volvíamos a las viejas costumbres. Sin rencor, sólo resentimientos.

—Visto el panorama, los tres juntos, no volverá a ser.

—Siempre estamos a tiempo de reconocer nuestras estupideces.

—¡Vete a tomar por culo! Demasiado tarde, Fabio. Hemos esperado demasiado. Nos hemos hundido. Nos hemos hundido hasta el cuello.

—¡Habla por ti! —me miró. No vi brillo insano en sus ojos. Sólo ironía, algo cansada. No podía sostenerle la mirada. Porque él estaba en lo cierto. En lo que yo me había convertido, tampoco es que fuera mucho mejor—. Vale —dije—. Estamos hundidos hasta el cuello.

Hicimos un brindis al acabar la segunda botella.

—Prometí una cosa. A Lole. Hace mucho tiempo. No lo he podido cumplir jamás: forrarla de pasta. Y llevármela de aquí. A Sevilla, o a algún sitio por ahí. Voy a hacerlo. Voy a dar el golpe perfecto. Por una vez en mi vida.

—La pasta no lo da todo. Lole es el amor...

—¡Déjalo ya! Lole esperó a Ugo. Yo la esperé a ella. El tiempo ha revuelto las cartas. O dado la razón a... —se encogió de hombros—. Me da igual. Lole y yo, hace, yo qué sé, unos diez años, que damos tumbos queriéndonos sin pasión. A Ugo, sí lo quiso. A ti, también.

—¿A mí?

—Si no te hubieras pirado como una nenaza, ella habría ido hacia ti. Tarde o temprano. Eres el más sólido. Y tienes corazón.

—Actualmente. Quizás.

—Siempre lo has tenido. De todos nosotros, eres el que más ha sufrido. Por eso mismo. Por el corazón. Si me pasa alguna movida, cuídala —se levantó—. Nosotros no creo que nos volvamos a ver. Hemos tocado fondo. No hay nada más que decirse.

Se marchó rápidamente y sin pagar la cuenta.

Me pedí una caña, Batisti una horchata.

—Me he enterado de que te gustan las putas. No caen muy bien los polis que se van de putas. Te han dado un toque. Y punto.

—No eres más que un mamonazo, Batisti. Al que me ahostió ya lo he trincado, hace menos de una hora. Al que me lo mandó, Farge, lo tengo en el despacho desde esta mañana. Y no te creas que nos dedicamos a hablar de putas. No. Hablamos de droga. Y de posesión de armas. En un apartamento que tenía alquilado en la *cité* Bassens.

—¡No me digas! —dijo lacónicamente.

Debía de estar enterado ya. De lo de Farge, lo de Mrábed, mi encuentro con Toni. Estaba esperando a que le dijera más. De nuevo, había venido a eso. A tirarme de la lengua. Yo lo sabía. Y también sabía adonde lo quería llevar. Pero no quería jugar todas mis cartas de golpe. Todavía no.

—¿Por qué llevas pegaos al culo al par de italianos?

—No lo sé.

—Mira, Batisti, no vamos a estar mareando la perdiz cincuenta años. No me caes nada, pero que nada bien. Si me vas contando, ganaré tiempo.

—Lo que vas a ganar es que te frían a tiros.

—Ya. Luego me lo pienso.

Manu estaba en medio de toda esta puta historia. Después de su muerte interrogué a unos cuantos confites. Pregunté por aquí y por allá en las distintas brigadas. Nada. Me extrañó. Que nadie hubiera oído ni un rumor de una encerrona preparada contra Manu. Deduje que se lo había cargado un delincuente común. Por alguna vieja jugarreta. O algo por el estilo. Por una casualidad tonta. Me había conformado con eso. Hasta hoy a mediodía.

—El trabajito en casa de Brunel, el abogado, Manu, hacerlo, lo hizo. Supongo que impecablemente. Como él sabía, me imagino. Incluso mejor. Ya que esa noche no había riesgo de que le jodieran: estabais todos juntos cenando. En Les Restanques. Manu no tuvo tiempo de que le pagaran por su trabajo. Dos días más tarde estaba muerto.

Al pasar a máquina mi informe fui pegando los trozos de la historia. Los hechos. Pero no siempre su sentido. Pregunté a Lole por el célebre golpe del que me habló Manu. No solía soltar prenda. Pero, por una vez, todo había ido sobre ruedas, le confesó él. Un buen negocio, sí señor. Por fin iba a rascar una buena pasta. Esa noche se pasaron al champán. Para festejarlo. El trabajito, un juego de niños: abrir la caja fuerte de un abogado del boulevard Longchamp y limpiarle todos los documentos. El abogado era Eric Brunel. El hombre de confianza de Zucca.

Babette me pasó esa información cuando la llamé, después de cerrar mi informe. Habíamos quedado en que nos llamaríamos antes de mi cita con Batisti. Brunel se la debía de estar pegando a Zucca, y el viejo se debió de dar cuenta. Mandó a Manu a hacer la limpieza. O algo por el estilo. Zucca y los hermanos Poli no pertenecían al mismo planeta. Ni a la misma familia. Había demasiado dinero en juego. Zucca no podía permitirse que se la jugaran.

En Nápoles, según un corresponsal romano de Babette, la muerte de Zucca no les había hecho mucha gracia. Lo asumirían, por supuesto. Como de costumbre. Pero todo esto ponía freno a grandes negocios en curso. Zucca andaba, al parecer, en tratos con dos grandes empresas francesas. El blanqueo del dinero de la droga ayudaba al

necesario reimpulso económico. Tanto patronos como políticos lo veían así.

Largué la información que tenía a Batisti, para intentar sorprender sus reacciones. Un silencio, una sonrisa, una palabra. Cualquier gesto sería útil para ver por dónde iba la cosa. No conseguía todavía entender el papel de Batisti. Ni de qué lado se ponía él. Babette lo relacionaba más con Zucca que con los hermanos Poli. Pero estaba Simone. Lo único seguro es que había puesto a Ugo sobre la pista de Zucca. Ese hilo no lo soltaré. El hilo conductor. De Ugo a Manu. Y en algún sitio por ahí Leila se debatía en la ignominia. Todavía no era capaz de pensar en ella sin ver su cuerpo cubierto de hormigas. Hasta la sonrisa le habían comido las hormigas.

—Estás muy puesto —dijo Batisti sin pestañear.

—¡No tengo otra cosa que hacer! Soy un policía de poca monta, ya sabes. Tus colegas, o cualquier otro, pueden borrarne del mapa sin que se arme mayor revuelo. Y, además, a mí lo único que me gusta es ir a pescar. Tranquilito. Sin que me anden jodiendo. ¡Y tengo mogollón de prisa por irme a pescar!

—Pues vete, vete a pescar. No te va a ir a buscar nadie. Aunque te tires a las putas. Lo que te dije el otro día.

—¡Demasiado tarde! Tengo pesadillas, a ver si te enteras, sólo de pensar que se han cepillado a mis mejores amigos. Vale, no eran unos santos... —tomé aire y clavé mi mirada en la de Batisti—. Pero la chiquilla a la que violaron en Les Restanques, en el salón de detrás, no tenía nada que ver con la película. Me dirás que, total, era una mora. Para ti y los tuyos los árabes no cuentan. Igual que los negros, esos animales, ¡qué van a tener alma! ¿Eh, Batisti?

Había levantado la voz. En la mesa de detrás, las cartas se quedaron suspendidas en el aire durante una fracción de segundo. Félix levantó la vista del tebeo que estaba leyendo. Un viejo *Pieds Nickeles* amarillento. Los coleccionaba. Le pedí otra caña.

—*Belote*^[38] —dijo uno de los viejecillos.

Y la vida siguió su curso.

Batisti acusó el golpe, pero sin exteriorizar nada. Llevaba años de trapicheos y chanchullos a sus espaldas. Quiso levantarse. Le puse la mano en el brazo. Con firmeza. Bastaba con que diera un telefonazo y Fabio Mántale acababa la noche en una alcantarilla. Como Manu. Como Ugo. Pero tenía demasiada rabia como para dejarme dar como a un gorrión. Había jugado casi todas mis cartas, pero tenía todavía un as en la manga.

—No tengas tanta prisa. No he terminado.

Se encogió de hombros. Félix me trajo la caña. Nos miró a los dos. No era mala gente, Félix. Pero si le digo «A Manu se lo han cepillado por culpa de este mamón», le rompe la cara. Desgraciadamente con Batisti, las cosas no se arreglaban a base de tortazos.

—Te escucho —el tono era seco. Estaba empezando a ponerle nervioso y eso es

lo que yo quería. Sacarle de sus casillas.

—Y por los dos macarroni, no te apures. Seguramente te están protegiendo. Los napolitanos están buscándole un sucesor a Zucca. Te han fichado, me da a mí la impresión. Tú sigues figurando en el listín de mañosos. En las páginas de recomendaciones. A lo mejor incluso te nombran a ti —estaba pendiente de sus reacciones—. O a Brunel. O a Émile Poli. O a tu hija.

Le dio una especie de tic en la comisura del labio. Dos veces. Me debía de estar acercando a la verdad.

—¡Estás completamente pirao si te crees lo que dices!

—¡Para nada! ¡Lo sabes perfectamente! Pirao, no. Obcecado, sí. No entiendo un pijo. Por qué motivo hiciste que Ugo se cargara a Zucca. Cómo se pudo organizar todo esto. La bendita casualidad de que Ugo se plantara en Marsella. Ni por qué tu amigo Morvan le estaba esperando, una vez que Ugo hizo su trabajo. Ni a qué podrido juego juegas tú. Nada. Y aún menos por qué Manu está muerto y quién lo ha matado. Contra los otros no puedo hacer nada. Falta Simone. A ella, la voy a hundir.

Estaba seguro de estar dando en el clavo. Sus ojos viraron a gris eléctrico. Se apretó las manos hasta reventarse los nudillos.

—¡No la toques! ¡Es lo único que me queda!

—A mí también me queda sólo ella que llevarme a la boca. Loubet está llevando el caso de la chiquilla. Lo tengo todo agarrado, Batisti. Toni, el arma, el lugar. Se lo paso todo a Loubet y en una hora se trae a Simone. La violación fue en su casa. Les Restanques es de ella, ¿no?

Era la última información que me había dado Babette. Por supuesto, no tenía ninguna prueba de lo que le estaba adelantando. Pero eso era igual. Batisti lo ignoraba. Lo estaba llevando por donde él no esperaba. Por un terreno al descubierto.

—Que se casara con Émile fue una estupidez. Pero los hijos no hacen caso. A los hermanos Poli no los he tragado nunca.

La sensación de frescor había desaparecido. Tenía ganas de largarme, de estar en mi barco, en alta mar. Mar y silencio. La humanidad entera se me salía por la boca. Este tipo de historias representaban la infinita mezquindad de la inmundicia humana. A gran escala, esto generaba las guerras, las masacres, los genocidios, el fanatismo, las dictaduras. Seguro que al primer hombre le dieron tanto por culo al venir al mundo que se le disparó el odio. Si Dios existe, somos todos hijos de puta.

—¿Te tienen cogido por ella, no?

—Zucca se dedicó mucho tiempo a hacer de contable. Los números eran lo suyo, más que las armas. La guerra de clanes, los ajustes de cuentas, todo eso no llegó a afectarle. Es más, se dedicó a medir las fuerzas ajenas. La mafia estaba buscándose una antena en Marsella, lo eligieron como interlocutor. Gobernó bien su barca. Como un jefe de empresa. Eso es lo que era estos últimos años. Un hombre de negocios. Si

supieras...

—No quiero saber nada. No me interesa. Seguro que es para vomitar.

—Sabes, era mejor currar con él que con los hermanos Poli. Ellos son sólo aprendices. No tienen envergadura. Zucca creo que los habría eliminado tarde o temprano. Empezaban a dar demasiada guerra. Sobre todo desde que están bajo la influencia de Morvan y Wepler.

»Se creen que van a limpiar Marsella. Sueñan con meterle fuego a la ciudad. Con una bronca total que empezaría en los barrios del norte. Hordas de jóvenes entregados al saqueo. Es Wepler el que se encarga de eso. Se apoyan en los camellos y sus redes. Ellos lo que hacen es caldear el ambiente entre los jóvenes, y al parecer se está calentando.

»Por un lado la violencia. Por otro el miedo, el racismo. Con todo eso, esperaban que sus colegas fascistas llegaran a la alcaldía. Y poder así sentirse a salvo. Como en los tiempos de Sabiani, el todopoderoso adjunto del alcalde, amigo de Carbone y Spirito, los dos grandes capos de la mafia marsellesa de antes de la guerra. Podrán hacer sus negocios. Estarán en posición de fuerza frente a los italianos. Se imaginan ya recuperando el botín de Zucca.

Había oído lo suficiente para estar asqueado durante siglos. ¡Menos mal que me moriría antes! Qué puñetas iba yo a hacer con todo esto. Nada. No era capaz de llevarme a Batisti y hacerle largar delante de Loubet. No tenía ninguna prueba contra todos ellos. Sólo un auto de procesamiento contra Mrábed. Él último de la lista. Un árabe. La víctima elegida. Como de costumbre. Babette, con todo esto, no podría sacar ni un artículo. Su deontología era estricta. Hechos, sólo hechos. Así era cómo había logrado imponerse en la prensa.

Tampoco me veía yo haciendo de justiciero. Ya no me veía en ningún papel. Ni siquiera en el de policía. Ya no veía nada. Estaba como loco. El odio, la violencia. Los hampones, la pasma, los políticos. Y la miseria como abono. El paro, el racismo. Estábamos todos como insectos atrapados en una tela de araña. Luchábamos, pero la araña acabaría engulléndonos.

Pero necesitaba todavía entender.

—¿Y Manu en todo esto?

—Nunca llegó a reventar la caja fuerte de Brunel. Negoció con él. Contra Zucca. Quería ganar más pasta. Mucha más. Se le iba la olla, me parece a mí. Zucca no se lo perdonó. Cuando Ugo me llamó desde París, vi que tenía la venganza en la mano.

Había hablado deprisa. Como si vaciara la alforja. Pero demasiado deprisa.

—¿De qué venganza hablas Batisti?

—¿Eh?

—Lías hablado de venganza.

Levantó los ojos hacia mí. Por primera vez era sincero. Se le nubló la mirada. Y

se le perdió donde yo ya no existía.

—A Manu le tenía cariño, sabes —balbuceó.

—Pero a Zucca no, ¿eh?

No contestó. No le sacaría nada más. Había tocado un punto débil. Me levanté.

—Me la estás jugando otra vez, Batisti —seguía con la cabeza agachada. Me incliné hacia él—. Voy a seguir. Escarbando. Hasta que sepa. Todo. Vais a pringar todos. Incluida Simone.

Me procuraba un placer inmenso poder ser yo el que amenazara ahora. No me habían dado a elegir el arma. Acabó por mirarme. Tenía una sonrisa malvada en los labios.

—Estás marao —dijo.

—Si me quieres pegar un tiro, espabila. Para mí, eres hombre muerto, Batisti. Y me encanta la idea. Porque eres basura.

Dejé a Batisti con su vaso de horchata.

Fuera, me pegó el sol en toda la cara. Tenía la sensación de volver a la vida. A la verdadera vida. En la que la felicidad resulta de una acumulación de detalles insignificantes. Un rayo de sol, una sonrisa, ropa tendida en una ventana, un chaval haciendo un regate con una lata, una melodía de Vincent Scotto, una ligera ráfaga de viento bajo la falda de una mujer...

Donde hay cosas que no se pueden dejar pasar

Me quedé inmóvil durante unos segundos, delante de Chez Félix. Los ojos cegados por el sol. Podrían haberme matado en ese mismo momento que los habría perdonado a todos. Pero no había nadie esperándome a la vuelta de la esquina. La cita era en otro sitio, una cita que no había concertado, pero hacia la que me dirigía.

Subí por la rue Caisserie y atajé por la place de Lenche. Al pasar por delante del bar Le Montmartre, no pude evitar reírme. Me reía cada vez que pasaba por allí. Quedaba tan ridículo ese nombre, aquí, Le Montmartre. Cogí la rue Sainte-Françoise y entré en el Treize-Coins, donde Ange. Le señalé la botella de coñac. Bebí de un trago. Se me quedó plantado enfrente con la botella en la mano. Le hice un gesto para que me volviera a servir y vacié un segundo vaso también de un trago.

—¿Estás bien? —preguntó, algo preocupado.

—¡De maravilla! ¡Hacía tiempo que no estaba tan bien!

Y le puse el vaso. Lo cogí y fui a sentarme a la terraza, junto a una mesa de árabes.

—Pero somos franceses, joder. Hemos nacido aquí. Yo Argelia ni la conozco.

—¿Qué tú eres francés? ¡Venga ya!, somos los menos franceses de todos los franceses. Eso es lo que somos.

—Y si los franceses no te quieren para nada, ¿qué coño pintas aquí? Tú quédate ahí, esperando a que te metan un tiro y ya verás. Yo por si acaso me abro.

—Sí, ¿eh? ¿Y adónde te crees que te vas a ir, gilipollas? Anda tío, no delires.

—A mí me la pela. Soy marsellés. Me quedo aquí y punto. Y el que me busque me encontrará.

Eran de Marsella. Marselleses antes que árabes. Con la misma convicción que nuestros padres. Como lo éramos Ugo, Manu y yo a los quince años. Un día, Ugo preguntó: «En mi casa, en casa de Fabio, se habla napolitano. En tu casa habláis español. En clase aprendemos francés. Pero, al final, ¿qué somos?».

—Pues moros, está claro —respondió Manu.

Casi nos morimos de risa. Y ahí estaban ellos ahora. Reviviendo nuestra miseria. En las casas de nuestros padres. Tomándose esto por un paraíso en mano y rezando para que durase. Mi padre me dijo una vez: «No te olvides: cuando llegué aquí, a primera hora de la mañana, con mis hermanos, no sabíamos si comeríamos a

mediodía o no, pero al final comíamos». Ésa era la historia de Marsella. Su eternidad. Una utopía. La única utopía del mundo. Un lugar en el que cualquier persona, de cualquier color, podía bajar de un barco, o de un tren, con la maleta en la mano, sin un duro en el bolsillo y fundirse en la marea de los demás. Una ciudad en la que, nada más poner el pie en el suelo, ese hombre podía decir: «Aquí es. Estoy en mi casa».

Marsella pertenece a quienes viven en ella.

Ange, con un pastís en la mano, vino a sentarse a mi mesa.

—Tranquilo —le dije—. Se arreglará. Ya encontraré una solución.

—Pérol; hace dos horas largas que anda buscándote.

—¡Dónde coño estás! ¡Cojones! —gritó Pérol.

—Con Ange. Vente para acá. Con el coche.

Colgué. Me metí un tercer coñac. Me sentía muchísimo mejor.

Esperé a Pérol, en la rue de L'Évêché, al pie de las escaleras del passage Sainte-Françoise. Tenía que pasar obligatoriamente por ahí. Lo justo para echarme un cigarro y llegó.

—¿Adónde vamos?

—A escuchar a Ferré, ¿te parece?

En el Bar des Maraîchers, donde Hassan, en la Plaine, ni rai, ni reggae, ni rock. Canción francesa y casi siempre Brel, Brassens y Ferré. Al árabe este le gustaba llevar la contraria a la clientela.

—Hola, extranjeros —dijo al vernos entrar.

Aquí todos éramos el amigo extranjero. Independientemente del color de la piel, del pelo o de los ojos. Hassan se había hecho con una buena clientela de jóvenes, del instituto y universitarios. De los que se piraban las clases, a ser posible las más importantes. Y se dedicaban a chacharear sobre el futuro del mundo con una caña en la mano. Luego, a partir de las siete de la tarde, se ponían a arreglarlo. Las cosas no iban a cambiar, pero rajar desahogaba mucho. Ferré cantaba:

On n'est pas des saints.

Pour la béatitude, on n'a qu'Cinzano.

Pauvres orphélins,

on prie par habitude notr'Per'nod^[39].

No sabía qué tomar. Se me había pasado la hora del pastís. Después de echar un vistazo a las botellas, opté por un Glenmorangie. Pérol, por una caña.

—¿No has venido nunca por aquí? —sacudió la cabeza. Me miraba como si estuviera enfermo. Mi caso debía de parecerle grave—. Tendrías que salir más a menudo. Ves, Pérol, alguna noche deberíamos darnos unas vueltas por ahí, tú y yo. Cuestión de no perder de vista la realidad. ¿Lo coges? Uno va perdiendo el sentido de

la realidad y, pataplás, un buen día no te acuerdas en qué estantería has dejado el alma. Si en la sección de amigos o en la de mujeres. Si arriba o abajo. Si, quizás, en la caja de los zapatos. Te das un momento la vuelta y ya te has perdido en el cajón de abajo, con los complementos.

—¡Basta! —dijo sin gritar, pero con firmeza.

—Ves —proseguí sin prestar atención a su ira—, no estarían mal ahora unas doradas. Asadas con tomillo y laurel. Y sólo con un chorrito de aceite de oliva por encima. ¿Crees que a tu mujer le apetecería?

Tenía ganas de hablar de cocina. De hacer el inventario de todos los platos que sabía preparar. De hacer a fuego lento canelones con jamón y espinacas. De preparar una ensalada de atún con patatas nuevas. Sardinas en escabeche. Tenía hambre.

—¿No tienes hambre? —Pérol no contestó—. Pérol, te voy a decir una cosa, no sé ni cómo te llamas.

—Gérard —dijo sonriendo por fin.

—Pues mi querido Gégé, nos echamos otra ronda y nos vamos a comer algo. ¿Qué te parece?

En lugar de contestar, me explicó el cisco que se había montado en la casa de la madera. Auch había ido a reclamar a Mrábed por lo de las armas. Brenier lo reclamaba por la droga. Loubet se negaba a soltarlo, porque, joder, él estaba investigando un crimen. Así a Auch no le quedó más remedio que conformarse con Farge, que como estaba poniéndose gallito, muy seguro de sus protectores, se comió unas hostias. Auch le gritaba que si no le explicaba cómo habían llegado esas armas hasta allí, hasta su sótano, le iba a machacar la cabeza.

Un pasillo más allá: el otro, el musculitos, el que yo había mandado a Pérol, que al ver a Farge empezó a chillar que era él quien le había mandado a romperle la boca a la puta. En cuanto la palabra «puta» llegó al piso de arriba, Gravis bajó corriendo. Los proxenetas eran su sector y a Farge lo conocía como si lo hubiera parido.

—Momento que aproveché yo para extrañarme de que Farge no tuviera ficha.

—Bien hecho.

—Gravis pegaba gritos diciendo que en la casa había imbéciles de tomo y lomo. Auch contestó, a gritos también, que la ficha de Farge la iban a tener que volver a hacer, pero ya. Y le pasó a Morvan para que le hiciera una visita guiada del sótano...

—¿Y? —pregunté, aunque me imaginaba la respuesta.

—No le aguantó el corazón. Ataque cardíaco tres cuartos de hora más tarde.

¿Cuánto tiempo me quedaba por vivir? Me preguntaba qué plato me gustaría comer antes de morir. Una sopa de pescado, tal vez. Con una buena *rouille*^[40], montada con carne de erizo y un poco de azafrán. Pero ya no tenía hambre. Y se me había pasado el punto del alcohol.

—¿Y Mrábed?

—Hemos vuelto a leer sus declaraciones. Las ha firmado. Después se lo he pasado a Loubet. Bueno, y ahora cuéntame tu historia. En qué rollos andas metido y esas cosas. Que no tengo ganas de morirme como un tonto.

—Es largo, así que déjame ir a mear primero.

Al pasar me pedí otro Glenmorangie. Entraba como el agua. En los váteres un gracioso había escrito: «Sonría, le estamos grabando». Puse mi sonrisa nº 5. Fabio, todo va bien. Eres el más guapo. El más fuerte. Luego metí la cabeza debajo del grifo.

Para cuando regresamos a la jefatura de policía, Pérol ya se sabía toda mi historia. Hasta el último detalle. Me escuchó sin interrumpirme. Me sentó bien poderle contar así todo el relato. Lo veía todo algo borroso, pero tenía la sensación de saber hacia dónde iba.

—¿Crees que Manu quiso pegársela a Zucca? —era plausible. Sobre todo después de lo que me dijo. El gran golpe no era el trabajito que tenía que hacer. Era la pasta que le iba a sacar. Pero, al mismo tiempo, cuanto más lo pensaba, menos me cuadraba. Pérol ponía el dedo siempre en donde dolía. No me imaginaba a Manu intentándosela pegar a Zucca. A veces le daba por hacer locuras, pero tenía olfato para los peligros serios. Como un animal. Y además, era Batisti el que le había metido en esta historia. El padre que se había buscado. El único tipo en el que confiaba un poco. No podía hacerle eso.

—No, no creo, Gérard.

Pero no acababa de ver quién se lo había cargado.

Me faltaba todavía una respuesta: ¿cómo había conocido Leila a Toni?

Tenía intención de ir a preguntárselo. No era más que un detalle, pero no me lo podía quitar de la cabeza. Me pinchaba como los celos. Leila enamorada. Me había mentalizado. Pero no era tan fácil. Admitir que una mujer a la que se desea esté en la cama con otro. Aunque hubiera sido una elección mía, era complicado, sí. Con Leila, a lo mejor, habría podido empezar desde cero. Reinventar, reconstruir. Liberado del pasado. De los recuerdos. Ilusión. Leila era el presente, el futuro. Yo pertenecía a mi pasado. Si había un mañana feliz, tenía que ser esa cita perdida. Con Lole. Todo el tiempo que había pasado entre nosotros.

Leila con Toni, no lo entendía. Pero, no obstante, Toni se había llevado a Leila, sin ninguna duda. El guarda de la ciudad universitaria llamó por la tarde, me informó Pérol. Su mujer recordaba haber visto a Leila subir en un Golf descapotable, después de hablar unos minutos en el aparcamiento con el conductor. Que hasta ella misma había pensado: «¡Mira, qué bien se lo pasa la niña!».

Detrás de las vías de la estación de Saint-Charles, cercado por la salida de la autopista norte y los boulevards Plombières y National, el barrio de La Belle-de-Mai seguía siendo igual de auténtico. Se seguía viviendo como antes. Al margen del

centro, que, por cierto, estaba sólo a unos minutos. Reinaba el espíritu de pueblo. Como en Vauban, la Blancarde, le Rouet o la Capelette, donde yo había crecido.

De críos veníamos a menudo a la Belle-de-Mai. Para pegarnos. Por culpa de las chicas la mayor parte de las veces. Casi todas. Siempre había un pelea en el ambiente. Y un campo de fútbol o un descampado para romperse la cara. Vauban contra la Blancarde. La Capelette contra la Belle-de-Mai. Le Panier contra le Rouet. Después de un baile, una fiesta popular, una verbena o a la salida del cine. No era *West Side Story*: latinos contra gringos. Cada banda nuestra contaba con italianos, españoles, armenios, portugueses, árabes, africanos, vietnamitas. Nos pegábamos por la sonrisa de las chicas, no por el color de la piel. Nos servía para hacer amigos, no odios.

Un día, detrás del estadio de Vellier, me chupé una buena paliza a manos de un italiano. Había mirado «muy mal» a su hermana a la salida de l'Alambra, una sala de baile en la Blancarde. Estando allí, Ugo se fijó en unas chavalillas, y cambiábamos un poco de los Salones Michel. Luego descubrimos que nuestros respectivos padres eran de pueblos vecinos. El mío de Castel San Giorgio, el suyo de Piovene. Nos fuimos a tomar una cerveza. Una semana después me presentó a su hermana, Ophélie. Éramos «paese», eso cambiaba las cosas. «Si consigues que no se te escape, ¡chapó! Es una calentapollas». Ophélie era peor que eso. Un putón. Con ella se casó Mavros. Y el pobre hombre lo pasó de pena.

Había perdido la noción del tiempo. Aparqué el coche casi delante de la casa de Toni. Su Golf estaba aparcado cincuenta metros más arriba. Me puse a fumar escuchando a Buddy Guy. *Damn right, he's got the blues*. Algo maravilloso. Le acompañaban Marc Knopfler, Eric Clapton y Jeff Beck. Dudaba todavía en ver a Toni. Vivía en un segundo y había luz en su casa. Me preguntaba si estaría solo.

Porque yo sí que estaba solo. Pérol se había largado a Bassens. Se estaba montando un broncón entre los chavales de allí y los amigos de Mrábed. Había aparecido una panda de colgaos provocando a los de la *cité*. Por consentir que la pasma se llevara a Mrábed. Era evidente que alguien les había calentado el coco. El negrazo se había comido ya una buena tunda. Lo cogieron entre cinco en el aparcamiento. Los de Bassens no permitían que vinieran de fuera a pisotearles el territorio. Y camellos, menos aún. Se afilaban los cuchillos.

Cerutti solo no daría abasto. Incluso con la ayuda de Reiver, que se había presentado inmediatamente, dispuesto a volver a hacer el turno de noche después del turno de día. Pérol había conseguido volver a reunir a los equipos. Había que intervenir urgentemente. Detener a unos cuantos camellos bajo el pretexto de que Mrábed los había delatado. Hacer circular el rumor de que era un chivato. Eso debería aplacar los ánimos. Queríamos evitar que los chavales de Bassens se pegaran con esos indeseables.

»Vete a comer, respira un poco y no hagas chorradas», me dijo Pérol. «Para eso

último espera a que esté yo». No le había dicho nada de lo que pensaba hacer por la noche. Tampoco yo lo tenía muy claro. Lo único que sentía es que me tenía que mover. Había soltado amenazas. No me podía quedar eternamente en la posición del animal acorralado. Tenía que obligarles a salir. A cometer alguna estupidez. Le dije a Pérol que nos veríamos más tarde y que juntos diseñaríamos un plan. Me propuso ir a dormir a su casa, era demasiado arriesgado volver a Les Goudes. Y en eso estábamos de acuerdo.

—Sabes, Fabio —me dijo después de escucharme—, seguro que yo no siento lo mismo que estás sintiendo tú. A tus amigos no los he conocido y a Leila no me la presentaste nunca. Pero entiendo lo que te está pasando. Sé que para ti no es una cuestión de venganza. Es sólo la sensación de que hay cosas que no se pueden dejar pasar. Porque luego no puedes ni mirarte al espejo.

Pérol hablaba poco, pero ahora se estaba empleando a fondo y podía tener para rato.

—¡No te hagas mala sangre, Gérard!

—No es eso. De verdad. Has destapado algo muy gordo. No puedes pegarte tú solo. Salir de ésta así como así. Estoy contigo. No te voy a dejar tirado.

—Sé que eres un amigo. Hagas lo que hagas. Pero no te quiero pedir nada. ¿Conoces la expresión? A partir de este límite su ticket no es válido. Yo estoy metido en esto. Y no quiero arrastrarte conmigo. Es peligroso. Nos veremos obligados a hacer cosas sucias, creo. Casi seguro. Tú tienes una mujer, una niña. Piensa en ellas y olvídate de mi.

Abrí la puerta del coche. Me retuvo del brazo.

—Imposible, Fabio. Si mañana te encuentran muerto, no sé lo que haría. A lo mejor es peor.

—Te diré lo que vas a hacer. Otro hijo. Con la mujer a la que amas. Con tus hijos estoy seguro de que este mundo tendrá algún futuro.

—Eres un cabronazo.

Me hizo prometerle que le esperaría. O que le llamaría si me movía. Se lo prometí y se fue tranquilo hacia Bassens. Ignorando que yo no mantendría mi palabra. ¡La hostia! Apagué el último cigarro y salí del coche.

—¿Quién es?

Una voz de mujer. De mujer joven. Preocupada. Oí unas risas. Y después silencio.

—Móntale. Fabio Móntale. Quería ver a Toni.

La puerta se entreabrió. ¡Debía de estar viendo visiones! Karine se quedó tan extrañada como yo. Estábamos frente a frente sin poder decirnos una palabra. Entré. Un fuerte olor a costo me vino a la nariz.

—¿Quién es? —oí que preguntaban desde el fondo del pasillo.

La voz de Kader.

—Pase —me dijo Karine—. ¿Cómo sabe que vivo aquí?

—Venía a ver a Pirelli. Toni.

—¡A mi hermano! Hace siglos que no está aquí.

¡La respuesta! ¡Por fin! Pero la cosa no se aclaraba todavía. Leila con Toni, seguía sin podérmelo creer. Estaban todos. Kader, Yasmín, Dris. Sentados alrededor de la mesa. Como conspiradores.

—Alá es grande —dije yo señalando la botella de whisky que tenían delante.

—Y Chivas su profeta —dijo Kader cogiendo la botella—. ¿Brindas con nosotros?

Debían de haber bebido bastante. Y fumado también. Pero no daba la impresión de que se lo estuvieran pasando en grande. Al contrario.

—No sabía que conocieras a Toni —dijo Karine.

—Nos conocemos de esas maneras. Fíjate que no sabía ni que había cambiado de piso...

—Hace un montón entonces que no lo ves...

—Pasaba por aquí, he visto luz, he subido. Bueno, ya sabes, viejas amistades.

Me apuntaban fijamente con la mirada. Toni y yo no les debía de cuadrar para nada en su cabeza. Era demasiado tarde para cambiar de actitud. Empezaron a darle al coco a toda marcha.

—¿Y qué quería de él? —preguntó Dris.

—Un favor. Pedirle un favor. Pero bueno —dije acabándome la copa—, no os aburro más.

—No nos aburres —afirmó Kader.

—He tenido un día muy largo.

—Ha pillao a un camello, según he oído, ¿no? —preguntó Yasmín.

—Cómo corren las noticias.

—¡El teléfono árabe! —soltó Kader riéndose. Una risa forzada. Falsa.

Estaban esperando a que les contara qué coño pintaba yo allí buscando a Toni. Yasmín empujó hacia mí un libro todavía en papel de regalo. Leí el título, sin ni siquiera cogerlo. *La solitude est un cercueil de verre*^[41], de Bradbury.

—El libro se lo puede quedar. Era de Leila. ¿Lo conoce?

—Me habló de él varias veces. Nunca lo he leído.

—Toma —me dijo Kader alargándome un vaso de whisky—, siéntate. No hay prisa.

—Lo compramos juntas. La víspera... —dijo Yasmín.

—Ya —dije. El whisky me estaba quemando. Aún no había comido nada en todo el día. El cansancio empezaba a apoderarse de mí. A la noche aún le quedaba un rato—. ¿No tendrás un café? —pregunté a Karine.

—Acababa de hacer. Todavía está caliente.

—Era para usted —continuó Yasmín—. Leila quería regalárselo así, envuelto en papel de regalo.

Karine volvió con una taza de café. Kader y Dris no decían ni mu. Estaban esperando la continuación de una historia de la que parecían conocer el final.

—Al principio no entendí por qué estaba en el coche de mi hermano —prosiguió Karine.

Ya estábamos llegando. Me estaba quedando mudo. Los chavales me estaban dejando alucinado. Ya no se reía ninguno. Estaban poniéndose más que serios.

—El sábado pasó para llevarme a cenar a un restaurante. Lo suele hacer. Me pregunta por mis estudios. Me pasa un poco de pasta. El hermano mayor, vaya. El libro estaba en la guantera. No sé qué andaba buscando yo. Le dije: «¿Qué es esto?». Se quedó súper cortado. «¿Eh? Esto... Ehh... Bueno... Puees, un regalo. Es para ti. Iba a... En fin, era para más tarde. Pero, puedes abrirlo».

»Toni me hacía regalos a menudo. Pero un libro, era de verdad la primera vez. No entendía ni cómo había sabido elegirlo... Me impresionó. Le dije que le quería. Fuimos a comer y guardé el libro envuelto en el bolso.

»Lo dejé ahí, en la estantería, al volver. Y luego pasó lo que pasó. Leila, el entierro. Me quedé con ellos. Nos quedamos a dormir con Mulud. Me había olvidado por completo del libro. Lo ha visto Yasmín hoy a mediodía, cuando ha venido a buscarme. Estábamos hechas un lío. Hemos llamado a los chicos. Teníamos que aclarar la cosa. ¿Entiende? —se sentó. Estaba temblando—. Ahora, no sabemos qué hacer.

Y estalló en lágrimas.

Dris se levantó y la abrazó. Le acariciaba tiernamente el pelo. Sus lloros eran casi un ataque de nervios. Yasmín se acercó, se arrodilló y deslizó sus manos en las de Karine. Kader estaba inmóvil, con los codos en la mesa. Chupaba del canuto de modo enfermizo. Los ojos totalmente ausentes.

Me dio vértigo. El corazón se me puso a cien. ¡No podía ser! Una expresión de Karine me había sobresaltado. Toni. En pasado.

—Y Toni, ¿dónde está?

Kader se levantó, como un autómatas. Karine, Yasmín y Dris lo siguieron con la vista. Kader abrió el ventanal del balcón. Me levanté y me acerqué. Toni estaba ahí. Largo en el Suelo.

Muerto.

—Creo que íbamos a llamarte.

Donde es preferible estar vivo en el infierno que muerto en el paraíso

Los chavales estaban en las últimas. Ahora que tenían el cuerpo de Toni otra vez delante estaban al borde del colapso. Karine seguía llorando. Yasmín y luego Dris habían empezado también. A Kader parecía habersele ido la olla. El costo y el whisky lo habían rematado. Emitía unas risitas nerviosas cada vez que miraba hacia el cuerpo de Toni. Yo empezaba a estar un poco pasao. Y no era mi mejor momento.

Cerré la puerta del balcón, me puse un whisky y encendí un cigarro.

—Bueno. Empecemos por el principio.

Pero como si hablara a la pared. Kader se puso a reír más frenéticamente aún.

—Dris, te llevas a Karine a la habitación. Que se tumbe y que descanse. Yasmín, búscame un tranquilizante cualquiera, Lexomil o algo así, y les das uno a cada uno. Y tú te tomas otro. Después me vuelves a hacer café —me miraban como marcianos—. ¡Venga! —dije con firmeza, pero sin levantar la voz.

Se levantaron. Dris y Karine desaparecieron en la habitación.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Yasmín.

Empezaba a reponerse. De los cuatro, la más sólida era ella. Se reflejaba en cada uno de sus gestos. Precisos. Seguros. Probablemente había fumado lo mismo que los otros, pero bebido menos, eso era evidente.

—Volver a poner a éste en condiciones —respondí yo señalando a Kader.

Lo levanté de la silla.

—Ya no dará más por culo, ¿a que no? —dijo echándose a reír—. Le hemos jodido el tipo al cabrón.

—¿Dónde está el váter?

Yasmín me indicó. Empujé a Kader hasta adentro. Había una bañera minúscula. Olía a vomitona. Dris había pasado ya por ahí. Cogí a Kader del cuello y le obligué a bajar la cabeza. Abrí el grifo del agua fría. Forcejeó.

—¡Cómo no dejes de hacer el gilipollas, te meto entero!

Le pasé una toalla, después de haberle mojado la cabeza abundantemente. Cuando volvimos a la sala, el café estaba servido. Nos sentamos en torno a la mesa. En la habitación, Karine seguía llorando, pero menos fuerte. Dris le hablaba. No oía lo que

le decía, pero era como una música dulce.

—¡Mierda! ¡Podíais haberme llamado!

—No queríamos matarlo —contestó Kader.

—¿Qué esperabais? ¿Qué os pidiera perdón? Este tío era capaz de degollar a su padre y a su madre.

—Ya lo hemos visto. Nos ha amenazado con un arma.

—¿Quién le ha golpeado?

—Primero Karine. Con el cenicero.

Un cenicero gordo de vidrio, que yo me había encargado de llenar de colillas desde que estaba allí. Bajo el shock, Toni se había desplomado soltando la pipa. Yasmín, con el pie, empujó el arma hasta debajo del armario. Y ahí seguía estando, por cierto. Toni se giró boca abajo, para intentar levantarse. Dris se le echó encima y le puso la mano en la garganta. «¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta!», gritaba.

«¡Mátalo!». Le animaban Yasmín y Kader. Dris apretó con todas sus fuerzas, pero Toni seguía luchando. Karine chillaba: «¡Es mi hermano!». Lloraba. Imploraba. Y tiraba del brazo de Dris, para hacerle soltar la presa. Pero Dris estaba en otra dimensión. Liberando la rabia que llevaba dentro. Leila no sólo era su hermana. Era también su madre. Le había educado, acunado, amado. No se le podía hacer eso. Quitarle dos madres en la vida.

Las horas de entrenamiento con Mavros se liberaron en sus brazos.

Toni era el más fuerte cuando estaba delante de pobrecitos como Sánchez y compañía. El más fuerte con una pistola en la mano. Pero aquí, estaba perdido. Lo supo desde el momento en que las manos de Dris lo cogieron del cuello. Y apretaron. Los ojos de Toni suplicaban clemencia. Sus amigos no le habían enseñado eso. La muerte que se insinúa poco a poco en el cuerpo. La ausencia de oxígeno. El pánico. El miedo. Me había dado cuenta de todo esto, la otra noche. La fuerza de Dris, tan potente como la del musculitos. No, no me hubiera gustado morir así.

Karine abrazaba el torso de Dris con la debilidad de sus brazos. Ya no gritaba. Lloraba diciendo: «No, no, no». Pero era demasiado tarde. Demasiado tarde para Leila. A la que ella quería. Demasiado tarde para Toni, al que también quería. Más fuerte que Leila. Mucho más fuerte que Toni. Dris no oía nada ya. Ni siquiera a Yasmín, que le gritó: «¡Para!». Seguía apretando, con los ojos cerrados.

¿Sonreía Leila a Dris? ¿Se reía? Como aquel día. Habíamos ido a bañarnos a Sugitton. Dejamos el coche en un terraplén del Col de la Gineste y cogimos un sendero por el Massif du Puget. Para alcanzar Le Col de la Gardiole. Leila quería ver el mar desde los acantilados de Devenson. No había estado nunca. Era uno de los lugares más sublimes del mundo.

Leila caminaba delante de mí. Llevaba unos vaqueros cortados y una camiseta blanca de tirantes. Se había recogido el pelo con una visera blanca. Se le escurrían

gotas de sudor por el cuello. Brillaban como perlas. Mi mirada fue siguiendo el recorrido del sudor bajo su camiseta. El hueco de los riñones. Hasta la cintura. Hasta el balanceo de sus nalgas.

Avanzaba con el ardor de la juventud. Veía cómo se le tensaban los músculos, desde el tobillo hasta los muslos. Tenía la misma gracia trepando por la colina que caminando por la calle con tacones. El deseo se iba apoderando de mí. Era pronto, pero el calor hacía que se liberara ya el fuerte olor a la resina de los pinos. Me imaginaba ese olor a resina entre los muslos de Leila. El sabor que podía tener en mi lengua. En ese momento, supe que le iba a poner la mano en las nalgas. Ella no hubiera dado ni un paso más. La habría abrazado. Sus pechos en mis manos. Le hubiera acariciado el vientre, desabrochado el pantalón.

Paré de andar. Leila se dio la vuelta sonriendo.

—Voy yo delante —dije.

Al pasar, me dio una palmada en el culo, riéndose.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú.

La felicidad. Un día. Hace diez mil años.

Más tarde, en la playa, me preguntó sobre mi vida, sobre las mujeres de mi vida. Nunca he sabido hablar de las mujeres a las que he amado. Quería preservar ese amor que estaba dentro de mí. Contarlo era despertar otra vez las broncas, las lágrimas, los portazos. Y las noches posteriores en sábanas arrugadas como el corazón. Y no quería. Quería que mis amores siguieran viviendo. Con la belleza de la primera mirada. Con la pasión de la primera noche. Con la ternura del primer despertar. Le contesté cualquier cosa, lo más vagamente posible.

Leila me miró extrañada. Luego me habló ella de sus amores. Los podía contar con los dedos de una mano. La descripción que me hizo del hombre de sus sueños, de lo que esperaba de él, empezó a parecerse a un retrato. Yo no era ése. Ni nadie. Le dije que era una cursi. Primero le hizo gracia, luego se enfadó. Discutimos por primera vez. Una riña azuzada por el deseo.

En el camino de vuelta, no volvimos a sacar el tema. Regresábamos en silencio. Ambos habíamos aparcado en algún rincón de nosotros mismos ese deseo del otro. Habrá que hacerle frente algún día, me dije, pero aquél no era exactamente el día. El placer de estar juntos, de descubrirse, era más importante. Ambos lo sabíamos. Y lo demás podía esperar. Un poco antes de volver al coche, deslizó su mano en la mía. Leila era una chica impresionante. Antes de decirnos adiós, ese domingo, me dio un beso en la mejilla. «Eres un tío muy majo, Fabio».

Leila me sonreía.

La podía volver a ver, por fin, al otro lado de la muerte. Los que la habían violado y matado después, la habían palmado. Podían ya las hormigas afanarse en su carroña.

Leila ya no era vulnerable. Había regresado a mi corazón, y la llevaría conmigo, en esta tierra que cada mañana da una oportunidad a los hombres.

Sí, debía de estar sonriendo a Dris en este momento. A Toni, yo sé que lo habría matado. Para borrar el horror. Con mis propias manos, como Dris. Tan obcecadamente. Hasta que la inmundicia que había cometido se le subiera a la garganta y lo asfixiara.

Toni se meó encima. Dris abrió los ojos, pero sin dejar de apretarle. Toni sospechó el infierno. El agujero negro. Forcejeó por última vez. Un coletazo. El último aliento. Y se quedó inmóvil.

Karine dejó de llorar. Dris se incorporó. Balanceando los brazos, por encima del cuerpo de Toni. No se atrevieron a moverse, ni a hablar. Ya no había odio en ellos. Estaban secos. Ni siquiera eran conscientes de lo que acababa de hacer Dris. De lo que habían dejado que ocurriera. No podían admitir que acababan de matar a un hombre.

—¿Está muerto? —preguntó finalmente Dris.

No le contestó nadie. A Dris le dio una arcada y se fue corriendo al váter. Hacía una hora de todo esto, y, desde ese momento, no habían parado de chupar y de fumar porros. De vez en cuando echaban una mirada al cuerpo. Kader se levantó, abrió el ventanal del balcón y, con el pie, hizo rodar el cuerpo de Toni. No verlo. Y volvió a cerrar.

Cada vez que se decidían a llamarme, alguno de ellos proponía otra solución. Para cada solución, había que tocar el cuerpo. Y no se atrevían. No se atrevían ni a salir al balcón. Después de haberse chupado las tres cuartas partes de la botella y con un montón de porros encima, habían previsto meterle fuego al caseto y largarse. Se dejaron llevar por la carcajada. Liberadora. Yo llamé a la puerta justo en ese momento.

Sonó el teléfono. Como en los culebrones. No se movieron. Me miraban, esperando que yo tomara una decisión. En la habitación Dris paró de hablar.

—¿No lo cogemos? —preguntó Kader.

Descolgué enérgicamente. Nervioso.

—¿Toni?

Una voz de mujer. Una voz sensual, ronca y cálida. Excitante.

—¿De parte de quién?

Silencio. Se oían ruidos de platos y cubiertos. De fondo, una música dulzona. Un restaurante. ¿Les Restanques? Y podía ser Simone.

—Oiga —una voz de hombre con ligero acento corso—. ¿Émile? ¿Joseph? ¿No está Toni? ¿O su hermana?

—¿Quiere que le deje algún mensaje?

Colgaron.

—¿Ha llamado Karine a Toni esta noche?

—Sí —respondió Yasmín—. Para que viniera. Que era urgente. Tiene un número para localizarlo. Le deja un mensaje. Él devuelve la llamada.

Fui a la habitación. Estaban tumbados el uno junto al otro. Karine ya no lloraba. Dris se había quedado dormido, sujetándole la mano. Eran adorables. Les deseaba que pasaran por la vida con ese tierno abandono.

Karine tenía los ojos como platos. Una mirada extraviada. Seguía en el infierno. Ya no me acordaba en qué canción Barbara decía: *Prefiero vivir en el infierno que estar muerto en el paraíso*. O algo así. ¿Qué es lo que deseaba Karine en ese momento?

—¿A qué número has llamado a Toni hace un rato? —le pregunté en voz baja.

—¿Quién ha llamado?

—Amigos de tu hermano. Creo.

El miedo atravesó su mirada.

—¿Van a venir?

—Tranquila —dije yo moviendo la cabeza—. ¿Los conoces?

—A dos. Uno con una cara asquerosa y otro alto, cuadrao. Parece un militar. Los dos tienen una cara asquerosa. El militar tiene unos ojos muy raros.

Morvan y Wepler.

—¿Los has visto muchas veces?

—Sólo una. Pero no se me han olvidado. Estábamos tomando algo con Toni, en la terraza del Bar de l'Hôtel de Ville. Se sentaron con nosotros, sin preguntar si nos parecía bien. El militar dijo: «No está mal tu hermanita». No me gustó el modo de decirlo. Ni cómo me miró.

—¿Y Toni?

—Se rió, estaba incómodo, creo. «Tenemos que hablar de negocios», me dijo. Una manera de decirme que me largara. No se atrevió ni a darme un beso. «Te llamo», elijo. Y sentí cómo el otro me miraba por detrás. Me dio vergüenza.

—¿Y eso cuándo fue?

—La semana pasada, el miércoles a mediodía. El día en que Leila leía la tesina. ¿Qué va a pasar ahora?

Dris le soltó la mano a Karine y se dio la vuelta. Roncaba un poco. De vez en cuando temblaba. Sufría por él. Por ellos. Tendrían que vivir con aquella pesadilla. ¿Podrían, Karine y Dris? ¿Kader y Yasmín? Tenía que ayudarles. Liberarlos de esas putas imágenes que vendrían a envenenar sus noches. Cuanto antes. Y a Dris el primero.

—¿Qué va a pasar? —repitió Karine.

—Hay que moverse. ¿Dónde están tus padres?

—En Gardanne.

No era muy lejos de Aix. La última ciudad minera del departamento. Condenada, como todos los hombres que trabajan en ella.

—¿Tu padre curra allí?

—Lo han echao, hace dos años. Milita en el Comité de Défense. Con la CGT.

—¿Qué tal te llevas con ellos?

Levantó los hombros.

—Crecí sin que se enteraran. Toni también. Educarnos habría sido construir un mundo mejor. Mi padre... —se paró, pensativa. Y siguió—. Cuando has sufrido mucho, te has pasado el rato mirando el céntimo, ya no ves nada de la vida. No piensas más que en cambiarla. Una obsesión. Toni podría haberlo entendido, digo yo. Mi padre, en lugar de decirle no te puedo comprar la moto, le echó el sermón. Que a su edad él no tenía moto. Que había cosas más importantes en la vida que las motos. Toda la película, te puedes imaginar. Siempre lo mismo. El sermón para todo. Que si los curritos, los capitalistas, el Partido. La ropa, la paga, el coche.

»La tercera vez que la pasma se pasó por casa, mi padre echó a Toni. A partir de ahí, se volvió no sé cómo. Bueno, sí que lo sé. No me gustaba nada cómo se había vuelto. En fin. La gente con la que iba. Lo que decían de los árabes. No sé si se lo creía de verdad. O si era sólo...

—¿Y Leila?

—Tenía ganas de que conociera a mis amigos, que conociera a otro tipo de gente. A Yasmín y a Leila las había visto una o dos veces. A Kader y a Dris también. Y a algunos más. Le invité a mi cumpleaños, el mes pasado. Leila le gustó. Ya sabes cómo son estas cosas. Se baila, se bebe, se habla, se liga. Leila y él hablaron mucho, esa noche. Bueno, tenía ganas de irse con ella, está claro. Pero Leila no quiso. Se quedó a dormir aquí, con Dris.

»Se volvieron a ver después. Cuatro o cinco veces, creo. En Aix. Una copa en una terraza, una comida, al cine. La cosa no fue más allá. Leila lo hacía por mí, creo. Más que por él. Toni no le gustaba mucho. Yo le había hablado bastante de él. Que no era lo que parecía. Yo los empujé el uno hacia el otro. Creí que ella podría cambiarle. Yo era incapaz. Yo quería un hermano que no me avergonzara. Al que pudiera querer. Como Kader y Dris —su mirada voló no sé hacia dónde. Hacia Leila. Hacia Toni. Volvió a mirarme—. Yo sé que a usted le quería. Hablaba a menudo de usted.

»Quería llamarle. Después de la tesina. Estaba segura de que la iba a aprobar. Tenía ganas de volverle a ver. Me dijo: “Ahora ya puedo. Ya soy mayor”.

Karine se echó a reír. Luego las lágrimas le volvieron a los ojos y se acurrucó contra mí.

—Venga —dije—. Ya está.

—No entiendo nada de lo que ha pasado.

La verdad no la sabremos nunca. Sólo podíamos hacer hipótesis. La verdad pertenecía al horror. Podía suponer que Toni había sido visto por uno de la banda. Por uno de los peores, según mi opinión. Morvan. Wepler. Los fanáticos de la raza blanca. De la limpieza étnica. De las soluciones finales. Habrían puesto a Toni a prueba. Como una novatada. Para elevarlo al grado superior.

A los paracas les iba eso. Esas pasadas. Follarse al tío de la habitación de al lado. Darse una vuelta por el bar del cuartel, matar a uno y traerse la gorra de trofeo. Tirarse a un adolescente algo afeminado. Habían pactado con la muerte. La vida no valía nada. Ni la suya, ni menos aún la de los demás. En Yibuti me había encontrado con colgaos peores que ellos. Dejando putas muertas a su paso en los barrios de la antigua place Rimbaud. Con una raja en el cuello. Mutiladas, a veces.

Las antiguas colonias, ahora, las teníamos aquí. Capital: Marsella. Aquí como allí, la vida no existía. Sólo la muerte. Y el sexo con violencia. Para gritar su odio por no ser nada. Más que fantasmas en potencia. Los soldados desconocidos de los años venideros. Un día u otro. En África, en Asia, en Oriente Medio. O incluso a dos horas de aquí. Donde Occidente estaba amenazado. En todos los lugares donde se irguieran pollas impuras para follarse a nuestras mujeres. Blancas y Palmolive. Y envilecer la raza.

Eso es lo que le debieron de pedir a Toni, que les llevara a la mora. Y tirársela uno detrás de otro. Toni el primero. Debió de ser el primero. Delante de los demás. Con el deseo y la rabia de haber sido rechazado. Una mujer no es más que un coño. Todas unas putas. Las moras, coños de puta. Como las guarras de las judías. Las judías, tienen el coño más redondo, más alto. Las moras, tienen el coño un poco bajo, ¿no? Las negras también. El coño de las negras, ¡bueno!, ¡ni te cuento! Eso sí que vale la pena.

Los otros dos fueron después. No Morvan ni Wepler. No, los otros dos. Los aspirantes a nazis. Los que la habían palmado en la calle, en la place de L'Opéra. Lo más seguro es que no hubieran estado a la altura cuando hubo que tirotear a Leila. Follarse a las moras era una cosa. Cargárselas sin que te temblara la mano no debía de ser tan fácil.

Morvan y Wepler de mirones. Así los veía. Maestros de ceremonias. ¿Se habían masturbado mientras miraban, o se habían apareado después, con la nostalgia de los amores de las SS, de los amores machos, viriles, de los amores de los guerreros? ¿Y cuándo habrían decidido que el superviviente de aquella noche sería el que pusiera la bala lo más cerca posible del corazón de Leila?

¿Se había apiadado Toni de Leila cuando se la metía? Aunque sólo fuera un segundo. Antes de que él mismo se precipitara también al horror. A lo irremediable.

Reconocí la voz de Simone. Y ella reconoció la mía. El número en el que Karine

dejaba los mensajes a su hermano era efectivamente el de Les Restanques. Ella le había llamado allí, esa noche.

—Páseme a Émile. O a Joseph.

Siempre la misma música asquerosa. Caravelli y sus violines mágicos. O alguna porquería por el estilo. Pero menos ruido de platos y de cubiertos. Les Restanques se estaba quedando vacío. Eran las doce y diez.

—Émile —dijo la voz.

La de antes.

—Soy Móntale. Creo que no te lo tengo que dibujar. Sabes perfectamente quién soy.

—Dime.

—Voy a ir para allá. Quiero que hablemos. Una tregua. Tengo propuestas que hacer.

No tenía ningún plan. Excepto el de matarlos a todos. Pero eso era una utopía. Justo lo que necesitaba para aguantar el tirón. Hacer lo que había que hacer. Avanzar. Sobrevivir. Una hora más. Un siglo.

—¿Solo?

—Todavía no he movilizado ningún ejército.

—¿Y Toni?

—Ha estirado la pata.

—Más te vale que tengas algún argumento. Porque para nosotros eres hombre muerto.

—No te pongas chulo, Émile. Conmigo muerto, os trincarán a todos. He vendido la historia a un periódico.

—Ningún baboso se atreverá a escribir nada.

—Aquí no. En París. Si no llamo a las dos, se pone en marcha para la última edición.

—No tienes más que una historia. No tienes pruebas.

—Tengo todo. Todo lo que Manu mangó en casa de Brunel. Los nombres, los extractos bancarios, las chequeras, las compras, los proveedores. La lista de bares, de discotecas, de restaurantes extorsionados. Más los nombres y direcciones de los industriales locales que sostienen al Frente Nacional.

Exageré, pero las cosas debían de andar por ahí más o menos. Batisti se había quedado conmigo descaradamente. Si Zucca hubiera sospechado lo más mínimo de Brunel, habría enviado a dos de sus hombres al despacho del abogado. Un tiro en la cabeza por todo comentario. Habría hecho limpieza sobre la marcha. Zucca ya no estaba para tergiversaciones. Él seguía una línea. Recta. Y nada debía torcerla. Así es cómo había triunfado.

Y Zucca, un encargo como ése, no se lo habría confiado a Manu. No era un

asesino. Batisti había enviado a Manu a casa de Brunel por su cuenta. Ignoraba por qué. Con qué finalidad. ¿Qué jugada pretendía en este repugnante tablero? Babette era categórica. Éste ya no se manchaba las manos. Manu cayó en la trampa. Un trabajo para Zucca no se podía rechazar jamás. Confiaba en Batisti. Y no podía hacer ascos a toda esa pila de billetes.

Ésas eran las conclusiones a las que había llegado. Cojeaban por todos los lados. Suscitaban más dudas de las que resolvían. Pero ya me daba igual. Y además, había ido demasiado lejos. Quería tenerlos a todos delante de mí. La verdad. Aunque me dejara la piel en ella.

—Cerramos dentro de una hora. Tráete los papelotes —colgó. O sea, que Batisti tenía los documentos. E hizo que Ugo matara a Zucca. ¿Y Manu entonces?

Mavros llegó veinte minutos después de mi llamada. Era la única solución que me había quedado. Llamarle. Que cogiera el relevo. Confiarle a Dris y Karine. No estaba durmiendo, estaba viendo una película de vídeo: *Apocalypse Now*, de Coppola. Creo que ya era la cuarta vez. Esta película le subyugaba, y no la entendía. Me acordaba de la canción de los Doors. *The End*.

Era siempre el final anunciado el que se cernía sobre nosotros. Bastaba con abrir los periódicos por la página de internacional o de sucesos. No hacían falta armas nucleares. Nos mataríamos los unos a los otros con un salvajismo prehistórico. No éramos más que dinosaurios, y lo peor es que lo sabíamos.

Mavros no dudó ni un segundo. Por Dris hacía lo que fuera. Había querido a aquel chaval desde que se lo presenté. Estas cosas eran inexplicables. Tanto como lo es la atracción amorosa, que te hace desear a un ser más que a otro. Metería a Dris en un ring. Le haría pegarse. Le haría pensar. Pensar en el puño izquierdo, en el derecho. En estirar el brazo. Le haría hablar. De él, de la madre a la que no había conocido, de Leila. De Toni. Hasta que arreglara cuentas con lo que había hecho por amor y por odio. No se puede vivir con odio. Boxear tampoco. Había ciertas reglas. A menudo injustas. Muy a menudo. Pero respetarlas permitía salvar el pellejo. Y en este jodido mundo, seguir vivo era, con todo, la cosa más bella. Dris sabría escuchar a Mavros. En cuestión de hacer barbaridades sabía un rato. A los diecinueve años se mamó un año de trena por sacudir a su entrenador. Trucó el combate que tenía que ganar Mavros. Cuando consiguieron que lo soltara, el tío estaba medio muerto. Y Mavros nunca pudo probar que el duelo estaba amañado. En chirona pudo meditar sobre todo esto.

Mavros me guiñó el ojo. Estábamos de acuerdo. No podíamos dejar a ninguna de esas cuatro criaturas el peso de asumir un asesinato. Toni no se merecía nada. Nada más de lo que se había encontrado esa noche. Yo quería que ellos tuvieran su oportunidad. Eran jóvenes, se amaban. Pero, incluso con un buen abogado, no se

sostendría ningún argumento. ¿Legítima defensa? Eso habría que probarlo. ¿La violación de Leila? No había pruebas. Durante el juicio, o incluso antes, Karine, presionada, contaría cómo habían transcurrido las cosas. Y lo único que quedaría de toda esta historia sería un moro de los barrios del norte que había matado a sangre fría a un joven. Un delincuente, de acuerdo, pero un francés, hijo de obrero. Y dos moros cómplices, y una chica, su hermana menor, influenciada por ellos. Ni siquiera estaba seguro de que los padres de Karine, aconsejados por su abogado, no fueran a imputar a Dris, Kader y Yasmín. Con vistas a implorar circunstancias atenuantes para su hija. Me estaba imaginando el cuadro. No confiaba ya en la justicia de mi país.

Cuando levantamos el cuerpo de Toni, fui consciente de que me estaba poniendo fuera de la ley. Y de que arrastraba conmigo a Mavros. Pero todo esto ni se planteaba ya. Mavros lo tenía todo previsto. Cerraba la sala hasta septiembre y se llevaba a Dris y a Karine a la montaña. Al departamento de Hautes-Alpes, a Orcières, donde tenía un pequeño chalet. Menú previsto: paseos, piscina y bicicleta. Karine ya no tenía clase, y Dris, de taller y de grasa, rozaba ya la sobredosis. Kader y Yasmín se irían mañana a París. Con Mulud si quería. Podía vivir con ellos. Kader estaba convencido de que podían vivir los tres de la tienda.

Puse el Golf de Toni delante de la puerta. Kader vigilaba fuera. Pero no había peligro. Todo estaba desierto. Ni un alma. Ni siquiera una rata. Sólo nosotros, trucando la realidad a falta de poder transformar el mundo. Mavros abrió la puerta de atrás e introduje el cuerpo de Toni. Rodeé el coche, abrí la puerta y senté a Toni. Lo sujeté con el cinturón de seguridad. Dris vino hacia mí. No sabía que decirle. Él tampoco. Me cogió y me abrazó con fuerza. Luego me dio un beso. Después hicieron lo propio Kader, Yasmín y Karine. Nadie dijo nada. Mavros me pasó el brazo por el hombro.

Vi a Kader y a Yasmín subir al Panda de Leila, a Dris y a Karine meterse en el 4x4 de, Mavros. Arrancaron. Todos se marchaban. Me acordé de Marie-Lou. Buenos días, tristeza. Me puse al volante del Golf. Un vistazo al retrovisor. Todo seguía desierto. Metí primera. ¡Y salga el sol por donde quiera!

Donde el odio del mundo es el único guión

Iba con media hora de retraso y eso me salvó. Les Restanques estaba iluminado como si fuera fiesta nacional. Unos treinta faros giratorios. Coches de los gendarmes, de la policía, ambulancias. Justo la media hora que necesité para llevar el Golf de Toni al tercer sótano del parking del centre Bourse, para borrar todas las huellas, encontrar un taxi y volver a La Belle-de-Mai a recoger mi coche.

Me costó encontrar un taxi. El colmo, me dije, sería toparme con Sánchez. Pero no. Sólo me encontré con una réplica suya. Y, de regalo, la llama del Frente Nacional pegada encima del taxímetro. En el cours de Belzunce, cualquier coche de policía podría haberme parado. Caminar solo a esas horas constituía en sí mismo un delito. No pasó ninguno. Resultaba fácil que te mataran. Pero tampoco me crucé con ningún asesino. Todo el mundo estaba durmiendo en paz.

Aparqué al otro lado del aparcamiento de Les Restanques. En la carretera, con dos ruedas en la hierba, detrás de un coche de Radio-France. La noticia corrió rápido. Daba la impresión de que estuvieran allí todos los periodistas, contenidos, a duras penas, por el cordón policial en la entrada del restaurante. Babette no debía de andar lejos. Aunque ella no tratara nunca la actualidad inmediata, le gustaba enterarse de lo que pasaba. Una vieja costumbre de los periodistas locales.

De pronto la vi, ligeramente a la izquierda del equipo de France 3- Me acerqué, le pasé el brazo por el hombro y le susurré al oído:

—Y con lo que te voy a contar yo, vas a tener el mejor reportaje de tu vida —le di un beso en la mejilla—. Hola, guapa.

—Llegas después de la masacre.

—A punto he estado de formar parte de ella. Conque... ¡más bien estoy orgulloso de mí!

—¡No seas chorra!

—¿Se sabe a quién han liquidado?

—Émile y Joseph Poli. Y Brunel.

Torcí el morro. Quedaban sueltos los dos más peligrosos. Morvan y Wepler. Y Batisti también. Si Simone estaba viva, Batisti también lo estaría. ¿Quién había preparado el golpe? Los italianos se habrían cargado a todo el mundo. ¿Morvan y Wepler? ¿Y estarían yendo en coche a por Batisti? Me perdía en conjeturas.

Babette me cogió de la mano y me llevó a un lugar apartado de los periodistas. Fuimos a sentarnos al suelo, con la espalda en el murete del aparcamiento, y me contó lo ocurrido. Bueno, lo que les habían dicho.

Dos hombres habían irrumpido a la hora del cierre, hacia las doce. La última pareja de clientes se acababa de ir. En las cocinas ya no había nadie. Sólo quedaba un camarero. Estaba herido, pero levemente. Según ella, era algo más que un camarero. Un guardaespaldas. Saltó directo a la barra y abrió fuego sobre los agresores. Todavía estaba dentro. Auch quiso interrogarle inmediatamente, igual que a Simone.

Le conté todo lo que sabía. Por segunda vez en el mismo día. Acabé con lo de Toni y los sótanos del Centre Bourse.

—Tienes razón en lo de Batisti. Pero te cueles respecto a Morvan y Wepler. Son tus dos macarroni los que han dado el golpe. Por encargo de Batisti. De acuerdo con la Camorra. Pero primero lee esto.

Me tendió una fotocopia de un recorte de prensa. Un artículo sobre la matanza del Tanagra. Uno de los hampones asesinados era el hermano mayor de Batisti, Tino. Era público y notorio que detrás de la operación estaba Zucca. Todo el mundo tomaba posiciones para suceder a Zampa. Tino más que nadie. Zucca le cogió ventaja. Y Batisti tiró la toalla. Con la venganza en el corazón.

Batisti había jugado a todos los paños. Un aparente entendimiento con Zucca después de desmarcarse y renunciar a toda participación en los negocios. Lazos familiares con los hermanos Poli y, por tanto, de amistad con Brunel y, más tarde, con Morvan y Wepler. Buenas y estrechas relaciones con los napolitanos. Tres hierros candentes desde hace años. Mi conversación con él, en Chez Félix, cobraba pleno sentido.

Empezó a creer en su revancha cuando arrestaron a *O Pazzo*. Zucca ya no era tan intocable. El corresponsal romano de Babette llamó esa noche. Le habían pasado nueva información. En Italia, los jueces no se andaban con chiquitas. Rodaban cabezas todos los días, proporcionando valiosa información. Si Michele Zaza había caído, es que su rama marsellesa estaba podrida. Urgía podarla. Y reanudar los negocios con un nuevo hombre. Resulta, pues, de lo más natural que la *Nuova Famiglia* contactara con Batisti para llevar a cabo el cambio de rumbo.

Estaba limpio. Ya no estaba bajo vigilancia policial. Desde hacía quince años su nombre no había aparecido en ningún sitio. Por Simone, vía Morvan y los hermanos Poli, Batisti supo que el círculo se cerraba en torno a Zucca. La brigada de Auch vigilaba día y noche delante de su casa. Le seguían, incluso, en sus paseos con el caniche. Batisti informó a los napolitanos y mandó a Manu a casa de Brunel para hacerse con todos los papeles comprometedores. Y que cambiaran de manos.

Zucca preparaba su retirada a Argentina. Batisti se tenía que resignar, de mala gana. Pero entonces entró en escena Ugo. Con la suficiente dosis de odio para no

darse cuenta de la trampa que le tendían. Me estaba haciendo un lío, pero había una cosa clara: enviado por Batisti, Ugo tiroteó a Zucca sin que interviniera la brigada de Auch. Él se lo cepilló después. Armado o no, lo habría liquidado igual. Pero quedaba una pregunta intacta: ¿quién mató a Manu, y por qué?

—Batisti —dijo Babette—. Como acaba de mandar ejecutar a los demás. Limpieza por todo lo alto.

—¿Crees que Morvan y Wepler han caído también?

—Sí. Lo creo.

—Pero sólo hay tres cadáveres.

—¡Los otros nos los van a mandar por Postal Express! —me miró—. Venga, riéte, Fabio.

—Pero, con respecto a Manu, no podía ser así. Él no estaba involucrado en nada de todo esto. Tenía intención de largarse después del golpe. Se lo había dicho a Batisti. Ves, Batisti se quedó conmigo descaradamente. Salvo en eso. Quería a Manu de verdad. Sinceramente.

—Eres demasiado romántico, corazón. Te morirás de eso —nos miramos con ojos de resaca.

—*Total Khéops*, ¿eh?

—Tú lo has dicho, guapa.

Y yo estaba en medio del cenagal. Chapoteando en la mierda de los demás. No era más que una trivial historia de delincuentes. Una historia más y, seguramente, no la última. El dinero, el poder. La historia de la humanidad. Y el odio al mundo como único guión.

—¿Estás bien?

Babette me estaba empujando con suavidad. Me había quedado traspuesto. El cansancio y demasiado alcohol. Me acordé de que, al dejar a los chavales, me llevé la botella de Chivas. Todavía quedaba un buen trago. Le puse a Babette algo que quería parecerse a una sonrisa y me levanté con bastante esfuerzo.

—Me falta gasolina. Tengo lo necesario en el coche. ¿Quieres?

Sacudió la cabeza.

—¡Para de chupar ya!

—Prefiero morirme así. Si no te importa.

Delante de Les Restanques proseguía el espectáculo. Estaban sacando los cadáveres. Babette fue a enterarse de las novedades. Yo me metí dos buenos lingotazos de whisky. Sentí el alcohol bajarme por las tripas y extender su calor por todo mi cuerpo. La cabeza me empezó a dar vueltas. Me apoyé en el capó. Los intestinos se me subían a la garganta. Me di la vuelta hacia el arcén para vomitar en la hierba. Fue entonces cuando los vi. Tendidos en la cuneta. Dos cuerpos inertes. Dos cadáveres más. Me volví a tragar las tripas, y fue asqueroso.

Me deslicé con cuidado por la cuneta y me agaché al lado de los cuerpos. Les habían acertado de lleno en la espalda. Con una ametralladora. Se les acabó el turismo y las camisas de flores. Me levanté con la cabeza como una batidora. Postal Express no había enviado los cadáveres que esperábamos. Todas nuestras teorías se venían abajo. Iba a salirme de la cuneta cuando vi de lejos, en el campo, una mancha oscura. Eché un vistazo rápido hacia Les Restanques. Estaban todos ocupados. Esperando una declaración, una explicación de Auch. En tres zancadas me encontré al lado de un tercer cadáver. Con la cara comiendo tierra. Saqué un kleenex para moverle ligeramente la cabeza hacia mí, y acerqué la llama del mechero. Morvan. Con su 38 mm especial en la mano. Fin de carrera.

Cogí a Babette por el brazo. Se dio la vuelta.

—¿Qué te pasa? Estás pálido.

—Los macarroni. Fiambres. Y Morvan también. En la cuneta y un poco más allá en el campo... Al lado de mi coche.

—¡Dios!

—Tenías razón. Batisti se ha aplicado a la limpieza con los macarroni.

—¿Y Wepler?

—Suelto por ahí. Me da la impresión de que, al empezar el tiroteo, Morvan consiguió escaquearse. Lo debieron ele perseguir, olvidándose de Wepler. Por lo poco que me has contado, creo que Wepler debía de estar escondido por ahí fuera, esperando a que yo llegara, para asegurarse de que venía completamente solo. Los dos italianos le debieron de intrigar, pero no preocupar. Mientras se daba cuenta y no, la cosa estalló. Cuando volvieron a salir del restaurante, corriendo detrás de Morvan, los pilló de costado.

Los flashes se pusieron a disparar. Besquet y Paoli sujetaban a una mujer, Simone. Auch iba diez pasos más atrás. Con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta, como de costumbre. Serio. Muy serio.

Simone cruzó el aparcamiento. Cara demacrada, de rasgos finos, enmarcada por un pelo negro a media melena. Esbelta, bastante alta para ser del Mediterráneo. Con clase. Llevaba un traje de chaqueta de lino crudo, que realzaba el tono de su piel. Era idéntica a su voz. Bella y sensual. Y orgullosa como las mujeres corsas. Se paró, envuelta en lágrimas. Llanto calculado. Para permitir que los fotógrafos hicieran su trabajo. Volvió lentamente hacia ellos su cara destrozada. Tenía un par de ojazos negros inmensos, magníficos.

—¿Te gusta?

Era más que eso. Era el tipo de mujer detrás del que íbamos siempre, Ugo, Manu y yo. Simone se parecía a Lole. Y empecé a comprender.

—Me abro —le dije a Babette.

—Explícame qué pasa.

—No tengo tiempo —enganché una de mis tarjetas de visita. Debajo de mi nombre, apunté el número de teléfono personal de Pérol. Por detrás, una dirección. La de Batisti—. Intenta ponerte en contacto con Pérol. En el despacho. En su casa. Donde sea. Encuéntralo, Babette. Le dices que venga a esta dirección. Rápidamente. ¿Vale?

—Voy contigo.

La cogí de los hombros y la zarandeé.

—¡Ni se te ocurra! No tienes que mezclarte en esto. Pero puedes ayudarme. Encuéntrame a Pérol. Ciao.

Me agarró de la chaqueta.

—¡Fabio!

—Tranquila. Te pagaré las llamadas.

Batisti vivía en la rue des Flots-Bleus, encima del puente de la Fausse-Monnaie, una villa que dominaba Malmousque, la punta de tierra más avanzada de la rada. Uno de los barrios más bellos de Marsella. Las villas, construidas en la roca, tenían una vista magnífica, y total. Desde la Madrague de Montredon por la izquierda, y hasta mucho más allá de L’Estaque por la derecha. Enfrente, las islas d’Endoume, el Fortin, la torre del Canoubier, el Château d’If y las islas du Frioul. Pommègues y Ratonneaux.

Pisé el pedal hasta el fondo, escuchando una vieja grabación de Dizzy Gillespie. Estaba llegando a la place cl’Aix cuando arremetió con *Manteca*, una pieza que me encantaba. Uno de los primeros encuentros del jazz con la salsa. Las calles estaban desiertas. Cogí por el puerto y seguí por el muelle de Rive-Neuve, donde algunos jóvenes andaban todavía por la puerta del Trolleybus. Pensé otra vez en Marie-Lou. Por aquella noche que pasé bailando con ella. El placer que sentí aquel día me trasladó a años atrás. A aquella época en la que todo era un buen pretexto para pasar la noche sin dormir. Debí de envejecer una mañana, al irme a la cama. Y no me había enterado.

Hoy me enfrentaba a otra noche sin dormir. En una ciudad dormida donde incluso delante del Vamping ya no quedaba ni una prostituta. Me iba a jugar a la ruleta rusa toda mi vida anterior. Mi juventud y mis amistades. Manu, Ugo. Los años siguientes. Los mejores y los peores. Los últimos meses, los últimos días. Contra un futuro en el que podría dormir en paz.

El reto no era suficientemente grande. No podía enfrentarme a Batisti con unos simples sueños de pescador de caña. ¿Con qué contaba en mi partida? Con cuatro damas. Babette, por la amistad encontrada. Leila, como una cita perdida. Marie-Lou, por una palabra dada. Lole, perdida y esperada. Trébol, picas, rombos, corazones. ¡Sea por el amor a las mujeres!, me dije mientras aparcaba cien metros antes de la

villa de Batisti.

Debía de estar esperando una llamada de Simone. Bastante preocupado, de todas formas. Porque después de mi llamada a Les Restanques, se debió de decidir de inmediato. Matarnos a todos de golpe. Actuar precipitadamente no era el estilo de Batisti. Era calculador, como todos los rencorosos. Actuaba fríamente. Pero la ocasión era demasiado golosa. No se volvería a dar. Y él estaba acariciando el objetivo que se había marcado cuando enterró a Tino.

Di la vuelta a la villa. La verja de entrada estaba cerrada y no era cuestión de ponerse a forzar semejante cerradura. Además, seguro que estaba conectada a una alarma. No me veía llamando y diciendo: «Hola, Batisti. Soy yo, Móntale». Lo tenía difícil. Luego me acordé de que todas estas construcciones eran accesibles a pie, por antiguos caminos que bajaban directamente al mar. Este barrio, con Ugo y Manu, nos lo habíamos peinado hasta el último recoveco. Cogí el coche, lo dejé caer sin enchufar el motor hasta la Corniche. Puse el contacto, circulé quinientos metros y cogí a la izquierda, por el Vallon de la Baudille. Aparqué y seguí a pie, por las escaleras de la traverse Olivary.

Estaba exactamente al este de la villa de Batisti. Delante del muro de separación de su propiedad. Lo bordeé y encontré lo que buscaba. La antigua puerta de madera que daba al jardín. Estaba cubierta de viña loca. No debían haberla utilizado desde hacía siglos. No había cerradura ni pestillo. Empujé la puerta y entré.

La planta baja estaba iluminada. Di la vuelta a la casa. Había un ventanuco abierto. Trepé, me metí por él y me colé en el interior. El cuarto de baño. Desenfundé el arma y entré en la casa. En un gran salón, Batisti estaba en pantalones cortos y camiseta, adormilado delante de la tele. Una película de vídeo, *La grande Vadrouille*. Roncaba un poco. Me acerqué despacio y le puse la pipa en la sien. Se sobresaltó.

—Un resucitado —abrió bien los ojos, fue consciente de lo que pasaba y palideció—. He dejado a los otros en Les Restanques. No me van mucho las fiestas familiares. Ni las de San Valentín. ¿Quieres los detalles? ¿El número de muertos y esas cosas?

—¿Y Simone? —articuló.

—En plena forma. Muy guapa tu hija. Me la podías haber presentado. A mí también me gusta ese tipo de mujer. ¡Mierda! Todo para Manu, y nada para sus amiguitos.

—¿De qué vas?

Se estaba despertando.

—No te muevas, Batisti. Métete las manos en los bolsillos del pantalón y no te muevas. Estoy cansado, ya no controlo mucho —obedeció: estaba reflexionando. No esperes nada ya, tus dos macarroni también han muerto.

»Háblame de Manu. ¿Cuándo conoció a Simone?

—Hace dos años o más. Su novia no sé dónde estaba. En España, me parece. Le invité a comer bullabesa, en L'Épuiette, en el Vallon des Auffes. Simone se unió a nosotros. Les Restanques cerraba ese día. Hubo química entre ellos, pero yo no me di cuenta. No en seguida. Simone y Manu; no me disgustaba. A los hermanos Poli es verdad que no los pude tragar en la vida. Sobre todo a Émile.

»Después, la chica volvió. Creí que Simone y él lo dejarían. Para mí era un alivio. Tenía miedo de que se montara un buen cirio. Émile es un violento. Pero me colé. Siguieron viéndose y...

—Ahórrate los detalles.

—Un día le dije a Simone: Manu va a hacer un trabajo más para mí y se larga a Sevilla, con su chica. ¡Ah!, dijo Simone, no lo sabía. Ahí pillé que lo suyo no había terminado. Pero ya era demasiado tarde, me había colado.

—Lo mató ella, ¿no?

—Él le había dicho que se irían juntos. A Costa Rica o un sitio de esos. Ugo le dijo que era un país muy guapo.

—¿Lo mató, sí o no? —repetí yo—. ¡Dilo! ¡Me caguen la puta!

—Sí.

Le metí una hostia. Una hostia que venía yo rumiando desde hacía tiempo. Y después otra, y otra. Llorando. Porque sabía que no sería capaz de apretar el gatillo. Ni de estrangularlo. No sentía odio. Sólo asco. Nada más que asco. ¿Podía yo reprochar a Simone ser tan guapa como Lole? ¿Podía reprochar a Manu haber follado con el fantasma de un amor? ¿Podía reprochar a Manu haberle roto el corazón a Lole?

Dejé el arma y me tiré encima de Batisti. Lo puse de pie y seguí dándole. Se quedó como una babosa. Lo solté y se derrumbó en el suelo, a cuatro patas. Me echó una mirada de perro. Miedoso.

—No te mereces ni una bala en la cabeza —dije, pensando en que era lo único que me apetecía.

—Y tú que lo digas —gritó una voz por detrás—. Tú, el hijo de puta, te tiras al suelo, con las piernas abiertas y las manos en la cabeza. Tú, el viejo, te quedas como estás.

Wepler.

Me había olvidado de él.

Dio la vuelta a nuestro alrededor, recogió mi pistola, comprobó que estaba cargada y quitó la pestaña de seguridad. Tenía un brazo ensangrentado.

—Gracias por abrirme el camino, ¡capullo! —dijo dándome una patada. Batisti sudaba a gota gorda.

—¡Wepler, espera un momento! —imploró.

—Eres peor que todos los vietnamitas juntos. Peor que los putos moros de mierda

—con mi arma en la mano se acercó a Batisti. Le puso el cañón en la sien—. Levántate. Eres un puto gusano, pero vas a morir de pie —Batisti se incorporó. Aquel hombre en pantalón corto y camiseta, con el sudor descolgándosele por los michelines, resultaba obsceno. Y ese terror en los ojos. Matar era fácil. Morir...

Sonó el disparo.

Y varias detonaciones resonaron en la habitación. Batisti me cayó encima. Vi a Wepler dar dos pasos laterales. Se oyeron otros disparos y Wepler salió despedido por el ventanal de la sala.

Yo estaba cubierto de sangre. La sangre podrida de Batisti. Tenía los ojos abiertos. Mirándome. Balbuceó:

—A Ma-nu... le que-rí-a.

Una riada de sangre me saltó a la cara. Y vomité. Luego vi a Auch. Y a los otros. Su brigada. Después a Babette, que corrió hacia mí. Aparté el cuerpo de Batisti. Babette se arrodilló.

—¿No te pasa nada?

—¿Y Pérol? Te dije Pérol.

—Un accidente. Iban persiguiendo a un coche. Un Mercedes, con unos gitanos. Cerutti perdió el control en la autopista del litoral, a la altura de la dársena de Radoub. La valla quitamiedos. Ha muerto en el acto.

—Ayúdame —le dije tendiéndole la mano. Me volvía loco. Había muerte por todos los lados. En mis manos. En mis labios. En mi boca. En mi cuerpo. En mi mente. Era un muerto viviente.

Me tambaleé. Babette me pasó el brazo por la espalda. Auch vino hasta donde estábamos. Con las manos en los bolsillos, como siempre. Seguro. Orgullosa. Fuerte.

—¿Cómo estás?

—Ya ves. En el éxtasis.

—Siempre andas jodiendo, Fabio. En cuatro días los íbamos a trincar a todos. Has monta o el cisco padre. Y ahora no tenemos más que cadáveres.

—¿Sabías lo de Morvan y todo?

Asintió con la cabeza. Satisfecho de sí mismo, en definitiva.

—No han hecho más que meter la pata. La primera, tu colega. Eso fue demasiado.

—¿Sabías lo de Ugo también? ¿Les dejaste hacer?

—Había que llegar hasta el fondo. ¡Estábamos preparando la redada del siglo! Detenciones en toda Europa.

Me ofreció un cigarro. Le endosé un puñetazo en la jeta, con la fuerza que busqué en lo más hondo de los agujeros negros y húmedos en los que yacían Manu, Ugo y Leila. Gritando.

Y creo que me desmayé.

EPÍLOGO

Amanece otro día y todo sigue igual

Las ganas de mear me despertaron hacia mediodía. Tenía seis mensajes en el contestador. Me importaba realmente un huevo. Volví a hundirme de nuevo en la oscuridad más espesa, como si me hubiera pegado contra un yunque. El sol se estaba poniendo cuando salí a la superficie. Once mensajes que se iban a quedar ahí, de momento. En la cocina, una pequeña nota de Honorine. «No me di cuenta de que estaba en la cama. Le he metido un relleno en el frigo. Ha llamado Marie-Lou. Está bien. Le manda un beso. Babette le ha traído el coche. Le manda besos también». Añadía: «Oiga, ¿no le funciona el teléfono o qué? Un beso de mi parte también». Y otra vez debajo: «He leído el periódico».

No me podía quedar así por mucho tiempo. Detrás de la puerta, la tierra seguía dando vueltas. Había unos cuantos hijos de puta menos en el planeta. Amanecía otro día, pero todo seguía igual. Afuera seguiría oliendo a podrido. Y yo no podía evitarlo. Ni yo ni nadie. Esto se llamaba vida, este cóctel de amor y odio, de fuerza y debilidad, de violencia y pasividad. Y en ella me esperaban. Mis jefes, Auch, Cerutti. La mujer de Pérol. Dris. Kader, Yasmín, Karine. Mulud. Mavros. Yamal, quizá. Marie-Lou, que me mandaba besos. Y Babette y Honorine, que también.

Tenía todo el tiempo por delante. Necesidad de silencio. Ninguna gana de moverme, y menos aún de hablar. Tenía relleno, dos tomates y tres calabacines. Por lo menos seis botellas de vino, dos de ellas de Cassis blanco. Un cartón de tabaco casi sin empezar. Lagavulin suficiente. Podía ir tirando. Todavía una noche. Y un día. Y otra noche más quizás.

Ahora que había dormido y que me había liberado del embrutecimiento de las últimas veinticuatro horas, los fantasmas iban a empezar el asalto. Empezaron con una danza macabra. Estaba en la bañera, fumando, con un vaso de Lagavulin al lado. Cerré los ojos, un instante. Se presentaron todos. Masas informes, cartilaginosas y sanguinolentas. En descomposición. Bajo las órdenes de Batisti, se afanaban en desenterrar los cuerpos de Manu y Ugo. Y de Leila, arrancándole la ropa. Yo no conseguía abrir la tumba para bajar a salvarlos. Para arrebatárselos a aquellos monstruos. Miedo de meter el pie en el agujero negro. Pero Auch, detrás de mí, con

las manos en los bolsillos, me empujaba a patadas en el culo. Me caía en aquel abismo pegajoso. Saqué la cabeza del agua. Respirando fuerte. Luego me rocié con agua fría.

Desnudo, con el vaso en la mano, me quedé mirando el mar por la ventana. Una noche sin estrellas. ¡Mi salvación! No me atrevía a ir a la terraza por miedo a encontrarme a Honorine. Me había lavado, restregado, y el olor a muerte seguía impregnándome la piel. Peor todavía, estaba en mi cabeza, Babette me había salvado la vida. Auch también. Amaba a la primera. Detestaba al segundo. Seguía sin tener hambre. Y el simple ruido de las olas me resultaba insoportable. Me irritaba. Me tragué dos Lexomil y me volví a acostar.

Hice tres cosas al levantarme al día siguiente, hacia las ocho. Me tomé un café con Honorine en la terraza. Hablamos de todo y de nada, y del tiempo, de la sequía y de los incendios que ya empezaban. Redacté acto seguido mi carta de dimisión. Concisa, lacónica. No tenía muy claro quién era yo, pero policia seguro que ya no. Luego nadé treinta y cinco minutos. Sin prisa. Sin forzar. Al salir del agua, miré mi barco. Todavía era pronto para tocarlo. Tenía que ir a pescar para Pérol, su mujer y su hija. Ahora ya no tenía sentido ir. Mañana, a lo mejor. O pasado mañana. Me volvería el gusanillo de ir a pescar. Y, con él, el de los placeres sencillos. Honorine me miraba desde lo alto de las escaleras. Estaba tristonza de verme así, pero no haría ninguna pregunta. Esperaría a que yo hablara, si quería. Se metió en casa antes de que yo subiera.

Me puse las botas de montaña, cogí una visera y una mochila con un termo de agua, una toalla. Necesitaba caminar. La carretera de las calas siempre había sabido apaciguar mi corazón. Me paré en una floristería de la rotonda de Mazargue. Elegí una docena de rosas y dije que las mandaran a casa de Babette. Te llamaré. Gracias. Y tiré para el paso de la Gineste.

Volví tarde. Había caminado. De una cala a otra. Luego nadé, buceé, trepé. Concentrado en mis piernas, en mis brazos. Mis músculos. Y en la respiración. Inspirar, expirar. Avanzar una pierna, otro brazo. Y otra pierna más, otro brazo. Sudar todas las impurezas, beber, sudar otra vez. Reoxigenación. De arriba abajo. Ya podía volver con los vivos.

Menta y albahaca. El olor me invadió los pulmones recién estrenados. El corazón se me puso a latir frenéticamente. Respiré a fondo. En la mesita baja, las plantas de menta y albahaca que yo había regado cada vez que me había pasado por casa de Lole. Al lado, una maleta de lona y otra más pequeña negra, de piel.

Lole apareció en el umbral de la puerta de la terraza. En vaqueros y camiseta negros. La piel reluciente, cobriza. Estaba como no había dejado de estar nunca. Como nunca había dejado de soñarla. Bella. Había pasado por el tiempo intacta. Se le

iluminó la cara con una sonrisa. Sus ojos se pusieron en los míos.

Su mirada. En mí.

—He llamado. No contestabas. Unas quince veces. He cogido un taxi y me he venido.

Ahí estábamos frente a frente. A un metro. Sin movernos. Con los brazos caídos. Como extrañados de encontrarnos uno frente a otro. Vivos. Intimidados.

—Me alegro de que hayas venido.

Hablar.

Empecé a soltar más banalidades de las que se pueden llegar a decir. El calor. Darse una ducha. ¿Desde cuándo estás aquí? ¿Tienes hambre? ¿Sed? ¿Quieres poner música? ¿Un whisky?

Sonrió de nuevo. Se acabaron las banalidades. Se sentó en el sofá, delante de las plantas de menta y albahaca.

—No las podía dejar allí —otra sonrisa—. Sólo tú podías hacer algo así.

—Alguien tenía que hacerlo, ¿no te parece?

—Creo que habría vuelto de todas maneras. Hubieras hecho lo que hubieras hecho.

—Regarlas era hacer revivir el espíritu del lugar. Fuiste tú, precisamente, la que nos lo enseñó. Donde vive el espíritu, el otro no está lejos. Necesitaba que existieras. Para seguir adelante. Abrir las puertas a mi alrededor. Vivía en lo cerrado. Por pereza. Siempre se procura uno menos placer del que puede. Un día te das un atracón de placer y te crees que la felicidad es eso.

Se levantó y vino hacia mí. Con su caminar aéreo. Tenía los brazos abiertos. No tenía más que apretarla contra mí. Me besó. Sus labios eran del terciopelo de las rosas que había enviado a Babette por la mañana, de un rojo oscuro muy parecido. Su lengua buscó la mía. Nunca nos habíamos besado así.

El mundo volvía a ordenarse. Nuestras vidas. Todo lo que habíamos perdido, dejado escapar, olvidado, empezaba por fin a cobrar sentido. Con un solo beso.

Aquel beso.

Nos comimos el relleno, recalentado, en el que puse un chorro de aceite de oliva. Abrí una botella de Terrane, un tinto de Toscana que guardaba para una buena ocasión. Recuerdo de un viaje a Volterra con Rosa. Le conté a Lole todos los acontecimientos, con detalle. Como quien dispersa las cenizas de un difunto. Y que se llevará el viento.

—Sabía lo de Simone, pero no creía en Manu y Simone juntos. Tampoco creía en Manu y Lole. No creía ya en nada. Cuando Ugo llegó, supe que todo terminaba. No volvió por Manu. Volvió por él mismo. Porque estaba cansado de ir detrás de su alma. Necesitaba una buena razón para morir.

»Sabes, habría matado a Manu si se hubiera quedado con Simone. No por amor. Ni por celos. Por principios. Manu ya no tenía principios. El Bien era lo que podía conseguir. El Mal, lo que no podía conseguir. No se puede vivir así.

Preparé unos jerseys, unas mantas y la botella de Lagavulin. Cogí a Lole de la mano y la llevé hasta el barco. Pasé el dique a remo, luego puse el motor y enfilé hacia las islas du Frioul. Lole se sentó entre mis piernas, la cabeza en mi pecho. Nos intercambiamos la botella, nos pasamos los cigarros. Sin hablar. Marsella se acercaba. Dejé a babor Pomégues y Ratonneaux, el Château d’If, y tiré recto hacia el canal.

Pasado el dique Sainte-Marie, bajo el Pharo, paré el motor y dejé flotar el barco. Nos envolvimos con las mantas. Mi mano descansaba en el vientre de Lole. Directamente sobre su piel, suave y ardiente.

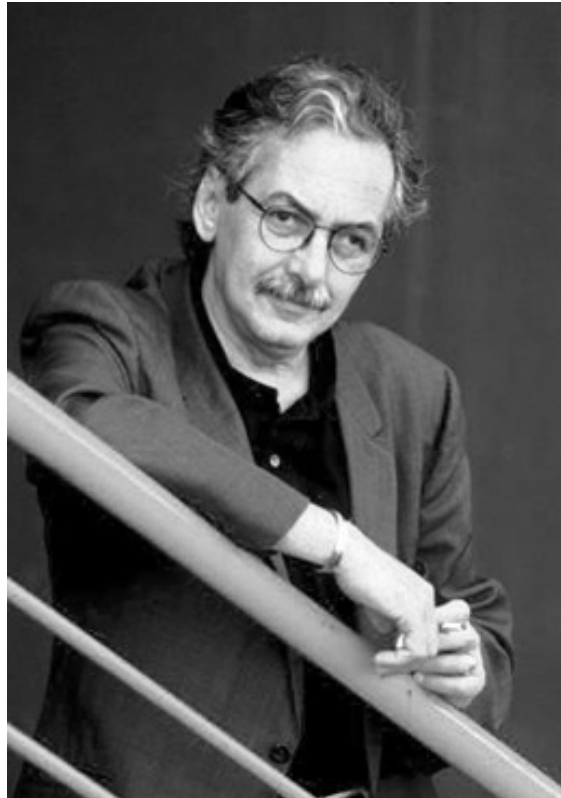
Marsella se descubría así. Por mar. Como debió de percibirla el focense, una mañana, hace un montón de siglos. Con la misma fascinación. Port of Massilia. Se le conocen amantes felices, podría haber escrito un Homero marsellés, evocando a Gyptis y Protis. El viajero y la princesa. Salió el sol por detrás de las colinas. Lole murmuró:

O convoi des gitans

À l’éclat de nos cheveux, orientez-vous^[42]...

Uno de los poemas preferidos de Leila.

Estaban todos invitados. Nuestros amigos, nuestros amores. Lole puso su mano sobre la mía. La ciudad podía arder. Blanca primero, luego ocre y rosa. Una ciudad según nuestros corazones.



JEAN-CLAUDE IZZO. Nacido en Marsella el 20 de junio de 1945. Hijo de inmigrantes, Su padre nació en Italia y emigró a Marsella en 1920; su madre nació en Marsella en el barrio de Panier y era hija de españoles. En 1964 es llamado a hacer el servicio militar y le destinan en Toulon, después entra en los comandos disciplinarios en Yibuti, donde será arrestado durante mes y medio y perderá más de 15 kilos.

A su vuelta a Francia, se afilia al PSU en 1966 y en junio de 1968 se convierte en el candidato a las elecciones legislativas de Marsella. Más tarde, deja el PSU para entrar en el PCF y llegará a ser el redactor jefe de la revista comunista *La Marseillaise*.

En 1970 Izzo publicará su primera recopilación de poemas, *Poèmes à haute voix*. En 1978, rompe con el PCF y comienza a escribir en diferentes revistas (*La vie mutualiste*, *Viva...*). En 1995 comienza a cosechar sus mayores éxitos gracias a la publicación de su serie de novela negra *Total Khéops*, impulsado por Michel Le Bris y por Patrick Raynal, y que sería el primer capítulo de la trilogía marsellesa con Fabio Montale.

En 1996, publica *Chourmo*. En 1997, publica una recopilación de poesías *Loin de tous rivages* y la magnífica obra *Les Marins perdus*, así como numerosas novelas recopiladas en antologías. En 1998 Izzo publica *Solea*, la última novela de la trilogía marsellesa y se consagra como un gran analista y documentalista de la mafia marsellesa, la pègre. En 1999 es publicada su última novela, *Le soleil des mourants*, ya que el 26 de enero del 2000 fallece.

Notas

[1] Escultor, pintor y arquitecto marsellés (1620-1694). (*N. de la T.*)<<

[2] «Las milicias del viento en las arenas del exilio». (*N. de la T.*)<<

[3] Tren de Alta Velocidad. (*N. de la T.*)<<

[4] Una de las estaciones ferroviarias de París. (*N. de la T.*)<<

[5] Denominación que queda de la expresión inicial *cité ouvrière*.. Se refiere a barriadas en la periferia de las grandes ciudades francesas donde se concentra una población inmigrante y obrera, con alto porcentaje de paro, escasez de servicios y todo tipo de problemas sociales. Las viviendas son precarias, distribuidas en abundantes bloques de hormigón idénticos. (N. de la T.)<<

[6] *Ritáis* en el original. Mote referido a los italianos. Traducción libre mía. (*N. de la T.*)<<

[7] *Espingouin* en el original. Traducción libre mía para dar cuenta de este juego fonético que se usa en Francia como mote referido a los españoles; igual que los españoles llaman «gabachos» a los franceses. (*N. de la T.*)<<

[8] Certificat d'Aptitude Professionnelle, Equivale a Formación Profesional. (*N. de la T.*)<<

[9] Almadraba. (*N. de la T.*)<<

[10] Así llaman en la zona a los barcos, como éste, de forma puntiaguda. (*N. de la T.*)

<<

[11] *Foccacha*: adaptación marselesa a partir del italiano *foccaccia*. El *croque-monsieur*, por su parte, es un sándwich mixto caliente muy popular en Francia. (N. de la T.)<<

[12] Vino con denominación de origen de Cassis, junto a Marsella, en el departamento de Bouches-du-Rhône. (*N. de la T.*) <<

[13] Brigade de Surveillance des Secteurs, es decir, Brigadas de Vigilancia por Zonas.
(N. de la T.)<<

[14] «La miseria es menos dura al sol». (*N. de la T.*)<<

[15] La palabra se deriva del castellano «chacharear» y podría traducirse, según los casos, por *cháchara*, *parloteo*, *rapeo*... Ha conocido mucho éxito en los ambientes musicales y rebeldes del sur de Francia. (*N. de la T.*)<<

[16] Jerga popular, muy usada sobre todo en las *cités*, que consiste en la inversión de las palabras, operando además ciertas modificaciones. El *verlan* es el *françis à l'envers*, francés al revés. (N. de la T.)<<

[17] Tipo de empanada magrebí. (*N. de la T.*)<<

[18] «Estamos hoy sin sombra ni misterio / en una pobreza que el espíritu abandona; / devolvednos el pecado y el amor por la tierra / que lleva a nuestro cuerpo a conmoverse, temblar y darse.» (Louis Braquier, poeta marsellés). (*N. de la T.*)<<

[19] Dulce turco. (*N. de la T.*)<<

[20] «Mucho tiempo te busqué / noche de la noche perdida». (*N. de la T.*)<<

[21] *Agua dulce para navío, Más allá de Suez, Libertad de los mares. (N. de la T.)*<<

[22] «A ritmo de rap sobrevivimos / por eso le sacudimos. / En París quieren la pasta y el poder. / Yo tengo 22 años y mucho por hacer. / Pero a traicionar a mis hermanos nunca me dediqué. / Antes que eso, os vuelvo a recordar / que de sumiso, en este puto Estado, no me van a tratar». (*N. de la T.*)<<

[23] Monitor conectado a la red telefónica francesa que permite efectuar consultas, reservas, compras, contactos, etc. Es un servicio con millones de usuarios en Francia. (N. de la T.)<<

[24] En Marsella, tanto la Ópera como la zona de prostitución se encuentran en torno al Vieux-Port. *(N. de la T.)*<<

[25] Dulces orientales. Van recubiertos de en azúcar en polvo. (*N. de la T.*)<<

[26] *El gran hotel de las maletas*. Christian Dotremont (1922-1979), escritor y artista belga francófono. (N. de la T.)<<

[27] «A tu ventana a veces no llamo, / a tu voz no respondo, / ante tu gesto no reacciono, / para que sólo tengamos que ver / con la mar, que está quieta». (*N. de la T.*)<<

[28] Referencia a la leyenda de Gyptis y Protis, cuyo matrimonio habría dado lugar al nacimiento de «Massalia». Protis, marino focense que seduce a la bella ligur, es extranjero: los foráneos son ingrediente básico de Marsella desde sus orígenes. (*N. de la T.*)<<

[29] «Policía fábrica de descerebrados / por la justicia enviados / pongo en ella mis meados». (*N. de la T.*)<<

[30] Iniciales de *Nique Ta Mère*, que significa «Fóllate a tu madre». (*N. de la T.*)<<

[31] Sopa típica de marsella con albahaca, piñones y ajo (el pesto italiano). (*N. de la T.*)<<

[32] Électricité de France, la principal compañía francesa. (*N. de la T.*)<<

[33] Los que llevan la caña o timón en las regatas. *Skipper* se emplea habitualmente entre los regatistas españoles. (N. de la T.)<<

[34] Combinado a base de pastís y horchata. (*N. de la T.*)<<

[35] Organisation Armée Secrète. Organización de extrema derecha creada tras el golpe militar de Argel (1961) cuyo objetivo era oponerse a la política argelina del general De Gaulle. Sus principales jefes fueron detenidos en 1962. (*N. de la T.*)<<

[36] Groupe Union Défense. Grupo fascista universitario que existe en Francia desde 1971. (*N. de la T.*)<<

[37] Emulsión típicamente marsellesa a base de ajo y aceite. (*N. de la T.*)<<

[38] Juego de cartas sencillo y popular. Se grita *belote* como se puede gritar «mus» o «guiñote». (*N. de la T.*)<<

[39] «No somos santos. / Para la beatitud sólo tenemos Cinzano. / Pobres huérfanos, / nos encomendamos por costumbre a nuestro Padre Pastís.» (Juego de palabras intraducible entre «Padre Nuestro» y «Pernod», marca de pastís). (*N. de la T.*)<<

[40] Alioli aliñado con pimentón para acompañar la bullabesa. *(N. de la T.)*<<

[41] *La soledad es un ataúd de cristal. (N. de la T.)*<<

[42] «Oh, convoy de los gitanos, / con el brillo de nuestros cabellos, orientaos...». (*N. de la T.*)<<